3 1761 08831813 4

RECUERDOS

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/recuerdos02eche

E184r

JOSÉ ECHEGARAY

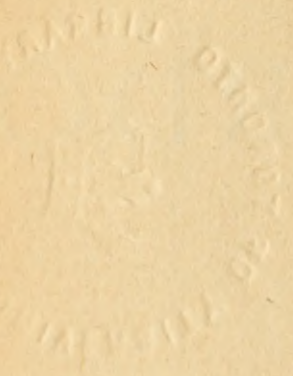
RECUERDOS

II

152417
27/9/19

MADRID
RUIZ HERMANOS, EDITORES
Plaza de Santa Ana, 13

1917



XXIX

En la vida se mezclan, por acción continua de la misma vida, la parte poética y la parte prosaica, el sentimiento humanitario y el sentimiento egoísta, la idea desinteresada y la idea utilitaria, y, por encima de todo, y fundiéndolo todo, el bien y el mal.

Ya lo dijo Pascal, y si Pascal no lo dijo, lo dijo otro cualquiera: «no es el hombre ni un ángel ni una bestia; pero corren el peligro de dejarlo reducido al estado bestial los que pretenden que no ha de ser más que espíritu angélico».

Por eso, ni los optimistas a todo trance, ni los pesimistas a toda negrura, pueden vencer en absoluto cuando, al discutirse el carácter del ser humano, se empeñan en imponer su criterio exclusivo.

No — podrán decir los optimistas, — el hombre no es totalmente malo; — y les basta recorrer la Historia y recordar grandes virtudes, grandes sacrificios, acciones heroicas, rasgos sublimes, un continuo centelleo de luz, para probar, con las claridades de la luz misma, que no todo ha sido negrura en el Universo. Y, sin recurrir a la Historia, basta tender la vista todo alrededor para encontrar multitud de personas buenas, simpáticas, cariñosas y leales.

Pero no todos los seres humanos son luminosos: y el pesimista también encuentra en la Historia monstruos

y acciones monstruosas, seres ruines y ruindad repugnante, el egoísmo feroz, la insensibilidad cruel, la maldad activa; y en nuestra misma sociedad, todo esto, y el vicio, y el crimen, y la deslealtad y la traición, lo que prueba que la vida humana, si está salpicada de destellos, también está manchada de sombras.

Más aún: el bien y el mal no están divididos de tal suerte que la mitad de los seres sean buenos y la otra mitad malos, totalmente buenos los primeros, malos totalmente los segundos; sino que, bien al contrario, en cada hombre depositó la Naturaleza, o el medio ambiente, o su desdicha o su torpeza, muchos lotes de la primera y de la segunda clase.

Quiero decir, que cada hombre es bueno y malo al mismo tiempo: ninguno es la perfección en el bien ni la perfección en el mal; dijérase que, al recorrer su camino en la vida, ha ido recogiendo negruras y claridades y almacenándolas allá en el seno de su conciencia.

Lo que hay que ver en cada caso y para cada hombre, es la cantidad de los diversos ingredientes y la proporción en que entran.

Pero ahora caigo en que nada de esto es lo que yo quería decir. Empecé pensando otra cosa, y luego me distraje y tomé por otro camino.

Acaso las primeras palabras que dicté se enredaron con otras ideas, y las pusieron ante mí y distrajeron mi pensamiento.

Vuelvo al punto de partida, y digo que en nuestra existencia humana la prosa y la poesía andan mezcladas, el ideal que a lo lejos fulgura y nos atrae, la realidad que se nos pone delante para hacernos tropezar, y, si es posible, para hacernos caer; que la realidad, por costumbre, tiene mala intención.

Toda la primera parte de mi vida, quizá hasta los veinticinco años, puede decirse que estuvo consagrada a los ideales; por de contado, a los ideales que estaban a mi alcance, muy humildes, muy modestos, quizá infantiles, pero con la nota del ideal verdadero: mirando

al porvenir, buscando cierto linaje de perfección, animados por el amor a la verdad, ajenos a todo egoísmo; en suma, lo menos prosaicos posible.

Cuando chico, mis juegos — y sabido es que el juego es el germen del Arte, según cierto filósofo — eran estos: grandes batallas entre ejércitos de pajaritas de papel, que yo lanzaba a descomunales combates, y éstos, en rigor, eran ideales militares sin ningún fin utilitario; porque aquellos ejércitos de pajaritas de papel no aspiraban a la conquista de nuevos territorios.

Otras veces construía cometas, que es otra forma del ideal, la conquista del aire, o arcos y flechas de caña, que eran también aspiraciones hacia la altura.

A todo esto se mezclaban los ideales científicos: comprender un teorema de Geometría, o un problema de Algebra, o la *Geometría descriptiva*, de Leroy.

En el verano, el viaje a Cartagena: ver el mar, embarcarme algunas veces, asomarme a lo infinito desde lo alto del castillo de Galeras.

Y en todo este período, la parte prosaica de la vida, el comer, el vestir, la habitación, todo gasto, en suma, corría de cuenta de mi familia; yo para nada tenía que ocuparme de estas pequeñeces. Por eso decía antes que, durante el primer período de mi existencia, yo para nada me rocé con la prosa: a mis ideales, a mis pequeños ideales, estuve consagrado exclusivamente.

Y otro tanto puedo repetir de todo el período que media entre los quince años y los veinticinco.

Los ideales se han ensanchado: es la Ciencia en esfera más alta, son los grandes problemas de las Matemáticas, es la Economía política, son las Ciencias sociales, es la Filosofía, es la Literatura, es la afición al teatro, la afición a la ópera, la admiración por la escuela italiana de Bellini, Donizetti y Rossini; son, en fin, mis primeras aspiraciones y mis primeros esfuerzos como autor dramático.

Y todo ello constituye un conjunto de verdaderas aspiraciones nobles y puras, inspiradas por el amor a la

verdad, al bien y a la belleza; en suma: yo vivía en un mundo purísimo, humilde, modesto si se quiere; pero que, a mis ojos, tenía proporciones inmensas; para un pobre insecto, una circunferencia de dos pulgadas de radio es un horizonte infinito.

Y del mismo modo que en el primer período que antes describía, la prosa y la realidad ni me molestaron ni me entorpecieron el camino.

Hasta tal punto me sentía yo ajeno a las necesidades y a las pequeñeces de la vida, que mi paga de aspirante, o mi paga como ingeniero segundo, se la entregaba a mi madre casi íntegra; a mí me bastaba con muy poco. Ni bebía, ni fumaba, ni jugaba; mis gastos se reducían a un asiento en los teatros de cuando en cuando, a saber: siempre que había estreno en los de verso o en los de zarzuela, y, con más frecuencia, entrada de peseta para el paraíso del teatro Real.

*
* *

Observo que, sin querer, voy haciendo un elogio entusiasta de mi persona y de mis virtudes, y que a poco más voy a resultar algo así como un espíritu puro que flota en las puras regiones de lo ideal sin mancharse nunca, ni siquiera las puntas de las blancas alas, en el polvo del camino o en los lodazales de la vida.

Pero conste que no es vanidad, ni aspiraciones a ser canonizado, ni saltitos para subirme a un altar.

Es que voy recordando, y esto es lo que recuerdo.

¿He de ennegrecer mi espíritu sólo por el temor de parecer inmodesto?

¿He de pintarme malo, no siéndolo?

Si soy bueno y quiero ser verídico, ¿qué otro recurso me queda más que ir enumerando las perfecciones de mi ser, siquiera sea con voz tímida, bajando modestamente los ojos y renunciando en la forma a todo adorno literario?

Ya sé yo que en el arte, y aun en la vida, una perso-

na buena, digna, honrada, prudente, trabajadora y metódica, dulce y cariñosa, que todo esto me parece que soy, no puede aparecer a los ojos del lector como figura artística e interesante.

Una buena persona, es una buena persona, y hasta puede ser simpática; pero resulta aburrida y monótona.

¿Qué debo hacer? ¿Esto? Pues hago lo que debo hacer.

Y, ahora, ¿cuál es mi obligación? Sepamos cuál es para cumplirla.

¿Qué camino se me presenta? ¿Uno muy recto? Pues por él voy.

Todo esto es pesado; tiene sus ventajas en la vida; pero es irresistible en el arte.

Decía un gran dramaturgo español, que el elemento artístico más poderoso *era el mal.* ¡Satanás, la gran figura dramática!

Así, en la *Divina Comedia*, del Dante, el Infierno es un prodigio, el Purgatorio ya decae, y el Cielo es intolerable.

¿Quién diablos puede pintar el Cielo de una manera digna?

De aquí resulta que, si yo en estos recuerdos quisiera hacerme interesante, tendría que poner alguna sombra siniestra en mi frente, alguna pasión más o menos impura en mi corazón, y algunos nubarrones amenazadores en mi espíritu.

Pero entonces no sería yo.

Yo me siento plácido, tranquilo, y por más que revuelvo en mis recuerdos, no evoco ni una sola escena digna de figurar en mis dramas.

Quizá he sido dramaturgo tan terrible por un efecto de compensación.

En suma: siempre que encuentre perfecciones de mi ser, las pondré por escrito sin escrúpulo de ningún género; al menos esto tendrá la ventaja de ofrecer buenos ejemplos.

*
* *

Otra vez he vuelto a divagar; pero, arrepentido de nuevo, torno al carril, y diré esta vez, sin más divagaciones, de qué modo tropecé con la prosa en el camino de mi vida.

Me salió al encuentro la prosa cuando había llegado a una de las mayores alturas del ideal.

Habíame casado a los veinticinco años, y a los veintiséis ya tenía una niña. En este momento fué cuando tropecé con la prosa, porque fué cuando me hice cargo de que mi sueldo era muy escaso y la vida muy cara.

Era ingeniero segundo con 9.000 reales; desempeñaba dos clases, a cada una de las que correspondía una indemnización de 3.000 reales; de suerte que yo no disponía al año más que de 15.000 reales.

Una familia de la clase media, con 15.000 reales, vive en la pobreza.

Creen los obreros que la burguesía es la clase más perversa, más egoísta y más regalona de la sociedad, y yo digo que la burguesía es la víctima del actual estado económico.

Un obrero, con 15.000 reales al año, es rico. Un burgués, con 15.000 reales, es un verdadero pobre de levita. No puede vestir chaqueta; necesita forzosamente para ciertas ocasiones un traje de frac; tiene que alternar más de una vez con la clase aristocrática; en suma: es todo un caballero, y su esposa toda una señora, y sus hijos no quieren ser menos que los hijos de tal marqués o de tal duque.

En resumen: muchas necesidades, mucha ostentación, la vanidad de rúbrica que las exigencias sociales le imponen, y, con todo esto, un miserable presupuesto de ingresos.

La situación del burgués es la más triste y la más desesperada; ha de gastar forzosamente como si fuese un aristócrata, y gana como un menestral. El desequilibrio es enorme; las consecuencias, tristísimas; la lucha, siniestra.

Enrique Gaspar escribió una preciosa comedia en que pintó vigorosamente esta lucha.

En tal situación me encontré yo. Era profesor de la escuela; explicaba Cálculo Diferencial e Integral, una de las concepciones más sublimes del genio humano. Era ingeniero de Caminos, título que siempre tiene, pero que entonces tenía aún más, una gran resonancia y una gran respetabilidad. Y, con todo ello, ganaba menos que el conserje de la escuela, porque éste agregaba a su sueldo, componiendo instrumentos de topografía, cantidades muy respetables, y así reunía, como total de ingresos, mucho más de lo que a mí me daban el título y las dos clases.

Se me planteó, pues, el problema económico, no en el terreno ideal y desinteresado del Arte o de la Ciencia, no dentro de las fórmulas optimistas de Bastiat, sino en el terreno brutal de los hechos, con la prosa delante, la realidad bajo los pies, las necesidades y las exigencias sociales pinchando implacables, como el labrador pincha a los bueyes uncidos al arado para que sigan abriendo el surco.

Ni por un momento me ocurrió acudir al teatro; mis aficiones de autor dramático estaban por aquella época muy abatidas.

Pero encontré una solución inmediata, segura, infalible, espléndida.

Consagrarme a la enseñanza particular de las Matemáticas; es decir: a la preparación de los jóvenes que se dedicasen a la carrera de la Ingeniería, ya en el orden civil, ya en el orden militar, los que por aquella época se contaban por centenares.

No era un castillo en el aire; no era una ilusión: era una realidad, que empecé a tocar con mis propias manos a los quince días de haber concebido el proyecto.

Porque ha de saberse, y no sé cómo decirlo para que no se me tache de vanidoso, pero es lo cierto, que yo tenía fama de ser un profesor de primer orden. No digo que lo fuese, no digo que la fama fuera justa; digo lo

que decían los demás, ¡y hay tantas famas inmerecidas! ¡Tal vez la mía pertenecía a esta familia!

Las celebridades, en el teatro y fuera del teatro, las hace el público cuando quiere y como quiere, y porque así le place.

El, en uso de su omnímoda voluntad, reparte títulos y reputaciones, así como la Historia y la Leyenda han creado héroes y grandes personajes que tal vez fueran o unos grandes canallas, o unos soberanos mentecatos.

Por fin, mi reputación como profesor era tal, que yo debía tener, y tuve, la esperanza de fundar en pocos meses una escuela de preparación con ciento cincuenta o doscientos alumnos, por lo menos; lo cual representaba una renta anual de veinte o veinticuatro mil duros, y, por lo tanto, en diez o quince años de trabajo, siendo como era, y como sigo siendo, modesto en mis gustos y económico en mis gastos, era evidente de toda evidencia que, al cabo de dicho término, contando con los intereses acumulados, podría tener un capital de ocho o diez millones de reales.

Muchos profesores, en Madrid, sin haber empezado con tantas condiciones y tan favorables como yo, habían hecho en poco tiempo respetables capitales.

No eran ilusiones, repito; porque tan luego como empezó a correr la noticia, empecé a reunir alumnos, que, al fin del primer mes, llegaban a sesenta. Y así, en los dos primeros meses, gané y economicé más de mil duros.

Había vencido a la prosa: la prosa se me convertía en ideal, un ideal dorado, macizo y de buen cuño, porque todavía en aquellos tiempos circulaba el oro.

Pero no contaba yo con la tiranía del Estado.

Por algo he sido después, y sigo siendo, individualista intransigente.

***

Ya otros profesores de mi escuela, y de otras escuelas, habían tenido la misma idea en años anteriores, y

estaban dedicados a la enseñanza particular, con gran ventaja propia todos ellos, y con gran ventaja para la cultura científica de España, pues desde aquella época se empezó a estudiar la Ciencia Matemática de una manera seria en nuestro país. En tiempos anteriores, el estado de nuestra Patria, en punto a Ciencias Matemáticas, era, más que deplorable, vergonzoso. Hace cuarenta años lo dije y lo demostré, y nadie, ni grandes ni pequeños, me ha de echar abajo la demostración.

Pero todos estos profesores vivían de una manera harto irregular: los directores de las Escuelas especiales, los directores del ramo y los ministros, eran hostiles a este dualismo en la enseñanza; veían en ello algo de inmoralidad, por más que nunca un profesor que había preparado un alumno fuera juez suyo en los exámenes de ingreso.

Mas la cuestión, el problema, el gran problema de la *incompatilidad de funciones sociales*, se presentaba en este caso particular como se ha presentado después en la enseñanza universitaria, y como se ha presentado, aunque en escala más elevada, en el mismo Parlamento.

Hoy por hoy, no hay más que dos cosas compatibles; dos funciones que, no sólo se armonizan, sino que se ayudan; a saber: el ser crítico de teatros, y, al mismo tiempo, o, mejor dicho, algún tiempo después, llegar a ser autor. Es un camino suave, que tiene estación de llegada en el centro de toda empresa teatral.

Ni juzgo, ni discuto por ahora, ni tampoco censuro; señalo hechos de nuestra vida sociológica, dicho sea sin pretensiones de pedantería.

Sea como fuere, en aquellos tiempos a que me refiero estaba mal mirado que un profesor de una Escuela especial se dedicase a la vez a las dos enseñanzas: la enseñanza privada y la enseñanza en la Escuela.

A veces se encrespaban los enojos administrativos, y se daba una orden a rajatabla prohibiendo en absoluto tal dualismo. Pero venían las influencias, las resistencias pasivas, el cansancio de los centros directores, y la or-

den no se cumplía, y las cosas continuaban mansamente, como antes estaban, hasta un nuevo arranque de un director nuevo, que entrase en diciembre, y quisiera hacer *justicia de enero.*

Como yo creía que, en efecto, este dualismo de las dos enseñanzas, si no inmoral, era violento, y, a veces, peligroso, y como a mí me gusta cumplir siempre lo mandado, porque no ha habido demócrata que más acate toda disciplina social y administrativa que el que tiene el honor de dictar estas líneas, quise afrontar el problema de frente y con franqueza, y ponerme en situación regular.

En una palabra: decidí dejar la Escuela; salir transitoriamente del Cuerpo; abandonar toda posición oficial; no cobrar sueldo, por de contado, y aun, a ser preciso, dejar que sobre mí corrieran las escalas. Esto me parecía natural, justo y correcto.

Todos los días estaban saliendo del Cuerpo compañeros míos, ya para empresas particulares de ferrocarriles, ya para canales y puertos, y aun carreteras.

No eran estos servicios oficiales; pero eran servicios sociales, y dentro de España; sin contar con que a algunos ingenieros se les permitía ir al extranjero a trabajar en empresas de ferrocarriles, sin expulsarles por eso del Cuerpo.

Pues en un caso análogo me encontraba yo. No pedía sueldo, no pedía ascenso, no continuaba en la Escuela, y me proponía enseñar Matemáticas en España, que era prestar un gran servicio social y nacional a la vez.

En este sentido presenté mi exposición, pidiendo licencia para salir del Cuerpo.

Ni por un momento me ocurrió que se me pudiera negar en justicia, y, para casos de injusticia mayor, contaba yo con que mi padre era amigo íntimo del marqués de Corvera, por aquel entonces ministro de Fomento.

¡Cuán grande era mi inocencia; qué poco conocía el mundo; qué ideales tan puros, pero tan estúpidos, tenía

yo de la justicia, y, sobre todo, de la justicia del Estado y por el Estado!

En mi empresa y en mis pretensiones tuve la desdicha de tropezar con dos personas dignísimas, pero de carácter enérgico, ¡aquí que tanto escasea el carácter! Hubiera bastado que fueran buenas personas, dignas y honradas, sin que se hubieran *permitido el lujo*, inusitado en nuestra Patria, de ser personas de carácter excepcional, y excepcionalmente enérgico. Sin rencor ni enojo consigno aquí sus nombres para enaltecerlos, a pesar del daño que me hicieron, a mi juicio por falsa idea del deber.

Sin saberlo ni sospecharlo, eran dos socialistas, aunque entonces no se usaban tales vestiduras; eran de los que creen que el individuo debe sacrificarse ante el Estado, sin caer en la cuenta que, al sacrificar los justos intereses del individuo y sus sagrados derechos, en vez de favorecer a la colectividad, se la perjudica. El que destruye cada una de las partes de un todo, creyendo favorecer al todo de aquellas partes, con el todo y las partes acaba de una vez. La felicidad de una masa humana es la *suma* de felicidades de los individuos, ¡no la felicidad abstracta de una unidad abstracta!

***

Don Calixto Santa Cruz, director de la Escuela de Caminos en la época a que voy refiriéndome, había pertenecido a la primera promoción que salió de la Escuela, y en ella obtuvo el número uno.

Fué alumno brillante y fué excelente ingeniero.

Talento claro, punto de vista seguro, instinto práctico, de una caballerosidad y de una rectitud extraordinarias, y de un carácter invencible.

Frío, aunque cortés; agradable en su trato, sin que jamás extremase sus afectos, fué siempre esclavo del deber.

Cuando él creía que en hacer tal cosa, o en dejar de

hacer tal otra, consistía su obligación de hombre honrado, ni amistades, ni recomendaciones, ni fuerza humana, podía cambiar sus propósitos.

Era la época de las grandes empresas, y a ningún ingeniero temían tanto los hombres de dinero, y los grandes empresarios, como a don Calixto Santa Cruz.

No se incomodaba nunca; nunca levantaba la voz; apenas si se adivinaba su enojo, cuando estaba enojado, por dos chapetitas que se le encendían un tanto en las mejillas.

En el fondo era bueno, considerado con todo el mundo, incapaz de hacer daño; y yo creía adivinar en el fondo de su carácter no sé qué ocultas tristezas y desengaños. Acaso era un melancólico.

Años después de este en que por ahora van mis recuerdos, murió del cólera, y yo hablé con él pocas horas antes de morir.

Fuimos una mañana a la Escuela en el período álgido de la epidemia, y nos dieron la triste noticia de que don Calixto estaba gravísimo.

Inmediatamente corrí a su casa, y poco después vinieron tres o cuatro médicos para celebrar una junta; entre ellos estaba mi padre.

Al terminar la junta y preguntarles los ingenieros que allí estábamos a los doctores sobre la enfermedad de don Calixto, nos dijeron que era hombre perdido, y que aquel mismo día, antes de que llegase la noche, moriría, como, en efecto, sucedió.

Un criado vino a decirme que don Calixto quería hablarme, e inmediatamente entré en su alcoba.

Estaba casi a oscuras, apenas si por la puerta de la sala entraba una pequeña claridad; se adivinaban los contornos de la cama, pero a don Calixto no se le podía divisar.

Sin duda oyó el ruido que al entrar hice, porque preguntó con voz bastante entera:

— ¿Está usted ahí?

— Sí, aquí estoy, don Calixto.

— ¡Ah! ¿Es usted? Yo había llamado a su padre para que me dijese con franqueza cuántas horas me quedan de vida.

Su voz era tranquila, reposada, de una severidad que imponía y sin ningún alarde melodramático. Preguntaba en el mismo tono cuántas horas le quedaban de vida, que hubiera preguntado la cosa más indiferente; por ejemplo: «¿Les parece a ustedes que tengamos mañana junta?»

Yo protesté con mucho calor y con cierta emoción que no podía dominar:

— Por Dios, don Calixto, no diga usted esas cosas; los médicos han asegurado que no corre usted peligro ninguno.

Y él, con el mismo tono entero y reposado, me contestó:

— Natural es que usted diga eso; pero los médicos no han podido decirlo, porque tengo el cólera; y como sabe usted que he padecido mucho del estómago, la enfermedad, que en otra persona sería gravísima, en mí es mortal. Yo me moriré dentro de pocas horas.

Y no me dejó que contestase, y continuó diciendo:

— De todas maneras, me alegro mucho que haya usted entrado, para despedirme de usted, a quien aprecio y considero en lo que vale, y para que me despida usted de los compañeros. Usted es joven, puede hacer mucho por el brillo de la Escuela de Caminos, y tiene usted la obligación de enaltecerla, porque hijo de la Escuela de Caminos ha sido usted.

Y siguió hablándome y dándome consejos algunos minutos más.

Era la muerte de un filósofo, de un estoico, de un hombre verdaderamente superior, de carácter firme y de valor sereno.

La muerte no le espantaba, ni siquiera debilitaba sus energías espirituales, ni aun le empañaba la voz.

Era la muerte del hombre justo, que no desprecia la vida, pero que no está encariñado con ella.

Don Calixto Santa Cruz era soltero. No sé a punto fijo si soltero o viudo; pero no creo que fuese lo último.

Me parece que vivía solo, o, en todo caso, en compañía de un sobrino; sobre esto no conservo recuerdos claros.

Al anochecer de aquel día murió, en efecto, don Calixto, que fué muy sentido en el Cuerpo, y que dejó envidiable fama de talento, honradez y entereza de carácter.

***

He dicho, hace poco, que el director de Obras públicas era por entonces el Sr. Uría.

Fué uno de los directores de Obras públicas que han dejado mejor recuerdo por su inteligencia, su actividad y su rectitud. Un modelo de rectitud y de carácter, según todo el mundo afirmaba.

De suerte que mis proyectos y mis esperanzas vinieron a estrellarse, como dije al empezar este artículo, contra dos hombres de carácter, y los dos convencidos de que yo no podía salir de la Escuela de Caminos sin grave daño de la Escuela, del Cuerpo, y de este servicio público de la enseñanza en las Escuelas especiales.

Tropezar en la vida con dos tunantes listos, es, sin duda alguna, muy peligroso; pero, al fin y al cabo, si lo que uno pretende no es una picardía, y a ellos tampoco les perjudica, no es imposible convencerles, y aun es posible que cedan de buena voluntad, porque siempre es bueno tener amigos en todas partes. Quiero decir, que esto pensarán ellos.

Pero, en cambio, tropezar con dos Catones, por mucha razón que uno tenga, es como dar de cabeza contra un muro de cantería; y esto me sucedió a mí con don Calixto Santa Cruz y con el señor de Uría.

Cuando le llevé la solicitud a don Calixto, me recibió como siempre, con mucha amabilidad.

La leyó imperturbable, la dejó sobre la mesa; pero se le pusieron las dos chapetas encarnadas en las mejillas, y dije para mí: «Esto va mal.»

Y no podía ir peor, como referiré en el capítulo próximo.

XXX

Quedamos en el anterior capítulo, frente a frente, don Calixto Santa Cruz, director de la Escuela de Caminos, y el que estas líneas dicta, y en recoger viejos e insignificantes recuerdos se entretiene.

Quedamos, digo, don Calixto sonriente, pero contrariado, aunque resuelto a cumplir con su deber, tal como él lo entendía; yo, con el presentimiento de una derrota.

Y en efecto: don Calixto me aseguró que me apreciaba mucho, que se interesaba por mí vivamente; pero que estaba resuelto a informar en sentido desfavorable mi petición, y a impedir, por todos los medios, que yo saliese de la Escuela de Caminos, donde, según él decía, era irreemplazable en las dos cátedras que por entonces desempeñaba: *Cálculo* y *Mecánica*.

Aturdido en sumo grado por aquel inesperado obstáculo, defraudado de este modo en mis esperanzas y en mis intereses, y viendo que se me hundía el brillante porvenir que en la plenitud de mi derecho había forjado, traté de convencer a mi querido y cruel director.

Pero, ¡ya era empresa fácil!; él pensaba las cosas a sangre fría, sin prevenciones ni apasionamientos; mas, cuando había tomado una resolución y había puesto el *doble sello encarnado* en sus mejillas, ya no era el don Calixto bondadoso, sino una roca basáltica de cimiento inconmovible.

—Observe usted que hay otros muchos ingenieros—decía yo—capaces de desempeñar mis dos cátedras mucho mejor que yo las desempeño.

Y él me replicaba:

—No, señor: es natural que usted lo diga, o por modestia o porque le conviene; pero no debe extrañarle a usted que yo no lo crea, porque sé que no debo creerlo.

Y yo seguía argumentando:

—¡Por Dios, don Calixto!, suponiendo que eso fuera cierto, ¿hay derecho para sacrificarme y para truncar mi porvenir?

Y él continuaba fríamente:

—Sí, señor, hay ese derecho, porque el interés de la Escuela de Caminos es superior a su interés particular de usted: al menos, yo, director de la Escuela, así debo creerlo.

¿A qué molestar al lector tanto como molesté a don Calixto? Seguimos discutiendo, sin ventaja ninguna por mi parte, con tenacidad sin ejemplo por la suya.

Y terminó nuestra conferencia diciéndome él, al retirarme, que *informaría en contra* mi solicitud; agregando, sin embargo, para darme este final consuelo, que ya buscaría una manera de compensar el sacrificio que me imponían.

Creo que de buena fe buscó él y buscaron los jefes superiores la compensación ofrecida, pero jamás la encontraron. Y la que posteriormente pude encontrar yo, yo sólo la encontré; que, por lo regular, lo que en las luchas de la vida no consigue el individuo, no es fácil que el Estado ni sus representantes lo consigan.

***

Rechazado en este primer asalto, acudí al director de Obras públicas, señor Uría, con menos esperanza y con menos alientos; porque, al fin, don Calixto Santa Cruz era amigo, y el señor de Uría no era más que un jefe superior, y por entonces aun existían clases, y mediaba

gran distancia entre un modesto profesor de la Escuela de Caminos y todo un director general de Obras públicas.

Y, en efecto, nada conseguí. Me recibió cortés, pero fríamente; me aseguró que estaba conforme con don Calixto Santa Cruz, que yo no podía salir de la Escuela porque era profesor irreemplazable, y que, en suma, podía dar por perdida mi pretensión.

De modo que, por ser buen profesor, según ellos decían, se me cerraba el porvenir y se me condenaba a una decorosa miseria, encerrándome en mi cátedra como en gloriosa prisión y anticipada tumba.

Si hubieran creído que era un profesor detestable, me hubieran construído puente de plata, y aun me hubieran dado algún empujón hacia fuera.

Esta justicia distributiva usa el Estado, y usan, cuando llega la ocasión, sus mejores representantes.

«¡Libertad e individualismo!» grité entonces, y éste ha sido siempre mi grito de guerra, que no hay otro compatible con el progreso y la justicia. Todas las demás teorías no son más que errores lamentables, farsas ridículas o ilusiones generosas, pero absurdas.

Hice el último esfuerzo, acudí a mi padre: mi padre acudió al marqués de Corvera, gran amigo suyo; pero todo fué inútil. Quedé condenado, por entonces, a Escuela perpetua.

Claro es que yo hubiera podido dejar el Cuerpo, y así lo reconocieron don Calixto Santa Cruz y el señor de Uría; pero era abandonando por completo la carrera, cortándome toda retirada y renunciando a los derechos pasivos.

Me dió pena, me dió miedo, me faltó energía, y seguí explicando Cálculo diferencial e integral y Mecánica, hasta que, andando el tiempo, la política me indultó de aquellos trabajos forzados.

Perdida la última esperanza, reuní a mis alumnos, les referí lo que me ocurría y les licencié en masa.

Ya no tuve clase particular en adelante, y sólo algu-

na vez que otra di alguna lección a jóvenes que no habían de ir nunca a la Escuela de Caminos. Pero ya digo que éstos eran casos excepcionales; lecciones, no particulares, sino particularísimas, que unas veces me proporcionaban al mes veinticinco duros, y, a lo sumo, cuando tenía dos de estas lecciones, cincuenta duros de suplemento; de todo ello daba cuenta al director de la Escuela, que nunca me gustaron *tapujos*.

De suerte que mi presupuesto máximo era éste: doce mil reales al año como ingeniero primero, porque entre unas y otras ya había ascendido; seis mil reales de gratificación por dos clases, y doce mil reales por dos lecciones particulares, cuando las había, que no siempre las hubo.

Así continué durante muchos años; hasta que, andando el tiempo, y cuando llegaba a la edad madura, vino la revolución de septiembre. Maduraron los dos: la revolución y el profesor.

Pero no conviene anticipar los acontecimientos.

Estrechado por las necesidades crecientes de mi familia, destruídas las esperanzas que fundé en la enseñanza particular, todavía, hacia el año 60 o 62, hice otro esfuerzo para salir de la Escuela de Caminos.

Don José Salamanca estaba construyendo una buena parte de la red de caminos de hierro de Italia. Tenía a su servicio varios ingenieros españoles, entre ellos a Page, a Retortillo y a Brookmann, y este último fué el destinado a la empresa de Italia; pero hacía falta otro ingeniero más, y un día me sorprendió don José haciéndome una visita, que por un momento abrió ante mí anchos horizontes.

Me preguntó si quería ir a Italia, y acepté en el acto.

Pero tan maltrecho volví de esta segunda salida como había vuelto de la primera; no conseguí que me concedieran licencia. O era yo muy torpe, o tenía muy mala

suerte, o decididamente hacía mucha falta en la Escuela del Cuerpo.

Yo me inclino resueltamente a las dos primeras soluciones. Yo, para pedir aun lo más justo, soy o muy torpe, o muy tímido, o muy imbécil.

Y en suma, me quedé sin ir a Italia y sin aquellos sueldos espléndidos de diez y doce mil duros, y más, que don José Salamanca concedía a sus ingenieros en casos tales; más reunía Brookmann.

De aquí deduzco yo que el Estado español está en deuda conmigo, por lo menos de un capital de diez millones de reales, o si no, de la renta que les corresponde a los diez millones de mi cálculo.

Y esto parece broma y no lo es, o por lo menos no lo sería si hubiese una justicia superior que resolviese los conflictos entre los individuos y el Estado.

Porque el problema se plantea en términos matemáticos.

¿Pude yo, dedicándome a la enseñanza particular, ganar diez millones de reales?

Sí; esto puede demostrarse matemáticamente.

¿Me impidió el Estado ganarlos, alegando que necesitaba mis servicios?

Este es un hecho.

¿Luego me debe una indemnización equivalente a aquella suma?

El Derecho y la Justicia responden afirmativamante.

Pues abandono la consecuencia a los siglos venideros.

***

Mi vida económica era, no diré muy apurada, porque yo no he sido gastador, pero sí muy modesta; y buscando soluciones al conflicto financiero, se planteó de nuevo ante mí el problema del teatro.

¡Ay!, esta vez no como un puro ideal, sino manchado ya por la prosa de la vida.

Quería ir al teatro, no por satisfacer anhelos puramente artísticos, sino también, de paso, para proporcionar una nueva partida a mi presupuesto de ingresos.

Aquí viene mi tercera tentativa dramática y mi tercer drama.

Y váyanse enterando los principiantes de que no es cosa tan fácil escribir un drama y hacerle representar de primera intención.

Esta era mi tercera tentativa, como he dicho, y tan desdichada fué como las dos primeras.

Resolví, pues, escribir un drama, y las condiciones que me impuse fueron las siguientes:

El drama había de tener un acto; no me sentía ya con alientos para escribir obras en tres y cuatro actos, porque los dos primeros fracasos habían agotado en gran parte mis energías de autor novel, y habían desteñido el verdor de mis esperanzas.

El drama sería de época, porque continuaba yo muy encariñado con nuestro teatro clásico.

Resueltamente me lanzaba al campo poético y a la versificación: la prosa me parecía más desairada y de todo punto inaplicable a un drama del siglo XVI o del XVII.

Combiné, pues, un argumento que se me antojó sencillo, interesante y dramático, y hasta de alta moralidad, y le puse por título *La hija natural.*

Y así las cosas, me lancé resueltamente a la empresa.

Cosa extraña: desde mi primera tentativa poética, yo no había vuelto a escribir ni un solo verso; y cuenta que habían transcurrido en el intervalo bastantes años de descanso y olvido.

Y, sin embargo, versifiqué con facilidad, y, lo que es más, quedé muy satisfecho del resultado.

Así como en mi segundo drama me parecieron detestables casi todos los versos que, a fuerza de angustias y de apuros, iba colocando en ordenada fila; así, en este tercer drama, me pareció que la versifica-

ción no era mala, y hasta llegué a suponer que muchos parlamentos de la obra podrían aplaudirse, si es que llegaba a feliz puerto; es decir, si llegaba yo a encontrar alguna compañía dramática que quisiera representar mi producción.

En el espacio de un mes la di por terminada, y declaro con ingenuidad que durante ese mes pasé ratos muy agradables. Escribí a gusto, me sonaba bien lo que escribía, me interesaban las escenas, simpatizaba con el final, y me aplaudí calurosamente al terminar la obra: era el primer aplauso que obtenía, y no pudo ser más desinteresado.

Pero el fervor, mejor dicho, el entusiasmo con que escribí, generalmente a las altas horas de la noche, porque de día no tuve tiempo, me encendió la sangre y determinó una pequeña congestión, sin fiebre, pero con tenaz dolor de cabeza, que me duró una semana y que me obligó a guardar cama.

Malamente empezó a tratar *La hija natural* a su padre legítimo.

Como más adelante he de hablar de esta obra, pues transformada, ampliada, y, en suma, echada a perder, al cabo se representó doce o catorce años más tarde, me limitaré por ahora a dar una ligera idea del argumento.

***

El argumento primitivo era éste en substancia:

Un noble, en su juventud, sedujo a una pobre chica de clase humilde: hazaña de mozo rico, desocupado y libertino.

Tuvo en ella, como dicen los clásicos, una hija, a la que se le dió, o le di yo, el nombre de Elena; y al fin y al cabo, el seductor dejó en el abandono a la madre y a la hija, aunque antes de saber que la deshonra había sido fecunda.

Hasta aquí la novedad no es grande; pero es que en

la vida y en esta clase de dramas, tampoco hay grandes novedades ni mucha variedad.

Pasaron años. El seductor heredó riquezas y títulos, hizo la guerra, conquistó laureles, se le ennegreció el carácter, y llegó a los cincuenta años convertido en un señor de gran alcurnia, áspero, orgulloso y desabrido. Siempre llevaba en el fondo del alma el recuerdo de aquella pobre chica, y junto al recuerdo, la espina punzante del remordimiento, acaso sin darse él cuenta del motivo de su mal humor perpetuo.

Es el caso que llegó a ser, por accidentes de familia, tutor de un joven, noble como él, gallardo como él; pero más simpático y más generoso que él había sido.

Y ello fué que el tutor llegó a sentir verdadero cariño por el pupilo, porque como aquél permaneció siempre soltero, le faltaba el calor de la familia y el cariño de los hijos, y en aquel hijo adoptivo puso todas sus ternuras.

Hasta aquí los personajes son dos: la principal figura del drama, es decir, el *seductor* de ayer, el noble de hoy, a quien me parece que hice conde, y el *pupilo* mencionado, que había de ser, por ley natural, el galán del drama.

Dejemos por ahora al conde, que pues había cometido una mala acción, había de purgarla al fin y al cabo, porque llegaría un momento en que se le pondría delante en forma trágica, que yo, en mis dramas, he sido siempre un Dios justiciero.

La joven seducida murió, por no encontrar desenlace más oportuno para el drama de su vida, y su hija Elena quedó abandonada, y recogida, al fin, por lástima en la modesta vivienda de un pobre escudero, llegó triste y humilde, pero virtuosa y encantadora, a los diez y ocho años.

¡Qué había de resultar! De tal modo dispuse yo las cosas, que aquel pupilo del conde, o por casualidad, o por ley de justicia, o por fatalidades del destino, se encontró con Elena y se enamoró de ella loca y honrada-

mente, que era de mejor condición y de conciencia más limpia, y de instintos más puros que su pecaminoso tutor.

Todo esto me parece legítimo, porque si en un drama no se enamoran el galán y la dama, sobran, evidentemente, la dama y el galán.

Entérase el conde de estos amoríos; pero se imagina que Elena no es más que una aventurera, una buscona, y resuelve salvar a su pupilo, a quien como a hijo quiere, de los infames lazos de la que él supone ser una mujerzuela.

Y con esto ya comprende el lector la intención de la obra, y hasta puede adivinar sus peripecias.

Declaro, con franqueza, que todo esto me parece natural en *La hija natural.*

Porque natural es que el conde, por su carácter, por el fondo de amargura que lleva en sí, que hoy llamaríamos pesimismo, pues no hay pesimista mayor que el que llega a formarse mala idea de sí mismo, y, además, por el orgullo de su raza, considerase escandaloso, y hasta criminal, un matrimonio entre Elena y su pupilo.

Mujer de clase tan humilde aspirando a tal enlace, escarnecía, a los ojos del conde, todas las leyes divinas y humanas, y debía de ser, necesariamente, una mala hembra.

De aquí resultaban escenas que me parecían interesantes y dramáticas.

Una escena, sobre todo, entre el padre y la hija, en que aquél se muestra galante y la trata con fingido respeto al principio, y luego se irrita y quiere imponer su voluntad, y, al fin, llega hasta ofrecer oro a la joven, concluyendo por maltratarla, como puede maltratar un hombre grosero y noble de aquel tiempo a una mujer perdida y de clase baja.

Esta escena me encantaba, lo declaro sin rodeos; y hoy mismo, cuando la recuerdo, me parece que es buena.

Viene después otra escena violenta, en que el galán sorprende al conde ultrajando a Elena; sale a la defensa

de su adorada, se olvida de todo, y ultraja, a su vez, a su tutor y le desafía; y el tutor, a quien tomé yo la precaución de prestar un carácter de todos los diablos, enloquece de ira.

Por fin se baten, y el conde mata a su pupilo de una estocada, después de lucha violentísima.

Y aquí aparece el castigo formidable.

El conde había seducido a la madre de Elena; había abandonado a su hija, y cuando un hombre de corazón y honradez quiere hacerla su esposa, el maldito conde la insulta, y la maltrata y da muerte al amante de Elena.

Aquí el estallido: se descubre el secreto, y el padre y la hija se encuentran frente a frente.

El final está inspirado en un drama de Schiller, titulado *Intriga y amor;* y a mí se me antojaba que los versos finales eran terriblemente trágicos, y que no carecían de hermosura.

Ya ven mis lectores que, si en mis dos primeros ensayos dramáticos me traté con severidad, y hasta sin compasión, en éste me voy despachando a mi gusto.

Pero es que en estos recuerdos he de decir la verdad sin escrúpulos ni convencionalismos. Lo que siento y lo que creo; que para mentiras basta con las de mis dramas.

*
* *

En suma: con razón o sin ella, porque a grandes ilusiones estamos sujetos todos los mortales, lo cierto es que yo quedé satisfecho de mi obra, y que decidí hacer todos los esfuerzos imaginables para que se representase.

— Y ¿por qué no ha de representarse? — decía yo.

»El argumento es bueno, está desarrollado de una manera natural, tiene escenas interesantes, algunas muy dramaticas, el final es altamente trágico, la versificación es vigorosa, y la obra tiene una alta tendencia moral.

»Pues ¿cómo puede haber actor ni empresa que la rechace?»

Conste que todo esto lo decía yo entonces, no es que lo improvise ahora.

Del drama he de hablar otra vez, y cuando llegue esta ocasión lo leeré para refrescar mis recuerdos, y haré una crítica imparcial; y lo juzgaré según mi leal saber y entender, sin modestia, sin escrúpulos, sin convencionalismos, pero sin blanduras paternales.

Por entonces, vuelvo a repetirlo, parecióme que la obra merecía la pena de que yo riñese por ella una gran batalla.

Pero ¡ay! que para estas batallas yo no sirvo. Yo nunca he sabido hacer una recomendación en provecho propio.

En provecho ajeno hice muchas, pero presumo que siempre las hice torpemente. Hago un favor cuando puedo; pero pedir un favor es empresa dificilísima para mí.

Con una circunstancia verdaderamente extraña: que me cuesta mucho menos pedir favores a una persona a quien no conozco, a la que sólo me ligan relaciones superficiales de sociedad, que acudir con la petición a un amigo; y cuanto más íntimo, más repugnancia siento.

Me parece que, molestándole, abuso del afecto que pueda tenerme, y que por el favor que le pido me pago, en cierto modo, del afecto que yo le profese.

¿Qué me importa molestar a un extraño, ni qué consideración le debo? En cambio, a un amigo debo evitarle toda molestia.

Esta teoría podrá ser o no ser la buena, pero la he profesado siempre; mejor dicho: siempre se me ha impuesto por instinto o por impulso interno.

A un amigo le pido cualquier favor con timidez, de mala manera, con torpeza, lo cual puede interpretar él en este sentido: que el favor que le estoy pidiendo me importa poquísimo.

Sin que yo pueda remediarlo, parece que le estoy di-

ciendo: «En esto que le pido a usted, yo no tengo interés de ningún género; cedo al compromiso; no tenga usted reparo en negármelo.»

Y, sin embargo, no es así: es más bien que esta cualidad tan exquisita de todos los españoles, que por naturaleza son pedigüeños, en mí es cualidad deficiente y muy poco desarrollada por el ejercicio.

Pedir, ¿para qué pedir?

Las cosas se hacen porque deben hacerse, sin necesidad de pedirlas ni suplicarlas, sin humillarse uno ni molestar a los demás.

Ya sé que éstas son exageraciones, y yo procuro vencer mi carácter, y acomodarme a las circunstancias, y respirar en el medio ambiente que me rodea, aunque no siempre lo consigo.

Por eso, aunque yo había resuelto recomendar mi drama y ver si a fuerza de recomendaciones conseguía llevarlo a la escena, entre la decisión tomada y la resolución cumplida mediaron muchos días, y sostuve conmigo muchas batallas.

Y, sin embargo, ¡qué fácil me hubiera sido buscar una recomendación poderosísima, decisiva, que a poco que mi drama valiese, había de sacarlo a flote y llevarlo a la escena!

Me refiero a la gran actriz española entonces en el apogeo de su fama, de su talento y de su influencia.

En una palabra: me refiero a Teodora Lamadrid.

¡Pero si esto es providencial! — pensaba yo muchas veces —. Pues ni fué providencial, ni la Providencia me sirvió en este caso, sin duda porque acudí a ella con la misma timidez con que acudo siempre a pedir favores, y en este caso más que nunca, porque se trataba de mi persona y de un drama que había brotado de mi modesto ingenio.

Es el caso que años antes, muchos años antes de haber escrito *La hija natural*, se había presentado en la Escuela de Caminos, y había ingresado en ella, un hijo de Teodora Lamadrid.

Yo fuí su examinador de ingreso, fuí después profesor suyo en el primer año de la carrera, y tuve con él, dentro de la justicia, que a la justicia no he faltado nunca, a menos a sabiendas, todas las consideraciones y todos los cuidados compatibles con mi deber de profesor.

Esto lo sabía Teodora Lamadrid, me estaba agradecidísima, y toda la vida desde entonces conservé con ella una afectuosa amistad, a la par que la tributé entusiasta admiración por su talento.

¡Qué protección más eficaz para mi drama, ni quién con más empeño, dada su gratitud y las nobles y simpáticas cualidades de su carácter, hubiera podido servirme en mi empresa!

No tenía más que coger mi drama, presentarme en su casa y decirle: «Teodora, vengo a pedirle a usted un gran favor: he escrito un drama, deseo que usted me oiga leerlo, y si a usted no le parece muy malo, quisiera me ayudase usted en mis gestiones para que lo representen.»

Y ella hubiera abierto mucho sus hermosos ojos negros, con cierto asombro teatral, hubiera sonreído bondadosamente, diciendo: «Pero ¿es verdad? ¿Usted ha escrito un drama?» Pero hubiera hecho por mi drama todo lo que hubiera podido.

Sí, esto era muy fácil para cualquiera; para mí no solamente no era fácil, era totalmente imposible.

Porque yo soy malicioso al pensar lo que puedan pensar los demás; y, pintando en mi imaginación la escena que precede, me di a cavilar que Teodora podría discurrir de este modo:

«¡Ah! Ahora lo comprendo todo — repitiendo la frase que tantas veces habría declamado en su vida de actriz —; tu protegiste a mi hijo, no por respeto, ni por admiración hacia mi persona, sino inspirado por un sentimiento egoísta, mirando al porvenir, y buscando un patrono para tu drama. No fué un sentimiento desinteresado el tuyo, sino una habilidad que ve las cosas des-

de muy lejos. Bueno, te serviré; pero mi gratitud habrá perdido su parte más simpática.»

Probablemente ella no habría pensado esto, porque era muy buena; pero pensaba yo que ella podría pensarlo, y tal idea bastaba para que rechazase toda recomendación directa, hecha por mí en persona, a la gran actriz.

Y, en efecto, jamás le recomendé ninguno de mis dramas.

No por eso desistí de mi empeño; pero busqué otros caminos, que resultaron muy largos, muy tortuosos, y otros medios arbitré, tan débiles y tan torpes, que mi tercer ensayo fracasó, como habían fracasado los dos primeros.

Era mi *tercer salida*, siempre con la visera calada, al campo literario.

De ella volví tan vencido y maltrecho como en las dos primeras.

XXXI

Quedamos en que yo estaba satisfecho de mi nuevo drama *La hija natural*, que era mi tercer ensayo dramático; y estaba satisfecho, ya por imparcial espíritu de justicia, si el drama realmente no era malo, ya por debilidades paternales hacia una hija legítima de toda legitimidad, a pesar de su título.

Quedamos todavía en que yo, a pesar de mis desconfianzas y debilidades, estaba resuelto a realizar lo imposible para buscar colocación decorosa a mi nueva e inédita obra.

Y quedamos, por último, en que si bien mi amistad con Teodora Lamadrid me facilitaba el medio, yo tenía el propósito decidido de no molestar a la gran actriz con una petición que *a mí me parecía* que podía *parecerle a ella* impertinente.

En este conflicto, busqué un camino, como queda dicho en el anterior capítulo, largo y tortuoso, a pesar de que, como profesor de Mecánica, debía saber que en tales transformaciones y transmisiones de movimiento se pierde una gran parte de la fuerza motriz primitiva.

Acudí, pues, a un amigo antiguo y casi pariente, en quien tenía yo plena confianza, y a quien revelé mis deseos y mis propósitos.

Este amigo mío debía dar el drama y hacer la recomendación a una señora amiga suya, la cual era, a su

vez, amiga íntima de Bárbara Lamadrid; pero sin revelarle el nombre del autor del drama, y, por último, Bárbara Lamadrid entregaría y recomendaría *La hija natural* a su hermana Teodora.

De este modo el secreto se conservaba; pero la recomendación es claro que, al llegar a Teodora, llegaba débil y enflaquecida por manera lastimosa.

Como lo pensé se hizo; y pasó un mes, y pasaron dos, de grandes ansiedades y de esperanzas mezcladas de desalientos, que de aquéllas y éstos proporciona muchos la carrera dramática.

Ello fué que el drama volvió a mis manos, pasando de regreso por todas las que recorrió a la ida, y volvió, con sentencia en contra, a matar mis esperanzas y a fomentar mis desalientos.

Había dicho, según parece, Teodora Lamadrid, que el drama estaba muy bien escrito, y que revelaba notables condiciones dramáticas en su autor; es decir, las ordinarias de la ley; pero que, en su concepto, *La hija natural* no podía representarse por varias y poderosas razones.

En primer lugar, un drama en un acto tiene mala colocación; verdad evidentísima, por muchos motivos prácticos, que más tarde fuí aprendiendo con la experiencia, y que no he de repetir ahora.

En segundo lugar, la escena entre el padre y la hija, que era precisamente la que a mí más me gustaba, a ella le parecía violenta y hasta repugnante.

En tercer lugar, aquella situación que yo creía infalible, a saber, cuando el conde y Carlos salen furiosos a batirse en la calleja próxima, y cierran la puerta tras sí, y sobre la puerta cerrada se arroja desesperada Elena, esta situación dijo Teodora Lamadrid que se parecía mucho a otra de *La bola de nieve*, de Tamayo. Tenía razón; pero yo no había pensado antes en tal semejanza, ni la conciencia me remordía de haber intentado un plagio.

Y, por último, encontraba que el final era excesivamente trágico.

Para ser un drama en un acto eran muchos reparos, por más que fuesen justos.

Sin embargo, yo no cedí; estaba demasiado encariñado con mi pobre hija para darme por vencido.

Pero ¿adónde, a quién acudir, de qué medios valerme?

Yo tenía muchos amigos entre los ingenieros; pero no tenía amigos entre los literatos, y Brookman, que no estaba en Madrid, no podía ayudarme.

Entonces, a fuerza de cavilar, imaginé una combinación estrambótica, ridícula, que no podía dar resultado, y que no lo dió, en efecto.

Ha de saberse que, por entonces, los dos autores dramáticos a quienes yo más admiraba eran Tamayo y Ayala.

En este último me fijé, porque como mi drama estaba escrito en verso, y en verso escribía siempre don Adelardo los suyos, presumí que él era el más indicado para el caso, y suponía, además, que mi versificación no había de desagradarle.

Pero yo no conocía personalmente a Ayala; además, no quería dar mi nombre; y como hubiera podido plantear un problema matemático, planteé el siguiente disparatado problema:

Leerle a Ayala mi drama sin decirle quién era yo; más aún, y aquí está lo disparatado, sin que me viese la cara.

¿Es esto posible?

Materialmente lo es; pero en el orden regular no lo es, y no lo fué.

Por entonces iban corriendo los días que preceden al Carnaval, y en el Carnaval y en sus disfraces fundé yo mi ridícula combinación, y una vez dispuesto el plan, le escribí a don Adelardo una carta, en la cual le decía en sustancia lo siguiente:

«Yo le admiro a usted mucho. Soy entusiasta del arte dramático, y mi entusiasmo es tan grande, que, aun no siendo literato de profesión, me he lanzado a escribir un drama, y deseo leérselo a usted.

»Pero mi vergüenza es tan grande como mi afición, y cara a cara nunca me atrevería a leérselo, ni mucho menos a decirle a usted mi nombre, por lo cual he imaginado que puedo presentarme en su casa de usted el primer día de Carnaval con dominó y careta. Si usted es tan bueno que accede a mi súplica, me oirá usted la lectura que solicito y me podrá usted decir con franqueza su opinión, que, después de todo, a un hombre con careta se le puede decir que su drama es muy malo con menos escrúpulos que a uno que lleva su cara descubierta.»

Le mandé mi carta; pero la contestación no llegó nunca, ni jamás le dije a don Adelardo, cuando algunos años después le traté con intimidad, este intento descabellado, que tuvo el fin que debió tener: el desdén y el silencio.

***

Ya no me quedaban más combinaciones que realizar, y para ser como las anteriores, tampoco me hacían gran falta.

Pero, aunque tenía confianza en mi drama, esta confianza no era ilimitada ni era irracional, y asaltábanme dudas de cuando en cuando sobre el mérito artístico de mi tercera producción; dudas que quise desvanecer a toda costa.

Ya no luchaba por el triunfo; ya luchaba, no diré por la honra, pero sí diré por la ilusión.

Quería que una persona competente me dijera con toda lealtad si yo servía o no servía para el caso; si el drama era, al menos, una esperanza o un franco e indiscutible desatino; que tan apagados andaban ya mis alientos, que hasta admitía la posibilidad de que mi pobre engendro fuera un mal engendro de un desdichado dramaturgo, perdido justamente en las sombras, y justamente desdeñado por el destino en sus tres lastimosas aventuras.

Revolviendo estas ideas, pensé en un amigo y compañero, en cuyo talento, reserva y lealtad tenía, como he tenido siempre, confianza ilimitada.

Este amigo y compañero, a quien me refiero, es don Eduardo Saavedra, cuyo nombre escribo con todas sus letras con satisfacción y cariño, y como justo tributo a una amistad, casi de medio siglo, y a una admiración constante y nunca empañada.

Eduardo Saavedra es un sabio, un verdadero sabio; yo creo que siempre lo ha sido: desde que nació.

Su inteligencia es una fuerza universal; así profesa las altas Matemáticas, así explicó largos años Mecánica aplicada en la Escuela de Caminos, donde fué profesor eminente, como cultiva la Literatura, y sobre todo la Historia literaria, como descifra una inscripción romana o traduce un libro en árabe, porque es uno de los primeros arabistas de España, y en lenguas sabias, y en lenguas vivas y muertas conoce no sé cuántas.

Pero si su inteligencia es clarísima; si no hay conocimiento humano que no esté a su alcance; si en todos ellos es maestro y autoridad indiscutible; si es, según antes decía, un verdadero sabio, con valer mucho el sabio, aun vale más el hombre.

Es una de las conciencias más pura, más limpia, más honrada y más leal que conozco.

En suma: un hombre de quien siempre puede aprenderse y de quien siempre puede fiarse.

*
* *

Con el propósito deliberado de molestar a los pesimistas de oficio y a los pesimistas de afición, y además como tributo a la justicia, declaro que en el transcurso de mi vida, que ya no es breve, he encontrado mucha gente honrada y simpática, lo cual no quiere decir que no haya tropezado, de cuando en cuando, con seres más o menos nocivos y con algunos necios también. Porque no tengo la pretensión de dar como axiomático ni el

talento universal ni la pureza angélica de la raza humana.

Y a propósito de necios y necedades, para mortificación de los que sostienen que la raza humana es imbécil de nacimiento, y que gozando de plena imbecilidad llegará a los bordes de su tumba, y que entre los más imbéciles están los españoles, declaro igualmente, sin un átomo de patriotería, pero con severo espíritu de justicia, y diga severo porque la severidad sienta bien en todos los casos, que he conocido en España muchos hombres de gran talento, que en otro país, en otro ambiente y con otros medios, hubieran figurado en primera línea entre los más respetables sabios.

Sin salir del Cuerpo de Caminos, cité, en otra ocasión, a mi queridísimo profesor don José Morer como una inteligencia de primer orden.

Cité en otra ocasión a don Gabriel Rodríguez; hoy cito y emplazo y clasifico entre las más notables inteligencias de nuestra patria a don Eduardo Saavedra.

En todas partes ha ejercido autoridad por su talento y por su carácter, por la claridad y por la rectitud de sus juicios, templados siempre por una inagotable benevolencia, cuando el juicio que emitiera sobre las cosas o sobre los hombres hubiera de ser un tanto adverso.

En fin, es un espíritu eminentemente religioso, pero sin sombra, niebla ni la más pequeña mancha de intolerancia o fanatismo. Siempre fué, por el contrario, un espíritu amplio, generoso y liberal.

A él me dirigí pidiéndole ayuda para mi empresa; porque, como antes dije, Saavedra ejerció siempre autoridad en todas partes. Autoridad ejercía en la Escuela, como alumno, y en broma le llamaban sus compañeros «el Moro», por sus estudios y sus aficiones al árabe; autoridad ejerció, más tarde, en la misma Escuela de Caminos, como profesor: sus estudios y sus trabajos trascendieron a la vecina Francia, y le proporcionaron la amistad y el respeto del eminente matemático e ingeniero Ivon Villarceau, cuya célebre memoria sobre *Cálculo de puen-*

tes de fábrica, premiada por la Academia Francesa, explicaba Saavedra en su curso de Mecánica aplicada, y sometió, algunos años después, a la prueba de la práctica en una serie de interesantes experiencias realizadas en León, si no recuerdo mal. Pero, no sólo en el Cuerpo, sino entre los arabistas y entre literatos y eruditos, ejercía Saavedra autoridad ya por entonces, y aun hoy la ejerce en la Academia de la Lengua. Era muy amigo de Manuel Tamayo y del eminente literato don Aureliano Fernández Guerra, y esta amistad me propuse aprovechar yo para mis planes de autor dramático, rogando a mi compañero que presentase mi drama a don Aureliano y que obtuviera de él un juicio imparcial.

Quería yo saber a ciencia cierta, y no por blanduras de paternidad ni por condescendencias de amigo, si aquella producción mía, tan mal llevada y mal traída, era realmente mala, o si tenía alguna condición literaria que la hiciera recomendable. Ya no luchaba ni por el triunfo ni por la vida, sino por la honra y por la esperanza.

No aspiraba a que representasen mi obra: sólo quería que me dijesen, con franqueza, si podía escribir otra nueva, sin caer resueltamente en los abismos de la necedad o de la presunción.

Y esta vez algún consuelo obtuve. Don Aureliano juzgó con benignidad, y en términos muy favorables, mi drama, según me dijo Saavedra, y hasta se entusiasmó con no sé qué parlamento, afirmando que estaba inspirado en no sé qué poeta latino, con el cual declaro que jamás tuve ni aproximaciones ni amistad, y cuyo nombre ni aun hoy mismo recuerdo.

Pero, en fin, siempre es una honra y un consuelo coincidir en ideas, en imágenes o en estilo con un poeta latino.

Más me habría agradado que fuese griego; pero, así y todo, la semejanza la consideraba como una honra, y el juicio de don Aureliano como un primer aliento en mi desalentada carrera entre las sombras.

Con todo, dejé descansar la inspiración, y algunos años pasaron antes de que intentase un cuarto ensayo.

Que al fin llegó, y que no fué el último, ni el penúltimo siquiera; pero las cosas hay que irlas contando por su orden.

El primer drama lo había roto; el segundo, tan poco caso hice de él, que lo perdí; éste de *La Hija natural* lo guardé cuidadosamente: tenía el presentimiento de que alguna vez, más pronto o más tarde, había de asomarse a la escena, como, en efecto, se asomó, según contaré cuando llegue el momento oportuno.

*
* *

Por el pronto dejé de escribir dramas y continué con mis trabajos ordinarios.

Mis clases en la Escuela, dos o tres lecciones particulares, el estudio de las altas Matemáticas, que ni abandoné ni abandono, la lectura de todas las novelas francesas que gozaban de algún crédito, y de las que sacaba del inagotable filón de novelas inglesas; agréguese a esto la biblioteca de autores españoles de Rivadeneyra; al mismo tiempo, el estudio de obras y memorias de Economía Política; para desengrasar, discursos en el Ateneo y discursos en la Bolsa; y tomando todo esto revuelto, sin orden ni plan, tendrá idea el lector de cómo llenaba yo todas las horas del día, y no pocas de la noche, en un vértigo caótico de inagotable actividad.

Realmente era un trabajo intelectual febril y desordenado, que otras naturalezas más poderosas que la mía no hubieran resistido, y que en mí no hacía mella de ninguna clase.

Mis aficiones dramáticas tomaban, en estos períodos de descanso, carácter puramente pasivo y de mera contemplación y goce estético.

A todos los estrenos asistía; en todos gozaba, y al día siguiente del estreno, casi siempre con indignación y enojo, leía las críticas de los entonces críticos de teatros.

Tropa es ésta que siempre proporciona grandes disgustos a quien, como yo, se precia de imparcial, si conoce las obras dramáticas por sí, y no por lo que ellos, acertada o desacertadamente refieren, cuentan y juzgan para enseñanza debiera ser, y no siempre lo es, del público crédulo y bondadoso.

No significa esto, y Dios me libre de pensarlo, que todos los críticos que fueron, y todos los que hoy son, deban clasificarse como ignorantes o malévolos, ni mucho menos pretendo defender que la crítica, aun siendo mala, sea de todo punto inútil o perjudicial.

Bien al contrario: yo creo que, si la crítica es una de las cosas más molestas que existen, es, sin embargo, de las más provechosas.

Aun en aquellos casos en que sea injusta, realiza, si no obra de justicia, obra de progreso y perfección.

Porque el ser humano es vanidoso de suyo, y es medicina de modestia señalarle los defectos de sus obras, aun cuando sea exagerándolos, a la manera que el triunfador antiguo llevaba a su lado un esclavo para recordarle que era mortal.

Además, todo individuo o todo pueblo que se conforma con su estado presente y rechaza reformas y novedades que han de preparar el porvenir, corre el peligro de momificarse; dígalo si no la China, tan estúpidamente apegada a sus tradiciones.

Apunto esto, para que no se crea que abomino de la crítica y de sus ceñudos sacerdotes.

Claro es que cuanto la crítica sea más elevada e imparcial, y más imparciales e ilustrados los críticos, tanto mejor para todos.

Críticos buenos y malos los hubo siempre, que ni el talento ni la cortesía, de una parte, ni la impertinencia y la ignorancia, de otra, son propiedad exclusiva de ninguna época.

Yo recuerdo haber leído, por aquellos años a que me refiero, críticas que, a veces, daban lástima, y, otras veces, causaban enojo.

Por ejemplo: cuando un jovencito que acababa de salir de la Universidad, que acaso tuviera talento y lo haya demostrado después, pero que por entonces era modelo de presunción y de frescura, encarándose con Bretón de los Herreros le aconsejaba «que en sus obras futuras cuidase más de la gramática y del sentido común».

Cuando otro crítico, que había intentado dos o tres veces ir a la escena, y que había sido justa y estrepitosamente silbado todas ellas, decía con tono doctoral a don Juan Eugenio Hartzenbusch, que no sabía una palabra de Historia de España el insigne maestro; que sus versos eran muy malos y sus argumentos inverosímiles; y así quedaba ante aquella crítica incipiente el inmortal autor de *Los amantes de Teruel.*

Cuando unos cuantos críticos se arrojaban como fieras sobre *El hombre de Estado*, de Ayala, declarando que el presuntuoso jovenzuelo jamás sería autor dramático; y, en efecto, después no escribió más que *El tanto par ciento* y *Consuelo.*

Cuando, en fin, el público y la crítica acosaban de tal modo a Tamayo, que, por enojo o desprecio, se veía obligado a ocultar su nombre cuando escribía algún drama, *El drama nuevo* inclusive.

De suerte que siempre, en todos los tiempos, en todas las esferas de la actividad humana, en la ciencia o en el terreno de la invención, como en el arte, se han cometido injusticias; que ciertos perros callejeros en todas partes se meten, a todo el mundo ladran, y como les coja de mal humor, a todos quieren morder, hasta que el tiempo, que es *gran lacero*, por prevenir hidrofobias, se los lleva en su carro.

***

Todos aquellos años de mi vida se presentan a mis recuerdos con una gran uniformidad. No distingo en ellos nada saliente hasta el año 60, en que, por primera vez, fuí a París.

El director de la Escuela quiso endulzar las amarguras que me había hecho sufrir, y me procuró dos comisiones.

La primera, ir en representación de la Escuela de Caminos al desierto de las Palmas, cerca de Castellón, y presenciar el eclipse total de sol desde aquel espléndido observatorio de la Naturaleza.

Digo *presenciar* porque, no teniendo aparatos ni trabajo especial que hacer, sólo como espectador, más o menos ilustrado, tomé parte en aquella comisión.

Esta era la primera; pero después de admirar el sublime espectáculo, debía trasladarme, con algunos alumnos de la Escuela, nada menos que a los Alpes para estudiar, y éste sí era estudio, la perforación del célebre túnel y las nuevas máquinas perforadoras, que entonces eran una novedad y hasta un secreto.

El programa del viaje fué completo, y el viaje, agradabilísimo: el cielo y la tierra, el sol y los Alpes, la ciencia astronómica y la ingeniería, y, de paso, visitar París y Londres y recorrer Italia.

Era una compensación, como decía don Calixto Santa Cruz, del sacrificio que se me había impuesto al impedir que me dedicara a la enseñanza particular de las Matemáticas.

Era, sí, una compensación científica, artística, de carácter espiritual; pero, ciertamente, no era una compensación económica, porque el desenlace final fué que el espléndido viaje me costara una parte de mis modestos ahorros.

De todas maneras yo le agradecí a don Calixto la *intención*, porque, en materia de gratitud, yo siempre he sido pródigo.

Salí, pues, con mi mujer para Valencia, donde me detuve algunos días; pero como en este mundo todo anda mezclado y revuelto, a la alegría del viaje se mezcló una preocupación inesperada, que me hizo pasar días muy angustiosos.

Es el caso que, a poco de llegar yo a Valencia, empezaron a presentarse casos de cólera.

Murió de repente una dama ilustre, joven y hermosa, de la aristocracia valenciana, y esto produjo, como es natural, alarmas agudísimas.

No hay que decir si yo estaría preocupado e inquieto, no por mí, que en aquellos tiempos no le tenía miedo ni al cólera, sino por mi mujer y por la obligación de continuar en Valencia hasta el día del eclipse, con lo cual la situación se complicaba y se ennegrecía.

El vapor en que habíamos de embarcarnos para ir a Marsella llegaba al día siguiente del eclipse; ya tenía yo tomados los billetes, y, además, billete de ida y vuelta para Castellón, y todo en breves horas, bajo la amenaza de que el puerto pudiera declararse sucio de un momento a otro, en cuyo caso habría tenido que regresar a Madrid, y, por de contado, con un calor tropical.

Así pasé unos cuantos días de mucha angustia, y no me olvidaré nunca de la ansiedad y de la fiebre de los dos últimos.

Salimos mi mujer y yo, la víspera del eclipse, para Castellón de la Plana; la dejé en casa del jefe de ingenieros en compañía de la señora de éste; y pocas horas después, sin haber podido dormir aquella noche, monté a caballo y me dirigí al desierto de las Palmas acompañado de un guía, porque era aquella tierra desconocida para mí.

Nos amaneció en el camino; salió el sol espléndido, sin sospechar que iba a eclipsarse dentro de algunas horas, y aun creo que ni después del eclipse se enteró, pues los seres que bogan en la plenitud de su majestad por las alturas, pocas veces se enteran, y es natural que no se enteren, de los eclipses y sombras que se presentan y corren por estas bajas tierras en que vivimos los demás mortales.

El día era hermosísimo; pero intolerable para quien no profese mis *aficiones térmicas*.

El calor era africano; la subida al desierto de las Palmas, penosa; el viaje, interminable, y, además, llevaba yo un resquemor muy molesto, porque antes de salir de Castellón mi mujer se había sentido algo mala; de

suerte que, a medida que iba yo subiendo por la montaña, me iba sonando en los oídos la palabra *¡cólera!*, y hasta me parecía ver escrito en negro, sobre fuego y en rocas y matorrales, la palabra fatídica.

Dirá el lector que dramatizo demasiado la escena; pero, ¡qué remedio, si no tengo dramas mejores que ofrecerle! Y ahora, después de cuarenta y cuatro años, aquello no es nada; más bien es un recuerdo agradable y poético; pero entonces era una realidad muy angustiosa, porque hubiera podido tener desenlace trágico, y yo, que por ley de mi naturaleza soy aficionado al drama, los suelo forjar, con mucho menos motivo, para aplicarlos a mi persona y a mis cariños.

¡Es singular cómo lo pasado, por molesto, por desagradable, por triste que haya sido, se transforma, a través del tiempo, en algo simpático y poético!

No hay prosa que después de cincuenta años no se convierta en poesía. No hay cacharro viejo que, con el transcurso de los siglos, no se convierta en creación artística.

Tómese al ser más estúpido de los que hoy nos rodean, y, si pudiera conservársele con vida hasta dentro de quinientos años, sería el hombre más interesante de la nueva raza.

Pero demos de mano a la filosofía y volvamos a mi expedición, que, por entonces, me parecía lastimosa, y que hoy la recuerdo llena de vida, de encanto y de hermosura; hasta la amenaza del cólera, que afortunadamente no tuvo consecuencias, se me antoja que le presta al recuerdo viva emoción e interés sumo.

Quedamos, pues, en que, acompañado de mi guía, por una empinada cuesta, entre abrasadas montañas, bajo un sol africano, con una temperatura de 48 grados y sobre un mal jamelgo de Castellón, iba yo subiendo hacia el improvisado observatorio para ver cómo la luna se nos metía, lenta y maciza, entre el sol y la tierra.

Y la luna y el sol, sin sospecharlo siquiera.

Yo creo que este es un buen *final de acto*; conque *telón rápido.*

XXXII

Subía yo por las ásperas laderas que conducen a la explanada conocida con el nombre de Desierto de las Palmas, improvisado observatorio del eclipse, revolviendo en la imaginación *multitud de ideas*, que a mí grandemente me preocupaban, aunque para el resto de la creación y para el admirable espectáculo que se preparaba fuesen menos que insignificantes: una serie de ceros sin ninguna cifra significativa ante todo un infinito.

Realmente, ¿qué le importaba a la Naturaleza; ni al Sol, que espléndido brillaba en el centro del cielo; ni a la Luna, que, majestuosa e invisible, iba girando alrededor de la Tierra; ni a su sombra, que corría sobre la superficie de nuestro planeta, que yo tuviera prisa por llegar a lo alto, que me preocupara la idea del cólera, que me apurase el temor de no volver a tiempo para coger la diligencia, ni la amenaza de que declarasen a Valencia puerto sucio, ni todas aquellas pequeñeces que para mí eran asuntos muy serios y muy graves?

Lo que a mí pueda importarme, y aun menos, del trajín de la hormiga alrededor de su hormiguero.

Pues no debía ser así, y aun no estoy muy seguro de que así sea.

Las diferentes ideas, sentimientos, anhelos y ansias del ser humano suponen vibraciones distintas en el cerebro y en el sistema nervioso; de suerte que, aun desde el punto de vista material y puramente mecánico, to-

das estas vibraciones deben tener resonancia en nuestro sistema solar, y aun en todas las esferas.

Porque meditemos un poco en este problema semifantástico.

Yo bien sé que las acciones internas y las acciones y reacciones mutuas de un sistema, mejor dicho, de sus diferentes partes, no alteran el movimiento del centro de gravedad; pero esto nada prueba para el problema que yo persigo, acaso como se persiguen en sueño los fantasmas.

Dos puntos unidos por atracciones y repulsiones mutuas caminan por el espacio, y pasarán al lado de otro cuerpo sin tocarle. Pero, si estalla entre los dos puntos un explosivo que los separa, aunque el centro de gravedad continuará imperturbable, cada uno de los dos puntos en cuestión cambiará su trayectoria, y podrá chocar con otro tercer cuerpo, con el cual antes no hubiera chocado, y podrán aparecer fenómenos que, en otro caso, no hubieran aparecido.

Lo cual prueba que pequeñas causas pueden ser causas determinantes de grandes acontecimientos en el orden de la Mecánica.

Acaso el lector no comprenda lo que quiero decir; pero yo me entiendo, y aun podría explicar mi pensamiento de modo que el lector me entendiese; mas la digresión sería larga, y, sobre todo, me separaría del objeto principal de este artículo; y así, dando de mano a lucubraciones entre filosóficas y mecánicas, seguiré mi camino, para llegar lo más pronto posible al término de mi viaje.

Y al fin llegué al Desierto de las Palmas, en el que ya reinaba gran actividad.

Don Antonio Aguilar y los demás astrónomos andaban preparándose para la observación; de modo que sólo cambié algunas palabras de cortesía con dicho señor, al cual no me ligaban por entonces estrechas relaciones, porque hasta cinco o seis años después no ingresé en la Academia de Ciencias.

También andaba por allí preparando sus aparatos fotográficos un distinguido profesor de Física de Valencia, que, si no recuerdo mal, se llamaba el señor Monserrat, aunque bien pudiera llamarse de otro modo distinto, pues en esto de nombres pròpios mi memoria ha sido siempre infelicísima.

Recuerdo, sin embargo, que dicho profesor obtuvo varias fotografías, del sol en el momento del eclipse, que fueron muy notables, y muy celebradas por varios profesores del extranjero.

Este era el aspecto científico y serio del eclipse; pero entre astrónomos y profesores, andábamos perdidos los curiosos, y, sobre todo, el elemento popular: mujeres, hombres y chiquillos del campo, que, con sus movimientos, risas, conversaciones y ocurrencias chistosas, daban la nota pintoresca en aquella escena, a la cual acudían el interés científico y la curiosidad del vulgo.

Faltaba poco para el eclipse, cuando llegó una nueva cabalgata. El personaje principal era un señor alto, algo corpulento, de aspecto aristocrático, con apariencias de extranjero, y que, pendientes de una correa que le cruzaba el pecho, llevaba, en elegante estuche, unos enormes gemelos.

Era el duque de Montpensier, que venía a observar el próximo eclipse total.

En París había observado algún tiempo antes otro eclipse: el de la monarquía de julio, con el destronamiento de su padre, Luis Felipe, rey de los franceses.

Pasó el duque entre todos nosotros, saludando afectuosamente, y se fué a hablar con los astrónomos, sin que ninguno de nosotros rompiera los límites de la cortesía y del respeto que nos separaban de las eminencias científicas o sociales.

Al poco tiempo empezaron los preparativos del eclipse, y el eclipse empezó.

La parte interesante de un eclipse solar no está al principio en los astros de la conjunción, sino en la palidez de que se va cargando el cielo; en alguna que otra

estrella que brilla; en la sombra que desde las grandes alturas se ve llegar como inmensa marea que avanza; en la sorpresa y el recogimiento de la Naturaleza; en el silencio solemne que crece; en las aves, que van a buscar sus nidos, sorprendidas de la inesperada noche; en un ambiente general melancólico y solemne; en todo esto, más que en el punto del cielo en que la sombra de la luna va mordiendo en el rojo disco del sol.

El eclipse es, en cierto modo, externo.

Y cuenta que todo esto es, hasta cierto punto, efectismo de la Naturaleza; apariencias de solemnidad, más que solemnídad verdadera en los espacios.

Es solemnidad para el hombre, para su pequeñez, para sus terrores religiosos o sus intereses científicos. Para la Naturaleza, no; porque, ¿qué le importa al mundo astronómico que tres astros se pongan en línea recta; es decir, que en línea recta se convierta un triángulo más o menos agudo?

Esto sucederá de continuo en el espacio, sin que ningún astro se asombre por ello; y en nuestro planeta, y en el movimiento de sus átomos, en cada millonésima de segundo, millones y millones de partículas, tomadas de tres en tres, pasarán del triángulo a la línea recta, sin que ningún microbio se asombre ni pretenda calcular estas conjunciones atómicas.

Pero el hombre es como es, y lleva en su cerebro gérmenes de asombros para llenar con ellos la creación entera.

El eclipse iba avanzando, y las conversaciones y las risas entre las gentes del campo no cesaban.

El eclipse no les imponía, ni creo yo que les asombraba más de lo justo.

Pero el eclipse total se aproximaba, y debo aprovechar los últimos instantes para hacer una observación.

He visto muchos eclipses parciales; sólo uno total: este del Desierto de las Palmas que voy describiendo. Y bien: entre cualquier eclipse parcial, por grande que sea, y un *eclipse total,* media un abismo.

De un salto se pasa de un espectáculo interesante, curiosísimo, algo conmovedor, grandioso si se quiere, pero nada más, a un espectáculo verdaderamente sublime, que sobrecoge el ánimo, lo asombra y lo maravilla, y que, si se ha visto una vez, no se olvida jamás.

Cuarenta y cuatro años han pasado, casi medio siglo, desde que presencié el eclipse total de sol en el Desierto de las Palmas, y aun me parece que lo llevo grabado eternamente en los ojos.

Porque, al desaparecer el último punto luminoso del sol, el astro se cambia y brota en el cielo un astro que parece inmenso, y que no tiene semejanza con ningún otro astro de los que esmaltan la bóveda del firmamento.

El disco del sol se ha hecho todo él negro, y alrededor ha brotado instantáneamente una aureola inmensa de rayos de luz, que imita en escala sublime la que rodea la cabeza de los santos en los altares.

Es una especie de estrella inmensa, cuyo centro es negro, y que está rodeada por un admirable nimbo en forma de rayos de luz.

Es una mezcla sorprendente de luz y sombra, destacándose en un cielo de azul muy oscuro. Es como un sol estupendo al cual le hubiera agujereado de parte a parte una gigantesca bala de cañón. Es algo, en suma, de una gran sencillez y de una inexplicable sublimidad, que no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma, y que, por desgracia, pocas veces logra verse.

En el momento de presentarse aquel astro en el cielo, todo quedó en silencio: un silencio profundo en la Naturaleza y en las gentes. Las del campo callaron sobrecogidas: ni más conversaciones ni más risas; parecía que la visión apocalíptica del astro nuevo les había robado la voz y hasta el movimiento; no había más que ojos para mirar, y hasta creo que se paralizaban los latidos del corazón.

¡No perder nada de aquel espectáculo, aprovecharlo

todo, hasta el último segundo de tiempo! ¡Era la suspensión de todos los sentidos; cada retina había quedado clavada en el espacio, en el mismo punto en que le sorprendió el eclipse total!

Todos éramos de piedra: piedras chiquitas que miran inmóviles a una piedra redonda y muy grande que pasa delante de un luminar.

En aquella temporada, es decir, en aquellos meses, vi yo muchas cosas muy grandes, muy hermosas y, sobre todo, muy nuevas para mí: París, Londres, Italia, los Alpes, los espectáculos más asombrosos de la civilización moderna y de la Naturaleza; pero nada, absolutamente nada me produjo la impresión sublime de aquel eclipse total.

Llegó al fin el término del eclipse total. Apareció un punto, sólo un punto de luz en el disco solar por uno de sus bordes, y como por arte de encantamiento desapareció la maravillosa aureola y sólo quedó la mancha negra.

El drama astronómico había llegado a la cumbre, y empezaba a decrecer el interés.

El público de nuestro teatro hubiera silbado tal vez la obra celeste.

No es ésta la estructura que le gusta: pretende que las condiciones dramáticas vayan en escala y ascienda sin cesar el interés hasta el último instante.

Colocar la escena de más intensidad estética en el centro del drama, y desde ella ir descendiendo hacia el fin, es correr el peligro de que la obra no guste.

Pasaron ya los tiempos de *El tanto por ciento*, en que la máxima intensidad está en el penúltimo acto, y el último es un desenlace sencillo y natural.

Pero la Naturaleza se preocupa poco de lo que piensen o sientan sus espectadores; dijérase que los desprecia soberanamente.

Ella es lo que es; tiene sus leyes eternas. En las montañas tiene picachos, y todo alrededor la montaña desciende. En cambio, los volcanes terminan en punta de

fuego. Eso quiere el público: que los dramas terminen en punta de fuego, y perdóneseme la comparación.

***

Desde que la aureola desapareció, cesó el silencio de los espectadores y el recogimiento religioso: los comentarios, las conversaciones, las risas, volvieron como al principio.

Yo mismo ya no sentía gran interés por el espectáculo; estaba deseando que concluyese para marcharme. Otro tanto le sucede al público muchas veces en los estrenos de obras dramáticas.

Yo estaba impaciente. Volví a pensar en mi viaje, en el tiempo que necesitaría para regresar a Castellón, en cómo encontraría a mi mujer, y temblaba pensando en que pudiera estar peor; la palabra cólera sonaba en mis oídos de nuevo, y a cada momento consultaba el reloj.

Acabó el eclipse; empezaron a retirarse los espectadores, y yo, sin despedirme de los astrónomos por no perturbarles en sus trabajos; sin mirar, por curiosidad siquiera, en dónde estaba el duque de Montpensier, decidí marcharme también.

Sólo aquel día, en aquel momento, en los breves instantes de un eclipse, he visto al hijo de Luis Felipe de Orleans.

Por entonces, ni él me conocía, ni sabía siquiera que yo existiese.

Después, andando el tiempo, ya lo supo, y por su secretario particular, y discípulo mío, Bruno Moreno, me mandó una afectuosa enhorabuena. Pero jamás nos vimos ni cruzamos en esta vida una sola palabra.

Cruzamos, sí, nuestro pensamiento, por medio de tercera persona, algo así como embajador plenipotenciario, sobre cuestión política de trascendental importancia, para él sobre todo, más que para mí.

Y con su representante diplomático celebré una en-

trevista *misteriosa* y *pública,* de que daré cuenta a mis lectores en momento oportuno.

Terminó, como decía antes, el eclipse; monté a caballo, y prescindiendo del guía, porque yo tengo buena memoria topográfica, y abrigaba la seguridad de que no había de perderme, salí del Desierto de las Palmas, y al trote unas veces, y otras a galope, cuando el terreno lo permitía, bajé la ladera en busca del llano de Castellón.

Bien hice en darme prisa, porque media hora después mi mujer y yo tomamos la diligencia que había de conducirnos a Valencia.

Bien hice en darme prisa, repito, que fácilmente hubiera podido perder el prosaico vehículo; prosaico e incómodo, pero salvador.

Aquella noche de viaje fué muy angustiosa: mi mujer no estaba peor, pero tampoco estaba buena; el interior de la diligencia, que es en el que íbamos, estaba repleto; los compañeros de viaje no hablaban más que del eclipse y del cólera, mostrando todos desmedido terror y aprensiones peligrosísimas para el que se hubiera declarado enfermo.

Yo ni me atrevía a preguntar a mi mujer cómo seguía, por no alarmar a nuestros medrosos compañeros, y toda la noche fuí forjando en la imaginación complicaciones y catástrofes, que terminaban por obligarnos a bajar a mi mujer y a mí, abandonándonos en la carretera.

Afortunadamente, nada de esto sucedió.

Con el día llegamos a Valencia, y entramos en la fonda que, si no recuerdo mal, se llamaba de Vilarrasa.

Día de ansiedades, que pasó pronto, sin contrariedad alguna ni el menor entorpecimiento.

Todo *como una seda;* por algo estaban cerca de Murcia y Alicante los países de la seda.

El puerto *no se cerró,* aunque los casos de cólera menudeaban y no terminó la semana sin cerrarse.

Mi mujer se puso mejor, desapareciendo casi mi más cruel ansiedad.

El vapor de las *mensajerías imperiales* había llegado.

Habían llegado los tres alumnos de la Escuela de Caminos, con los que tenía que ir a visitar el gran túnel de los Alpes. De suerte que, a la una o las dos, nos embarcamos todos alegres y esperanzados.

¡Ver París, ver Londres, recorrer la Italia, penetrar en las entrañas de los Alpes con las nuevas perforadoras; y para hacer boca, haber empezado por un eclipse total de sol!

A mi edad y con mis ilusiones, el programa era admirable.

Aunque el bueno de don Calixto Santa Cruz me había hecho perder, con sus escrúpulos y rectitudes, una fortuna, casi le perdoné el daño, que era enorme, por el placer que me proporcionaba nombrándome para tan apetitosa comisión.

Sí, nos embarcamos. Y me embarqué yo con más ilusiones y más entusiasmos, si cabe, que Colón al montar sus carabelas.

Yo era un navegante heroico y glorioso.

Iba a descubrir Francia, Inglaterra e Italia.

Verdad es que ya estaban descubiertas cuando yo subí al vapor de las *mensajerías imperiales;* pero también América lo estaba para los indígenas cuando Colón zarpó de Palos.

El no había visto jamás la tierra americana; yo tampoco había visto Francia, Italia e Inglaterra.

Estábamos iguales.

Al pasearme sobre cubierta, debía yo tener aire de triunfador.

Y llegaba al triunfo al través del peligro: cruzando por la *ciudad colérica*, y despreciando al cólera.

¡Mucho me importaba a mí el cólera!

Nunca le tuve miedo, como ya referiré más adelante, si me acuerdo, que sí me acordaré, porque de mis heroicidades no me olvido fácilmente.

Y para estar orgulloso tenía yo otro motivo muy serio.

Iba cayendo la tarde; el vapor se alejaba de Valencia,

trepando por el lomo azul del Mediterráneo; la costa valenciana se perdía a lo lejos, y yo veía que a mi alrededor se aclaraban las filas. Todos se iban mareando y desaparecían de cubierta.

Yo, impasible, tranquilo, paseando con serenidad olímpica, como diciendo: «ustedes se marean, es natural; ustedes son seres vulgares; yo soy profesor de la Escuela, el ser superior».

En aquel momento hubiera podido inventar, si hubiera caído en la cuenta, la teoría del *super-homo*.

Yo no me mareaba, tenía la seguridad de no marearme.

Y mi seguridad se fundaba *en hechos*.

Cuatro o seis años antes, estando de ingeniero en Almería, había ido por mar hasta Cádiz, y luego había pasado la barra del Guadalquivir y había vuelto a Almería, y ni a la ida ni a la vuelta había sufrido ni conatos de mareo.

Con la circunstancia, verdaderamente honrosa para mí, que el tiempo fué malísimo: un temporal deshecho, una tempestad que no le faltó mucho para ser horrorosa. Y la prueba de que no exagero es que no pudimos pasar *el estrecho*, y de arribada forzosa entramos en Gibraltar, donde estuvimos detenidos tres días, sin poder lanzarnos al mar en continuación de nuestro viaje.

Pues, a pesar de todo, vuelvo a repetirlo (las cosas importantes deben repetirse), yo no sufrí el más pequeño mareo.

Luego yo era superior al mar. El mar no me achicaba. El mareo no podía conmigo.

Tenía este convencimiento profundo, y paseaba, con la altivez y la serenidad propias del caso, por la cubierta del vapor en aquella noche plácida de verano.

Dando paseos me encontré con un señor que dijo ser francés.

Él paseaba de popa a proa, yo de proa a popa, y viceversa; y a fuerza de cruzarnos, una vez nos detuvimos y trabamos conversación.

Aquel señor me fué simpático desde luego.

Simpático, por ser francés: mis simpatías por Francia siempre han sido grandes.

Simpático, porque resultó que también era ingeniero.

Simpático, porque, según me dijo, había inventado unas perforadoras; precisamente mi viaje tenía por objeto, en primer lugar, mi recreo y solaz, pero además el estudio de las perforadoras de Mont-Cenis.

Simpático, en fin, porque me hablaba en francés y yo *le entendía;* y en francés, o algo así, le hablaba yo, y *parecía entenderme.*

Realmente, no sé si aquel señor era francés; y me ocurre esta duda, porque muy mal debía hablar dicho idioma, cuando yo le entendía con tanta facilidad.

Ello es que simpatizamos; simpatía de una cubierta de buque, pero simpatía al fin.

Conversamos sobre literatura, ciencias, política y economía, y las horas pasaron deliciosas en aquel comercio intelectual.

Lo único que me chocaba algo en mi compañero de viaje, era su entusiasmo por las *perforadoras* en general, y por las que él había inventado en particular. Porque sépase que él había inventado, por lo menos, una perforadora.

Quizá era una atención que tenía conmigo al enterarse de que el objeto de mi expedición era estudiar las perforadoras de los Alpes.

Los franceses son muy corteses.

Sin embargo, el entusiasmo o la cortesía, o lo que fuese, iba pasando, a mi entender, la línea de lo discreto, para penetrar resueltamente en las regocijadas regiones de lo cómico.

Porque a cada momento, con razón o sin ella, salían a relucir y se intercalaban en el diálogo las interesantes máquinas.

Estábamos hablando, pongo por caso, de las novelas francesas, y de pronto mi compañero se detenía, apoyaba su mano en mi brazo, levantaba los ojos al cielo,

paseaba su vencedora mirada por el mar y exclamaba con arrebato: «Mon Dieu, comme je suis content d'avoir trouvé le perforateur à double action!»

Y seguíamos nuestros paseos sobre cubierta.

Al cabo de un rato, no muy largo, en aquella conversación a *bastones rotos*, como dicen los franceses, y traduciría, en prueba de atrevida independencia, algún modernista intrépido, pasábamos a la guerra de Crimea, y mi nuevo amigo volvía a detenerse, a detenerme a mí, a mirar al Mediterráneo y a la azulada altura, y a exclamar otra vez: «Mon Dieu, comme je suis content d'avoir trouvé le perforateur à double action!»

Y así una y otra y otra vez.

Cada vez parecía «más contento de haber encontrado el perforador de doble acción».

Motivo era, sin duda de ningún género, de cierto regocijo interno; pero, con todo, el regocijo iba pareciéndome excesivo.

Hasta hubo un momento en que pensé si querría tomarme el pelo.

Pero no: era una buena persona, de una gran ingenuidad, y el invento me lo explicó técnicamente. No era una idea portentosa; pero era una idea racional, y acaso útil. Algo parecido he visto después en algunas obras especiales.

Y así pasamos la noche.

El, admirándose cada diez minutos de su invento de *doble acción;* yo, haciendo esfuerzos de cortesía por acompañarle en sus admiraciones y sus entusiasmos.

Al principio, utilicé todas las interjecciones francesas de mi repertorio, que, a decir verdad, no eran muchas.

Después, repetí el repertorio dos o tres veces. Pero el francés estaba *tantas veces* contento con su invención, que no tuve más remedio que acudir a mi propia lengua. Y cada vez que empezaba «mon Dieu!», yo le salía al paso con un «¡ya, ya!... ¡Demonio, y qué invento!»

Dió la una, y nos separamos.

Yo fuí a ver cómo estaba mi mujer, que había experimentado síntomas de mareo y se había acogido a la cámara de señoras, y después me retiré a mi camarote, donde dormí ocho horas, tranquilo, reposado y casi *tan contento* como mi nuevo y simpático amigo, aunque por entonces no había tenido la dicha de descubrir ningún perforador de doble acción, ni siquiera de acción sencilla.

Sólo interrumpí mi sueño dos o tres veces para ir a ver cómo seguía mi mujer del mareo.

El resto de la noche, en un sueño.

Sueño absoluto: la nada; el espacio negro y sin ruidos ni vibraciones; el reposo de la muerte.

Porque los sueños de color, ya verdes, ya de color de rosa, azules o amarillos, son la fatiga y el vivir, con sus agitaciones y sus agotamientos. Los sueños de color de rosa son tonterías de los poetas.

El color del sueño debe de ser negro aterciopelado.

El sueño es negrura y silencio: un coqueteo de la vida con la nada.

¿Estoy viviendo? Pues ya no existo: a dormir.

¿Estoy durmiendo? Pues a despertar.

Y así dormí yo aquella noche.

A las nueve de la mañana desperté, completamente bueno y reposado, como si hubiese dormido en mi cama de Madrid.

Ni sombra, ni conato, ni sospechas de mareo.

Ignoraba todavía lo que el mareo fuese.

Al despertar, oí cerca de mí algo como suspiros ahogados y esfuerzos antiartísticos de bascas angustiosas.

Era uno de los alumnos de la Escuela de Caminos, si no recuerdo mal, Vasconi, que tenía su camarote cerca del mío y que estaba horriblemente mareado.

—¿Está usted malo?—le pregunté.

—Sí, señor, muy malo: yo no llego a Marsella.

—¿Qué tiene usted? El mareo, ¿verdad?

—El mareo, pero espantoso: una noche de agonía. Y usted, don José, ¿cómo está?

—Yo, muy bien—le contesté con tono de vencedor.

—¿No se ha mareado usted?

—Absolutamente nada.

Y yo sentía cierto orgullo.

Después de todo, era natural: por algo existen clases y categorías.

Natural es que el alumno se maree, y que no se maree el profesor.

Lo contrario sería alterar todas las reglas de la sociedad.

Así va hoy la sociedad: hoy por igual se marea todo él mundo; así estamos.

—No, yo no me mareo—insistí—. Ya sabía yo que no me mareaba.

Y me preparé para levantarme.

Pero ¡qué pronto caen las torres!

¡Cómo las vanidades se abaten!

¡Qué castigos prepara la Justicia Suprema en general, y el Golfo de Lyon en particular, a los orgullosos!

XXXIII

El vapor avanzaba, majestuoso, por el golfo de Lyon, importándole poco de lo que pasaba dentro de él en sus cámaras, en su cubierta o en su cala.

¡Adelante!, ¡adelante!, ¡hacia su puerto, hacia su destino, sobre las olas, dando vueltas a su hélice, quemando carbón y escupiendo humo, sin preocuparse de los pasajeros, ni de que se mareasen o no, ni de sus angustias y bascas; «yo voy: allá ellos que se las compongan como puedan!»

Así va nuestro globo terráqueo, si no precisamente por el golfo de Lyón, al menos *por el piélago inmenso del vacío*, como dice el poeta, sin cuidarse tampoco de sus pasajeros planetarios, dejándoles que rían o lloren, que sufran o gocen, que sientan anhelos divinos o repugnantes bascas: esto último sobre todo. Y lo extraño es que los seres superiores, los de más exquisita sensibilidad, son los que más sienten los asquerosos dolores del mareo terrestre.

La imagen me parece exacta, filosófica, y hasta grandiosa, con sus pretensiones de modernista. La antigua y tradicional modestia es *viejo juego* o *viejo molde*. Sí; ¡allá va el mundo dando vueltas, como si todo él fuese una colosal hélice atornillándose en el éter; hélice maciza, a la que le hubiesen cortado las aletas; que por aquí abajo, en la vieja tierra, se recortan y amputan muchas alas. ¡Allá va, no sólo quemando carbón, sino

quemándose todo él!, que toda formación geológica es montón de cenizas; ¡allá va escupiendo humo y fuego por las chimeneas de los volcanes!

Ya está completa la imagen soberana, y descanso. Que el descanso se nos impone *por virtud de la ley*, y estamos en domingo.

En domingo no se puede trabajar por cuenta ajena; es delito que se castiga severamente. Ni por cuenta propia *con publicidad.*

Esta última precaución es estupenda: *¡con publicidad!* Claro; hay que evitar a todo trance *el escándalo* y el *mal ejemplo*, sobre todo en esta tierra de España.

Y, sin embargo, yo infrinjo la ley total y descaradamente. Trabajo en *domingo*, porque en domingo empiezo este capítulo; trabajo por *cuenta ajena*, porque es para *La España Moderna*, donde recibirá *publicidad*, y lo dedico a mi amigo Lázaro; y el mal ejemplo lo da un individuo del *Instituto de Reformas Sociales*. ¡De *molestias sociales!* — dice con su inimitable gracia mi querido y admirado Cávia.

En fin, todo esto es broma, y *si es broma puede pasar; aunque a ese extremo llevada...* ni puede pasar, ni puede tolerarse, como afirma el final de la redondilla. Nunca he comprendido estos versos del inmortal Zorrilla; porque una de dos, *o pasa o no pasa;* ¿cómo si *se la deja* pasar, a modo de broma, *no se la tolera?*

¿Pero adónde voy, ni qué tiene que ver todo lo dicho con mis recuerdos?

¡Cómo se conoce que voy mareado, o que por lo menos *recuerdo un mareo!*

Por lo demás, nada de lo que precede pensaba yo al caminar sobre las olas en el vapor de las mensanjerías imperiales.

Todo esto lo digo ahora recordando aquéllo; es una mezcla de lo pasado y de lo presente: a veces estas mezclas son bodrios, pero a veces son apetitosas.

Por entonces estaba mareado y nada más: y es bastante.

Sí, estaba mareado: ¡qué humillación y qué tormento!

Desperté muy bueno y muy alegre. Me eché gallardamente de la *cama*. He dicho *cama*, y no creo haberme expresado con exactitud. *Cama* era, puesto que en ella había dormido; pero hay matices en el lenguaje, que un académico, como yo soy en la actualidad, aunque indigno, no debe poner en olvido.

Debiera haber dicho que dejé la *litera*.

La dejé, pues, y me puse en pie sobre *el suelo*. Tampoco me satisface esta palabra. *Suelo* es, entre otras cosas, la superficie de la tierra, y aquello era un piso flotante sobre la superficie del agua. ¿Diré *piso* en vez de *suelo*? Tampoco me satisface.

Decididamente no hay para mí manera de hablar y escribir a gusto.

En fin, acudiremos a la geometría. Y en su lenguaje digo que cambié la línea *horizontal* por la *vertical*, lo cual significa que giré *noventa* grados.

Y me sentí *otro*, pero en el mal sentido de la palabra; otro, empeorando terriblemente. Sentí como si todas mis entrañas hubiesen girado, no 90 grados, como el eje de mi cuerpo, sino 180 grados por lo menos: todo cabeza abajo; una verdadera revolución. Ansias repugnantes, un tropel en la garganta, ruidos en la cabeza, vacilación en la vista, contracciones en el estómago, lastimosa serie de vibraciones desordenadas por todos mis tejidos.

— ¿Qué es esto? — exclamé con asombro, sin poder evitar la exclamación.

Y Vasconi, desde su camarote, me preguntó con cierta sorna:

— ¿Qué es eso, don José? ¿Se siente usted malo?

— No, de ningún modo, al contrario — contestéle yo, no queriendo darme por vencido; pero la verdad es que me sentía muy malo, como nunca: eran sensaciones tan nuevas para mí como desagradables.

Y para ocultar mi derrota y ver si con el aire fresco de la mañana pasaba aquel extraordinario malestar, salí

del camarote a trompicones, y dando traspiés, y agarrándome a todas partes, subí a cubierta.

El mareo continuó en escala ascendente, y no me abandonó hasta que llegamos a Marsella.

Si yo fuera literato profesional, y no literato *tardío*, puesto que empecé a los cuarenta años; y de *ocasión*, toda vez que no eran éstas ni mis aficiones, ni la literatura formaba parte de mis estudios y de mi carrera de profesor e ingeniero, de otro modo describiría yo mi viaje.

Habría escrito todo un capítulo que llevara por título *De Valencia a Marsella*, y ¡qué de cosas hubiera observado y hubiera procurado pintar! ¡El mar, el cielo, el oleaje, y mucho más!

Pero ni observé nada, ni recuerdo nada más que el mareo.

El mareo es la enfermedad más humillante, más molesta y más ridícula que padece el género humano, y la que más prueba su pequeñez y su ruindad. ¡Depender el pensamiento de la mayor o menor cantidad de bilis, y de que el estómago esté cabeza arriba o cabeza abajo! El *mareo*, ni tiene la seriedad del peligro, ni la grandeza de la muerte, aunque hay casos de muerte por mareo en algunas personas excepcionales.

Pero, en general, no se mueren los que se marean: se marean, y nada más.

Sufren horriblemente, eso sí; se dan asco a sí mismos y dan asco a cuantos les rodean. Arrojan, o están a punto de arrojar, todas las entrañas: el hígado, los pulmones, el corazón, el estómago y los intestinos. Si no arrojan todo este bodrio, es porque tales menudillos y menudencias se precipitan a la salida de la garganta en tropel, de tal modo, que se apelotonan y no pueden salir.

Sucede lo que a los espectadores de un teatro cuando estalla un incendio: que con tal apresuramiento se agolpan a la puerta, que la obstruyen.

Que de no ser así, los que se marean quedaban en

cinco minutos limpios por dentro de toda clase de porquerías.

Y del efecto moral del mareo no hablemos.

El mareo acaba en la mujer con el pudor; en el hombre, con toda energía y toda dignidad. No hay virtud ni honra con el mareo.

La niña más pudorosa, la señora más respetable, si cae mareada sobre la cubierta del buque, no piensa en cómo quedaron las ropas, ni en si descubren los pies, pongo por caso. Recuerdo el mareo de una malagueña divina, y era grotesco y casi indecente.

El hombre más altivo no puede rechazar un insulto si está mareado en toda regla. Que le llaman perro judío, siendo él gran cristiano, pues se conforma con ser judío y con ser perro; eso y mucho más quisiera ser, con tal de no estar mareado.

¡No conozco acción más deprimente de todas las energías materiales y morales!

Las partes más subalternas del organismo, subalternas en el orden psíquico, se sublevan y desatan, y no pudiendo llegar a la cabeza, llegan al menos a la garganta y zumban en los oídos como diciendo: «Ser orgulloso, rey de la creación, sabio, santo o capitán general y guerrero invicto, no eres nada: yo te arrastro por el suelo, te escarnezco, y te mancho de mala manera; ¡a ver qué haces contra mí con todas tus sabidurías, tus santidades, tus victorias y tus orgullos; contra mí, *modestísimo mareo*, que me limito a empujarte el estómago hacia arriba!» ¡Qué vergüenza, qué horror, qué pena!

Así andaba yo por el buque, como alma en pena: cayendo y levantándome, ya sobre un diván del salón de popa, ya sobre cubierta, tropezando con unos, sin conocer a otros, ni distinguir a las señoras de los marineros: todos eran para mí bultos fantásticos entre tinieblas, humo y vapor condensado.

Y era inútil que huyese del mareo: lo llevaba en mí, como el criminal lleva consigo el remordimiento de su crimen, si es un criminal de la vieja escuela.

Una o dos veces tropecé con el francés de la noche anterior, con el que había descubierto el *perforador de doble acción;* estaba, por las señas, tan mareado como yo mismo.

El ser humano es maligno y goza lo indecible con el dolor ajeno, o, por lo menos, con la ajena humillación. Tuve, pues, la crueldad de decirle:

— Contra el mareo no sirve haber descubierto el perforador de doble acción.

— No sirve, no sirve — me contestó, procurando sonreír.

Lo que prueba hasta dónde llega la galantería francesa: ¡sonreír cortésmente estando mareado! Y yo, que por algo soy del país de los toros, y he votado recientemente en favor de las corridas, o, mejor dicho, del derecho de los toreros a ganarse la vida como mejor les parezca, *recargué la suerte*, agregando:

— A ver si para otro viaje y otro mareo, inventa usted el perforador de *triple* acción.

— También a usted le hace falta inventarlo — me replicó con cierto encono. La cortesía tiene sus límites.

Y seguimos nuestro camino como sombras del infierno dantesco que se encuentran, se detienen un momento y luego pasan.

¿Por qué en los círculos prodigiosos de su *Divina comedia* no puso el Dante a los mareados?

Fué olvido lamentable; ¡hubiera sido el círculo de los seres que sienten asco de sí mismos y huyen eternamente de sus eternas bascas, sintiéndolas siempre tercas y pegajosas en la garganta!

Pues así iba yo de un lado para otro, del salón a cubierta, de popa a proa, y viceversa. Los de tercera clase me pareció que se mareaban menos que nosotros los de primera.

¡Y luego hablan de los privilegios de las clases burguesas!

De cuando en cuando, reuniendo toda mi fuerza, iba

a la cámara de señoras para enterarme de cómo seguía mi mujer.

— ¿Cómo estás? — le preguntaba con voz angustiosa.

— Muy mal — me contestaba —. Yo creo que me voy a morir. ¿Y tú?

— Yo me he muerto hace rato.

Y continuaba mi peregrinación como un sonámbulo.

Yo, que tengo buena *memoria plástica*, no recuerdo cómo era el vapor. De aquellas imágenes sólo me queda una idea: la del *pasamanos dorado* a que *me agarraba* para subir de la cámara a la cubierta. Una de mis virtudes es la gratitud.

El *mareo* es un problema.

No se ha resuelto todavía, aunque se ha intentado resolverlo muchas veces.

¿Cuál es la causa?

¿Es *mecánica*, es *química*, es *biológica*, o lo es todo a la vez?

La *causa primera* parece que es puramente mecánica, mejor dijera, cinemática.

Es un problema de *movimientos relativos*. Nuestro cuerpo, es decir, la envolvente, va por un lado; las entrañas, sobre todo el estómago, van por otro lado. El mareo se inicia cuando las partes internas quieren emanciparse, y la unidad orgánica se rompe.

Es un organismo *unitario*, en que el estómago, el hígado, los intestinos, el corazón, todos los órganos interiores, quieren constituirse en estado federal. Siempre he creído que la federal es un mareo.

Yo experimentaba, entre muchas sensaciones raras y vagas, esta sensación perfectamente definida.

Estaba sobre cubierta.

El buque subía y me subía a mí.

El buque terminaba su oscilación ascendente y comenzaba a bajar: pues a mí me parecía que el piso bajaba más aprisa que yo; yo me quedaba rezagado, en el aire, suspendido, «mantenido en mi impulso no más», como dice Zorrilla.

Y el buque terminaba su oscilación descendente, y al subir me recogía otra vez. Ni más ni menos que cuando se *mantea* a un desdichado.

Yo sufro en el mareo, entre otros mil sufrimientos, todos los que debió sufrir Sancho Panza cuando le mantearon en la venta.

No acabaría nunca de hablar del mareo, porque *lo he practicado* muchísimas veces en pequeños, pero repetidos viajes por mar: de Valencia a Marsella, de Génova a Valencia, de Santander a Socoa, de Santander a Bayona, de Santander a Burdeos, y todos estos trayectos otra vez a contrapelo; y he pasado el Canal de la Mancha en innumerables ocasiones, que referiré cuando llegue el caso, porque supongo que a la posteridad ha de importarle sobremanera la relación circunstanciada de mis viajes marítimos, y no es cosa de privar a las generaciones venideras de noticias tan interesantes como instructivas.

¿Cuánto duró este tormento? No lo sé.

Yo ni comí, ni dormí, ni descansé más, ni conté siquiera las horas.

No recuerdo cuándo llegamos a Marsella, si fué por la tarde o por la mañana; creo que fué *al hacerse de día:* sólo entonces *vi luz.* ¡Bonito juego de palabras!

Y llegamos, y saltamos a tierra.

¡Qué alegría! ¡Qué dicha tan inmensa! ¡Y dicen que en el mundo no hay alegrías! ¡Ni dichas ni alegrías!

Las hay: en las cosas más insignificantes se encuentran.

Pero adviértase que las mayores son las que están precedidas de un dolor, de una molestia, de algo que nos desagrada o nos atormenta.

Yo creo que el placer se mide por *una derivada analítica,* o de ella depende.

Esto no lo entenderán la mayor parte de mis lectores, ni siquiera los modernistas, por avanzados que estén en Estética: yo creo que ninguno de ellos sabe Matemáticas.

Sí; el límite de la diferencia entre dos sensaciones, dividida por la diferencial del tiempo. Algo parecido a esto debe de ser: no puedo precisar los conceptos por no aburrir al lector; pero tengo una idea en germen que acaso desarrolle andando el tiempo, si no va muy aprisa, y me quedo sin poder alcanzarle.

Diré, en términos vulgares, que el placer depende del contraste.

Yo sufro del mareo de un modo horrible; llego a Marsella en tal estado; desembarco, y en el acto, *instantáneamente*, *cesa el mareo*, y cesan sus efectos y molestias. En el intervalo de un par de minutos, paso, sin transición, de estar muriéndome, a sentirme en la plenitud de la vida.

El mareo expulsa energías, o las agota; hace el vacío en el interior; al pisar tierra firme, el trabajo de expulsión cesa, y la vida entra a torrentes en el organismo.

Yo no digo que el fenómeno sea de este modo; digo que la sensación es como si de este modo fuese.

¡Llegar a Marsella; sentir que el armatoste flotante no se mueve, o se mueve muy poco; oír el ruido del ancla; abandonar la cuna infernal a que llaman buque, y *pisar tierra* firme! ¡Qué dicha! ¡Todo me fué simpático en aquel momento!

Por vez primera reparé que venían de Argel en nuestro vapor unos cuantos zuavos: ¡qué aire tan marcial! Sentí hacia ellos cierta atracción guerrera, y se despertaron en mí recuerdos de cuando era niño y jugaba a las batallas con ejércitos de pajaritas de papel, que yo creaba, movilizaba, llevaba al combate y destruía a flechazos, con flechas de caña que hacía en mis arsenales, maestranzas y fábricas de armas.

Andando el tiempo, otro *Zuavo*, el simpático maestro de armas de este nombre, había de ser mi profesor de esgrima y mi amigo afectuoso.

***

El lector, al coger estos artículos, si es que los coge y no se le caen de las manos, que es lo más seguro, buscará probablemente historias de dramas y anécdotas de teatros; ¡pues buen chasco se ha llevado hoy!

En cambio, se ha encontrado descripciones minuciosas del *mareo*, y lamentaciones antipoéticas sobre esta molestia humana, o, mejor dicho, *inhumana*, a que la humanidad que navega está sujeta.

Pero ¿qué más da *mareo* o *drama*? ¿Es que todo mareo no es un drama, o, más bien, una tragicomedia, como la de Calixto y Melibea? ¿Es que todo *drama* no es un mareo, o muchos mareos a la vez?

¿Es que en un estreno no es el estómago el que más sufre, pues sabido es que en trances tales el miedo toma formas gástricas?

Yo he visto más de una vez en grandes actrices y grandes actores, que ya murieron, efectos muy semejantes a los del mareo marítimo, con su desenlace, que llegaba a la garganta del artista antes de que el desenlace del drama llegase a sus labios.

¿Es, por último, que el público, con sus agitaciones, movimientos desordenados o periódicos; sus furores que estallan, y sus estrépitos borrascosos o alegres, no tiene grandes semejanzas con el mar embravecido? ¡Si todo público, benigno u hostil, es *la mar!*

Quedamos en que el público es el Océano, o el golfo de Lyon, para recordar mi caso; el drama, el buque, y algunos de poquísima estabilidad; el autor y los actores, los pasajeros, y el mareo... es siempre el mareo.

De todas maneras, ya llegaremos en estos recuerdos a la plenitud de los dramas y de la vida del teatro; a la plenitud de la política, y de la lucha eterna de los partidos de mi tiempo; a la plenitud de los tiempos modernos, con el modernismo imperante y la transformación de ideas y sentimientos que caracteriza nuestra época.

Tengan por hoy paciencia mis lectores.

Quedamos en que, libres del mareo, y *sacudiéndonos* del buque, desembarcamos en Marsella mi mujer y yo.

Y, una vez en tierra, nos fuimos a una de las mejores fondas, una situada en la célebre Cannebière, si no recuerdo mal, y me parece que recuerdo bien.

Yo, en la vida ordinaria y normal, soy modesto, y hasta económico; pero en los viajes soy espléndido hasta donde puedo, y casi derrochador.

Para economías, y, si es preciso, molestias, el hogar doméstico: ¡para eso se inventó!

Para no reparar en el dinero que se gasta, los trenes, hoteles y fondas.

¡A la mejor fonda, pues, y al mejor restaurant!

Yo, como queda dicho, desembarqué con buenos ánimos y grandes energías.

En los alumnos que me acompañaban hubo de todo.

Don Luis Vasconi desembarcó medio muerto, porque, según costumbre, que no le envidié nunca, el mareo le duraba dos o tres días después de haber saltado a tierra.

Don Manuel Pardo ¡no se había mareado!

Esto me humillaba grandemente.

Marearse el profesor y no marearse el alumno, es casi un atentado contra la disciplina:

Las clases superiores por algo son superiores.

Los grados y las categorías algo significan, para algo sirven y en algo se han de conocer.

Hoy, en que todo anda revuelto; en que los obreros hablan a los emperadores *de tú;* en que las cocineras, al menos en algunos países, y ya le llegará el turno al nuestro, al entrar, a servir unas, las buenas; a sisar otras, no pocas, lo primero que preguntan es qué día les señala la señora para recibir a sus amigas, y qué habitación para darles *el té;* en que la nivelación es general, y el Derecho y la libertad han cedido, o van cediendo, el puesto a la igualdad; hoy, repito, podría comprenderse la falta de respeto de un alumno de la Escuela de Caminos: ¡ver que su profesor se mareaba, y no marearse él! Pero entonces no lo comprendía, y me irritaba el atrevimiento de mi discípulo.

En rigor, hoy no lo comprendería tampoco; porque, o existe la *igualdad*, o no existe.

O se marean *todos*, o no se marea *ninguno*.

¿Con qué derecho no se mareaba él, mareándome yo?

¿Por qué ley, justicia o razón había de tener don Manuel Pardo el estómago más resistente a los vaivenes del mar que su profesor don José?

Esto era una injusticia y una desigualdad patentes, que no sé por qué continúa, y qué será preciso corregir declarando el *mareo gratuito y obligatorio*.

Yo bien sé que los *intervencionistas del Estado* dirán que es preferible dar otra ley prohibiendo el mareo en absoluto; pero es que la *naturaleza* tiene también, en el orden biológico como en el orden social, *sus leyes*, y éstas sí que son inquebrantables.

Por este camino íbame a lanzar a los grandes problemas sociológicos que hoy se agitan; pero no es este el momento oportuno; ya llegará momento y ocasión.

Por ahora me detengo, como me detuve en Marsella, un par de días.

***

Hoy que escribo estas líneas, no será Marsella el puerto admirable, la gran plaza comercial, la ciudad alegre y expansiva, tan alegre y tan regocijada como era cuando yo la vi por primera vez.

Hoy la crisis la abruma y la paraliza: la lucha, el odio, las malas pasiones, el delirio. ¡Qué siglo XX se prepara!

¡O se les prepara a los que hayan de vivir en este siglo de las dos X, como si dijéramos de las dos *incógnitas mayúsculas:* la de la ciencia y la invención, y la del orden o desorden social!

Yo no he de describir la Marsella de aquellos tiempos, porque sería trabajo inútil y enorme pedantería. Diré que me admiró y me encantó; ¡qué vida, qué movimiento! ¡El trabajo y la alegría! ¡El gran consor-

cio fecundo! ¡El del odio y la lucha qué malos hijos engendra!

Como estuve poco tiempo, y como no volví hasta muchos años después, el 89, si no recuerdo mal, mis ideas son bastante confusas.

Allá en las planchas fotográficas de las celdillas cerebrales, sólo dos imágenes quedaron grabadas, y aun las veo, aunque han transcurrido más de cuarenta años; a saber: la Cannebière, de la que dicen los marselleses, como es sabido, que si París tuviese una Cannebière, sería un *pequeño Marsella*.

No diré yo tanto; pero, de todas maneras, es hermosísima: tiene sus relaciones de parentesco con la también hermosa y simpática Rambla de Barcelona.

Este es el primer recuerdo de los dos a que me refería.

El segundo es una estatua de Napoleón III, colocada, si no me equivoco, delante de la Bolsa, en pie sobre el pedestal, de uniforme y con los grandes bigotes engomados y de punta. Por lo menos allí estaba el año 60; no sé si posteriormente la habrán echado a rodar, como echaron a rodar otras columnas y otras estatuas los furiosos de otras revoluciones.

Los grandes personajes corren este peligro: *primero*, que les eleven una estatua, que peligro es, porque en cierto modo les ponen a la vergüenza; y más peligroso, porque después tumban la estatua en un momento de pasión envidiosa o vengadora, que de todo hay.

La humanidad es así, como Dios la hizo o como la deshizo el diablo: se pasan años y siglos elevando ídolos para derribarlos después en el polvo, como el individuo se pasa la existencia forjándose ilusiones y arrojándolas a seguida al olvido y al desengaño.

Yo por entonces estaba en el período de las *ilusiones* y las *esperanzas:* sigamos recordándolas, que soy agradecido, y no las arrojaré nunca ni al olvido ni al polvo. ¿Me proporcionaron un momento de placer, siquiera un momento? ¡Pues para algo sirvieron!

De veras me gustó Marsella; ¡qué simpática!

Era la primera ciudad de Francia que veía, y yo he tenido siempre, y sigo teniendo, grandes simpatías por Francia.

Es una nación prodigiosa, y lo ha sido desde los tiempos de César, digan lo que quieran sus enemigos.

Dicen que copia, reproduce, populariza y pone en circulación moneda que no acuñó: que es una especie de puerto franco.

Es verdad; y, después de todo, ésta es ya una facultad de primer orden: ¡popularizar, extender las ideas, hacer claro lo que es oscuro! El caos ya existía cuando el *fiat lux* le dió forma de luz. ¿Qué vale más: crear nieblas o convertirlas en celajes? ¡Y la claridad francesa es maravillosa! ¡Cuántos soberbios celajes de oro y grana ha esparcido por la historia!

Pero, además, tiene Francia inmensas energías creadoras de indiscutible originalidad.

Negar esto es desconocer la Historia, las ciencias, las artes y todo el desarrollo industrial, especialmente en el siglo anterior.

No es, ciertamente, la única nación que goza de estas altas cualidades, pero ella las posee en grado eminente. No es única, pero siempre está *delante* o en primera línea.

Tiene defectos; pero, ¿dónde está la perfección?

Los individuos, las colectividades, las naciones, como las razas, están llenos de imperfecciones y deficiencias. Todo cuerpo tiene su sombra, desde la piedrecilla hasta la montaña, y cuanto más grandes, las sombras son mayores.

Pero yo he expresado mi opinión, no sé dónde, acaso en estos mismos artículos, sobre la manera de juzgar del valor de los seres y de las cosas. ¡Nada menos: de los *seres* y de las *cosas!* Y si queda alguien fuera de la clasificación, que se queje y reclame.

Yo creo que en toda crítica se debe tomar como elemento activo «lo bueno», y no restar de ello *lo malo*: esto queda aparte para otra cuenta.

El que se considere perfecto, que lo diga y que arroje la *primera piedra.*

Y esto de la piedra me recuerda, ya que de recuerdos se trata, un célebre discurso (célebre en su tiempo) de un hombre político importantísimo, de un general valeroso, de mucho talento, pero de escasa y desenfadada cultura literaria.

Era andaluz, ceceaba marcadamente y tenía gran desparpajo.

Echaban en cara, en el Congreso, a otro general, amigo suyo, ciertas evoluciones políticas o, como entonces se decía, *cambios de casaca*, aunque el interesado siempre conservaba la de general, mejorándola a cada cambio o evolución.

Y decía el general andaluz, que tales cambios ni eran pecaminosos ni eran extraños: que los tiempos andaban revueltos, las opiniones eran indecisas, las luchas apasionadas, las ideas oscuras, y que *todo el mundo cambiaba por necesidad*, cediendo al movimiento general.

¿Dónde está el íntegro, el puro el incorruptible?

— ¿Dónde eztá — exclamaba — *la Magdalena arrepentida que pueda arrojarnoz la primera piedra?*

Esto lo dijo con gran entonación y gran autoridad, y produjo mucho efecto: hasta se aplaudió.

Al calmarse el entusiasmo, cayeron en la cuenta algunos que la cita era un soberano desatino.

El general había confundido la *Magdalena arrepentida* con la *Mujer adúltera;* por lo demás, ni esta última, ni menos la primera, arrojaron ni trataron de arrojar a nadie ni piedra, ni canto, ni la más insignificante china.

El general había hecho una verdadera *ensalada bíblica*, confundiendo ambas mujeres del libro santo, y haciendo que la primera, no contenta con sus liviandades, a la postre, y ya arrepentida, se entretuviese en arrojar piedras a las demás mujeres.

Pues yo, parodiando al simpático y atrevido general, diré: ¿Cuál ha de ser la Magdalena arrepentida que arroje la primera piedra a un individuo o a una nación por

defectos o pecados que en ellos suponga y de que se considere limpio?

*
* *

Mi cariño y mi simpatía por la nación francesa eran y son naturales, además de ser justos; y se explican, por lo demás, fácilmente. Cuestión de las primeras impresiones.

Mi educación científica, artística y social fué hasta los treinta y tantos años puramente francesa.

Después de estudiar latín en la segunda enseñanza, y un *poquito* de griego que mi padre me enseñó, la primera lengua viva que aprendí fué la lengua francesa. La estudié muy mal, porque entonces no se enseñaba bien; pero, en fin, bien o mal, llegué a traducir el *Telémaco*, enterándome de los disgustos de Calipso, y además algunas obras de Aritmética, Álgebra y Geometría.

Después, en toda la carrera, los libros de texto, casi en su totalidad, fueron libros franceses.

Por ejemplo: la Geometría de Vincent, el Álgebra de Bourdon, la Analítica de Biot, la Geometría analítica de tres dimensiones de Leroy: éstos para la preparación. Y luego, dentro de la Escuela, siempre obras francesas, no las traducidas, sino las originales; por ejemplo: los Cálculos de Navier y Duhamel, la Mecánica de Poisson, la Descriptiva de Leroy, el Corte de piedras de Adhémar, la Mecánica aplicada de Navier, las Máquinas de Poncelet, la Conducción de aguas de Dupuit, etc., etc.

Por casualidad estudiábamos alguna Memoria en inglés, o alguna del alemán traducida al francés, y esto en los últimos años.

El francés, y siempre el francés, y autores franceses dominaban en la Escuela de Caminos.

Claro es que me refiero a mis tiempos, a los años del 48 al 54; después se han ido escribiendo obras españolas de mérito y de importancia. No se olvide que éstos son recuerdos.

Y si pasaba de mis estudios oficiales a mis particularísimas aficiones por las Matemáticas superiores, del círculo de los sabios franceses tampoco salía.

Cauchy, el gran Cauchy, uno de los más admirables *genios creadores* de las ciencias matemáticas, el de las funciones imaginarias y de la teoría de la luz, después de Fresnel; Legendre, uno de los primeros fundadores de las funciones elípticas, y el autor de la *Teoría de los números*, obra verdaderamente clásica; Poncelet, el de las propiedades proyectivas; Poisson, el eminente analista; y Chaesles, el eminente geómetra del siglo; y Liouville, autor de tantos trabajos fundamentales y del teorema sobre los números trascendentes; y tantos y tantos autores más, cuya lista no terminaría, pues a capricho y a la ventura cito algunos nombres. Y claro es que no cito sino los que ya murieron.

En mis estudios y mis consultas no salía de los Anales de Terquem, del *Journal* de Liouville, del *Journal* de la Escuela Politécnica, de los Anales de la Escuela Normal y del periódico oficial: *Comptes rendus* de la Academia.

En Física y Química, y en Astronomía, no acabaría de citar nombres ilustres y genios creadores.

Pues en materias literarias no digamos: la atmósfera en que mis gustos poéticos, novelescos o dramáticos respiraban, era todavía francesa. Sin contar los clásicos franceses, que leía por deber y que me imponía a mí mismo para completar mi educación, por placer y apetito devoraba más que leía centenares y centenares de novelas francesas, desde *Nuestra Señora de París* hasta *El judío errante*; todas, todas las que caían en mi poder, buenas, medianas y malas; desde la novela seria y literaria al folletín interesante y desatinado.

Víctor Hugo, Lamartine, Dumas padre, Dumas hijo, Federico Soulié, Balzac, Eugenio Sué y otros innumerables escritores, todos franceses, formaban los dioses mayores y menores de mi Olimpo literario.

Y lo mismo digo del drama que de la novela: desde

Molière hasta Scribe, desde Corneille y Racine hasta los dos Dumas, desde el revolucionario Beaumarchais hasta el último compositor de melodramas para la Porte Saint-Martin, en columna cerrada iban desfilando ante mí escritores franceses en largas horas de la noche, robadas al sueño por el interés dramático.

¿Y qué más? En Economía política no salía de Bastiat, Dunoyer, Say, Molinari y otros economistas ortodoxos; porque ya he dicho que en estas materias yo era y soy católico-ortodoxo y viejo creyente en las leyes eternas de la Economía.

Pues aun para las doctrinas socialistas o anárquicas, a los franceses acudía, leyendo a todo pasto a Blanqui y, sobre todo, a Proudhon, con sus *Contradicciones* y su *Justicia en la Revolución y en la Iglesia.*

En fin, y para no alargar esta enojosa enumeración, en aquella época, para mí el mundo se reducía a dos naciones: España, mi patria; Francia, la patria adoptiva de mi inteligencia y de mis gustos estéticos.

Después, en años sucesivos, he ido ensanchando mis horizontes y mis simpatías y admiraciones.

Hoy admiro a Inglaterra, la patria de Shakespeare, Newton, Taylor, Hamilton, el de los cuaternios, y Maxwell, el genio poderoso; para abarcar lo pasado y lo presente. Admiro la patria de Cobden y de la libertad individual; es decir, la que fué, que lo que es hoy también allí está en eclipse parcial la libertad, amenazando eclipse total, desconsolador y tristísimo.

Hoy admiro a la Alemania y a toda la tierra germánica, cuyo poder intelectual es tan fecundo como prodigioso.

¡Cómo no he de admirar la tierra que ha producido, y vuelvo a mis aficiones, al gran Gauss, al ilustre Jacobi, y modernamente al insigne Weierstrass! La tierra de Goethe, Schiller..., ¡ah!, y ya me olvidaba: la tierra del creador de la mecánica del calor: Mayer! Para revolverlo todo: ciencias y literatura.

Hoy admiro los países escandinavos, y para justificar

mi admiración y mi respeto, basta que cite dos nombres: el del inmortal Abel, el de la periodicidad de las funciones elípticas, y el del moderno dramaturgo Ibsen.

Hoy admiro Italia, a la que siempre admiré; tierra divinamente y eternamente fecunda en todo: en sabios, en matemáticos, en artistas y en inventores.

Hoy admiro, a pesar de los pesares, a los Estados Unidos, con su prodigiosa actividad en todos los órdenes de la vida; ¿cómo no citar a Gibbs y a Edison?

Hoy simpatizo profundamente con nuestros hermanos de Portugal, la patria de Camoens, y donde mis aficiones matemáticas encuentran todavía al respetable e insigne matemático Gomes Teixeira.

En suma: que he llegado a ser cosmopolita e internacionalista en materia de ciencias, literatura y artes.

Pero no por eso han palidecido mis primeros amores por la nación francesa.

La ciencia, la poesía, el arte, tienen esto de bueno: que la poligamia espiritual no es incompatible con la monogamia. Ni los nuevos amores son infidelidades a los antiguos; antes los avivan y excitan.

***

He dicho lo que precede para que se comprenda el estado de mi espíritu al llegar a Marsella.

Llegaba a Francia, pero aun creía estar en mi patria.

Llegaba a Francia como pudiera llegar a Barcelona, que todavía no había tenido ocasión de visitar.

Verdad es que me costaba trabajo entender el francés y hacer que me entendieran; pero otro tanto me hubiera sucedido con el catalán, el valenciano o el gallego, y no por eso dejaban de ser mi patria Cataluña, Valencia y Galicia.

Con estos sentimientos claro es que participo de cierto cosmopolitismo humanitario y científico, que después

se ha extendido mucho, y que es fruto legítimo de la civilización.

Sólo que yo, a pesar de estos impulsos expansivos y generosos, no convertía la generosidad en odio, ni por admirar a Francia renegaba ni renegaré de España.

¿Qué tiene que ver mi admiración por Cauchy, pongo por caso, con el cariño por mi familia? Ni ¿cómo renegar del inmortal Cervantes porque admire a Víctor Hugo?

¿Qué estrechos, qué tísicos deben ser los pechos en que no caben muchos cariños, y muchas simpatías, y muchas admiraciones!

La admiración por las obras ajenas ha sido siempre uno de mis goces predilectos.

¡Cuesta tan poco *admirar*, y proporciona tanto placer! ¡Hasta es un estímulo para la actividad propia! Si existe lo admirable, ¿por qué no he tropezar yo con él? ¡Busquemos, trabajemos, esperemos!

La *admiración*, como signo ortográfico, es uno de los que con más facilidad se emplean. Para la *coma*, para el *punto y coma*, para los *dos puntos*, y hasta para el *punto final*, puede haber dudas y vacilaciones. Para la *admiración*, nunca las hay.

¿Se admira uno de algo? Pues una o dos admiraciones: ¡ah!, ¡oh!, y así sucesivamente.

Pues esto mismo me sucede con las *admiraciones internas* de mi espíritu.

Las coloco a cada paso sin reparo ni disgusto; antes bien: con espontaneidad *admirable*.

Admiro a los sabios, a los artistas, a los literatos, a los oradores, a los inventores, a muchos políticos, a todo el mundo, a poco que lo merezcan.

Mis celdillas cerebrales deben estar plagadas de admiraciones.

Así es que, cuando tengo que citar con elogio a unos cuantos seres humanos por sus obras o sus acciones, la dificultad que encuentro no consiste en escribir nombres y nombres, sino en poner fin a la lista. El *punto*

final, este signo ortográfico, sí que es difícil para mí en semejantes casos.

Porque en seguida me asalta el recuerdo de muchos nombres que he pasado en silencio con injusticia notoria.

Si he citado a *fulano*, ¿por qué no he citado a mengano, que casi vale más?

Y este sí que es para mí verdadero tormento.

Por eso, después de haber escrito tantos nombres de sabios ilustres y de grandes naciones, me asalta un remordimiento: ¿por qué no he citado ningún ruso, cuando hay tantos matemáticos ilustres y tantos escritores de primer orden? ¿Cómo no citar la patria de Tolstoi, de Tourgueneff, de Dostoiewski, por ejemplo? ¡Qué olvido! ¿Acaso no he citado a Rusia porque es desgraciada? ¡No, eso no!

¡No; en ese terreno neutral de la Ciencia, del Arte, de los sentimientos nobles, de las ideas elevadas, no hay ni vencidos ni vencedores, ni japoneses ni rusos! No hay más que hombres: unas veces, grandes; otras veces, locos.

Locos, con frecuencia; quizá mareados. Porque este capítulo bien pudiera titularse: «¡El mareo y la admiración!» Y, entiéndase bien, este título entre *admiraciones*

XXXIV

En Marín (Pontevedra) escribí el capítulo anterior.

En Madrid, provincia de ídem, voy a dictar este capítulo.

Y es el caso que ya no me acuerdo de lo que entonces dije, y temo repetir lo ya dicho.

Fenómeno misterioso es este de la memoria.

Me olvido por la noche de lo que hice por la mañana; nunca recuerdo los días ni las horas de las infinitas juntas y reuniones, que me solicitan y me molestan.

Lo próximo se borra con lastimosa facilidad.

Lo lejano lo veo bañado en luz vivísima.

Si repito algo de lo que dije, que el lector me lo perdone.

Recorría Marsella en todos sentidos, de día en pleno sol, y de noche recorría también sus calles principales, viendo en la sombra sus cafés, llenos de resplandores y de gente.

Y yo, encantado, admirado y en mis glorias, como el que navega en un río de vida y de luz..., sin marearse.

Todo y todos me eran simpáticos. Pasaba un individuo cualquiera, y decía yo para mí: «Ese debe ser un matemático, uno de los grandes matemáticos que posee la Francia.» Pasaba otro, y me imaginaba que era uno de los *escritores franceses* cuyas obras yo con tanto deleite saboreaba. El de más allá tenía cara de militar: «Al-

gún descendiente ilustre de los prodigiosos soldados de las guerras de la República y del Imperio», suponía yo, y casi le saludaba con respeto.

Mucho me extrañaba que no saliesen de cualquiera de aquellos cafés tan resplandecientes Cauchy o Dumas a saludarme: «¡Hola!, ¿usted por aquí?»

Claro es que jamás sospecharon, ni el inmortal matemático, ni el fecundo, interesantísimo e ilustre novelista, que yo existiese sobre la superficie de la tierra; pero ¿qué importa? El sol no conoce a todos los que le miran y viven de su luz, como se ha dicho hace mucho tiempo, y yo repito porque viene al caso y porque las alabanzas a los muertos nunca pueden ser adulaciones.

A los muertos se les puede alabar impunemente, sin que padezca la dignidad propia.

Alabar o mostrar simpatía a los vivos ya es distinto: hay que andar con mucho pulso; y aunque se sientan simpatías, y aun admiraciones, hay que moderarlas.

Pero con los muertos no hay peligro.

Un cadáver, ¿qué nos puede dar? Huesos, despojos, cenizas, silencio, ni siquiera gratitud.

Yo no conocía en Marsella a nadie, ni nadie me conocía; con todo eso, me figuraba que todos los marselleses, y todo francés, mejor dicho, era amigo mío.

He vivido siempre, y aunque cumplí los setenta y dos, y camino rápidamente hacia los setenta y tres, aun hoy mismo vivo, *en perpetuo drama interior o comedia*, según los casos.

No hay una circustancia en mi vida, circunstancia grande o pequeña, en que no forje para mi uso interno un drama íntimo, que todo el mundo ignora, y que yo aplaudo o silbo con imparcialidad suprema.

Es una costumbre, un vicio de mi cerebro, una manera de ser.

¿Tengo una alegría?, pues un drama. ¿Tengo una tristeza?, pues otro drama. Y en todos soy yo el protagonista, gallardo, heroico o vencedor.

Yo creo que desde los cinco años empecé a compo-

ner estas pequeñas obras dramáticas en el escenario de mi propia imaginación y para uso de mi propia persona, sin más espectador que mi conciencia, infantil al principio, reflexiva después.

Me parece que en estos RECUERDOS he contado ya varios: recordaré uno de los primeros, y, si ya lo referí, será una *reprise;* tanto mejor: es que alcanzó gran éxito.

Tendría yo unos once años, a lo sumo, y estaba en la clase de Latín.

En el banco que yo ocupaba se inició no sé qué movimiento de indisciplina, que irritó al profesor, don Santiago Soriano, y con voz terrible fulminó esta sentencia: «¡todos los de ese banco, de rodillas!»

Y tuve que arrodillarme. ¡Qué rabia y qué vergüenza!

Era la primera vez que me imponían castigo tan humillante; y fué la última, porque mis padres habían prohibido terminantemente que me castigasen. A mí no me ha castigado nunca nadie, lo digo con noble orgullo y con honrada altivez, ni de grande ni de chico, y como no se den mucha prisa, acabaré mi existencia sin haber sufrido mas castigo directo y oficial que este que voy refiriendo: el de la *clase de Latín*, aquel movimiento único y degradante de aplicar las dos rodillas en el suelo.

¡Una tempestad de ira, de rabia, de ansias de venganza, se desató en el interior de mi pequeño cuerpo!

¡De rodillas! ¡De rodillas, y por culpa ajena!

Por culpa ajena, repito, porque yo he sido siempre dócil, obediente y subordinado.

Subordinado en la escuela, en la carrera, en la política. Siempre he respetado a mis maestros y a mis jefes, ya se llamasen don Santiago Soriano (el profesor de Latín), ya don Manuel Ruiz Zorrilla o don Cristino Martos, los jefes de los radicales y de los demócratas de antaño.

Pues, siguiendo el hilo de mis recuerdos, diré que el rato que estuve de rodillas lo pasé tragándome lágrimas y forjando en mi cerebro un drama terrible de ven-

ganzas tremendas. No venganzas estudiantiles, sino venganzas heroicas, caballerescas.

Yo me figuraba que venía a la escuela a caballo, cubierto de una resplandeciente armadura, como había leído en varias novelas que llevaban los héroes novelescos; porque desde los ocho años leía novelas de todos los géneros y escuelas, principalmente caballerescas: leía, por ejemplo, el *Gonzalo de Córdoba*, de Florián.

Llegaba, digo, a la puerta de la escuela, y retaba a singular combate al profesor; y, como es natural, le vencía, obligándole a ponerse de rodillas.

Todo esto *en serio*, y llorando bajito.

Pues, por ridícula que sea esta costumbre, no la he perdido; todavía al pie de los torreones feudales de mi fantasía he visto acerada armadura y he reñido más de una batalla con más de un crítico de teatros. ¡Pobre ser humano: siempre niño!

***

Más de una historia, novela o drama, forjé yo al recorrer las calles de Marsella.

Por lo menos me figuré, que al salir de Francia, iba a quedar amigo de media docena de matemáticos, otros tantos novelistas y dramaturgos, y algún soldado que otro del Imperio o de la República; porque sépase que en mi interior siempre he tenido aficiones guerreras, y aun he ganado de memoria algunas batallas tan gloriosas como las de Napoleón.

Claro es que ni hablé ni vi a ningún hombre ilustre de Francia, y que mis relaciones no pasaron de los mozos de la fonda, los camareros de los restaurants y algún peluquero que otro, con los que, dicho sea de paso, apenas podía entenderme cuando iba a afeitarme.

Ni en todo el viaje trabé amistad con ningún francés, ni casi me tropecé, cosa extraña, con ningún español.

Unicamente en Marsella vino a visitarme el duque de

Frías, con quien había hecho conocimiento en el vapor durante la travesía.

Era un joven aristócrata, elegante, simpático, de mucha cultura y muy amable. Se enteró, porque yo se lo dije, como se lo había dicho al francés de las perforadoras, del objeto de mi viaje, y por eso vino a traerme una *carta de recomendación* para el general Menabrea, de quien era amigo, y que podía servirme eficazmente, como me sirvió, para facilitarme la visita y el estudio del túnel de los Alpes.

Estos son los únicos recuerdos que conservo de aquel puerto admirable y de aquella riquísima ciudad francesa.

Diré, por si les interesa a los filósofos y en general a los aficionados a los problemas de la Psicofísica, que la *forma de mis recuerdos* es en su mayor parte plástica, mejor dijera geométrica. Tienen mis recuerdos en cierto modo el aspecto de una serie de fotografías sin colores o de colores muy vagos y más o menos borrosos. Son pruebas fotográficas que se quedan en mi cerebro y que puedo consultar al cabo de muchísimos años, treinta o cuarenta o sesenta; así conservo en mis celdillas cerebrales clichés de mi niñez, desde los tres años de edad, cuando iba a Murcia desde Madrid en galera no acelerada.

Veo, por ejemplo, el interior de la galera; a lo lejos unos hombres, y a mi madre asustándose mucho y diciendo: «Son ladrones, no hay duda, son ladrones», y sacando el bolsillo para darles espontáneamente el dinero que llevaba, y que no nos hicieran daño; afortunadamente no eran ladrones, o por lo menos lo disimularon. Serían acaso ladrones que viajaban de incógnito. En todas las clases sociales hay gente modesta.

Así, toda mi vida pasada se compone de una serie de cuadros que conservo y que puedo consultar en cualquier instante.

A tales representaciones pictóricas se unen recuerdos acústicos. También recuerdo muchas frases, muchas pa-

labras de las personas con quienes los sucesos de la vida me han puesto en comunicación.

En suma: que yo llevo en mi masa cerebral, como documentación de mis recuerdos, una serie riquísima, aunque insustancial por tratarse de nimiedades, de planchas fotográficas y de cilindros de no sé qué misterioso fonógrafo. Sí; yo oigo la voz de mis profesores, de mis compañeros, de mis amigos, de los oradores y de los actores.

¡La voz de Castelar, la voz de Martos, todavía las oigo!

Y mi álbum fotográfico todavía pasa ante mí, y todavía resuena mi fonógrafo.

De Marsella no conservo cilindros fonográficos: sólo un confuso rumor.

Vistas, sí conservo.

La visión un tanta vaga, entre vaga y precisa, de una calle muy ancha y muy animada: la Cannebière. Mucha gente, obreros, burgueses, damas elegantes, carruajes de lujo, grandes carros de enormes ruedas tirados por caballos colosales como no había visto ninguno semejante, las notas vivas de uniformes militares, las notas simpáticas de los marinos. Y alrededor de esta calle, otras muchas estrechas, alguna con dos filas de tiendas. Y, al fin, el puerto, cuajado de toda clase de embarcaciones, verdadero bosque de mástiles y chimeneas.

Como punto saliente, sólo veo la estatua de Napoleón III ante la Bolsa.

Me fijé mucho en ella, es decir, en la estatua del emperador, porque el emperador me era muy simpático. ¡Qué remedio, si me era muy simpático! El nunca lo supo, y fué lástima, porque supongo que mi simpatía le hubiera consolado grandemente en el desastre de Sedán.

Me era simpático, a pesar de sus aficiones socialistas y de su golpe de Estado.

Me era simpático, pero no lo decía, pues tales simpatías hubieran escandalizado a mis amigos los economistas.

Me sucedía lo que al joven andaluz que ya he citado otras veces a propósito de las discusiones religiosas del Ateneo.

Decía este notable ateneísta en una mesa del café Suizo: «Yo soy panteísta, pero no lo digo *por mi mamá*».

Pues, a mi vez, recuerdo que yo creía que Napoleón III era un hombre de talento y de sentimientos nobles; pero no lo decía por los economistas.

***

Pasé dos días incompletos en Marsella, y al tercero salimos en el tren de París mi mujer y yo, y los alumnos de la Escuela. ¡Qué viaje tan delicioso!

Ahora viajo con muchas más comodidades; pero entonces viajaba con mucha más alegría.

Me preparaba a pasar la noche en vela, porque yo jamás he podido dormir sentado.

He esperado sentado muchas veces, pero no he dormido ninguna. Para dormir necesito la horizontal.

El velar me molesta; pero en este viaje no me molestó, que la alegría espantaba el sueño, y las ilusiones del porvenir sustituían con ventaja a los ensueños más deleitables, un porvenir de risueños y vagos contornos.

Iba a París: dentro de algunas horas entraría en la ciudad prodigiosa, en la primera ciudad del mundo, y podría comparar la realidad con la imagen que me había formado de la gran metrópoli, a fuerza de leer novelas francesas.

Y al volver a España escribiría otro drama, y éste sí que iba a ser una obra maestra.

Y, además, escribiría una Memoria de Matemáticas sobre algo que me parecía de cierta novedad, y que luego resultó que no lo era.

Además, tenía el proyecto de escribir una Economía Política en forma matemática. Tampoco llegué a escribirla nunca; pero otros la han escrito; por ejemplo, Walras y Jevons.

En suma: que yo viajaba entre alegrías y esperanzas, y admirando los paisajes que, hasta que llegó la noche, desfilaban iluminados por la viva luz de un día de verano, a uno y otro lado del tren.

Yo había viajado algo por España; conocía la hermosa huerta de Murcia, como que en su centro me había criado, y mil veces, desde la elevada torre, había recorrido el horizonte de verdura y las lejanas sierras pintadas de encarnado por grandes manchas de pimientos.

Conocía Alicante y muchos de sus pueblos, y la hermosísima huerta de Valencia.

Había hecho más de un viaje por las faldas de Sierra Nevada, y desde lo alto de la Alhambra había contemplado su prodigiosa y legendaria vega, cantada por Zorrilla.

Por último, había estado varias veces en las Provincias Vascongadas.

De suerte que llevaba en mi memoria paisajes admirables de mi patria, que valen tanto y más que lo que puedan valer los de otras tierras.

Yo, sin pecar de patriotero, creo que en España hay bellezas naturales de primer orden, y mujeres hermosísimas y hombres de talento; y creo, además, que hemos tenido una cocina grandemente gloriosa.

Sólo una nación verdaderamente grande ha podido crear, en el orden culinario, platos como los que ha tenido nuestra cocina, de la que aun quedan restos apetitosos que proclaman un pasado de glorias y hazañas. Los espartanos eran unos bárbaros que jamás tuvieron cocina; Atenas y Roma la tuvieron, pero no como España.

Me parece que me voy distrayendo de la idea principal.

Decía, o quería decir, que a pesar de que había visto en España valles espléndidos y montañas soberbias, las crestas pirenaicas, el austero Guadarrama, los sublimes picos de Sierra Nevada, los cortes gigantescos de las

Alpujarras, así y todo, admiraba en la tierra francesa, que por primera vez recorría, sus ríos, pintorescos y abundantes; su verdura espléndida, que se perdía en el horizonte; las ondulaciones de sus colinas, y el perpetuo jardín que iba atravesando la locomotora.

Aquello no era grandioso, pero era bellísimo, era simpático, eran pliegues sin fin de un manto verde. El verde es el color de la alegría; por eso se dice «darse un verde».

Era aquélla una nota nueva para mí, con matices nuevos; y estas diferencias de matices yo las aprecio al punto, y gozo al sentir los contrastes que existen entre el espectáculo presente y otros espectáculos análogos que mi memoria almacenó en una serie de años.

***

El viaje llegó a su término, y aunque no era corto, no se me hizo largo; al fin llegamos a París.

El París de la realidad correspondía fielmente a la imagen que yo me había forjado con la lectura de novelas francesas.

Era un París admirable; pero ni era superior ni era inferior al que yo tenía dibujado en los moldes de mi fantasía.

Fuimos a parar, mi mujer y yo, al mejor hotel que entonces existía en la gran villa; es decir, al más grandioso y más ensalzado en toda clase de anuncios y de guías.

Al gran hotel del Louvre, con su magnífico patio, que la última vez que estuve en París me pareció viejo, pesado y hasta mezquino, pero que la primera vez casi se presentó a mi vista con proporciones monumentales.

Allí tomamos habitación en el último piso; pero en cuartos cómodos y elegantes, con un balcón corrido, que se tendía paralelamente al palacio del Louvre y a la línea de las Tullerías.

Aquella vista me era simpática. Enfrente, en la enorme masa de los dos edificios, al fin de su perspectiva, estaba el palacio del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia; y yo, asomado a la barandilla del hotel, pensaba, con infantil orgullo, que el emperador y la emperatriz y mi mujer y yo, vivíamos frente por frente, *casi éramos vecinos*; privilegio singular que atribuía yo, ya que no a mi mérito, a mi buena suerte.

Y la cosa es clara y hasta matemática: ellos y nosotros vivíamos *en la misma calle*, en la calle de Rivoli.

Ellos *en una acera*, nosotros *en otra;* pues esto era ser vecinos, y si se hubieran corrido al Louvre, hasta hubiéramos podido, a uso de Andalucía, tender un cordel de balcón a balcón con su canastilla volante.

Tantas y tales tonterías, indignas de un profesor de la Escuela, pero naturales en un futuro autor dramático, revoloteaban por mi imaginación; y con esa terquedad de mi cerebro de forjar dramas, comedias y escenas a propósito de toda clase de acontecimientos, ya me figuraba que iba a asomarse la emperatriz Eugenia al balcón de enfrente, y que iba a decirme: «¿Usted por aquí? ¡Cómo me complace ver a un español!»

Hay que advertir que yo no conocía ni de vista a la simpática y hermosísima emperatriz; pero no importa: era española, y la fama repetía que era muy hermosa y muy simpática. Y para forjar historias y escenas estaba yo.

*
* *

No cometeré la torpeza de describir al París de entonces, que era ya muy parecido al París de hoy, porque el emperador Napoleón, con sus grandes inciativas, con su espíritu de soñador y de artista y con sus tendencias socialistas, había reformado el viejo París tradicional, cruzándolo de soberbios bulevares, que son y serán la admiración del mundo, más por su anchura, su línea inmensa, por la luz que los inunda y por la vida

que por ellos circula, que por el mérito artístico de la mayor parte de sus edificios.

Pero ¿es que por ventura, y digan lo que quieran los arqueólogos y los historiadores, hubo bulevares semejantes en ninguna ciudad, ni de Egipto, ni del Imperio babilónico, ni en Atenas ni en Roma?

Yo estoy seguro que todas estas grandes poblaciones se componían de calles sucias, estrechas, retorcidas y enmarañadas.

Edificios aislados, monumentos grandiosos, templos de piedra, calles de esfinges, masas de arcilla, ladrillos esmaltados, pórticos, columnatas, templos, arcos de triunfo esparcidos por unos y otros Imperios, por unas y otras Repúblicas; pero como notas excepcionales en una masa vulgar, pobre, sin higiene y sin belleza.

Esto es lo que yo me figuro, y no es fácil que nadie me convenza de lo contrario, porque se necesitan todos los progresos de la civilización, todos los triunfos de la política, todas las transformaciones del Derecho, para construir un bulevard a la moderna y las grandes ciudades de la burguesía y del capital.

Apunto la idea; que, por lo demás, para ser desarrollada convenientemente, y para poderla revestir de pruebas, necesitaría no unas cuantas cuartillas, sino todo un libro.

En París me detuve pocos días: los puramente precisos para recoger una impresión general.

Siempre, en coche o a pie, recorriendo plazas y bulevares, el viejo París de la tradición y de las novelas, o el París nuevo del emperador, que, con su voluntad soberana, y ayudado por un hombre de extraordinaria actividad e inteligencia, había hecho brotar de entre ruinas.

Visitando febrilmente museos y teatros, recorriendo en todos sentidos el Bois de Boulogne, con las indispensables excursiones a Versalles, Saint-Cloud y Saint-Germain, así pasé unos cuantos días, no muchos, pero bien aprovechados.

Todo a paso de carga: mirar, ver, adherir la imagen a la memoria, y después otra imagen y otra, y así, sin descanso, cuajando el tiempo de recuerdos.

Me encontraba en el mismo caso que aquel inglés que, con su familia, fué a visitar París, y que se presentó una mañana en casa de Víctor Hugo como visita obligada de que más tarde daría cuenta en Inglaterra.

Salió majestuoso y amable el gran poeta a recibir el debido homenaje de admiración, y el inglés le manifestó como pudo, en el francés convencional que usan la mayor parte de aquellos insulares, que no había querido pasar por París sin conocer a una de las glorias de la Francia y del mundo civilizado.

— Entendámonos — agregó —: una gloria literaria; que, como hombre político, me parece M. Víctor Hugo abominable.

Protestó el ardiente republicano, y, picado en lo vivo, quiso entrar en algunas explicaciones; pero el flemático inglés, porque es sabido que los ingleses son fríos y flemáticos, le cortó la palabra en seco, y, poniéndose en pie, en cuyo movimiento ascensional le imitaron su esposa, sus tres hijas y sus dos hijos, dijo, consultando el reloj: «Perdone usted; no puedo detenerme más; tengo contados los minutos.» Y, volviéndose a su esbelta familia, agregó, recordando, sin duda, el programa del día: *A las dos, M. Víctor Hugo; a las tres, el elefante blanco.*

Hizo una reverencia, con toda la dignidad británica, y salió erguido y solemne con la procesión de su familia, dejando al inmortal autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los Miserables*, de *La Leyenda de los siglos* y del *Hernani*, inmóvil y asombrado, como gigante a quien abofetea un pigmeo.

Yo no visité a M. Víctor Hugo: soy tímido en casos semejantes, y admiro desde lejos las grandes montañas y los grandes monumentos; acercarme a ellos me parece gran osadía.

Debo advertir, sin embargo, que tampoco visité al elefante blanco, que, sin duda, ya no estaba en París.

Pero visité, en cambio, el Jardín de plantas, que es, como si dijéramos, la Casa de fieras.

***

Satisfecha la primera curiosidad, y recogida una primera impresión *de totalidad,* por decirlo así, volví a mis deberes profesionales, y empecé a recorrer oficinas y ministerios, buscando noticias y preguntando en una y otra parte sobre la gran obra de la perforación de los Alpes; porque ha de saberse que yo no traía de España ni recomendaciones, ni datos, ni plan de ningún género. Iba a la gracia de Dios.

Habíanme dado en la Escuela un oficio para estudiar, en compañía de tres alumnos de la Escuela, el túnel de los Alpes, y nada más.

Un oficio, unos cuantos miles de francos para gastos de la Comisión, librados provisionalmente, y nada más: «Allá va usted, y compóngaselas como pueda.»

Debo declarar, al venir a este punto, que soy muy torpe para casos como el caso de que se trata.

Siempre me han infundido gran respeto, y casi temor, las oficinas de la Administración pública.

Un portero de ministerio me parecía entonces, y me siguió pareciendo hasta que yo nombré esta clase de funcionarios, algo así como un Júpiter olímpico. Con sus galones y su seriedad, siempre he creído que decían al simple mortal que a ellos se aproximaba: «Y tú ¿quién eres y a qué vienes aquí a molestarme?»

Y si esto me sucedía en España, juzgue el lector de lo que me sucedería en París.

Así es que mis gestiones adelantaban poquísimo: no conseguía ver a ningún jefe, nadie me decía en qué oficina radicaba el dichoso túnel; y, cansado y aburrido, concluí por desconfiar de mis propias fuerzas, y acudí, aunque de mala gana y con mucho recelo, a la Embajada española.

No vi al embajador, ni a tanto llegaron mis preten-

siones; que un embajador, para mí, era por entonces un ser encumbrado en lo más excelso del Olimpo.

Y me sucedió con los embajadores lo que con los porteros de los ministerios: que no les perdí el miedo, o si se quiere el respeto, hasta que contribuí a nombrarlos.

Sin embargo, en la Embajada me recibieron cortésmente, me ayudaron en mis investigaciones y se despejó el horizonte, es decir, se ennegreció del todo; porque al fin supe que el Gobierno italiano se había hecho cargo del asunto, que en París no existían ni planos, ni proyectos, ni estudios, ni radicaba en Francia la dirección de la gran obra; que para visitarla era preciso que me trasladase a Turín, y que el Gobierno piamontés me concediera una autorización a fin de visitar los trabajos, los cuales estaban a cargo de tres ingenieros: Grandí, Gratoni y Somellier.

En suma: era inútil mi presencia en París.

No fué inútil para mi recreo; pero lo fué para mi comisión, aunque no ciertamente por culpa mía, ni por falta de celo, que celo me sobraba, aunque el éxito fuese desdichado.

Me preparé, pues, para ir a Italia, pasando los Alpes como Aníbal y como Napoleón, no por las entrañas de la masa gigantesca, que esto ni Napoleón ni Aníbal, con todo su poder, lo consiguieron, sino subiendo al lomo de la montaña en diligencia, y bajando o cayendo al otro lado en las risueñas llanuras de Italia, según la frase estereotipada.

Pero antes de abandonar a París me ocurrió una idea, una gran idea.

«Dios sabe cuándo volveré a salir de España — me decía a mí mismo —, cuándo tendré otra comisión, cuándo volverán a perforar de nuevo los Alpes y cuándo se inventarán otras perforadoras, a no ser que mi improvisado amigo del vapor de las Mensajerías imperiales realice su proyecto de las perforadoras de doble acción»; y, pensado esto, concebí una idea atrevida.

Paseaba yo por los bulevares, mirando por la séptima u octava vez los mismos escaparates de las mismas tiendas, porque ésta siempre ha sido una ocupación que me ha entretenido mucho, y revolviendo mi proyecto, y mirando sin ver, una tienda de joyas, me quedé inmóvil, hasta que mi mujer me sacó de mi abstracción, diciéndome:

— ¿Qué es lo que miras?

— No miro nada.

— Pues ¿en qué piensas?

— Tengo una idea, una idea atrevidísima (todas mis ideas atrevidas han sido de este calibre).

— ¿Y qué idea es esa?

— Hacer una escapatoria a Londres antes de ir a Italia. Es cuestión de tres o cuatro días, y de muy poco dinero. Esto no forma parte de la comisión, y claro es que corren de mi cuenta los gastos.

Pero asomarnos a Londres, ver lo más notable, visitar el Palacio de Cristal, bien vale la pena de que retrasemos unos cuantos días el viaje a Italia.

Y dicho y hecho. Allí, en pleno boulevard, ante una joyería, quedó resuelto que iríamos a Londres; y al día siguiente salimos, y a las pocas horas atravesábamos el Estrecho.

¡Estrecho! Ancho como un demonio, y más revuelto que el golfo de Lyon, y con sendos mareos para mi mujer y para mí, más formidables que los del viaje de Valencia a Marsella.

Pero éste merece artículo aparte.

A nuevo mareo, nuevo artículo.

Así como así, en las últimas revistas científicas que he leído menudea el problema del mareo. De suerte que esta materia es un recuerdo y es una actualidad.

XXXV

Pasé, como decía en el capítulo anterior, el Canal de la Mancha, y lo pasé por la parte más ancha del Estrecho, que fué una mala idea, fundada en una mal entendida economía, porque una hora más de mareo compensa con exceso la economía de unos cuantos francos.

Muchas veces he cruzado el Canal de la Mancha; ninguna con tanta molestia como la primera, porque de la segunda en adelante siempre pasé el Estrecho por lo más estrecho, es decir, por la línea Calais-Dover.

Pero la vez primera que hice este viaje pagué la novatada.

Siempre se paga la novatada, y quién sabe si en esta existencia lo pasamos tan mal, con tantas penas, angustias y desazones, porque estamos pagando la novatada del existir.

¡La novatada del existir! Me parece que he hecho una frase muy profunda. Un filósofo alemán tendría con ella bastante, desarrollándola convenientemente, para publicar una obra en dos o tres tomos.

Pero volvamos al viaje por el Estrecho. Desde París vinimos en compañía de una familia americana, con quien trabamos amistad por el solo motivo de hablar todos español.

Acompañaba a la familia, o como amigo o como deudo, un joven elegante, refinado y de buena presencia, a

quien debo mencionar especialmente, porque al llegar a Londres fué el protagonista de una escena cómica, digna de figurar en un *vaudeville* disparatado.

El joven se llamaba Luis, y por las bromas que le daban sus compañeros y compañeras de viaje, claramente se deducía que era todo un Tenorio a la americana.

En la travesía, a pesar de sus bríos amorosos, de su elegancia y de su juventud, se mareó de una manera horrible y grotesca.

Se le arrugó el traje, se le desató el nudo de la corbata, cayéronsele lacios los bigotes con prosaicas salpicaduras del mareo, se le descompuso el artístico peinado, se le enturbiaron los ardientes ojos, y resultó todo él el Tenorio más averiado que ha podido imaginar el más realista de los escritores.

No dejaban de burlarse de Luis sus compañeros de expedición, preguntándole a cuántas inglesas proyectaba enamorar; pero no estaba el pobre chico para empresas amorosas.

De mi mareo nada diré, pues fué la segunda edición, notablemente aumentada, aunque no corregida, de aquel otro mareo del Golfo de Lyon.

Al fin llegamos a tierra firme, y en cuanto tomé tierra desapareció el mareo; pero el joven Luis siguió tan mareado como en el Estrecho, y con fuertes dolores de estómago, que fué una complicación más, como demostraron los acontecimientos.

La familia americana, sabiendo que era la primera vez que íbamos a Londres, nos recomendó una casa española, que no era propiamente una fonda, y en que había algo de las costumbres de la familia inglesa y de su recogimiento y severidad.

Aceptamos la recomendación, y todos nosotros fuimos a parar a la casa en cuestión.

Era, en efecto, severa y confortable: las habitaciones, buenas; el servicio, correcto; la señora que estaba al frente, y que era la propietaria, hablaba español como una española; era verdaderamente hermosa, y de unos

treinta años cuando más; vestía con buen gusto y elegancia, y se mostraba amabilísima con toda su familia, advirtiendo que su familia éramos nosotros, es decir, los huéspedes, o, de otro modo, los que pagábamos.

No sé si aquella señora era soltera, viuda o casada; sólo sé que ella mandaba en jefe, que a todo acudía con gran solicitud, que para todos tenía una sonrisa bondadosa, y que su aspecto era señoril.

Lo único malo era la comida, y por eso nunca me fué simpática aquella buena señora, a pesar de su elegancia, sus maneras y su solicitud; una comida detestable, sin jugo, ni gracia, ni sustancia.

Sopas muy cargadas de mostaza y muy claruchas; *rosbif* por activa y *rosbif* por pasiva; ningún plato de huevo, que es una de las grandes creaciones de la creación, y poquísimo pan.

Eso sí, la mesa puesta con elegancia, y ella presidiéndola dignamente, y yo muriéndome de hambre, y a cada nuevo plato de *rosbif* acariciando con ojos feroces la cadena de oro que la patrona, porque para mí ya no era más que una patrona, llevaba al cuello, y pensando que aquel cuello tan blanco y tan esbelto bien podría apretarse con la elegante cadena, con lo cual se daría punto final a la fila de platos de *rosbif* y de dulces agrios, y de copitas de Jerez falsificado.

Entro en estos pormenores, porque para mí la cocina es una de las cosas más esenciales que existen en el universo mundo. Y yo, que no soy rencoroso por carácter, ni olvido nunca una buena comida, ni perdono una comida mala.

Y vamos a parar a la aventura del elegante don Luis, que, por lo enamorado, podría llamarse don Luis Mejía, y por el estado en que llegó a Londres, *el rigor de las desdichas*.

Desde que entró en la casa y observó a la dueña, empezó a lanzarla miradas de carnero moribundo, y todos sus compañeros y compañeras de viaje empezaron a darle bromas.

— Contente, Luis.

— Mira que no estás para empresas amorosas.

— Espera a que se te pase el mareo.

— Rízate otra vez el bigote y ponte camisa limpia.

— ¡Prudencia, Luis, prudencia! Que en Inglaterra es muy peligroso hacer el Tenorio.

Y, en efecto, Luis nada contestaba, porque le seguían los mareos, el dolor de cabeza, las náuseas y el malestar del estómago, que, según decía, íbase acentuando cada vez más.

Lo que pasó después, se supo y se comentó y se celebró con grandes carcajadas.

La escena fué como sigue:

Luis, saliendo de su cuarto todo desencajado y oprimiéndose el vientre, se dió a vagar por los salones y por los pasillos de la casa.

Se encontró a un criado, y en español, y muy bajito, le hizo una pregunta; el criado no le comprendió, porque los criados y las doncellas de aquella casa española no hablaban más que inglés.

Le saludó respetuosamente, y le volvió la espalda.

Siguió el pobre Luis su peregrinación, y repitió la misma pregunta, con mayor angustia, a una criadita inglesa, que tampoco le comprendió una palabra, y que, pronunciando con suma dulzura algunas palabras en inglés, se retiró, dejándole al pobre en la misma desesperada situación.

Continuó cruzando corredores, entreabió una puerta que creyó ver teñida del color de sus esperanzas; pero la voz cascada de una vieja le hizo retroceder.

Hasta que, al fin, vino a su encuentro la dueña de la casa y plantó ante el atribulado mancebo su hermosa figura, diciéndole en perfecto castellano «que los criados le habían manifestado que un caballero de los que acababan de llegar, les decía algo que ellos no comprendían, y que dispensase, porque el único criado que hablaba español había salido».

Aquí de los apuros del pobre Luis.

¿Cómo explicarle a aquella señora, tan hermosa y tan elegante, cuál era su miserable situación y cuáles sus prosaicos deseos y sus angustiosas necesidades?

Cruzar por primera vez la palabra con una dama bellísima para revelarle las tristes consecuencias del mareo, oponiendo a tanta poesía tanta prosa, unir a lo ideal lo grotesco, era humillación y vergüenza, y era comprometer todo un porvenir de ilusiones.

Pero la necesidad carece de ley, como dice el adagio latino *necesitas caret legis*, o, como otros traducen, la necesidad tiene cara de hereje.

Y así, el pobre joven, cediendo a la urgencia del caso, bajando los ojos y sonriendo tristemente, hizo como pudo su confesión.

La señora acentuó la sonrisa, le guió en la peregrinación vergonzosa, y, señalando una puerta que ostentaba una W colosal, se retiró siempre sonriente y, como nunca, discreta.

La historia se supo aquel mismo día, y era de oír cómo todos embromaban al pobre Luis, repitiendo, en formas diversas, esta misma idea:

«Pero Luis, es usted un Tenorio incorregible: apenas llegó usted, y ya hizo usted su declaración a la dueña de la casa.»

Y fué regocijado tema de todas las conversaciones la declaración de Luis.

***

Tuve suerte al llegar a Londres, porque el tiempo era malísimo: el cielo oscuro, una niebla espesa envolviendo la ciudad, las calles enlodazadas.

Y digo que tuve suerte, porque ésta es la nota característica de la gran ciudad del Támesis, y por eso produjo en mí Londres una impresión extraordinaria, quizá más impresión que París. Conocer Londres de otro modo, no es conocerlo.

París es espléndido, alegre, lleno de vida y de luz en el verano, mas era una ciudad a la manera de otras que

yo había visto: muy grande, muy hermosa, lujosísima, resplandeciente, la primera ciudad del mundo, y con todo ello parecida a otras muchas.

Algo en mayor escala, pero respondiendo al mismo tipo.

Yo, de antemano, me figuré cómo sería París, y la realidad resultó en consonancia con la imaginación.

Londres era otra cosa distinta.

Calles que no concluían nunca y en que alternaban grandes edificios de piedra, ya un frontón griego, ya una columnata, con casas de ladrillo obscuro, ennegrecido por el humo, y con otras casuchas miserables, adornadas de innumerables muestras y anuncios de colores chillones, y de pronto la prolongada verja de un parque.

Algunas calles animadísimas, tanto como las de París; otras, solitarias a las doce del día, como calles de una ciudad muerta.

Por ejemplo, la calle en que yo vivía, ¡qué extraña resultaba! No era muy ancha y no se veía ni el principio ni el fin, porque en ambas extremidades se condensaba la niebla.

Entre sus velos, y a lo lejos, se divisaba un pórtico coronado por un frontón, y la piedra, manchada a trechos con ráfagas negras, parecía algo así como una colosal fotografía. El resto de la calle se componía, en sus dos aceras, de casas de ladrillo obscuro, formando dos largas fachadas en que se abrían ventanas cerradas por cristales, todos del sistema llamado de guillotina.

Tras los cristales se adivinaban gabinetes de la burguesía acomodada, limpios y correctos.

Pero lo que más extrañeza me causaba era ver que en una y otra acera se abría delante de las casas algo así como un prolongado foso, en cuyo borde corría una barandilla de hierro, cuya forma cambiaba de una casa a otra.

Aquello me parecía simbólico. La casa inglesa es como una fortaleza: el foso la defendía.

El inglés se encastillaba *at home*, en su casa, y para entrar en ella había que salvar el foso como se salva el de un castillo: echando el puente levadizo.

Los tejados aun eran más extraños: estaban llenos de innumerables tubos de chimenea, cubiertos en la parte superior con caperuzas de arcilla de color muy rojo.

Y como todo esto estaba envuelto por la niebla, el foso y el tejado tomaban formas fantásticas, y me figuraba que en los tejados danzaba un enjambre de monos con gorras coloradas.

Serían los defensores de la fortaleza, que desde arriba se asomaban a ver si alguien era osado a traspasar el foso.

En lo que de la calle se alcanzaba había varios pasos o *crossing*, y en ellos se habían establecido pordioseros con andrajosos trajes de caballeros y señoras; ellos con levitas raídas, ellas con sombreros de paja desteñida y casi deshecha, y unos y otros, sin pedir limosna, marchaban delante del que cruzaba el paso, barriendo el barro o haciendo que lo barría.

Todo este cuadro, que está tomado fielmente de la realidad, lo veo ante mí como hace cuarenta y cuatro años: es de las cosas que se han quedado grabadas en mi imaginación con mayor fijeza.

Durante mi estancia en Londres le escribí una carta a uno de mis amigos, no sé si a Brookman o a Caunedo, y estoy seguro de que la descripción que hoy hago es idéntica en el fondo a la que entonces hice.

***

Los pocos días que pasé en Londres bien los aproveché; vi cuanto pude: desde la Torre de Londres hasta los Parlamentos, desde el Palacio de Cristal hasta la abadía de Westminster, desde el Jardín Zoológico hasta las figuras de cera: todo cuanto traen las guías, todo cuanto yo conocía por las novelas inglesas, incluyendo las orillas del Támesis y los parques y palacios reales.

Era un no cesar de visitar cosas nuevas, es decir, nuevas para mí, que en Londres ya eran viejas, y para muchas de ellas éste era su único mérito.

¡Qué caprichos tan raros tiene la memoria!

Uno de mis mayores anhelos era ver la tumba de Newton, con el célebre binomio grabado en la losa sepulcral.

Y debí ver la tumba y el binomio, y sin embargo, este recuerdo se ha borrado por completo de mi memoria; ni siquiera recuerdo haber visto el sepulcro del inmortal autor del cálculo de las fluxiones y del creador de la teoría de la atracción de los astros.

Debí verlo, indudablemente lo vi; pero no recuerdo haberlo visto.

Y, en cambio, estoy viendo ahora mismo los dos fosos que corrían delante de las casas de la calle en que yo vivía, y las chimeneas, imitando monos de gorra encarnada, en los tejados.

¡Sea usted inmortal para esto, y descubra usted el binomio de Newton, para que borren su divino recuerdo unos tubos de arcilla y unas caperuzas rojas!

Y nada más puedo decir de Londres en este viaje. El Palacio de Cristal, que con ser hermosísimo me pareció menos grandioso de lo que yo me había imaginado, los teatros, que me causaron gran extrañeza; los clowns ingleses, que no tienen rival en el mundo, y el idioma inglés, que en labios de una *lady* es más dulce que el italiano, porque al hablar dijérase que anhelan y suspiran.

Muchas de ellas parecen tísicas poéticas. La pronunciación de este idioma, áspero de suyo, en los labios de las señoritas inglesas es de lo más poético que puede imaginarse.

Y se acabó la expedición a Londres, afortunadamente sin que volviera el buen tiempo, sin ver el sol en los tres o cuatro días que allí estuve, adivinándolo tan sólo a la caída de la tarde, por una mancha rojiza y sin contornos que se difuminaba en la niebla.

Vuelta al Estrecho, vuelta al mareo y vuelta a París.

Del poco tiempo que en esta capital estuve por vez segunda, nada recuerdo importante.

Sí; de mi salida para Estrasburgo tengo un recuerdo, y poco agradable, en verdad. Que perdí en la estación unos botones de brillantes de bastante valor.

Yo no sé si este hecho tendrá importancia para la Historia; pero ¡cuántos hechos históricos hay que no valen mucho más!

Tal vez algún lector de mal carácter la ejerza de crítico implacable con estos artículos, pretendiendo que mis recuerdos ni tienen valor por sí, ni tienen mérito literario, por la forma desaliñada y vulgar en que los voy exponiendo, ni semejantes pequeñeces tienen interés para nadie.

Pero vamos despacio.

Si bien se mira, la vida de todos los seres, todos los fenómenos de la Naturaleza y todas las masas planetarias, están compuestas de pequeñeces también.

Cójase un granillo de arena, y nada más pequeño, más insignificante, más insustancial; y, sin embargo, de granillos insignificantes se componen las soberbias montañas.

Si por insignificante se suprime cada uno de ellos, la montaña desaparece y al ras queda de cualquier arenal.

No es gigantesca, ciertamente, una gota de agua, pero de gotas de agua se componen los océanos; y si porque cada una de ellas nada vale, se suprime una, y otra después, y después otra, y así sucesivamente, los abismos del mar se quedan en seco.

Una integral, diría cualquier matemático, es la suma de diferenciales, pero si todas las diferenciales se anulan, se anula con ellas la integral.

Si, porque cada hecho de los que constituyen la trama de la vida es un hecho vulgar se desprecia, la vida, lo más admirable, lo más profundo y lo más inexplicable, se desvanece en la nada.

De modo que hay que andar con mucho cuidado

en desdeñar lo infinitamente pequeño y en pretender anularlo.

¿Por qué cada una de estas pequeñeces, el grano de arena, la gota de agua, un hecho vulgar de la vida humana, con ser cosas tan mínimas, no han de ser otros tantos centros del Universo?

Yo creo que el Universo es un sistema de infinitos centros, algo así como la sinusoide trigonométrica, en que es un centro cada punto de inflexión, y que tiene centros en número infinito; y apuesto cualquier cosa a que el lector criticón, que encuentre mal mis artículos, no entiende esta última imagen geométrica, lo cual probará evidentemente su ignorancia; y, sin embargo, él mismo será un centro más de la máquina mondiana, y quién sabe si la máquina se desquiciaría suprimiendo este centro u otro cualquiera.

*
* *

Quedamos en que tomé el tren para transportarme a Turín; y de este viaje sólo conservo en los cuadros fotográficos de mi memoria tres o cuatro puntos brillantes; todo lo demás queda envuelto en las nieblas del olvido.

El primer punto brillante, que por desdicha se convirtió en punto obscuro, es el de cualquiera de los tres brillantes que perdí a mi salida.

El segundo es el recuerdo de mi paso por Estrasburgo.

Es una ciudad muy triste; verdad es que llegué de noche y que me marché a las nueve de la mañana.

Sólo recuerdo que me levanté muy temprano y que me fuí a ver la catedral.

Pasar por Estrasburgo y no ver la catedral, hubiera sido pecado imperdonable.

Pero casi no la vi.

Vi con las luces de la mañana una masa enorme; entré en ella, y vi naves envueltas en sombra; por las cris-

talerías entraban las luces del alba, y nada más; pero todo ello grandioso; la nota sublime vibrando en las piedras obscuras y perdiendo sus ondas en las nieblas de la mañana.

Ni vi más, ni tuve tiempo para más.

Recibí una sensación, una sensación vaga de sombras, nieblas, luces del amanecer, bóvedas ojivales y torres muy altas, algo así como gigantes de piedra escalando el caos.

Y de la catedral me marché al tren, que fué dejar a mi espalda un mundo, el de la fe religiosa, las grandes catedrales, las almas que se escapan por las puntas de las ojivas, una civilización que fué; y ante mí la estación del ferrocarril, las barras de la vía, dos líneas paralelas que también hablan de lo infinito, porque en lo infinito dicen los matemáticos que se encuentran; y esta fórmula, siquiera sea simbólica, tiene también su grandeza.

La crítica moderna niega lo infinito, y, sin embargo, lo infinito se encuentra en todas partes: en los vértices de las ojivas, que pugnan por subir y buscan lo infinito en la altura; en las barras paralelas de las vías de hierro, que buscan lo infinito en el horizonte, a ras de tierra.

Lo infinito, al pasar de una a otra civilización, ha descrito un cuadrante.

Y sobre estas barras, la locomotora, monstruo de hierro que corre llevando fuego dentro.

Todas estas reflexiones no las hice antes; de modo que no son recuerdos.

Entonces lo único que me apuraba era el temor de perder el tren.

Me encontraba como aquella familia inglesa que visitó a Víctor Hugo, y de que hablé en una de mis crónicas anteriores. A las seis de la mañana, a la catedral; a las ocho de la mañana, a la estación del ferrocarril.

Y no lo perdí, ciertamente, que yo nunca he perdido ningún tren; verdad es que tomo la precaución de llegar dos horas antes de la salida.

Del tren sólo recuerdo que los coches eran muy cómodos y muy elegantes.

A medida que recorro mi vida, voy cayendo en la cuenta que soy un sibarita. Me gusta comer bien, me gusta viajar con comodidad; pero no creo que ni uno ni otro gusto puedan clasificarse entre los pecados capitales.

Y así hasta que llegué a Basilea; no quisiera equivovocarme, pero creo que fué Basilea; y por si hay error téngase en cuenta que hablo de memoria, y es posible que cometa errores cronológicos o geográficos enormes, o disparatados.

Quedamos para otro capítulo en que llegué a Basilea.

XXXVI

Quedé en el capítulo anterior nada menos que en Basilea, donde terminaba el tren en que yo iba, y donde tenía que esperar dos o tres horas a otro tren, en el cual había de continuar el viaje.

Para matar el aburrimiento de estas dos horas, resolvimos recorrer la población, y, con los alumnos de la Escuela, emprendimos agradablemente un paseo por calles y por plazas, sin dirección fija, sin saber adónde íbamos, sin entender a nadie, y sin que nadie nos entendiese; es decir, en las condiciones más agradables y pintorescas para visitar un país desconocido.

Y el tiempo se nos hizo ligero; pero, aun así y todo, yo tuve conciencia de que se iba haciendo tarde; y, como mi reloj estaba parado, consulté a don Manuel Pardo, el cual me aseguró, después de mirar el suyo, «que teníamos tiempo de sobra».

Seguimos, pues, nuestro paseo, y volví a insistir, al cabo de un rato, en que había llegado el momento de dar la vuelta; mas Pardo, con aquella seguridad que era su nota característica, afirmó de nuevo «que no era hora todavía».

Al fin, yo tuve intuición evidente de que perdíamos el tren, e insistiendo de nuevo, y mirando yo mismo el reloj de mi discípulo, observé que estaba tan parado como el mío.

Volvimos a toda prisa a la estación, y vimos alejarse majestuosamente el tren en que debíamos haber salido.

Dos veces en mi vida, sólo dos veces, y conste bien, porque esto es muy interesante, he perdido el tren, y ninguna de las dos ha sido por mi culpa.

Yo soy puntual, mejor dicho, exactísimo; o aun mejor: me anticipo a las horas y a los acontecimientos.

A las juntas llego con media hora de anticipación; a los trenes, con anticipación de una a dos horas.

Si yo fuera astro, en cuyo caso es evidente que discurriría mucho peor que siendo hombre, por mal que ahora discurra, llegaría a ser la desesperación de los astrónomos, porque me anticiparía en todas las conjunciones, eclipses y momentos de paso.

Tendrían que hacer un estudio muy detenido de la *ecuación* propia de mi movimiento de avance.

Pero como no soy astro, me limito a ser la desesperación de cuantos me acompañan en un viaje, pues no les dejo momento de reposo con mis inquietudes y mis prisas.

Nos quedamos, pues, en Basilea; pero sólo dos horas más, al cabo de cuyo tiempo pudimos continuar nuestro viaje.

Y ¿adónde fuimos a parar?

No lo recuerdo bien: cito de memoria, y no quiero ni corregir ni rectificar ninguno de mis recuerdos.

Creo, porque así *me suena*, no por recuerdo visual, sino por recuerdo *fonético*, que fuimos a parar a un valle muy ancho, por cuyo fondo corría, en un lecho de cantos rodados, un río muy castigado por el estiaje, valle donde habían levantado una especie de fonda o casa de postas.

Me parece que se llamaba aquel sitio *Saint-Jean de Morienne*, y, si no se llamaba así, se llamaría de otro modo: éste es el recuerdo fonético a que me refería.

Y aquí el hilo de mis memorias se rompe, y tengo que saltar a otro momento de mi viaje, en el cual me

veo caminando, en una diligencia, por entre montañas altísimas. ¡Los Alpes! Ni más ni menos que Aníbal o Napoleón.

Y, después de todo, tanto se les daba a los Alpes de Napoleón o de Aníbal, como de mí.

Y vuelve a romperse el hilo, y me veo en Turín, término casi de mi viaje, paseando por una calle hermosa, con arcadas a uno y otro lado, y en el fondo unas colinas pintorescas, a manera de decoración de teatro o de telón de fondo.

Me parece que la calle se designaba con este nombre: «Via di Po».

De toda la calle no recuerdo sino que, bajando por ella hacia el río, a mano izquierda y entre las arcadas, había una fonda, adonde iba con mi mujer cuando llegaba la hora de almorzar o de comer.

Fonda en que se comía admirablemente y con extraordinaria economía.

Sobre todo, recuerdo que servían para entretener el hambre unas tiras muy largas de pan muy tostado, a que daban el nombre de *grissi*, y que crujían deliciosamente al mascarlas.

Todo esto, para algún espíritu superficial, serán nimiedades insustanciales y ridículas, que yo no debiera mencionar, ni aun recordar, y, si las recordaba, debía callarlas.

Y ¿por qué no he de recordar lo que recuerdo?

¿Por qué estos hechos insignificantes, bien ordenados y bien interpretados, no han de servir para el estudio de las grandes leyes de la psico-física? ¡Hechos nos piden los positivistas, y, a luego que los presentamos, los rechazan! ¡Qué inconsecuencia!

Yo no recuerdo cosas de mucha importancia, y esta calle de Turín, las colinas del fondo, las blancas arcadas de la izquierda, la entrada de la fonda, y, sobre el mantel, el manojo de tiras de pan tostado, todo esto lo veo ahora mismo con *recuerdo visual* de notable firmeza. Por algo será.

Además, estos momentos plácidos y tranquilos deben influir notablemente en el equilibrio del ser humano.

¿Quién me asegura que el deleite de hacer crujir aquel pan tostadito no quedó almacenado en el cerebro, y no se transformó, andando el tiempo, en alguna frase feliz de alguno de mis dramas, que a su vez se transformó en entusiasmo y aplauso del público?

No hay como no entender las cosas y tener vista de poco alcance, para desdeñar algo que, por ruindad nuestra, nos parece pequeño y ruin.

Vamos a ver: ¿no es la patata un alimento prosaico, humilde, vulgarísimo, aunque a mí sabrosísimo me parezca?

¿No creerá cualquier espíritu ramplón que la patata no está llamada en modo alguno a grandes empresas, que jamás podrá teñirse con los divinos colores del iris?

Pues recientemente se ha inventado un sistema de fotografía de colores, del cual he dado cuenta en el *Diario de la Marina*, y que se funda en el empleo de la fécula de patata.

No desdeñemos lo que nos parezca pequeño, que pudiera agigantarse al compás que nos encogiésemos nosotros.

No desdeñemos lo que se nos antoja prosaico, que quizá en el fondo de la prosa se agita lo sublime.

Pero sospecho que estoy divagando.

Volvamos a Turín.

*
* *

Dos días dediqué en Turín a visitar las cosas notables de la población y de los alrededores, y no fué trabajo muy provechoso, porque todos estos recuerdos se han borrado de mi cerebro; sólo me queda una fotografía cerebral e incompleta, cuadro cuyas extremidades se pierden en las nieblas del olvido, como las calles de Londres se perdían también en dos manchas de niebla que, cual cortinas flotantes, descendían de la atmósfera.

En este cuadro se destacan, a modo de puntos de luz,

unas cuantas armaduras completas. Y nada más: una fila de armaduras.

Ni sé qué armaduras eran aquéllas — probablemente serían de los viejos duques de Saboya —, ni sé a qué museo pertenecía el salón en que gallardeaban sus reflejos metálicos.

Todo ello es un fragmento de recuerdo.

El presente es como cristal, que recoge imágenes y perspectivas, y el tiempo y el uso lo rompen; y del cristal completo no quedan más que trozos sueltos, que son memorias aisladas, fragmentos de un todo que formó otro presente, y ahora quedan sembrando lo pasado de puntos más o menos luminosos.

Al cabo de dos días hice mi visita al general Menabrea, presentándole la carta de recomendación del duque de Frías.

El general estuvo amabilísimo. Me dió, a su vez, otra carta de recomendación, que casi era una orden, para los ingenieros que dirigían los trabajos: Grandi, Grattoni y Somellier se llamaban.

Advirtiéndome, sin embargo, que, a pesar de la carta, encontraría algunas dificultades para el estudio que yo deseaba hacer, porque sobre las perforadoras habían tomado los inventores privilegio de invención en Francia y en Italia, y, además, querían conservar el mayor secreto hasta no comprobar los resultados que esperaban obtener.

Al despedirme del ilustre general, y sabiendo, porque yo se lo había dicho, mi gran afición a las Ciencias matemáticas, me regaló dos o tres Memorias suyas sobre Física matemática, en que demostraba sus grandes conocimientos sobre la materia.

En Italia, tierra fecunda del genio, siempre ha habido matemáticos insignes; si no estoy equivocado, el gran matemático Lagrange era piamontés.

Y, volviendo muy atrás, diré que el renacimiento matemático en Italia fué verdaderamente admirable. Pero sigamos.

Dejando a mi mujer con una familia para la cual había obtenido eficaz recomendación, me fuí con los alumnos de la Escuela, en un carruaje, a visitar el túnel de Mont-Cenis.

Los dos extremos del túnel eran Modana y Bardoneche; naturalmente, nosotros nos dirigimos a la boca del túnel correspondiente a Italia, que era la parte más adelantada de la perforación, en donde se hallaban ya concluídos los compresores hidráulicos, y donde estaban montándose las perforadoras.

Llegamos, *vimos* al ingeniero, pues sólo uno de los tres estaba en el terreno; y, aunque *llegamos* y *vimos*, no *vencimos*, aunque al pronto creímos vencer.

Pero en esto de las victorias hay muchas ilusiones.

El ingeniero, que no sé cuál de los tres antes citados era, leyó atentamente la carta del general y se mostró muy afectuoso con nosotros, asegurando que no había para mí ningún secreto que guardar. Nos quiso dar albergue, que rechacé cortésmente, y quedamos citados para la mañana del siguiente día.

Yo estaba contentísimo; en todas partes me habían asegurado, en Francia como en Italia, que no conseguiría mi objeto, que ni vería las perforadoras, ni mucho menos podría estudiarlas. Y, sin embargo, el ingeniero me había dado toda clase de seguridades, y me había hecho toda clase de corteses ofrecimientos.

Pero llegó la mañana, y en vez de presentarse a buscarnos el ingeniero en persona, vino uno de su ayudantes en su nombre, diciéndome que su jefe había tenido que salir apresuradamente la noche anterior por una orden del director de la obra; que en su nombre me presentaba las más repetidas excusas, y que él nos guiaría y enseñaría los trabajos de perforación, suministrándonos cuantas noticias pidiésemos.

La estratagema estaba vista: el ingeniero, no pudiendo oponerse de frente a la carta del general Menabrea, había apelado a la estratagema de la fuga.

Paciencia. Había que poner buena cara, y aun era estratégico mostrarse agradecido.

Nuestro guía nos llevó a la boca del túnel, y en él penetramos un buen trecho.

Pero, con ser la obra grandiosa, nada de aquello me interesaba, porque, hasta entonces, la perforación se hacía por los procedimientos ordinarios.

Así es que me detuve, y le dije que, aunque todo aquello me interesaba sobremanera, como teníamos que regresar aquel mismo día a Turín, y el tiempo nos venía muy tasado, lo que yo deseaba ver era las perforadoras.

El hombre pareció contrariado e indeciso; pero le recordé la carta del general Menabrea y las promesas del ingeniero jefe la noche anterior, agregando que, después de todo, las nuevas perforadoras, que seguramente serían muy interesantes y muy ingeniosas, no constituían una invención extraordinaria y excepcional, porque perforadoras pueden inventarse muchas, aunque quizá no fuesen tan eficaces ni tan perfectas como las de los tres ingenieros inventores; y ante mis observaciones quedó perplejo.

Convencido o vencido al fin por mis razones, o para que yo no fuese con la queja al general Menabrea, se decidió a llevarnos a una especie de cocherón, donde estaban los misteriosos mecanismos.

Pero ¡cuánto retraso, cuánto rodeo, qué empeño en enseñarnos, con gran derroche de amabilidad, una multitud de cosas que ningún interés tenían para mí ni para los alumnos que me acompañaban!

El hombre se batía en retirada; pero en una retirada brillante, pues pasaban horas y horas, y al cocherón de las perforadoras, que veíamos de lejos, no llegábamos nunca.

Yo estaba ya nervioso. Traía orden de España de ver las perforadoras, de estudiarlas y de escribir una Memoria sobre la marcha de los trabajos y la manera de funcionar de los mecanismos en cuestión.

Esto último era imposible, porque aun no funciona-

ban, pero podía, al menos, verlos y estudiarlos, y si no lo conseguía, el viaje era inútil, y el dinero que me habían dado para él se había gastado sin provecho alguno, convirtiéndose mi expedición científica en *tournée* de puro recreo.

Volví a la carga, saqué el reloj, le hice observar que apremiaba el tiempo y que yo tenía que emprender el regreso inmediatamente; y de tal modo le asedié, que, al fin, nos encaminamos al cocherón en que tenían guardadas u ocultas las perforadoras.

En él entramos; y la verdad es que casi todas estaban desmontadas, y sólo una parecía completa.

Ante ella me planté, y, como la cosa más natural del mundo, saqué un papel y un lápiz para tomar el croquis del aparato. ¡Era mi venganza! Aquí mi acompañante, sin poder dominar su alarma, me detuvo diciéndome que lo sentía mucho, pero que estaba prohibido tomar dibujos de ningún mecanismo de los que habían de emplearse en la perforación.

Yo le manifesté mi asombro, aunque realmente no estaba asombrado, diciéndole que el ingeniero jefe no había puesto reparo de ningún género a que yo examinase y estudiase los nuevos mecanismos.

Pero él insistió, y yo, entonces, guardando el papel y el lápiz, le rogué que fuera a consultar el caso, en compañía de don Manuel Pardo, con su jefe inmediato, y que yo esperaría la contestación sin insistir en mis propósitos.

Así lo hice, y me quedé contemplando la perforadora bajo la vigilancia de dos o tres empleados que por allí andaban.

Unos veinte minutos tardó en regresar, y yo aproveché el tiempo en aprender de memoria las diferentes piezas visibles de que la perforadora se componía, empezando por un extremo y acabando por otro.

No hice esfuerzo ninguno para comprender su modo de funcionar, concentrando únicamente mi atención en *la forma* y *sucesión* de las piezas.

Una rueda, decía yo de memoria, un resorte, otra rueda, un escape, y así sucesivamente.

Y me volvía a otro lado y repetía para mí la letanía mecánica, y perdóneseme la frase.

Miraba de nuevo el aparato, y comprobaba la serie; y así varias veces, hasta que estuve seguro de no equivocarme en la *lista lineal* de las piezas de la perforadora.

En esto volvió el ayudante, diciéndome que, sin orden superior, le era imposible permitirme sacar el dibujo que pretendía.

Me incliné respetuoso; le di las gracias por sus atenciones; lamenté que el viaje del ingeniero me impidiera despedirme de él, y a toda prisa me fuí a la posada.

Mientras enganchaban los caballos, escribí en un papel, *por su orden*, las piezas que había aprendido de memoria, y con esto tuve ya la seguridad de reconstruir, en cuanto llegase a Turín, el misterioso aparato, que, en verdad, nada tenía de misterioso, ni nunca me lo había parecido.

Nos metimos en el coche, y antes de llegar tenía yo reconstruída la perforadora con bastante aproximación.

La empresa no era, en verdad, difícil, y cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Se trataba de un mecanismo que había de realizar determinado trabajo, que había de ejecutar determinados movimientos, ya continuos, ya alternativos; esto por medio de una serie de piezas, cuya forma aproximada y enlace sucesivo conocía yo de antemano.

No era un problema, ciertamente, como el que realizó Cuvier, reconstruyendo por un hueso la forma y los órganos de un animal antediluviano; pero cada cual hace lo que puede.

Mi problema era un problema sencillísimo, perfectamente definido, y que cualquier aprendiz de cinemática o de mecánica habría resuelto como yo.

Pero, en fin, con ningún mérito, o con escaso mérito,

yo lo resolví, a pesar de la fuga del ingeniero, de los movimientos estratégicos del ayudante y de las prohibiciones del subjefe.

Había ido a estudiar la perforadora, y me la traía en la imaginación.

Había ido a estudiar los compresores de aire, y sabía de ellos lo bastante para escribir la Memoria que luego presenté. ¿Fué legítimo lo que hice?

Yo creo que sí. Porque no falté a ninguna de las prescripciones que me impusieron, ni cometí el más pequeño abuso de confianza.

No me permitían sacar ningún dibujo. *No lo saqué.*

Pero no me habían prohibido mirar, y *miré.*

Tampoco me habían prohibido que pensase en cómo podría funcionar aquel aparato, y ejercité mi pensamiento en campo lícito y honesto.

Por otra parte, mi propósito no era, ni fué, arrebatar al inventor ni su gloria ni su provecho.

Y, por último, yo no iba por cuenta propia, sino por orden del Gobierno español, y no con fines de piratería industrial, sino para instrucción de los alumnos de la Escuela de Caminos.

Era un estudio científico; no era una competencia de privilegios de invención.

Y, sobre todo, no se trataba de la solución de ningún problema sublime ni recóndito.

Una perforadora podía inventarla cualquiera, hasta mi improvisado amigo el del vapor de las Mensajerías Imperiales, que tan contento estaba por haber descubierto la perforadora de doble acción.

***

Llegamos a Turín, y a los pocos días salimos para Génova mi mujer y yo, con el fin de embarcarnos y regresar a España.

En Génova me detuve una semana, y de Génova sólo conservo recuerdos muy vagos.

Una ciudad de calles estrechas, y en cuesta la mayor parte de ellas.

Un puerto admirable, hermosas perspectivas, multitud de palacios, muchos de los cuales visité por dentro evocando históricos recuerdos; sobre todo, el de Simón Bocanegra.

Y, por último, un convite cariñoso y una comida detestable.

Decididamente, mi naturaleza tiene bastantes rinconadas prosaicas; pero yo no quiero pintarme en estos recuerdos más poético de lo que soy.

Cuando tropiezo con alguna buena condición de mi ser, no la dejo en la sombra, sino que la saco a plena luz, y en ella me recreo, y como ejemplo y enseñanza la muestro a mis lectores.

Y asimismo he de sacar a la vergüenza la prosa, las deficiencias, las imperfecciones de la parte mala y vulgar de mi naturaleza.

Hago con mi persona lo que haré con mis dramas, cuando en estos recuerdos los estudie y los juzgue. Diré que es bueno lo que bueno me parezca, si algo me parece bueno, y criticaré sin piedad lo que me parezca malo.

Y es el caso, que de mi estancia en Génova las memorias son lastimosas. Tantos recuerdos históricos, tanta riqueza artística, tantos puntos de vista admirables, y todo esto se ha borrado de mi masa cerebral; y en cambio, conservo vivo, punzante y salpicado de repugnancias y hasta de enojos brutales una comida infernal, que con buen deseo, pero con éxito lastimosísimo, me dió una pobre gente, que hizo lo que pudo, pero que pudo poco y pudo mal.

Es el caso, que yo tenía en la Escuela de Caminos un alumno, al cual llamaré Z, el cual, andando el tiempo, una noche quiso matarme, o al menos lo fingió.

Ya daré cuenta más adelante de esta aventura cómico-trágica.

Este alumno tenía un hermano que era agente comercial de varias casas italianas, y enterado de mi via-

je, y queriendo congraciarse conmigo, escribió a uno de sus corresponsales de Génova para que al llegar yo me visitara y me obsequiase en cuanto pudiera.

Así lo hicieron aquellas buenas gentes, que yo les hubiera querido hallar menos obsequiosos, no por falta de agradecimiento a sus finas atenciones, sino porque así como hay cariños que matan, hay obsequios que están a punto de matar, y que por lo menos molestan o amenazan con formidable indigestión.

Fueron a recibirme a la estación del ferrocarril, me acompañaron a la fonda, y se empeñaron en que comiese un día en su casa.

Como era gente modesta del pequeño comercio, claro es que yo no quise hacerles un desaire, y me presté cual víctima resignada a todos sus obsequios, atenciones y amabilidades.

¡Pero cuánto mejor me hubiera sido ir solo por la ciudad desconocida, por sus calles estrechas y tortuosas, interrumpidas aquí por una escalera de piedra, allá por un rampa que desemboca de pronto en una explanada desde la cual se domina el puerto, o en una plaza con algún antiguo palacio, de aquellos viejos genoveses que disputaban el dominio del Mediterráneo a turcos, venecianos y pisanos!

Pues no, señor; la cortesía y el agradecimiento me impusieron un par de *cicerones*, a saber: el señor de aquella pequeña familia burguesa, y el hijo mayor, reservista, a lo que entendí, y que siempre iba de uniforme; de suerte que yo por entonces crucé las calles de Génova con acompañamiento militar.

Era gente muy buena, muy amable, que se desvivían por complacerme; pero que no vivían en el mundo intelectual que yo vivía, y con los que ni podía hablar de ciencias o de literatura, porque de estas materias ellos no entendían, ni de comercio o milicia, porque ni de lo uno ni lo otro entendía yo.

Mas llegó el día del banquete, día de tormento para mi mujer y para mí.

No quiero ofender a tan honrada y simpática familia, que eran buenos ciudadanos de clase laboriosa; bien al contrario, yo, a través de los años, les estoy profundamente agradecido; pero mi paladar y mi estómago, que son órganos egoístas, prosaicos y rencorosos, recuerdan con horror aquel banquete de Génova, que marcó con sello antipático todo el presente de la vieja República.

Y vamos al banquete. Pero antes tomemos fuerzas.

XXXVII

Quedó aplazado un banquete al terminar el artículo anterior, pero me arrepiento de mis propósitos de describirlo.

¡Pobre gente! Hacía lo que podía, y como sabía y podía me obsequiaba; y yo les debo gratitud, y no les debí una indigestión gracias a las fuerzas digestivas de mi estómago. Esto me estimula a decir algo sobre la cocina.

La cocina es un arte, arte difícil, arte elevado, y en que a veces se llega a lo sublime, así como otras veces se cae en los abismos de lo repugnante y de lo indigesto.

Sí, la cocina es un arte, y, además, es una ciencia; y como en toda ciencia y en todo arte, hay que distinguir el talento, la aplicación, el estudio, el saber positivo, la erudición, de otra cosa que está por encima de esto, y a que todo esto no llega: el genio.

Hay cocineros de nota y reputación y de casas grandes, y aun de palacios reales, que guisan bien, de una manera correcta, y que, además, poseen extenso repertorio: son unos sabios de sartén y cacerola.

Serían capaces de escribir un poema épico; es decir, de disponer un banquete de lujo y de etiqueta, un banquete regio, a ser preciso en forma irreprochable. Pero nada más.

En cambio, una pobre vieja de aldea, un ama de cura, un mocetón de la huerta de Valencia, pueden hacer un plato aquélla, y una paella éste, en que fulgure el genio de la cocina. Como la musa popular y espontánea puede escribir un romance que valga cien veces más, y que produzca más emoción estética, que mil octavas reales, con arte cuadradas a la medida del sillar clásico de solemne monumento.

Este es un tema importantísimo, sobre el cual volveré en otra ocasión, pero en que hoy no puedo detenerme porque fuera alargar mi viaje más de lo justo.

*
* *

Pocos días después salí de Génova, regresé a España, y a mis habituales ocupaciones: desempeñar las clases de la Escuela, dar dos o tres lecciones particulares de aquellas para las cuales me autorizaba el director, leer Matemáticas, leer novelas, pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa, y discursos democráticos en el Ateneo.

A todas estas ocupaciones agregué otra, que se prolongó tres o cuatro meses: escribir una Memoria consignando los resultados de mi visita al túnel de Mont-Cenis, y consignando la descripción de las nuevas perforadoras, tal como yo suponía que podrían ser.

Terminada mi Memoria, y habiendo conseguido de la Dirección un dibujante para poner en limpio las láminas, presenté mi trabajo y con esto terminó la comisión a los Alpes.

La Superioridad la tuvo en su poder más de un año sin decidirse a imprimirla, porque la reproducción de las láminas hacía la impresión muy costosa.

Al fin tomó un término medio: autorizar a la *Revista de Obras públicas* para que la reprodujese en su Colección de Memorias y Documentos, no sé si con alguna subvención del Estado.

Entre unas y otras vacilaciones transcurrieron dos

años, y vino a terminarse la impresión el año 62, época de la Exposición Universal de Londres, donde apareció ya la descripción auténtica de las perforadoras de Mont-Cenis, y aun pude, en un apéndice de mi Memoria, dar la descripción exacta de estos aparatos, descripción que en lo principal y en casi todos los pormenores coincidió con la que yo había anticipado dos años antes.

Con esto hice mi liquidación definitiva con los Alpes, que yo no he vuelto a cruzar más que otra vez, y creo que habrá sido cruz y raya. Entre los Alpes y yo toda comunicación ha quedado interrumpida desde entonces.

*
* *

¿Cómo pasé los dos años que median del 60 al 62?

Pues nada recuerdo de este período que debió ser tranquilo y pacífico, que vale tanto como si dijera que fué muy feliz.

Ninguna gran emoción, pero ningún disgusto de importancia. Un lago de superficie igual, rizado por tenue y manso oleaje.

Se recuerda lo bueno o lo malo, como se ven en la planicie la montaña que se eleva o el abismo que se abre a sus pies.

Pero si no hay montañas ni abismos, la monotonía pacífica no graba recuerdos en las planchas fotográficas de la memoria.

Todos los días, a la Escuela de Caminos, desde las nueve a las doce; todos los días, mis lecciones particulares, desde las dos a las cinco.

Todos los días, lecturas de Matemáticas, desde las cinco hasta la hora de comer.

Algunas noches al teatro, cuando había estreno; si no, al Ateneo, o a la *Revista de Obras públicas*, para oír hablar de librecambio, o de política, o de asuntos del Cuerpo.

Y después de acostarme, una o dos horas leyendo novelas.

Y de este modo un día y otro día, repetición casi de geométrica igualdad, del mismo cliché.

Así es que en este período sólo se destacan dos recuerdos, a saber dos nuevos intentos dramáticos, que fueron: la comedia titulada *Un sol que nace y un sol que muere*, en un acto y en verso, y un dramita muy extraño, medio fantástico medio simbólico, que se tituló *Morir por no despertar*, también en verso y también en un acto.

Ambos se representaron muchos años después, y ambos tuvieron muy buen éxito, sobre todo el primero.

De ambos hablaré cuando llegue el momento oportuno, haciendo el juicio crítico que estos dos ensayos me merezcan.

Hoy he de contentarme con dar algunas ligeras noticias.

Escribí *Un sol que nace y un sol que muere*, y con razón o sin ella, o por espíritu de justicia, o por debilidad paternal, quedé bastante satisfecho de mi obra.

Si todos los escritores en general, y todos los autores dramáticos en particular, tuvieran suficiente franqueza, veríase que la mayor parte de ellos, en su esfera humana, repiten lo que en esfera divina le ocurrió exclamar al Hacedor: *Deus vidit omnia que fecerat et erant valde bona.*

Todo autor dramático tiene la mayor parte de las veces un momento en que su obra dramática le agrada.

Lo que sucede es que a muchos le sigue agradando por tiempo indefinido; y otros, los menos, cambian de opinión, y hasta abominan de sus propias creaciones.

La idea de la comedia a que me refiero, era muy sencilla, y a mí se me antojaba que era poética.

Un joven, el galán de la comedia, yendo de caza, ha visto en un bosque a una joven hermosísima, que huyó rápida al despertar el cazador, que previamente estaba dormido.

El joven se enamoró, como era natural, de aquella

poética visión, que desde entoncns fué para él un ideal divino.

Algún tiempo después se encuentra a la hermana de la joven, que resulta ser una jamona hermosísima, pero al fin y al cabo *jamona*. Un sol espléndido, pero que se inclina a su ocaso, aunque cualquiera, al verla, creería que, más que el sol de la tarde, era el sol de la mañana.

El galán, al verla, cree que aquella mujer es la realización de su ideal, y se enamora de ella perdidamente; es decir, sigue enamorándose, y ella a su vez se enamora del mancebo, no menos perdidamente, y unidos en ardiente amor, van caminando hacia el matrimonio.

Pero la hermanita joven, la del bosque, viene de Granada, y al verla el enamorado comprende que ella es su verdadero ideal, ella es el verdadero sol que nace.

De aquí resultan tristezas, desengaños, dolor profundo para la hermana mayor.

Y todos estos sentimientos los analiza, y sobre ellos filosofa, el padre o el abuelo, o cosa así, de las chicas; no recuerdo el parentesco.

Escribí la comedia en verso y repetí el *Deus vidit*, y, en suma, dicté sentencia favorable a mi obra y me propuse intentar un supremo esfuerzo para llevarla al teatro. ¡Ya es fácil la empresa!

Pero siempre el temor, la vergüenza y la timidez, y quién sabe si algo de pereza, debilitaban mis energías y paralizaban mi acción.

Como en las ocasiones anteriores, en vez de marchar de frente, oculté el cuerpo y acudí a movimientos de circunvalación.

Le di mi comedia a Gabriel Rodríguez para que éste se la diera, sin decirle que era mía, a don Laureano Figuerola, rogándole que se la llevara al celebrado actor don Joaquín Arjona, para quien yo creía haber escrito en la comedia un papel de lucimiento y muy acomodado a sus facultades.

La comedia fué por sus pasos contados a manos de don Joaquín, y de las manos de don Joaquín, por sus pasos descontados, volvió a las mías, con este juicio crítico del insigne actor:

Que la comedia era bonita, y hasta poética; que estaba muy bien escrita, y que el autor tenía relevantes condiciones literarias; es decir, las ordinarias de la ley, lo que todos me habían dicho en obras anteriores, lo que se dice siempre en casos semejantes; pero agregando que tenía poco interés, que era muy pálida y que, en su concepto, no podía representarse. ¡Anda con Dios!

Equivocóse en esto el bueno de don Joaquín, porque doce o catorce años después, o acaso diez y seis años más tarde, se representó en el Teatro del Circo y gustó muchísimo y ganó estrepitosos aplausos.

No me resigné yo con la fatal sentencia, y apelé al juicio de don Aureliano Fernández Guerra, el cual afirmó que la obra era muy buena, que le gustaba mucho y que debía representarse.

Y esto no me lo decía a mí directamente, de modo que sus elogios no eran de pura cortesía. Don Aureliano fué siempre para mí un paño de lágrimas.

Con este triunfo relativo me contenté por entonces, y archivé la obra, esperando mejores tiempos, que al fin llegaron, porque todo llega y todo pasa.

Algunos meses más tarde escribí un drama en un acto, que, como dije antes, se titulaba *Morir por no despertar*.

Había yo leído una novela francesa en que el personaje principal, desengañado o desesperado de amor, se va a un caserón viejo, próximo a la orilla del mar, y en aquella soledad esparce las soledades de su alma, y ante el mar infinito desata las tempestades de su infinito dolor.

Me impresionó esta idea y, a mi modo, combiné un argumento y escribí el drama trágico de que se trata.

Este no se le mandé a ningún actor.

Había hecho tres pruebas: con Romea, con Teodora

y con Arjona, y las tres me habían resultado mal. Así es que empecé y concluí por donde siempre había concluído, mandándole mi obra a don Aureliano Fernández Guerra, que por bondad de carácter o porque realmente no le disgustasen mis obras, siempre las acogía bien y las alababa.

Esta le llamó mucho la atención; dijo que era muy poética, que estaba muy bien sentida, pero que resultaba muy extraña; que sólo a fuerza de sentimiento se podía dar carácter de realidad a una verdadera fantasía, porque el drama era un sueño más que un drama.

Yo, con este juicio, me di por satisfecho, y archivé el drama, en compañía de los dos anteriores.

Es decir: que para aquella fecha, ya había escrito yo cinco obras.

Primero, *La Cortesana*, drama que hice añicos y que arrojé al cesto de los papeles rotos.

Segundo, otro drama, imitación lastimosa del *Hamlet*, que por tamaño delito descuarticé, como había descuartizado *La Cortesana*, esparciendo, ya que no sus cenizas, sus añicos por el viento.

Tercero, *La hija natural*, que archivé cuidadosamente, envolviendo la obra en no sé qué vaga esperanza.

Cuarto, *Un sol que nace y un sol que muere*, que fué al archivo en compañía de la anterior, y al cual tuve siempre mucho cariño.

Y quinto y último, *Morir por no despertar*, que durmió en compañía de sus dos hermanos mayores muchos años, no sé cuántos; acaso diez y seis.

Y suspendí por entonces mis ensayos dramáticos, que no reanudé hasta tres o cuatro años más tarde.

*
* *

Llegó el año 62, y se anunció la Exposición Universal de Londres, y como sin duda al director de la Escuela le remordía la conciencia por el enorme perjuicio

que me había causado impidiéndome salir del Cuerpo y dedicarme a la enseñanza privada de las Matemáticas, me dió, por satisfacerme y compensar su antigua severidad, otra comisión para Londres; pero a mí solo, sin alumnos que me acompañasen.

Yo debía estudiar la Exposición Universal y escribir una Memoria.

Y, en efecto, allá fuí con mi mujer, y resultó la expedición, por lo menos, tan agradable como la de los Alpes.

Pero, como tenía tiempo de sobra, resolví hacer el viaje lenta y cómodamente, como el que saborea un manjar delicado, no engulléndolo de pronto con ansias de glotón, sino poco a poco, y paladeándolo como refinadísimo *gourmet*.

A mí, por entonces, me gustaba mucho viajar; era para mí un encanto, un placer vivísimo; más aún: casi un verdadero delirio.

Desde niño me enloquecían los viajes; durante todo el invierno estaba yo soñando con el viaje a Cartagena, que hacíamos al llegar el verano.

¡Qué dicha, preparar a las doce de la noche la tartana, enganchar la redonda y lustrosa mula, que era la niña mimada de la casa; salir a la una, subir con la fresca el puerto de las Cadenas, andar y andar hasta las doce del día, detenernos las horas de calor en una venta y comer las ricas provisiones que llevábamos, y, a la caída de la tarde, seguir hacia Cartagena, ver ensancharse el horizonte, ver bajar el cielo hacia el mar, sentir la brisa marina, y, como centinelas avanzados, multitud de molinos de viento revolviendo sus alas! Y, al fin, a la caída de la tarde, entrar por las calles de Cartagena y llegar a un callejón donde había muchas tiendas de pescado frito, y, por último, subir a la casa de huéspedes de costumbre, que, con ser muy mala, yo no la hubiera cambiado por un palacio.

Todo esto lo soñaba yo, como digo, una y otra y veinte veces durante el invierno, y, al terminar aquellos

sueños, siempre despertaba en el momento de entrar en la tartana para emprender el viaje. ¡Qué tristeza y qué llantos solitarios y silenciosos entre las sábanas para no despertar a mis padres!

No, estamos en invierno; falta mucho para el verano, gemía yo.

Sí, estamos en invierno; pero han pasado muchos meses; no está tan lejos el verano.

Ha sido un sueño; no hay viaje todavía; pero ya no falta más que un mes.

Faltan quince días.

Faltan ocho días.

¡Mañana, es mañana! Y me parecía percibir el olor de aceite frito del sucio callejón en que estaba la casa de huéspedes. Sensación deleitable y poética a que no ha llegado ninguna otra sensación para mí; sobre todo cuando se combinaba con la impresión salobre de la brisa de mar.

***

Mucho me gustaba viajar cuando niño.

Mucho me gustó viajar cuando joven, y aun después de casado; pero había en los viajes una cosa que me molestaba grandemente.

Pasar la noche sin dormir.

Y no se diga que mi sibaritismo llega a la cama como llega a la comida, y que exijo lecho de plumas y platos regalados.

Ni lo uno ni lo otro.

Como más a gusto un plato español de esos que llaman vulgares y ordinarios, que el manjar más exquisito de la alta cocina francesa o italiana.

No creo que la desdicha del pobre sea fatal y necesaria por no poderse alimentar con trufas *foie-gras* y faisanes, porque afirmo que un modesto cocido, un plato de patatas con bacalao, un plato de arroz o cualquier otro alimento do esta clase, puede ser tan bueno, tan sabroso y tan exquisito como los más aristocráticos manjares.

Sucede en la cocina, como otras veces he dicho, lo que sucede en el Arte: con lo más sencillo, a veces, se llega a lo más sublime; lo más vulgar, se remonta; lo más pretencioso, se hunde, y una frase, prosaica al parecer, encuentra vibración estética y hace sentir y llorar, mientras nos deja fríos y hastiados todo un poema épico, con sus octavas reales por sillares, como decía Martínez de la Rosa.

Y lo que digo de la mesa, digo de la cama, y aun llego en este punto a mayores extremos democráticos.

Al fin y al cabo exijo que la comida sea buena y hasta *inspirada;* en la cama, ni aun esto exijo: no exijo inspiración. Para dormir sólo necesito una superficie horizontal, algo que sirva de almohada, aunque sea duro, y abrigo si es invierno; nada más.

Yo he dormido muchas noches, como referí en una de las primeras crónicas, cuando era niño de doce y trece años, en la acera de una plaza de Murcia, sirviéndome de almohada el escalón de un portal, mientras bajaba a abrir la puerta mi profesor de Matemáticas, don Francisco Alix, y nos preparábamos para los trabajos topográficos de la población.

Y así, a las cuatro y cinco de la mañana, echaba sueños deliciosos sobre la piedra y a la intemperie durante media hora y aun tres cuartos de hora; y esto no una o dos veces, sino durante dos y tres meses del año.

Ni más ni menos que cualquiera de los golfos que hoy nos inspiran tanta simpatía.

Como si no tuviera padre ni madre, que los míos, por de contado, ignoraban estas travesuras de niño soñoliento.

Pero esto me da el derecho de decir que he conocido la vida del pobre, y que no por dormir sobre la piedra me tenía por desgraciado, ni sentía los huesos más molidos que cuando dormía sobre el blando colchón.

Antes bien: el mayor de mis tormentos es un colchón blando; en él sí que no puedo conciliar el sueño.

Yo he dormido sobre los tablones de la cubierta de

un vapor, yendo de Almería a Cádiz, con el saco de noche por almohada, y he dormido durante siete horas seguidas.

Yo he dormido, en mis trabajos de ingeniero, sobre el santo suelo, muchas noches, y muy regaladamente.

Yo he dormido, y creo qne habré sido el único que ha dormido de este modo, en el suelo de una diligencia, entre los pies de mis compañeros de viaje, y dando la vuelta al cuerpo como un perro para no tropezar con el eje de las ruedas, que iba por el interior de la caja de la diligencia.

Este dato es histórico: fué una vez que venía de Talavera de la Reina a Madrid.

Y en el suelo de los coches del ferrocarril he dormido infinitas veces.

Me parece que esto no es sibaritismo.

Pero dirá el lector que, ya que no sea sibaritismo, tampoco tiene condiciones, ni estéticas ni de interés dramático, ni siquiera de interés cómico, para comunicárselas al público.

Pues yo afirmo lo contrario: que estos hechos, vulgares, prosaicos, insustanciales al parecer, importan mucho a la higiene, a la sociología, al problema de la miseria y a las más intrincadas y arduas cuestiones del orden social.

Porque, al fin y al cabo, yo no he sido nunca, a Dios gracias, y en buena hora lo diga, pobre de solemnidad: he pertenecido a una familia, no rica, pero sí acomodada; he gozado prácticamente de algunas comodidades, si no de grandes lujos, y cuando ha llegado el caso, he sufrido las molestias, que para mí no lo eran, y que parecen caracterizar la miseria.

Mejor dicho: las he experimentado, no las he sufrido, porque no he sufrido con ellas ni han constituído para mí desgracia ni dolor.

Y estos hechos prácticos me prueban que se exageran mucho las necesidades sociales en las dos principales de la vida: comer y dormir.

Para comer, basta muy poco; para dormir, basta menos, y lo demás, más se exige por vanidad o por envidia que por verdadera necesidad.

Se quiere gozar de lo que otro goza, suponiendo que goce, que esto no está probado, y no porque tales goces constituyen verdaderas exigencias del organismo, sino que, más bien, son rabietas y pataleos del orgullo y de la envidia.

Sobre este tema podría yo disertar ampliamente, no en forma retórica, ni con ejemplos fantásticos, ni con teorías *a priori*, sino con hechos positivos y con pequeñas escenas en las que yo he sido el actor, y de cuya exactitud, por lo tanto, respondo por mí mismo y no por referencias.

¿Se va enterando el lector displicente de que todo esto que digo constituye datos de importancia en la cuestión social?

Porque, al fin y al cabo, yo soy un hombre más o menos modesto; pero perteneciente a la esfera intelectual, y aun a la esfera artística; y para vivir con vida tranquila y con toda la felicidad que es permitida a la raza humana, no he necesitado ni lujos ni refinamientos, ni el lujo ni el refinamiento ajeno me han pintado nunca de amarillo el cristal de los ojos.

Pero sospecho que me voy desviando de mi objeto, y que a este paso nunca llegaré a Londres ni podré recordar las maravillas que vi durante la célebre Exposición internacional del año 1862 en el palacio de Kensington.

Emprendamos, pues, el viaje; pero viajemos por pequeñas etapas para no hacer nunca noche en el camino y poder descansar el cuerpo sobre un plano horizontal, y poder cerrar los ojos con descanso íntegro de todo el organismo.

Para *dormir*, basta la horizontal.

La vertical, para *vivir*.

Y en los crepúsculos, menos que una butaca: un banco.

XXXVIII

Emprendí, como decía en el capítulo anterior, mi viaje de Madrid a Londres por etapas, combinando horas y trayectos de manera que nunca había de hacer noche en el camino.

El primer trayecto fué hasta Valladolid, y en Valladolid me detuve dos días, visitando, entre otras cosas, una casa de dementes en que estaba hacía muchos años un lejano pariente de mi familia. Era deber piadoso.

Y como fué la primera casa de locos que visitaba produjo en mi espíritu gran impresión: triste, dolorosa y dramática, mezclada con notas cómicas, todas crueles.

¡Quién sabe si en la casa de dementes de Valladolid estaba el germen de algo que me sirvió mucho después para escribir la escena de los loqueros de mi drama *O locura o santidad!* Los gérmenes se van sembrando, y más tarde brotan.

Es el único recuerdo recogido en aquel viaje que conservo de la simpática ciudad castellana; después la he visitado muchas veces.

En la segunda etapa llegué a Burgos, y también me detuve dos días, visitando, entre otras cosas, como era de rigor, su admirable catedral, encaje de piedra, y acaso única en el mundo. También fuí a las Huelgas, y

aquí la memoria no me da más que una impresión: sombras blancas pasando tras una gran reja.

Las demás sensaciones convertidas en recuerdos se refieren a la fonda en que paré, la cual fonda estaba situada enfrente de un *cuartel,* y a una sala que nos servía de alcoba, tan sobria de adornos como de muebles, con piso de madera y dos balcones, que daban, como he dicho, al cuartel de enfrente. Mucho frío en esta alcoba por las mañanas y al acostarme, y mucho frío en el espolón al caer el día.

Mecanismo extraño es este de los recuerdos: no son las cosas más dignas de ser recordadas las que mejor se recuerdan.

Lo grande, lo hermoso, lo artístico, se borra muchas veces al poco tiempo, como figuras trazadas en un encerado sobre el cual se pasase una esponja.

Y, en cambio, objetos insignificantes, vulgarísimos, que no nos interesan ni nos han interesado nunca, quedan grabados como si en el encerado hubiera mordido un cuerpo duro.

Yo no recuerdo de la catedral más que sus líneas generales, y estoy viendo en este instante el piso de madera encerada de mi alcoba, los dos rectángulos de luz de los dos balcones, y por ellos el cuartel que hacía frente a la fonda.

En la tercer etapa fuí a parar a San Sebastián; pero como en San Sebastián he estado después muchísimas veces, los nuevos recuerdos a este primer recuerdo se superponen, y ahora tengo ante mi vista el San Sebastián de hoy, que debe ser muy distinto del que vi la vez primera.

En la cuarta etapa llegué a Burdeos, y Burdeos produjo en mí gran efecto, más efecto aún que Marsella; pero de esta primera visita a una de las más ricas ciudades de Francia conservo una nota desagradable, que, dados mis gustos culinarios, era para mí nota importantísima, y que resultaba por todo extremo desafinada: y fué que comí muy mal. Desgracia fué, porque ya sé

que en Burdeos se come muy bien, y muy bien he comido en otros viajes. Pero esta vez no pude comer peor.

No hay que decir si se desatarían en el interior de mi ser tempestades de enojo.

Ser una de las ciudades más notables de Francia, rica, comercial, espléndida, con sus grandes avenidas, con su soberbio teatro rodeado de monumentales columnatas, con la fila interminable de sus muelles, con su hermoso puente de hierro, por aquel tiempo notable entre los ingenieros por sus trabajos de fundación, con su ancho y oscuro río cargado de naves, con sus hermosas tiendas, con el hervidero de mujeres bonitas, robustos marineros y burgueses afanados en sus asuntos y negocios... ¡Tanta riqueza, tanto lujo, tanta esplendidez, y con todo esto no ser capaces las fondas bordelesas de darme una comida mediana! ¡Y siendo, como era, la primera vez que me dignaba visitar aquel centro poderoso del comercio!

Dígame el lector imparcialmente si no hay motivo para renegar del comercio, de la industria, y de la civilización por añadidura. Si el progreso no sirve para preparar carnes tiernas y jugosas, platos bien condimentados, frutas, y del vino no hablo, porque por entonces yo no lo bebía, ¿para qué diablos puede servir el progreso?

Claro es que digo esto reflejando mis impresiones de aquella época; impresiones que se han modificado de todo en todo en otros viajes y en otras visitas a la noble y poderosa ciudad bordelesa. Recuerdo que algunos años después firmamos tratado de paz y simpatía Burdeos y yo en un *café-restaurant* que daba frente a la fachada principal del gran teatro.

Mis impresiones visuales, por decirlo de este modo, ya están señaladas; repetiré como resumen su relación.

Un río muy turbio, y muy ancho, y muy agitado; de corriente poderosa, como es corriente poderosa el comercio, aunque turbia muchas veces. Las grandes fuerzas en acción pocas veces se visten de armiños.

Una fila muy larga de muelles con enormes grúas, brazos de hierro gigantescos, que cogen fardos del buque y giran lentamente alrededor de sus hombros metálicos, y depositan en tierra su carga.

A lo lejos, sobre el río, una línea recta, severa, pero poco arquitectónica, como cuerpo estrecho y largo de enorme reptil que pasa el río sepultando sus patas metálicas en el agua.

El teatro, con la columnata que le rodea, y, a su pie, cafés de menor cuantía. Enfrente, una gran avenida; a un lado, una calle estrecha, llena de tiendas y de gente.

Esta es la primera instantánea que recogí de Burdeos; las siguientes han reforzado aquélla.

Se dirá que esto no es describir una población; pero téngase en cuenta que yo no trato de describirla. Se dirá que esto no es estudiarla ni en la fisonomía de sus gentes ni en sus faenas civilizadoras; pero repito que yo no trato de estudiarla tampoco. Y en cuanto personas, sólo traté camareros del hotel y mozos de los *restoranes* en que probé fortuna, seres todos ellos de uniformidad cosmopolita.

¡Qué buena memoria tiene el rencor! Dos o tres veces fuí a un *restaurant,* que debía de ser de tercer orden, con un jardín que, al pronto, parecía bonito, y que luego resultaba sucio y vulgar, con sus espejos de pacotilla, con sus palmeras imitadas en zinc, que concluyeron por desatar mi indignación contra aquellos convencionalismos antiartísticos. Muy pocas veces estuve en aquel *restaurant* de pega, pues bien recuerdo su nombre: se llamaba el *Chaperon Rouge*. Si existe, que lo dudo, supongo que, con el tiempo transcurrido, se habrán ido ablandando sus carnes, y tendrán dátiles azucarados sus palmeras de zinc.

Salimos de Burdeos, y a la quinta etapa llegamos a París. ¿Qué decir de París?

Sólo diré que París, cuanto más lo veo, más lo admiro, más me asombra, más simpático me es.

Supongo, por lo tanto, aunque no se trata ya de un

recuerdo vivo, sino de una hipótesis lógica, que la segunda vez me gustaría aun más que la primera.

Pero ya el viaje se iba prolongando demasiado. En Londres suponía yo que me esperaba impaciente mi amigo y deudo C. con su señora, pues íbamos a vivir en la misma casa el tiempo de la Exposición, y me decidí a pasar el Estrecho, esperando sufrir otro tanto de lo que había sufrido en la primera travesía, aunque resuelto también a poner de mi parte todo el esfuerzo de voluntad que pudiera para no marearme.

Bajé a la pequeña sala del vapor, y me senté en un extremo del diván que la rodeaba; di a mi cuerpo toda la rigidez posible; di rigidez y tensión a mi voluntad como a mi cuerpo; levanté mi cabeza como desafiando al destino; apreté el diván por uno y otro lado con mis manos, y me convertí en una verdadera estatua: estaba dispuesto a luchar con los balanceos y cabeceos del vapor.

Tomadas estas precauciones, miré en torno para enterarme del lugar de la escena.

Era una cámara bastante chica, en forma de herradura prolongada; en la base de la herradura estaba un mostrador, y detrás una cantina con vinos, cervezas y bebidas alcohólicas de diferentes clases.

A uno y otro lado del mostrador se veían dos pequeñas puertas, y de ellas arrancaban los dos ramales de la escalera que conducía a cubierta.

En el diván estaban sentados, o tendidos, algunos pasajeros, a los que debían asaltar aprensiones y temores muy parecidos a los míos, porque todos tenían muy mala cara.

Toda aquella gente, desde el primer instante, me fué antipática, y me causó molestia. Si temían marearse, ¿a qué venían al camarote? Mareáranse allá arriba, al aire libre, y sin provocar el mareo de ninguno de sus compañeros de viaje. ¡Qué egoísmo! Decididamente, el mareo desata todas las malas pasiones.

Muy cerca de mí, tan cerca que sólo nos separaba

uno de los brazos del diván, habíase colocado en una actitud muy parecida a la mía, es decir, sentado, recto, rígido, un señor corpulento, sin barba ni bigote, con una sotabarba a lo marinero; y el caso es que debía sufrir bastante, porque observé en su frente anchas gotas de sudor.

De su pasado nada sabía; por su presente, y por el porvenir que adivinaba, y por tenerlo tan cerca, me fué aun más antipático que los demás compañeros de viaje.

El vapor se puso en movimiento, y, a los pocos instantes, bajó un marinero, que me pareció de cara brutal, y hasta cruel, con una porción de escupideras superpuestas, en forma de columna repugnante, y no muy firme; y, dando la vuelta al diván, sin decir una palabra, con una indiferencia estoica, y hasta con cierta sonrisa de desprecio, fué poniendo en el suelo, arrojándolas más bien, una escupidera delante de cada uno de nosotros.

Profunda indignación, mejor dijera, una tempestad de ira, se desató dentro de mí.

¿Con qué derecho ponía la asquerosa escupidera delante de un pasajero como yo, que, hasta aquel momento, no había dado ningún indicio de mareo, y que conservaba todavía toda su dignidad?

¿Quién le decía a aquel imbécil que yo iba a marearme, ni tenía tal propósito?

¿Me conocía acaso?

¿Me había seguido en alguno de mis viajes marítimos?

¿Me había visto nunca en tan triste y ridícula situación?

Ponerme la escupidera delante, ¿no era una verdadera provocación al mareo?

Dado que yo la hubiese necesitado, la habría pedido, que, estas iniciativas, del paciente deben partir, y no de gente extraña. ¡Qué solicitud tan estúpida!

Si nada le dije, si no le separé de mí con el ademán, fué porque en aquellos momentos críticos no me atrevía

a moverme, ni aun a respirar con demasiada fuerza; pero separé con el pie la escupidera, a modo de protesta.

A todo esto, ya navegábamos en pleno Estrecho, y habían empezado los balanceos.

Algunos pasajeros, gente avezada al mar, sin duda alguna, o refractaria al mareo, bajaban por uno y otro ramal de la escalera, se ponían delante de la cantina, y bebían, bebían de todo con indiferencia, con desahogo supremo, hasta gruñendo en inglés frases que yo no entendía, y riendo unos con otros, como si no existiese ni el mar, ni su vaivén, ni sus mareos.

Aquello me pareció un alarde de mal gusto: bajaban, sin duda, para insultarnos a nosotros, ¡pobre gente!, pegados, asidos casi al diván, y esperando, de un momento a otro, las repugnantes bascas.

Mi vecino, el señor corpulento, se iba congestionando cada vez más; por las arrugas de su frente corrían arroyos de sudor, y su boca se entreabría de cuando en cuando siguiendo el ritmo de las bascas.

Yo me iba defendiendo gracias a esfuerzos increíbles de voluntad.

A cada momento miraba el reloj.

Ya llevamos media hora, y todavía no me he mareado. Verdad es que me laten las sienes; que un agüilla agria me sube a la boca, y que el estómago ya empieza a agitarse; pero esto no es todavía el mareo. Es desagradable; pero estas manifestaciones de la ridícula enfermedad aun puedo dominarlas.

De reojo miro a mi vecino: ya se desató la corbata; respira como un cachalote, y hubo un momento en que abrió la boca de una manera amenazadora. — ¡Ya llega, ya llega! — pensé yo.

— ¡Maldito — dije para mí—, cierra esa boca, o vete al otro extremo del diván, que yo no te vea!

Y seguía el buque sin cuidarse de nosotros, y seguía yo sacando el reloj cada cinco minutos.

Ya llevábamos más de una hora de viaje; según mis

cálculos, y los informes que había tomado, nos faltaba poco tiempo para llegar a Dover.

Un poco de valor y de energía, y por esta vez me había librado del mareo; pero ya iba siendo tiempo de llegar, porque mis fuerzas se agotaban, mi voluntad cedía; iba sintiendo bascas y repugnancias en la garganta, y, de cuando en cuando, bajaba la vista hacia la escupidera, que estaba delante de mí, y hasta hubo un instante de desfallecimiento en que, cercándola cariñosamente con los dos pies, la aproximé al diván.

— No importa; aun puedo resistir la tentación.

Miré de nuevo el reloj.

— Estamos cerca, muy cerca; sólo nos falta un cúarto de hora de marcha.

¡Ah, quién pudiera darle un empujón al tiempo, y otro empujón al barco, y otro empujón al vecino!

Sin embargo, aunque las angustias del mareo iban en aumento, aunque me encontraba en equilibrio inestable, iban creciendo mis esperanzas a cada minuto que corría.

En esto, mi endemoniado vecino se revolvió, dió un resoplido mayor que los anteriores, dos o tres bascas enormes agitaron su corpulencia, su esférico estómago se contrajo como poderoso resorte, abrió el imprudente su enorme boca, buscó con los turbios ojos la escupidera, y el asqueroso cráter reventó, inundando el hueco del utensilio nauseabundo y las llanuras circunvecinas, o, de otro modo, el suelo del camarote.

No pude más: este espectáculo colmó la medida, acabó con mis escasas fuerzas, y, lanzando maldiciones con el pensamiento, me puse a hacerle el dúo al mastodonte del diván.

A los diez minutos habíamos llegado; aquella bestia humana había marchitado una de mis glorias marítimas: pasar el estrecho sin marearme, al menos una vez.

*
* *

Llegamos a Londres y nos posesionamos del cuarto que habíamos de ocupar durante todo el tiempo de la Exposición.

Cosa singular: yo, que tengo una memoria pésima para los nombres y para los números, que no sé la fecha del día en que nací, y que tengo que hacer un gran esfuerzo para dar a los cocheros las señas de la casa en que vivo; yo, que algunas veces hasta he olvidado de pronto el nombre de mis amigos más íntimos; que he leído una biblioteca entera de Historia, y que, si bien conservo el recuerdo de las líneas generales y del carácter de cada época, pierdo toda memoria de fechas, nombres y pormenores; a pesar de estas deficiencias y debilidades de mi organismo cerebral, recuerdo sin vacilación, mecánicamente pudiera decir, las señas de esta casa de Londres en que viví sólo tres meses, casa que ni conocía antes, ni he vuelto a ver después.

Las señas eran éstas:

«Gilford street, Russell square, fifty nine.»

Los que se dedican a la psicofísica, ayudados por los fisiólogos, podrán explicar, si lo saben, estas anomalías de la memoria: yo sólo como dato curioso cito el hecho; que, por lo demás, ya me figuro que al lector no ha de importarle gran cosa el que yo recuerde las señas de la casa que habité durante la Exposición Universal de Londres del 1862.

Durante todo este tiempo, mi vida fué uniforme, tranquila, laboriosa y ordenada, pero a doscientas leguas de la literatura y de la dramática.

Iba a estudiar el ramo de ingeniería en la Exposición, y yo he desempeñado siempre a conciencia todas las comisiones que se me han confiado. Bien o mal, pero a conciencia.

Yo he sido siempre un hombre de conciencia, aunque esta afirmación redunde en alabanza propia.

Me levantaba temprano todos los días, y me iba a pie al palacio de Kensington, que está situado a una buena distancia de mi casa; y hablo en presente, porque la

casa y el palacio supongo que todavía existirán, y donde los dejé se habrán quedado.

Unas veces iba por un camino, otras por otro, combinando calles a capricho, variando el itinerario, procurando perderme en aquel Londres desconocido para mí, y sin perderme nunca, porque yo tengo buen instinto para la orientación — tal vez habré sido perro o palomo —, y había escogido dos o tres líneas de referencia, ya conocidas de antemano, y siempre daba con ellas, con lo cual en terreno conocido me encontraba al fin. Fué una zona de Londres que estuve explorando durante tres meses.

En la Exposición permanecía estudiándola y recogiendo datos y noticias durante tres o cuatro horas.

Después salía, tomaba un *cab*, iba a buscar a mi mujer, y nos íbamos a almorzar a un *restaurant* francés muy bueno y no muy caro, situado en Regent-Street, algo más allá del Cuadrante.

Otro dato para el estudio de la memoria: no recuerdo el nombre de este *café-restaurant*, pero sé que empezaba por una V; esa letra la veo dibujarse ante mí, clara y luminosa, como si fuera la realidad misma.

Al terminar, nos íbamos los dos a la Exposición hasta la caída de la tarde.

Después a paseo, algunas noches al teatro, y los domingos y los días en que me proponía descansar, a visitar los alrededores de Londres: las orillas del Támesis, Richmond, el palacio de Enrique VIII, etc., etcétera.

Fueron tres meses deliciosos; ni un solo recuerdo ingrato, ni la más pequeña preocupación, ni el más insignificante disgusto, ni la más mínima contrariedad. ¡Y dicen que el cielo de Londres no es azul!

Me equivoco: tuve un momento de angustia; pero uno solo y rápido.

El primer domingo que pasé en Londres, fuimos mi mujer y yo, a eso de las once, al *restaurant* de la V, y ¡estaba cerrado!; no precisamente a piedra y lodo, según

el dicho vulgar, pero sí cerradas por completo todas sus puertas y ventanas.

Quedé aterrado. En aquel *café-restaurant* comíamos muy bien; y como yo creí que se había cerrado para siempre, me pregunté con espanto dónde íbamos a comer en adelante. Ya veía yo la comida inglesa, que entonces me repugnaba, aunque hoy me agrada mucho siendo buena. Veía yo el *rosbif* insustancial; la mostaza, primera materia del sinapismo; la grosella, de color agradable, pero agria y desabrida; y todo esto muy caro. Largo rato me quedé perplejo, paseando por la acera, llegando hasta el Cuadrante, volviendo hasta el café y sin saber qué determinación tomar, hasta que en una de las vueltas el café se abrió y nos acogió en su seno.

Interrogué al camarero, y el camarero nos lo explicó todo y yo lo comprendí todo. El café no podía abrirse hasta que no terminaran los divinos oficios.

Era el *descanso dominical;* el terrible descanso ya desde el año 62 empezaba a atormentarme.

En París nunca, porque París es la primera capital del mundo; en Londres muchas veces, aunque, a decir verdad, las últimas que he visitado la gran metrópoli no he sentido las molestias del tiránico descanso. Londres se civiliza cuando nosotros nos *ensalvajamos.*

Más que en Inglaterra me hace sufrir el tal descanso en España con la nueva ley, que respeto por ser ley, pero con un respeto muy parecido al que sentía el alcalde de Zalamea hacia el capitán burlador.

Pero, en fin, en Londres la molestia se redujo a retrasar el almuerzo una hora; en Madrid la molestia es mucho mayor, porque todos los domingos me veo obligado a comer *pan duro;* y no comprendo, por más que me devano los sesos, en qué podrá contribuir al progreso y al bienestar de la clase obrera el que yo coma pan duro los domingos.

¿Qué misteriosa relación existe entre la cuestión social y la mayor o menor dureza de un panecillo?

Si hay quien quiera sacar una hornada a las doce y

otra a las seis de la tarde, y hay quien está dispuesto a comprarlas, aunque sean más caras, este contrato, libre y por todas las señas lícito y honesto, ¿en qué puede perturbar el orden social?

¿Es egoísmo tan grande, es crimen tan monstruoso, es tan pecaminosa gula querer comer pan tierno los domingos, como los demás días de la semana, que deba castigarse con multa, previa la correspondiente delación?

Podrá ser, pero yo no lo comprendo.

Y aun me parece más perturbador del orden social incitar a la delación la misma ley, diciendo: «Ciudadano, entérate de quién come pan tierno, y entrégalo, sin piedad, a los Tribunales; y no te remuerda la conciencia ni tengas escrúpulos, que con este acto, al parecer repugnante, prestarás señalado servicio a la sociedad.»

Pero no quiero seguir en este camino,

Respetemos la ley, comamos pan duro, y todo sea por el amor de Dios y en beneficio de la clase obrera, que también tendrá que comer pan duro.

***

De esta época de mi estancia en Londres conservo muchos recuerdos. Es un cuadro gris, pero con numerosos puntos y líneas brillantes. El tiempo fué delicioso. Pocas lluvias, casi ninguna niebla, y días de mucho calor.

Paseos por la orilla del Támesis, o por las posesiones reales, o por los parques, que eran paseos deliciosos.

Yo siempre iba a pie al palacio de la Exposición, y recuerdo que en la calle de Piccadilly, junto a la verja de un parque, había de ordinario un pobre, pero no de los que usamos nosotros: era un pobre más culto, más respetable, más artista.

Me parece que le veo: muy alto, muy flaco, aspecto

severo y reposado; apoyado contra la verja del parque, parecía una estatua.

Las facciones finas, la barba rubia, la cabeza descubierta, y una pequeña bandeja a sus pies.

No pedía limosna, no hablaba con nadie, no pronunciaba una sola palabra.

En la ancha acera dibujaba todos los días, con un lápiz blanco y otro negro, diferentes motivos: platos rotos, tazas desportilladas, un gato jugando con un ratón, un gato y un perro durmiendo juntos, pájaros volando, otros pájaros picándole la cabeza a un gato, y cien pequeños bocetos o apuntes del mismo género.

Y como sentencia filosófica, siempre escribía encima del pequeño museo callejero:

Many can to aid one.

Es decir, *Muchos pueden ayudar a uno.*

Y, en efecto, le ayudaban y le ayudábamos.

¡Cómo se graban estas cosas en mi retina!

No es sólo que recuerdo la escena con recuerdo puramente verbal, por decirlo de este modo; es que *la veo*, ¡y han pasado cuarenta y dos años!

Si fuera pintor, podría pintarla.

Es un recuerdo plástico, es un recuerdo puramente *visual.*

Subiendo por la calle de Piccadilly, a mano derecha, en una acera muy ancha, junto a una barandilla de hierro, creo que del Parque de San Jaime, vi durante muchos días al mendigo artista, que no pedía limosna, sino que escribía con lápiz negro y blanco, y con letra muy clara, la sentencia que antes he indicado.

Sigamos recordando.

XXXIX

Hay años y épocas de los cuales se conservan numerosos recuerdos, y otros que aparecen desiertos, como sobre la superficie de la tierra las montañas se apiñan en una región, y en otras se tienden llanuras, estepas o desiertos.

De los tres meses de la Exposición Universal, que pasé en Londres, más recuerdos conservo que de años y años de vida igual y monótona en Madrid. Y es que en estos últimos períodos todo es igual: las sensaciones se repiten con monotonía sin fin; ningún suceso se destaca sobre los hechos ordinarios y repetidos a diario de la vida igual y llana, que imita en el tiempo las planicies del espacio terrestre.

Y pues tantos recuerdos conservo de aquel tiempo de la Exposición Universal, claro es que he de aprovecharlos para estos anales vulgarísimos y para estas crónicas insípidas de mi existencia; anales y crónicas que a nadie han de importar, de que el cosmos, a pesar de que está en su seno, no hará caso ninguno, pero que a mí me entretienen y me divierten porque es vivir otra vez la vida que he vivido.

Empecemos, pues, a evocar recuerdos.

Sea el primero un recuerdo cómico; cómico ahora que pienso en él, pero que se refiere a un hecho que me molestó bastante, sobre todo antes de haber resuelto co-

locarme valerosamente en situación de afrontar el ridículo.

Es el caso, como queda dicho en otra crónica, que todos los días, exceptuando los domingos, pasaba yo siete y ocho horas en el palacio de Kensington, estudiando el ramo de ingeniería y recogiendo datos para la Memoria que se me había encargado por la Dirección de Obras públicas.

Una de las instalaciones que más habían llamado mi atención era una instalación prusiana de piezas de acero.

Piezas enormes, limpias, compactas, magníficas, que los que se interesaban por estas materias no sospechaban cómo podían haberse fabricado.

Era la fabricación Bessemer, sobre la cual se guardaba por entonces el más absoluto secreto.

Yo conocía, sin embargo, de una manera bastante completa el sistema de fabricación; porque el conocido profesor español de Química don Magín Bonet, que era hombre estudioso, de mucho mérito, que hablaba perfectamente el alemán, que en Alemania se había educado, y que tenía entusiasmo extraordinario por su ciencia, entusiasmo que a veces le hacía intolerable, había tenido la bondad, pues era buen amigo mío, de explicarme el secreto de la nueva fabricación, sorprendido por él pocos meses antes en una visita que giró a varias fábricas alemanas, y entre otras a la fábrica de Krupp.

Con ser descubrimiento importantísimo y hasta trascendental para la industria, era en el fondo de una sencillez infantil y casi una perogrullada, como son las perogrulladas de esta clase de problemas.

Todo consistía en lanzar una corriente de aire, que quemase el exceso de carbono del hierro fundido, dejando el puramente preciso para que la fundición se convirtiese en acero, con lo cual se podían obtener masas enormes de acero fundido y piezas enormes de esta substancia.

Pero nada de esto hace al caso: son puras distraccio-

nes de mi imaginación. Continuemos con la aventura; que acaso le parezca al lector insustancial; pero que, como no tengo otra más sustanciosa, he de servírsela íntegra, ya que no para su solaz, para mi recreo: que recreo es en los viejos todo recuerdo de su vida anterior.

* * *

Próxima a la instalación de aceros por el procedimiento Bessemer, había otra instalación inglesa de aceros, muy hermosa también, pero no tanto como la primera.

Era un esfuerzo, un alarde en la fabricación de aceros por los métodos ordinarios, una competencia entre fábricas y fábricas, en que, a decir verdad, las fábricas inglesas quedaban vencidas, y eso que presentaban grandes piezas de acero fundido; pero el crisol no puede hacer la competencia al sistema Bessemer ni a otros sistemas análogos que han venido después.

Entre las piezas de la instalación inglesa y las de la fábrica de Krupp había la misma diferencia que la que media en estatura entre un hombre muy alto y un gigante fabuloso.

Yo visitaba unas y otras instalaciones a diario, y muchas veces me detenía en la instalación inglesa y hablaba con el encargado de ella, que parecía ser un obrero ilustrado, o un contramaestre, que de todas maneras tenía buena educación y se prestaba a hablar francés conmigo.

O habíamos simpatizado y era su amabilidad una prueba de su simpatía, o el supuesto contramaestre de la fabrica miraba por los intereses de sus amos, mostrándose conmigo atento y obsequioso.

Quiero decir, que como él llegó a entender que yo era representante oficial del Gobierno español, que por orden de éste estudiaba el ramo de ingeniería, y como por entonces en España se realizaban muchas obras pú-

blicas y se construían muchos ferrocarriles, concibió sin duda la esperanza de obtener por mi mediación un buen pedido de hierros y de aceros.

Fuese lo uno o lo otro, explíquese el hecho por interés o por altruísmo, yo recogía el fruto, porque el hombre se mostraba conmigo por todo extremo deferente.

Eso sí: no perdía ocasión de exaltar las condiciones excepcionales de su fábrica y de denigrar con la misma exaltación lo productos alemanes.

Sea que ignorase el procedimiento Bessemer, sea que de buena fe le creyera ineficaz, constantemente me afirmaba que aquellas hermosas piezas de acero, por las que yo sentía tanta admiración, eran productos artificiales y de reclamc, pero no productos corrientes y prácticos, que pudieran constituir la base de una industria seria.

Sabía yo lo contrario; pero no insistía mucho en mi opinión, por no herir la susceptibilidad de mi nuevo amigo.

Y ya nos vamos aproximando a la parte cómica de este recuerdo.

***

Un día que hablábamos sobre el tema de siempre, me preguntó con acento insinuante:

—¿Tendría usted gusto en visitar nuestra fábrica, que es una de las primeras de S...?

—¿Está muy lejos—le pregunté—de Londres?

—No, señor— me contestó—; podemos disponer de multitud de trenes. Saldremos por la mañana; visitamos la fábrica, que es digna de que usted la conozca, y a Londres vuelve usted a dormir el mismo día.

—¿Pero eso es completamente seguro?—le pregunté; porque ya sabe usted que estoy con mi mujer, y aunque vivimos en compañía de unos parientes, no quisiera dejarla sola mucho tiempo.

—Le repito a usted que si vamos mañana a S..., al anochecer estamos de vuelta.

—¿De modo que no necesito llevar ropa?—pregunté yo por exceso de precaución.

—¿Para qué?—me contestó sonriendo—; la de viaje y un abrigo.

—Pues entonces fijemos la hora y el sitio en que nos hemos de reunir.

—Hora, las ocho de la mañana, si a usted le parece; sitio, la estación X...

—Pues hasta mañana, que seré puntual: es mi costumbre.

—Y la mía.

Y con esto nos despedimos; y a la mañana del día siguiente estaba yo en la estación a las siete y media, con el traje de camino, que, por haber venido con él de Madrid a Londres, estaba bastante averiado, y con el abrigo correspondiente: que todo abrigo es un buen compañero, molesta poco y da calor, y no pueden decir otro tanto ni todos los compañeros ni todos los amigos.

Y acaso el lector, si es lector de mal carácter, exigente o burlón, me pregunte, como me ha preguntado varias veces:

—¿Y con qué objeto nos da usted todos esos pormenores? ¿Cree usted que tanto le interesa a la Historia conocer el traje que llevó usted el día tantos de 1862, en su visita a la fábrica de hierro de S...? ¿Se escriben recuerdos para aburrir al lector con semejantes nimiedades, o se cree usted personaje tan excelso, que le importe mucho a las generaciones venideras, como si fuera usted un César o un Napoleón, el color de sus calcetines o la forma de su corbata?

Yo contestaré que no creo nada de esto ni escribo para complacer a nadie; que recuerdo lo que recuerdo, y lo que recuerdo pongo en forma de cuartillas, para que la imprenta lo ponga en letras de molde, y que allá las generaciones venideras harán lo que bien les plazca; y aun es probable que se ocupen con interés sumo de cosas mucho más insustanciales que esta que voy refiriendo.

Conque terminada esta pequeña escaramuza con el supuesto lector de mal carácter que me ha salido al encuentro, continúo impasible mi relato, sin perdonar punto ni coma ni pormenor alguno, que penetrado estoy de la importancia de lo que voy refiriendo.

Esto, al fin y al cabo, es una conversación que dicto, y en una conversación se dicen, por lo regular, muchas tonterías.

*
* *

Poco después de llegar yo, llegó mi compañero, el supuesto contramaestre, o que a mí se me había metido en la cabeza que lo era, a quien llamaré, para que nos entendamos, A. El Algebra nunca está de más y las letras son muy socorridas. Por otra parte, yo tampoco me acuerdo de su nombre, aunque sí de su figura y de su cara.

Tomamos el tren, y poco después estabamos en S...

La fábrica se hallaba a poca distancia de la estación, y a pie fuimos desde la estación a la fábrica.

Era, en efecto, admirable: una pequeña ciudad de carbón, de hierro, de fuego, de maquinaria, erizada de chimeneas, envuelta en humo espesísimo, en que atravesábamos salas inmensas, talleres sin fin, una población innumerable de obreros, sin acabar nunca nuestra peregrinación.

Pero no tema el lector, que no voy a describir la fábrica.

Pasaban horas y horas, y el día iba cayendo, aunque no era fácil averiguar si era de día o de noche, porque dentro había luz artificial y fuera nubes inmensas de humo, y yo no me atrevía a mirar al reloj porque no creyera mi compañero que la visita a su fábrica me aburría; antes al contrario, menudeaba las preguntas, tomaba de cuando en cuando alguna nota y hasta fingía admiración y entusiasmo, que no eran fingidos al principio, pero que al fin eran interés recalentado por la cortesía.

Con todo, llegó un momento en que no pude dominar mi impaciencia, y le pregunté con cierta timidez:

—¿No cree usted que se va haciendo tarde?

Y él contestó impasible:

—Sí, sí; ya es muy tarde.

Y yo, ya con más ánimos:

—Entonces vamos a perder el tren para Londres, si nos detenemos mucho.

—¡Oh!, no tema usted—me replicó con toda la flema de que es capaz un inglés:—ya lo hemos perdido.

—¿Cómo?—exclamé yo.

—El último salió hace media hora: no podemos volver hasta mañana temprano.

Me quedé de piedra, dando a todos los diablos al inglés y a su fábrica.

—Pero es que mi mujer me espera, porque, según lo que usted me dijo, le aseguré que volvería esta noche.

Y él, frío y correcto, repitió:

—¡Oh!, no importa; ya pondremos un telegrama. Usted se queda conmigo, come en mi casa, duerme en mi casa, y mañana volvemos juntos a Londres.

Toda esta conversación la tuvimos en francés, porque, aunque él lo hablaba mal y yo lo hablaba peor, nos entendíamos bastante bien y hasta discutíamos de política, coincidiendo, por ventura, nuestras opiniones. Era librecambista como yo, liberal como yo, partidario de la unidad de Italia como yo, y entusiasta por Garibaldi como yo lo era.

¡Qué remedio! Tuve que resignarme.

Seguimos visitando la fábrica; y como todo tiene fin en este mundo, llegó un momento en que mi nuevo amigo consultó el reloj y me dijo:

—Me parece que ya podemos marcharnos.

Hacía dos horas que yo pensaba lo mismo.

Esto no se lo dije, pero lo pensé de nuevo.

Y salimos de la fábrica.

Sospecho que aun era de día.

A la puerta había un coche parado; un coche sober-

bio, lujosísimo, coche de príncipe o de duque, con dos caballos de pura sangre y cochero y lacayo de aspecto regio.

Miré el carruaje con curiosidad, pensando: ¿qué duque o qué príncipe había venido a visitar la fábrica? Y pasaba de largo cuando mi compañero me detuvo y me dijó con naturalidad:

—Suba usted.

Ante nosotros estaba el lacayo respetuoso, y la portezuela del coche estaba abierta.

A mis labios acudió esta pregunta:

—¿Pero de quién es este coche?

Me contuve, sin embargo, y subí aturdido a la espléndida carroza.

Subió mi compañero, se sentó a mi lado, el lacayo cerró la portezuela, trepó al pescante y arrancaron a trote largo las dos soberbias bestias.

Yo iba previendo, por visión profética, todo lo que se me venía encima y la triste figura que iba a hacer en aquella jornada.

En efecto: veinte minutos después, llegamos a la verja de un hermosísimo parque; una calada puerta de hierro se abrió de par en par, y entramos gallardamente, y fuimos a parar a la escalinata de un gran hotel, que más que hotel era un verdadero palacio.

Criados de librea acudieron, y comprendí que mi compañero de expedición, el que yo consideraba como empleado modesto, o cuando más contramaestre de la fábrica, era el dueño de ella, y dueño y señor de aquella regia morada.

Atravesamos salones y galerías, llegamos a una habitación lujosa, y de ella me posesionó mi acompañante, poniendo a mis órdenes un criado y diciéndome con mucha cortesía:

—Está usted en su casa: puede usted mandar y disponer. Descanse un rato, y ya vendré a buscarle a la hora de la comida. Entretanto se arregla usted.

Y se marchó.

¡Arreglarme! ¡Ya era fácil! ¿Qué arreglo era posible, si no tenía más ropa que la puesta? ¡Y en qué estado!

Con ella vine de Madrid a Londres, con ella hice el viaje de Londres a S..., con ella estuve visitando durante muchas horas la fábrica; de modo que mi ropa era un depósito de polvo, de humo de carbón, de algunas manchas de grasa, y hasta podía contar en ella bastantes agujeritos circulares, producidos por las chispas de los hornos.

Un traje imposible, impresentable, lastimosamente ridículo.

Yo lo cepillaba con un espléndido cepillo de concha que encontré en el tocador; pero por más que lo cepillaba, ni cambiaba el color gris del viaje en color negro de etiqueta, ni mucho menos cambiaba de forma.

Estiraba los puños de la camisa, y al verlos rugosos y manchados, los retiraba con espanto.

Hacía y deshacía el lazo de la corbata; pero siempre resultaba un trapo lastimoso.

Lo único presentable era la cadena del reloj; pero la pobre no podía estar en todas partes.

Y de las botas no hablemos; de ellas apartaba los ojos con espanto.

Me lavaba la cara y me lavaba las manos una y dos y tres veces; pero estas abluciones en nada mejoraban la situación ni cambiaban la estética de mi triste figura.

Y así pasaron dos horas: cepillándome el traje y lavándome las manos.

Y, al fin y al cabo, comprendí que lo mejor en aquel conflicto era imitar a Pilatos, lavándome las manos definitivamente de todo lo que pudiera ocurrir.

Al cabo de dos horas, presentóse tranquilo y sonriente mi compañero, traidor y verdugo, señor A.

Venía de rigurosa etiqueta: frac y corbata blanca; espléndido, majestuoso; todo un gran señor.

En los espejos de la habitación le contemplaba a él y me contemplaba a mí, y una tempestad rugía en lo más hondo de mi pecho.

Así es que, de buenas a primeras, le dije en el peor francés de que pude disponer, y entre sonrisas burlonas o coléricas, algo por el estilo de lo que voy a recordar.

— Amigo mío: si, como usted me ha indicado, voy a tener el honor de comer con su distinguida familia, permítame usted que le diga que me ha colocado usted en una situación difícil, molesta y hasta ridícula. Usted me aseguró que volveríamos a Londres hoy mismo; no podía sospechar la hospitalidad que iba usted a dispensarme, ni mucho menos que iba usted a presentarme a su familia, ni menos aún que iba a tener el gusto de comer con ustedes. Yo no traigo más traje que éste, ni otra camisa que la que ha ennegrecido el humo de su fábrica de usted; y en esta disposición, ¿cómo voy a presentarme ante su señora, sus hijas y sus parientes? Conste que yo declino toda la responsabilidad sobre usted; conque a ver usted qué resuelve.

Y no agregué la idea principal:

— Yo creía que era usted un pobre diablo, y resulta que es usted un millonario.

El se sonrió con sonrisa más fina que la que había empleado hasta entonces, y repitió su eterna fórmula:

— Eso no importa nada; venga usted conmigo.

Y yo repetí, echándome el alma a la espalda:

— Pues si no importa nada, vamos allá. En tu casa, por lo visto, se debe comer muy bien; conque aprovecharé tu comida, y quédate con Dios, que dentro de poco nos separaremos para siempre.

Dicho esto, pasamos a un lujosísimo salón, donde había media docena de señoras descotadas, con muchos collares de perlas y brillantes; algunas, jovenes y bonitas; otras, viejas y feas, y unos cuantos caballeros, todos con traje de etiqueta.

Después de las presentaciones, que se redujeron a unas cuantas cortesías, porque yo no quise lanzarme a hablar en inglés, pues no hubiera podido pronunciar media docena de palabras seguidas, y apenas llegaba a sos-

pechar lo que ellos me decían, me presentó a una señora de unos cincuenta años, sumamente flaca, modestamente descotada; pero no tanto que dejaran de verse dos tristes clavículas como diámetro huesoso del círculo de brillantes que rodeaba su cuello.

Esta señora era parienta del dueño de la casa, y era la literata y la poetisa de la familia; era la única, además, que hablaba francés y por eso me sentaron a su lado en la mesa.

Dominando ya la situación, comí a mi gusto, sin escrúpulos ni reparos ni vergüenzas inoportunas, y abrumé a la señora o señorita (porque creo que era soltera) de las tristes clavículas, con mi erudición en punto a novelas inglesas y francesas.

Yo creo que ella sólo conocía a Shakespeare de oídas, porque cuando yo le hacía alguna cita, jamás contestaba más que con un ¡oh! muy pronunciado, redondeando la boca para expresar su admiración.

Así es que, cuando por el recuerdo evoco aquella figura, sólo veo, en las nieblas de lo pasado, un vestido de seda muy largo y muy estrecho; encima del vestido, dos clavículas; encima de las clavículas, una boca en forma de O, y en lo alto, una pluma cuajada de brillantes.

Es posible que fuera una buena señora, dulce y poética, y yo le debo gratitud porque durante toda la comida se sacrificó por darme conversación.

Y no pasó más; yo comí muy bien, y cuando yo como bien, todos los que me rodean me parecen simpáticos.

Una buena comida requiere descanso. Descansemos, pues.

XL

En qué quedamos en el capítulo anterior?

Difícilmente lo recuerdo, porque he pasado días muy agradables, ciertamente, pero de emociones continuas, que han confundido todas mis ideas, hundiendo mi memoria y todas las potencias de mi alma en un verdadero torbellino. Torbellino en que aun giro; porque si el homenaje fué uno de los acontecimientos más dulces y simpáticos de mi existencia, las deudas de gratitud y aun de cortesía, que tengo deber ineludible de pagar, siquiera con cuatro letras, son tantas y tan grandes, que no sé cuándo podré terminar, si dentro de uno o dos meses, la colosal empresa.

En el homenaje todos *hacían por mí*, y yo estaba a recibir pruebas de cariño. Hoy yo tengo que *hacer por todos*, y aunque es cada vez mayor mi agradecimiento, al ir haciendo el inventario de tarjetas, telegramas, telefonemas, pergaminos, regalos, nombramientos, cartas y comunicaciones de Ayuntamientos, Diputaciones provinciales, alcaldes y gobernadores, Universidades y Escuelas y Centros sin fin, mis fuerzas flaquean, en vano trabajo horas y horas, y entre el deseo de contestar a todos pronto y la imposibilidad de contestar a todos, mi espíritu vacila y dudo si podré llevar a término la colosal liquidación.

*
* *

Haciendo un esfuerzo colosal también, he conseguido atar el cabo suelto que buscaba, y que algún lector imaginará tal vez que fácilmente se cogía para sujetarlo.

¿No era suficiente consultar el último número de la Revista? Era suficiente; pero no era posible, porque en estos días de dulcísimo tormento y confusión caótica yo no sé dónde tengo ni libros, ni papeles, ni revistas.

Pero, al fin, el cabo está sujeto, que es lo que importaba.

Lo cogí, lo afiancé, y a él uní el nuevo cabo.

Quedamos al terminar una espléndida comida, que me dió en su espléndido hotel uno de los primeros industriales de S.

Terminó la comida, como digo; retiráronse discretamente las señoras con sus vestidos lujosos, sus tímidos escotes, sus artísticos peinados y todas sus joyas y joyeles, dejándonos a los hombres solos, para que con entera libertad pudiéramos emborracharnos si lo teníamos por conveniente.

Y pasamos al salón próximo, salón lujosísimo, aunque no tan espacioso como el comedor, iluminado por tenue luz, sin duda para que las borracheras tuvieran tinte misterioso y artístico, y con tres soberbios ventanales al soberbio parque, poéticamente iluminado por la luna.

Y yo aseguro al lector, como hombre honrado que soy, que nada de esto es invención; todo el cuadro lo veo en este instante como si lo tuviera ante mí. El salón, a media luz; la de la luna, extendiéndose sobre el parque y penetrando por los abiertos ventanales; la mesa, con vinos de diversas clases, de distintos colores, y centelleando chispitas de fuego; y todos alrededor de la mesa: los demás señores, con sus trajes de etiqueta; yo, con mi terno de viaje lastimosísimo, y dando gracias al cielo de que la luz fuera escasa, porque de este modo se perdiera entre las sombras mi modesta persona.

No hablábamos.

Las borracheras, si las hubo, porque es lo cierto que aunque bebieron mucho yo no observé que ninguno de aquellos señores perdiese su dignidad, se ocultaban en la media luz, como en la media luz se ocultaban mi ajada y maltrecha camisa y mi americana, que había salido de la visita a la fábrica en lastimoso estado.

Para algo son buenas las sombras.

No todo ha de ser luz.

Cuando uno o muchos individuos se ponen a gritar: ¡Luz! ¡Mucha luz!, es que quieren poner a algún prójimo en grave apuro, o acaso sacar sus manchas a la vergüenza.

Yo manchas tenía varias en el traje: de polvo de carbón y hasta de grasa. Bien estaban las sombras.

Todos bebían; yo no hacía más que mojar los labios en una copa de Jerez, pero nadie se ocupaba de mí, por fortuna. Allí reinaba la más simpática libertad; todo el mundo podía emborracharse o no emborracharse. La borrachera era gratuita y honorífica por de contado, pero no era obligatoria.

Podían emborracharse todos, pero no me obligaban a mí a emborracharme.

Esto, en un estado socialista en toda su pureza, no se hubiera consentido; cuando el Estado dice «a emborracharse», ¿hay individuo rebelde que pretenda conservarse en su sentido? Es una falta de compañerismo y hasta de sociabilidad.

Pero en Inglaterra ha dominado siempre el individualismo.

Así estuvimos largo rato, y siempre en silencio; se vaciaban las copas, mermaban las botellas, y apenas si de cuando en cuando algunos de mis compañeros pronunciaban frases entrecortadas en honor de Garibaldi y de la unidad de Italia.

Al fin y al cabo fuimos, los que pudimos ir, a saludar un rato a las señoras, y yo volví a mis discursos en mal francés sobre la buena literatura francesa.

La pobre lady, a quien en mi honor habían decidido

sacrificar por ser la más ilustrada del concurso, o acaso por ser la única que hablaba francés, había agotado ya su repertorio, y no me contestaba más que con exclamaciones dulcemente aspiradas o con sonrisas de encargo y cortesía.

La verdad es que ya la pobre señora me inspiraba lástima.

Vino al fin a sacarnos a ella y a mí de aquel tormento convencional el dueño y señor de la regia morada; y terminó la velada insulsa, y me condujo mi cruel amigo a mi cuarto y me dejó solo con el ayuda de cámara, al cual yo despedí con toda la amabilidad de que pude disponer y con las pocas palabras inglesas de que por entonces disponía.

Yo, después de todo, desde que me acomodé a las circunstancias y decidí perder la vergüenza, lo había pasado bastante bien.

La comida había sido admirable, la decoración espléndida, y señoras y caballeros habían estado amabilísimos conmigo, no porque yo les entendiese lo que me decían, sino porque menudeaban las sonrisas y los saludos, y no es probable que con saludos tan correctos y con sonrisas tan corteses me dijeran cosas desagradables.

Comí bien, dormí bien en regio lecho, y al día siguiente, a Londres.

***

In diebus illis; es decir, en aquellos días conocí en Londres a uno de los políticos de mayor altura que han existido en España durante el siglo XIX; a don Salustiano Olózaga.

Don Salustiano tenía un hermano, hombre también de gran mérito: don José Olózaga; y don José tenía un hijo a quien adoraba, y que era joven de mucho talento y de grandes esperanzas. De su trágica muerte hablaré en otra ocasión.

Y fué el caso que Celestino Olózaga, que había sido discípulo mío y que por entonces estaba en Londres de prácticas con un profesor de la Escuela, nos puso en comunicación a su tío don Salustiano, el gran político, el gran orador, el célebre ex presidente del Consejo de ministros y uno de los primeros jefes del partido progresista, y al modesto profesor de la Escuela de Caminos, al cual, por entonces, sólo conocían sus discípulos, sus compañeros y algún proteccionista que otro, por los célebres mítines de la Bolsa.

Era don Salustiano hombre de majestuosa figura; de hermosa y artística cabeza, bien colocada y bien erguida; de pelo entrecano, abundoso y ondulado; de mirada entre altiva y bondadosa; de ancha cara, afeitada toda ella, y de movimientos lentos, pero solemnes.

Por entonces sólo le traté algunos días y superficialmente: más tarde le traté con mayor intimidad, aunque con el respeto que le era debido por su talento, por su elocuencia y por su elevada jerarquía.

Amistoso respeto, porque yo, como apegado a los viejos moldes, creía entonces y sigo creyendo, acaso por momificación de las creencias, que se debe respeto a los mayores, cuando además los mayores son personas ilustres y además bondadosas, como lo era de suyo el célebre orador progresista.

Su físico, bien conocido es por sus retratos, y las notas salientes eran las que indiqué hace un momento.

De su parte moral y de sus condiciones de carácter ya hablaré en otra ocasión.

Por el pronto, en Londres, y en aquella pequeña temporada, me fué muy simpático.

Era en el trato por todo extremo afable, aunque en su afabilidad dominaba siempre el respeto a la propia dignidad; con ciertos aires paternales, de que no abusaba nunca, pero de que usaba siempre que se presentaba ocasión, poniendo a veces en ellos cierta ironía finísima y de buen tono. A pesar de que siempre perteneció al partido más avanzado de entonces; sin duda por su roce

con las clases más elevadas de España, de Francia y de Inglaterra, había adquirido cierto reposo aristocrático, que sentaba bien a su figura y a su artística y noble cabeza.

En los años que le traté, nunca le vi irritarse, nunca le oí gritar, nunca riñó con nadie, siempre discutió con calma.

No reñía a los criados, y a las criadas las trataba con respeto. Yo le he visto algunas veces, al pasar la puerta de una habitación, ceder el paso a la doncella de la casa.

Era bondadoso, ya lo he dicho, pero no por debilidad; más bien pudiera decirse que por altivez, como si considerase a todos los que le rodeaban a manera de seres inferiores, y creyera poco generoso humillarlos.

No; no era débil de carácter don Salustiano Olózaga: era un hombre de gran energía, y en sus propósitos de cierta importancia era tan tenaz, que a veces dudaba uno si era terco.

Permítanme mis lectores que refiera una pequeña anécdota, insustancial, si se quiere insignificante, yo lo reconozco, pero que, a mi entender, dibuja mejor el carácter de un hombre que una gran resolución tomada en un momento dramático.

***

Visitábamos en una ocasión no sé qué parte próxima a Londres, o del mismo Londres tal vez, porque yo nunca supe ni dónde empezaba Londres ni dónde concluía.

Visitábamos, repito, en un día de espléndido sol un espléndido parque, y lo visitábamos don Salustiano, un matrimonio joven de su conocimiento y mi propia persona, con más, Celestino Olózaga.

Demos nombre a los personajes de esta pequeña escena cómica, de cuya exactitud histórica respondo como

hombre de palabra y como autor dramático; que si la escena fuera de mi invención, algo más estrepitosa sería.

Don Salustiano, claro está, Salustiano se llamaba desde el día en que nació hasta aquel otro, que describiré cuando llegue el caso, de su muerte en Enghien.

El sobrino, ya lo he dicho, se llamaba Celestino.

En el matrimonio, a la esposa la llamaremos C., y al esposo J.

Y ya tenemos todos los personajes de la escena.

La escena representaba un parque, y el sol brillaba como no tenía de costumbre brillar sobre Londres, y don Salustiano jadeaba un tanto, y se quitaba el sombrero y se secaba la frente, inundada de sudor, echando a un lado con cierta majestad las anchas ondas de su espeso cabello entrecano.

Es el caso que el joven J., que era bastante joven, tendría a lo sumo veintiocho años, llevaba al brazo un abrigo de verano, porque el tiempo en Londres no es nunca muy seguro, y el sol suele eclipsarse con frecuencia, y la niebla suele echarse encima de improviso.

Mas en aquel momento se sentía mucho calor, y el abrigo le pesaba; y como J. era muy distraído y tenía mucha confianza, como es natural, con su mujer, y él con ella y ella con él estaban algo mimosos por encontrarse ambos, al sol en el parque, pero en plena luna de miel dentro del matrimonio, por distracción, por mimo y por franqueza, le entregó el abrigo a la señora, la cual de buena gana, y queriendo darle aquella nueva prueba de cariño, lo tomó presurosa y se lo puso al brazo.

No observó don Salustiano la maniobra hasta después de un rato, y porque en aquel momento hablaba conmigo; pero tan luego como se hizo cargo de la situación, se pintó en su rostro el asombro, y hasta cierta contenida indignación porque en su presencia se faltase de modo tan escandaloso a las reglas de la galantería y aun al respeto que toda dama merece de todo caballero, aun siendo su esposo, y aunque en el seno del ho-

gar doméstico se arañen o sacudan si las circunstancias lo exigen.

Nada le dijo al esposo; pero con todo el apresuramiento de que su volumen era capaz, se acercó a la señora y pronunció esta frase, con tono casi dramático, más dramático si cabe que el que hubiera empleado en un parlamento:

—¡Oh señora!—y quiso coger el abrigo.

—No, don Salustiano, si no me molesta—dijo ella resistiéndose al despojo; pero ¡ya era fácil resistir a don Salustiano cuando don Salustiano se empeñaba en hacer una cosa grande o pequeña, ya derribar un trono, ya quitar un abrigo a una señora!

—¡Oh señora!—repitió dos o tres veces; y se apoderó del abrigo, y se lo puso sobre el robusto y corto brazo, apretándolo contra el robusto pecho y el esférico vientre.

Yo, que observé la escena, me moría de risa.

A todo esto, el joven J., que, como he dicho, era muy distraído, y que iba pensando en las musarañas o que iba observando las magníficas perspectivas del parque, nada notó y siguió su camino delante de nosotros.

Don Salustiano, noble, majestuoso, con el abrigo al brazo y secándose la frente, continuaba su marcha como protesta viva y solemne de aquella enorme irregularidad social.

Al fin yo, comprendiendo que aquello no podía continuar sin grave escándalo del orden que la buena educación ha establecido entre personas cultas, llamé la atención de la señora C., y ésta a su vez la de su esposo, el cual, corrido y avergonzado, se acercó a don Salustiano para recoger el abrigo con un «¡Por Dios, don Salustiano!», que se correspondía perfectamente con el «¡Oh señora!» de antes.

Don Salustiano, sin la menor resistencia, antes bien, con cierto apresuramiento, le entregó en silencio el abrigo, como quien dice: «En efecto, eso es lo que proce-

de, que con su abrigo cargue usted y no su señora, ni yo tampoco».

De este modo quedó restaurado el derecho, como diría el insigne Galdós, y volvieron las cosas a su cauce natural.

Pero el joven J. era incorregible, y era el tipo más acabado de la distracción; que distracciones suyas que referiré en estos recuerdos me parecían increíbles a no haberlas presenciado yo mismo. Ello es que no había pasado media hora cuando le volvió a dar el abrigo a su señora, diciéndole dulcemente:

—Toma, monina que me pesa mucho; llévamelo tú.

Y ella, recordando sin duda los preceptos matrimoniales, cogió de nuevo, cariñosa y solícita, el abrigo de su esposo.

Con lo cual la odisea del abrigo cerró un nuevo ciclo.

Porque don Salustiano, que era la tenacidad en forma cúbica, y que no perdía de vista a los esposos, volvió de nuevo a coger la prenda con un nuevo «¡Oh señora!», y al brazo se la puso (la prenda quiero decir, no la señora) y siguió su marcha impasible como si nada hubiera ocurrido; pero esta vez J. observó la maniobra, y precipitándose de nuevo, de nuevo le cogió el abrigo, que de nuevo le entregó don Salustiano sin pronunciar una sola palabra.

Y no ocurrió más: el ilustre jefe de los progresistas triunfó definitivamente por aquella tarde, y toda la tarde fué el esposo con el abrigo al brazo, dando a todos los diablos interiormente al ilustre hombre de la Salve.

Verdad es que desde aquel día le tomó entre ojos, y no se hablaba una sola vez de política sin que hiciera constar que don Salustiano fué la causa de la caída de Espartero.

Claro es que lo que él pensaba en su interior era que a causa de don Salustiano no había paseado con toda la comodidad a que tenía derecho por aquel hermoso parque de los alrededores de Londres.

Lo grande y lo pequeño se enlazan en el mundo por manera inesperada.

El mismo hombre, el mismo orador ilustre, con un «¡Dios salve a la reina!» o con un «¡Oh señora!», había *perjudicado*, como dicen algunos en América, a un general glorioso y a un joven recién casado.

***

Y este era don Salustiano, tipo perfecto de la buena educación y acabado modelo de la tenacidad humana.

Nunca se descomponía, pero siempre realizaba sus propósitos y le gustaba muy particularmente dar una buena lección a los grandes y a los pequeños.

A aquéllos, si era posible, en el Parlamento, con suprema ironía y alardes de cortés respeto, en que palpitaba el desdén y la superioridad.

A éstos, es decir, a los pequeños o a los que él consideraba que no estaban a su altura, en tono paternal y cariñoso; y aquí sí que la expresión era verdadera, porque el fondo de don Salustiano era bueno.

Cristino Martos me contó una pequeña anécdota, que es otro rasgo del carácter que dibuja el contorno del glorioso prócer.

Allá en el año 54, en los momentos de la revolución, tuvieron que ir juntos en un coche, a no sé qué junta, Olózaga y Martos; porque aunque Martos era muy joven, su gran talento y su prodigiosa palabra habíanle colocado, desde que apareció en la escena de la política, en primera línea y al nivel de los más encumbrados personajes.

Llegó el coche al punto de su destino, abrió el lacayo la portezuela, y Martos, o por distracción, o por no recordar en aquel momento las reglas de la etiqueta, o por no pasar delante de don Salustiano, le invitó a que bajase.

Y don Salustiano bajó sin decir palabra; pero tan

luego como estuvieron en tierra le cogió del brazo con muchas muestras de familiaridad, y le propinó el siguiente discurso:

«Querido Martos: usted es muy joven, yo voy para viejo; puedo casi ser su padre, y no debe usted ofenderse por esto que voy a decirle, que no es seguramente una lección que pretendo darle.

»Pero en el mundo hay que mirarlo todo, y no debe desdeñarse nada, por insignificante que sea.

»Las buenas relaciones sociales dependen de mil pequeñeces, que ni los hombres de tanto talento como usted deben despreciar, porque estas pequeñeces nos ganan o nos hacen perder las simpatías de los demás hombres.»

Asombrado oía Martos, según él me contaba, este discurso de Olózaga, sin comprender bien a qué término se dirigía, aunque algo adivinaba, pero de modo vago; y así le replicó:

—No le comprendo bien, don Salustiano: ¿Es que he cometido alguna inadvertencia, alguna falta?

—No—replicó Olózaga,—de ningún modo; ni yo quiero, vuelvo a repetirle, darle a usted una lección: le hablo a usted como un padre puede hablar a un hijo.

—Pues el hijo escucha respetuoso: hable el padre con toda la severidad que el caso exija—le replicó Martos entre curioso y burlón, pues no era Martos hombre que se cortaba fácilmente.

—Usted me trata—siguió diciendo don Salustiano—con mucha consideración y mucho respeto, que es lo propio, por la diferencia de edad que hay entre ambos, aunque no por otro causa.

—Tendré que llamar al orden al orador—dijo Martos riendo—para que entre en materia.

—Y yo obedeceré gustoso al futuro presidente. Es el caso que, al salir del coche, usted ha querido mostrarse conmigo deferente y respetuoso, ya lo comprendo, y se lo agradezco. Y por eso me ha invitado usted a que salga primero, y ha salido usted después.

Pues bien, querido mío: esta no es la regla estricta de la cortesía, porque si usted quería mostrarse conmigo respetuoso, debió usted salir antes, y dejarme a mí salir el último. Al entrar, entra primero la persona de más categoría; pero al salir, es la última que sale. Por lo menos, hasta ahora es la regla establecida; yo no sé si más adelante la moda de la etiqueta cambiará los términos. Usted comprende que yo no doy importancia ninguna a estas cosas; que tampoco pretendo establecer jerarquías entre nosotros, y que estas observaciones mías corresponden al deseo que he creído adivinar en usted, y cuya realización ha resultado contraproducente. En fin... (Este *en fin* era una muletilla muy frecuente en don Salustiano en las conversaciones familiares; sin duda, la muletilla era el resultado de su costumbre de hablar francés, que lo hablaba con extraordinaria facilidad y pureza.)

Pero del francés que hablaba don Salustiano me ocuparé en otra ocasión, porque algo muy curioso tengo que decir.

Bueno es ir dejando de un capítulo a otro algún cabo suelto de curiosidad, aunque no llegue al de aquel folletín de Jerónimo Paturot: «de quién sería aquella cabeza, de quien sería aquel brazo».

En fin, como *diría* el ilustre orador, que don Salustiano y Martos rieron juntos y de buena gana a propósito de la lección de cortesía que el primero propinó suavemente al segundo, y que el segundo recibió con su gracia inimitable y con aquellas formas severamente clásicas que adornaban su conversación y sus discursos.

Esta fué la escena, que si no he podido repetir con las mismas palabras, porque no la presencié, fué como queda dicho, poco más o menos, pues más de una vez se la oí referir a mi querido don Cristino.

Quedan para el capítulo próximo nuevos recuerdos de Londres; que aquellos tres meses están repletos, y bien repletos, como ya dije en otra ocasión.

Un arenal se tiende igual a sí mismo, sin el más leve

accidente, con uniformidad geométrica, con inacabable monotonía, como años y años en que nada ocurre y en que la vida pasa igual a sí misma, sin más sensación que la sensación de la vida.

En cambio, los trastornos geológicos aprietan un terreno, lo arrugan y lo hacen subir en forma de montañas llenas de valles, de rocas, de picachos, de abismos.

Y así tambien en la vida hay años montañosos, con sus abismos y sus cúspides.

XLI

Un escritor contemporáneo de mucho ingenio y muy original, defendía hace poco esta tesis: que todo el que se dirige al público debe presentarse tal como es. Y el escritor a que me refiero agregaba, en su pintoresco estilo, que todos debíamos presentarnos desnudos a nuestros lectores.

Tanto como desnudos no diré yo, porque nos saldrían al encuentro los agentes de Orden público, que partidarios, por lo visto, de los antiguos moldes, nos recogerían para consignarnos al Gobierno civil o a la Delegación.

Pero si no desnudos, no está de más que en ocasiones nos presentemos en traje de casa, sin convencionales libreas de etiqueta. Y en estos recuerdos vengo yo dando desde el principio no sé si buen ejemplo o mal ejemplo de franqueza y familiaridad.

Me asalta un recuerdo modesto, insustancial, vulgarísimo; pues como me asalta, lo recojo y a la imprenta lo mando.

Y no lo adorno, no lo aderezo, no le doy ni siquiera forma literaria; como lo recuerdo, lo pienso; y como lo pienso, lo digo.

¿Que todos estos recuerdos son insignificantes? Qué remedio, si no tengo otros.

A veces me asaltan temores, y recientemente me han

asaltado muchos: ¿debo yo publicar estas pequeñeces? Pero me he consolado leyendo la opinión autorizadísima del insigne escritor a que antes me he referido.

Porque éste dice, en mejores términos que yo, pero en sustancia lo mismo que yo voy a decir: ¡Oh jóvenes que escribís para el público! ¿Queréis ser originales? ¡Pues no os empeñéis en serlo de una manera artificiosa y rebuscada; mostraos como sois; haced transparente vuestra envolvente material; que os vea todo el mundo sin disfraz, y que todas las miradas penetren hasta el interior de vuestro ser! Sólo con que os vean como se ve la luz de un farol al través de los cristales, habréis conseguido la más perfecta originalidad; porque, sabedlo, todos somos originalísimos: todo individuo es tan él mismo, que no se puede confundir con ningún otro individuo, como no se empeñe artificiosamente en imitar a otro ser humano; es decir, en representar en la comedia de la vida otro papel que no sea el suyo.

Esto me recuerda la opinión, también muy original, de un amigo mío que se llamaba don Francisco Gómez, y a quien llamábamos familiarmente Paco Gómez.

Pues este Gómez, que alardeaba de franqueza, que odiaba todo convencionalismo, que pretendía mostrársenos siempre tal como era, aun cuando no hubiese llegado a la perfección del sistema, porque no iba desnudo, sino muy bien vestido, y hasta vestido con elegancia, se burlaba de los actores, en general, y les negaba todo mérito.

— Todo actor — decía él, con sus exageraciones de costumbre, a que él daba el nombre de claridades— no representa bien más que tres o cuatro tipos, que son aquellos que se acomodan a su naturaleza.

— Aunque yo no he representado nunca — agregaba —, yo soy el primer actor del mundo para representar determinado personaje.

»Que resucite Romea y que venga aquí; y usted mismo, querido Vico, venga también conmigo, y a ver si ustedes, ni Talma y Máiquez, que volviesen a la vida,

son capaces todos juntos de representar con tanta verdad como yo *el papel de Paquito Gómez.*

»Ese personaje, no hay más que uno en el mundo capaz de interpretarlo, que soy yo mismo.»

Me parece que la teoría de Paco Gómez es la teoría de la originalidad personal.

Cierto es que Vico le contestaba, con sonrisa entre burlona y filosófica:

— Pues mira, Paquito: eso que dices será verdad; pero yo estoy seguro que si sales a escena a representar *tu papel*, ese papel que dices de Paco Gómez, que estás representando hace cuarenta años, lo harás muy mal, y con torpeza, y con amaneramiento; y de fijo te equivocas y te silban, y todo el mundo saldrá diciendo: «Pero qué mal hace Paco Gómez el papel de Paquito Gómez.» Que de estas cosas diabólicas e incomprensibles, querido Paco, tiene muchas nuestro arte.

Sea de ello lo que fuere, y sin pretender ahondar en tales problemas, que son más intrincados de lo que parece, continúo mi tarea, que no sé si servirá para algo, y aun sospecho que para nada ha de servir, pero que a mí me proporciona unas cuantas horas agradables, porque voy recorriendo, según la veo, mi ya larga vida, que, con ser poco dramática y poco interesante, es la única de que pude disponer desde la creación hasta la fecha.

***

Seguía, pues, en Londres, visitando a diario la Exposición y tomando notas y apuntes para la Memoria que estaba obligado a presentar, a mi vuelta, al director de Obras públicas.

Un día recibí un telegrama de París, que decía de este modo:

«Ven inmediatamente. Te necesito para un asunto importante y de mucha urgencia. No admito excusas.»

Y lo firmaba Leopoldo Brookman.

Firmaba el telegrama, como digo, mi más querido compañero en ingeniería y condiscípulo que fué en la Escuela de Caminos.

Mas, en rigor, ¿quién creen ustedes que me llamaba a París?

No es fácil que ustedes lo acierten, ni yo podía sospecharlo.

Pues me llamaba Napoleón III, el entonces emperador de los franceses. Ni más ni menos: el emperador.

Verdad es que yo jamás le había visto, que jamás había cambiado con tan alto personaje ni una palabra ni un saludo. Verdad es que él ignoraba que yo existiese en el mundo, y que murió sin sospecharlo.

No importa: de una manera indirecta, pero eficaz, él me llamaba, y por él fuí yo a París.

A veces en la vida, por alguno de esos mil conductores eléctricos, que en todos sentidos cruzan la sociedad moderna, se ven enlazadas, aunque lo ignoren, dos personas que viven a mil leguas de distancia física y social, ignorando cada una de ellas la existencia de la otra.

Qué digo dos personas: dos seres cualesquiera, racionales o irracionales.

Yo demostré hace algún tiempo, con demostración matemática, que se traducía en hechos positivos, que una misteriosa influencia se había establecido en un momento dado entre el *presidente* de la República de los Estados Unidos y una *perrilla* de un modesto empleado de Hacienda, que todos los días a hora determinada pasaba por la Carrera de San Jerónimo; es decir, pasaba la perrilla y con ella pasaba también el amo.

No he de repetir aquí la demostración; pero conste que el hecho es real, y que el gran presidente de la poderosa República estuvo a punto de costarle a la humilde perra el perder la *cordilla*, que constituía su alimento, durante unos cuantos meses.

Todo esto se aclarará más adelante; ahora vamos a mi viaje a París.

***

Pocas horas después de recibido el telegrama, llegaba yo a la estación y pedía un billete de primera para la capital de Francia. ¡De qué manera tan cruel se imponen los resabios literarios! Para no repetir la palabra París, que ya he empleado muchas veces, he dado un rodeo tan inútil como enfático, ¡la capital de Francia!

¿Vale la sinceridad? Pues confieso que el dar la orden al cochero de que me llevase a la estación, y el conseguir que me entendiera, el acercarme a la ventanilla con desembarazo y cierta superioridad y pedir billete de primera, en inglés, por de contado, y el ver que me entendían, y el pagar y cobrar la vuelta y cambiar media docena de palabras en inglés, todas estas insignificantes maniobras, llamémosles maniobras aunque no lo sean, despertaban en mí sentimientos vanidosos.

Decididamente, yo iba dominando el inglés; unos meses más, y me hombreaba con Shakespeare, y eso que, por entonces, no había entrado de lleno en mi carrera dramática.

Seguí mi viaje gallardamente; hasta pasé el Estrecho sin marearme; llegué a París y me fuí directamente al hotel Meurice, que era, por aquellos tiempos, uno de los hoteles más aristocráticos de la capital, aunque no de los más lujosos.

No es que yo acostumbrase a residir en hoteles aristocráticos; a él fuí porque en él estaba Brookman, que, como ingeniero en jefe de la red italiana, que en aquella época construía don José Salamanca, podía permitirse lujos que no estaban al alcance de un modesto profesor de la Escuela de Caminos con doce mil reales de sueldo. Entonces se contaba por reales, y yo no he perdido todavía esta costumbre, sobre la cual en otra ocasión me permitiré someter a mis lectores a algunas consideraciones filosóficas.

Inmediatamente vi a mi compañero, y éste me explicó el asunto de que se trataba, y que le había obligado a llamarme con tanta urgencia.

Es el caso que Brookman, que era un excelente in-

geniero, era también un poeta de alta inspiración, y de la mezcla de las aptitudes ingenieriles y de los impulsos poéticos, resultaban, a veces, proyectos grandiosos, atrevidos y hasta fantásticos, que, como es natural, no realizaba nunca.

De uno de estos proyectos le habló un día a don José Salamanca, como hubiera podido hablarle de un sueño o del argumento de un drama.

Y el proyecto era éste: *el paso del Canal de la Mancha por medio de un ferrocarril colosal.*

No se trataba de un túnel: tal proyecto ya existía por entonces; no pretendía Brookman construir un puente de orilla a orilla, idea que tampoco era nueva. Tratábase de un ferrocarril, como digo, cuya vía robusta, poderosa y de construcción especialísima, había de ir por el fondo del Estrecho, escogiendo, naturalmente, la parte de menor profundidad, que resultaba ser de unos cincuenta metros en el centro.

Sobre esta vía correría de una costa a otra, desde Francia a Inglaterra quiero decir, un gran armazón de hierro, una especie de torre a cuya plataforma pasaría el tren que llegaba de Francia, y la torre, movida por enormes hélices, lo transportaría hasta la costa de Inglaterra, y viceversa.

Tal era el pensamiento de Brookman; y no entro en los pormenores del sistema, primero, porque no serían propios de este lugar, y, además, porque el proyecto no pasó de la categoría de proyecto más o menos fantástico.

Pero es el caso que don José Salamanca, para las grandes empresas, tenía mucho también de soñador y poeta, y el pensamiento de Brookman, no solamente le agradó, sino que le entusiasmó.

Vió, sin duda, la creación de una gran Sociedad; muchos millones en danza; la protección de Francia, con la subvención correspondiente; la protección de Inglaterra, con la correspondiente subvención; el nombre de Salamanca elevándose a cien codos sobre todos los nombres

de todos los constructores del mundo; gran prestigio y fama para los ingenieros españoles, a los que siempre el gran banquero concedió noble protección, y como natural complemento de todo ello, un gran negocio financiero y una ganancia colosal.

Ya ven mis lectores que, si poeta era mi compañero Brookman, poeta era también, a su modo, don José Salamanca.

Con tanto empeño acogió la idea aquel singularísimo hombre de negocios, que fué Brookman el que, sin duda por descargo de su conciencia, apuntó tímidamente algunas objeciones, deseando, por de contado, que no prevaleciesen.

— El proyecto es muy difícil — le dijo.

Y Salamanca le replicó, haciendo ya el proyecto suyo:

— Difícil, sí; pero no imposible. ¿No he visto yo correr a la locomotora y al tren por una llanura inundada? Pues si la caldera hubiese estado encima del agua, y la vía hubiese sido bastante sólida, el tren hubiese continuado su marcha; y este es nuestro caso. ¿Qué más da medio metro de agua que 50 metros? El principio es el mismo, y cuenta de los ingenieros es vencer las dificultades materiales; ¿o es que ustedes no sirven más que para lo rutinario?

Todo esto me contaba Brookman, entusiasmándose con el espíritu emprendedor de don José Salamanca.

Pero no era don José hombre que se contentaba con soñar, ni dejaba nunca que las ideas flotasen en el aire: de la idea flotante quería él pasar con rapidez a la realidad sólida y tangible; así es que a los pocos días, apresurando su viaje a París, a París llegó trayendo consigo a Brookman, y sin perder tiempo, y valiéndose de su amistad con la emperatriz y de la simpatía con que siempre le había distinguido el emperador, a éste sometió el proyecto de que se trata.

Hasta aquí el proyecto de mi amigo iba hacia adelante con fortuna, porque en su camino encontraba siempre poetas, soñadores y hombres de entusiasmo.

Soñador y poeta era Brookman, aun como ingeniero; poeta y soñador era también don José Salamanca para las grandes empresas, y esto quizá le perdió algunos años más tarde; y el mismo emperador, con sus apariencias frías, era un soñador colosal en el orden político. Lo fué toda su vida, y en todas sus empresas revolucionarias, políticas y guerreras, dominó siempre la nota dramática, mejor dicho, la nota romántica.

Al fin y al cabo, construir un ferrocarril submarino no había de parecerle al emperador Napoleón III empresa más difícil que construir un imperio al humilde revolucionario de Italia, al pobre prisionero de Hans o al expatriado en los Estados Unidos.

De aquí resulta que no acogió el emperador el proyecto de Salamanca ni con desdén ni siquiera con frialdad.

Según don José le refirió a Brookman, y Brookman me refirió a mí, el emperador le contestó poco más o menos lo siguiente: — El proyecto es grandioso. Si técnicamente es posible, cuente usted con mi protección; y aunque en Inglaterra nos pongan algunas dificultades, yo confío que podré vencerlas.

Era la época, en efecto, de las grandes amistades y simpatías entre Napoleón III y la reina Victoria, y de las recíprocas visitas entre el emperador y la emperatriz por una parte, y la reina Victoria y el príncipe Alberto por otra.

El emperador completó su pensamiento de este modo:

— Haga usted — vino a decirle a don José Salamanca — que sus ingenieros formalicen un proyecto serio sobre ese gran pensamiento, con su Memoria, sus planos y su presupuesto, y todos los datos técnicos que demuestren que la idea, aunque difícil, es realizable. Usted me trae todos esos documentos; yo nombraré una Comisión de ingenieros franceses de mi confianza, y haré que en brevísimo plazo me presenten su informe; que si el informe es favorable, o por lo menos no es desfavora-

ble por completo, yo tomaré la empresa bajo mi protección.

Realmente, el emperador no pudo hacer más.

Volvió sobre Brookman don José con toda su energía y sus apremios, y le encargó que inmediatamente hiciese el proyecto; *pero inmediatamente*, en el plazo de diez días a lo sumo.

Brookman quedó encantado y espantado al mismo tiempo.

— Pero, don José, ¿cómo he de hacer yo ese proyecto en tan pocos días?

Mas don José, que no admitía objeciones ni reparaba en obstáculos, le dió inmediatamente la solución, o algo que él creyó que podría ser una solución.

— En qué poca agua se ahoga usted, amigo Brookman; ¡y usted quiere pasar el Estrecho!

— Pero, don José ...

— Nada, nada; las cosas hay que hacerlas, y a usted le interesa el asunto más que a nadie.

— Es materialmente imposible que yo solo ...

— Oiga usted, que a usted nada le ocurre; ¿no es probable que en Londres estén, con motivo de la Exposición, algunos ingenieros amigos de usted?

— Sí; por lo pronto, está Echegaray.

— Magnífico: pues le llama usted ahora mismo, por telégrafo; mañana está aquí, y en ocho días redactan ustedes el proyecto entre los dos.

Y así lo hizo Brookman, como don José se lo había ordenado.

Y por eso fuí yo al hotel *Meurice*, y oí con asombro la relación que precede, y quedé más espantado que Brookman, el cual, a decir verdad, estaba en sus glorias.

Conque ya ven mis lectores cómo yo tenía razón al afirmar que, por el mandato del emperador Napoleón III, había ido desde Londres a París. El emperador le había pedido un proyecto a Salamanca, sobre el paso del Canal, por el sistema Brookman.

Y Salamanca le había aconsejado a Brookman que

me llamase, y, en efecto, Brookman me había llamado.

Luego era una cadena lógica que directamente nos enlazaba al emperador y a mí, como tantas otras cadenas lógicas y misteriosas, aunque ésta de misteriosa no tenía nada, que enlazan en la vida personas y cosas las más distantes y aun opuestas.

* * *

El emperador le había dicho a Salamanca: «Dentro de diez días me trae usted el proyecto». Salamanca le había dicho a Brookman: «Dentro de ocho días me dan ustedes el proyecto». Y Brookman me dijo: «En cinco días necesitamos redactar el proyecto, para tener tiempo de copiarlo y de poner los planos en limpio».

Afortunadamente, Brookman había traído de Italia o había buscado en París escribientes y delineantes, sin contar con que él mismo dibujaba con mucha perfección.

Pues a la obra. Y nos pusimos a redactar la Memoria, que nos iban traduciendo al francés cuartilla por cuartilla.

Hicimos los cálculos, que, hay que confesarlo, y nos lo confesábamos a nosotros mismos, eran imaginarios, como fundándose en cifras caprichosas, más o menos racionales; pero ni experiencia, ni estudio serio, ni nada verdaderamente sólido, porque esto hubiera exigido en conciencia meses y aun años de trabajo.

Hicimos los planos, que resultaron, según me dijo Brookman, una vez puestos en limpio, muy artísticos y muy sugestivos.

Y, por último, redactamos el presupuesto; que éste, dejando aparte lo fantástico de la idea y la parte eventual, que en aquel caso era enorme, podía tener cierto carácter de seriedad.

En suma: en cinco días terminamos la empresa, y nos miramos, como dicen que se miraban los augures en la

antigua Roma, cuando, por casualidad, se cruzaban en el foro o en las vías de la Ciudad Eterna.

— ¿Pero tú crees — le pregunté yo — que todo esto es serio?

Y él, que aunque soñador tenía buen sentido, tuvo que confesarme que no lo era. Era, en todo caso, el programa de un trabajo serio sobre una empresa muy artística, pero que tanto tenía de artística como de quimérica.

La vía férrea, aquella vía sólida, poderosa, que había de construirse en el fondo del Canal, con 60 metros de agua por encima, cruzada de corrientes, coronada por tempestades, entre aluviones de arena, sumergida, en suma, en lo desconocido, era una obra digna de la imaginación de Julio Verne; pero no podía sufrir la crítica de los hombres de ciencia.

De todas maneras, el proyecto quedó terminado, y, como forma, resultó bastante agradable.

Cumplida mi misión, y prestado aquel servicio de amigo a un buen amigo y un buen compañero, le anuncié mi regreso a Londres para el día siguiente.

Él, siguiendo sus impulsos generosos, quería que los dos firmásemos el proyecto; pero yo decliné la invitación, fundándome, y así era la verdad, en que la idea no era mía, y que tampoco tenía mucha confianza en su realización; de suerte que hasta era caso de conciencia el no firmar yo lo que no creía que fuese cierto. Hermoso, sí; pero, a mi modo de ver, si no irrealizable, porque esta palabra es peligrosa, poco menos que irrealizable.

Nos despedimos con esto; me despedí afectuosamente de don José Salamanca, que siempre me fué muy simpático, y volví a Londres. Por vez segunda pasé el Estrecho sin marearme: acaso adivinaba el endiablado Estrecho la que le estábamos preparando, y no quería ponerse mal conmigo.

***

Otra vez a Londres, otra vez a la Exposición, otra vez a mis concienzudos trabajos.

La masa de prospectos, folletos, memorias, artículos y datos de toda clase que yo recogí, era una masa verdaderamente enorme.

Lástima fué que todo aquello no diera ningún resultado práctico. Fué un trabajo completamente perdido, como explicaré más tarde.

Aquella soberbia *galería de máquinas* la sabía yo de memoria, como vulgarmente se dice. Cada monstruo de hierro era un amigo, del cual tenía yo un retrato exacto y fiel, y la mayor parte de las noches las pasaba haciendo apuntes y reproduciendo croquis de memoria; apuntes y croquis que comprobaba al día siguiente sobre el terreno; es decir, ante la maquinaria.

Otros muchos recuerdos tengo de Londres; pero son ya tan mínimos que no me atrevo a consignarlos por escrito.

Todo acaba en este mundo, y acabó mi expedición, de la cual conservo memorias gratísimas. Cuarenta y tres años han pasado ¡y aun veo el palacio de Kensington!

A España, pues.

Al cruzar el Estrecho, sufrí un nuevo mareo. Aquella vez no me tuvo consideración: sin duda llegó a su noticia que el proyecto de Brookman había fracasado por completo. Liquidemos este asunto.

Acogió el emperador bondadosamente las dos grandes carpetas en que la Memoria, los presupuestos, los planos y hasta otra Memoria especial sobre el sistema de construcción estaban contenidos.

Lo envió todo ello a informe de una comisión nombrada por el emperador mismo, y la comisión, en la cual no debían abundar los poetas, informó en términos desfavorables.

Al agua fué el pensamiento. Naufragó para siempre en las aguas revueltas del Canal de la Mancha.

De todo ello no quedó más que un precioso artículo,

medio científico, medio fantástico, que escribió, algunos años más tarde, Leopoldo Brookman, y que publicó en no sé qué periódico de Madrid.

¡Pobre Brookman: qué alma tan noble y tan pura, qué carácter tan simpático, cuánto talento, cuánto ingenio, cuánta poesía y cuánto tuvo que luchar en la vida!

La vida fué para él, y con él se portó, como hubiera podido ser y hubiera podido portarse, la más cruel de las coquetas con el más fervoroso de sus amadores.

Al principio, sonrisas y caricias; simpatías por todas partes; una carrera brillantísima; una familia buena y cariñosa; una posición elevada en Italia; sueldos de no sé cuántos miles de duros: 14 o 16.000; entusiasmos de don José Salamanca; éxitos como ingeniero constructor; grande protección en la corte romana: la felicidad en pleno azul.

Y luego, en breve tiempo, todo cambia: amistades que cesan; horizontes que se ennegrecen; la salud que declina; las fuerzas que faltan, y la lucha por la vida que arrecia al mismo tiempo que las energías decaen.

Y al fin, la muerte, cuando era muy joven todavía, cuando la esperanza con terquedad aleteaba.

Muchas veces he pensado que aquel proyecto del paso del Canal de la Mancha fué simbólico para el pobre Brookman.

¡Quién sabe! ¡Acaso desde entonces empezó a declinar la confianza de don José en su ingeniero predilecto!

Volvamos a España, y recorramos el tiempo que media entre el año 62 y el año 68.

Aun me quedan muchos años de vida desde el 62 hasta el momento presente, sin contar con la prórroga que tengo solicitada.

XLII

Ya es tiempo de dar por terminada la Exposición Universal de 1862.

Ya es tiempo de dejar a Londres, después de haber pasado en la gran metrópoli cerca de tres meses, de feliz recuerdo.

Ya es tiempo de volver a Madrid, a mi Escuela de Caminos, a mis cátedras, a mis teatros, al Ateneo y al mitin: a uno y otro mitin librecambista, quiero decir; que el mitin político no era permitido por entonces. El librecambio tuvo por aquellos años privilegios de que hoy disfruta todo el mundo, desde las asociaciones obreras hasta los partidos políticos.

De los seis años que median del 62 al 68, o sea al año de la revolución, recuerdo muy pocas cosas. Es como una superficie unida en que ni se destacan montañas ni se hunden abismos: planicie tranquila y monótona.

En este período, sin embargo, escribí otro drama, que por entonces se titulaba *El banquero*, que después cambió de título y de extensión. De título, porque muchos años después se representó con el de *La última noche*. De extensión, porque al drama primitivo le agregué un epílogo, que fué en rigor el que salvó la obra de un desastre ruidoso.

Pero dejemos aparte la postrera encarnación del drama, y digamos algo de la primera.

Hacía muchos años que yo no escribía ni drama ni comedia. Mi afición activa al teatro, es decir, mis impulsos y anhelos de autor dramático, estaban muy decaídos. Llevaba escritas, como ya sabe el lector, varias obras dramáticas, que, después de revolotear alrededor de uno y otro teatro, venían a caer desalentadas al más profundo cajón de mi mesa de despacho, depósito de cadáveres sin esperanza de resurrección. Aunque, a decir verdad, casi todos ellos resucitaron más tarde; pero yo por entonces los creía muertos y bien muertos.

Mejor dicho, *mal muertos*, porque todo padre, o todo autor dramático, nunca se conforma con la muerte de sus hijos o con los engendros de su fantasía.

* * *

Pero volvamos a *El banquero*.

Declaro solemnemente que a mí no se me ocurrió escribir esta obra. La iniciativa partió de mi amigo Leopoldo Brookman, y diré cómo fué y por qué fué.

Brookman había ido a Italia, como uno de los primeros ingenieros de don José Salamanca, para construir una de las redes de caminos de hierro de aquella península.

Al principio el ingeniero estaba encantado con el empresario, que era generoso, de elevados puntos de vista, aficionado a las artes, capaz de gastarse miles de duros en una estatua, en un cuadro o en un ejemplar único de *Tirante el Blanco*.

Y asimismo el empresario estaba encantado con su ingeniero.

En mi propia casa de la calle del Horno de la Mata, y sentado junto a mí, le oí a don José Salamanca el día que vino a proponerme que fuera a Italia a trabajar como ingeniero en compañía de Brookman (aunque al fin no pude ir, porque se opuso a ello la Dirección de Obras públicas, cortándome, con el mejor deseo, pero

con la mayor crueldad, las alas por vez segunda); le oí decir, repito, que no había tenido ningún ingeniero ni más inteligente, ni más trabajador, ni más recto que Leopoldo Brookman.

En aquellos primeros años Salamanca y Brookman estaban, como vulgarmente se dice, a partir un piñón. La verdad es que se repartían muy a gusto las ganancias de la red italiana, recogiendo Brookman unos cuantos miles de duros en forma de sueldos diversos, y Salamanca muchos millones, como empresario, en forma de ganancias de la empresa.

Pero, ¡cosas humanas!, ¡vicisitudes de la suerte!, ¡caprichos de la fortuna! La buena armonía entre don José Salamanca y Leopoldo Brookman se enfrió poco a poco, y al fin se apagó del todo.

Muchas causas contribuyeron, a lo que pude entender, para este cambio de la mayor cordialidad en alejamiento y desvío.

Brookman, por exceso de trabajo y porque su naturaleza nunca había sido muy robusta, enfermó gravemente de la malaria, que al fin le dejó como residuo una afección crónica al estómago, de la que murió no muchos años después el pobre Leopoldo.

Tuvo que abandonar, pues, temporalmente la dirección de los trabajos, y al fin se vió obligado a salir de Roma.

Durante este período las cosas no marcharon tan a gusto de don José Salamanca como antes.

O flaquearon los trabajos de la red férrea, o es que ésta había dado de sí todo el jugo que podía dar; y cuando las ganancias disminuyen y un negocio se tuerce, no hay hombre de negocios en el mundo que conserve su buen humor. Y cuando la gente está de mal humor, riñe con facilidad suma. Y, por otra parte, el que ha estado muy enfermo no siempre conserva el equilibrio de sus nervios, tan necesario para salvar situaciones difíciles. De donde resulta que, cuando pasados muchos meses, el empresario y el ingeniero se volvieron a encontrar,

habían cambiado uno y otro respecto al otro y al uno.

Hubo otra circunstancia, según oí decir, que le molestó a don José Salamanca, y esto no me lo explico bien, porque era hombre de espíritu democrático y de espíritu amplio.

La corte romana, en la cual tenía Brookman muchos amigos, se empeñó en darle una prueba de consideración y afecto, y le otorgó el título de *conde:* conde de Brookman.

Esto, aseguran personas bien informadas que no le pareció bien al poderoso banquero, que por entonces no llevaba título ninguno, aunque con posterioridad obtuvo el título de marqués de Salamanca.

Todos estos fueron cuentos, de que no respondo, pero que repito como entonces se contaban.

Ello fué, según parece, que don José se sintió molesto, y aun alguien le oyó decir: «Yo tengo a mis órdenes ingenieros, pero no quiero tener condes, ni duques, ni príncipes: es demasiada corte para un hombre de negocios.»

No sé si todo esto será cierto, aunque como cierto me lo refirieron; pero, en todo caso, está muy dentro de las condiciones humanas, y aun de la humana psicología, como ahora se dice.

Y continuaron enfriándose las relaciones entre mi querido Leopoldo y mi respetable don José.

Otro incidente más, que acaso contribuyó poderosamente a la definitiva ruptura de relaciones entre ambos, fué el desdichado proyecto para el paso del canal de la Mancha.

Don José Salamanca se había entusiasmado con la idea de Brookman, y cuando el emperador le dió a entender, devolviéndole los planos y la Memoria del proyecto, que el tal proyecto era imposible, porque es de todo punto imposible construir una vía férrea en el fondo del canal de la Mancha, entre Francia e Inglaterra, a sesenta metros de profundidad, pues a profundidad tal no se llega, no ya para trabajar, pero ni siquiera para

sacar a pedazos un barco que se haya hundido; cuando esto oyó o entendió don José Salamanca, se sentiría humillado seguramente, y acaso en ridículo, como proyectista, ante el poderoso emperador de Francia. Ni más ni menos que como un autor dramático a quien le devuelven un drama.

Naturalmente, le echó la culpa a Brookman, que le había metido en semejante aventura, según el mismo don José me dió a entender en cierta ocasión. La verdad es que él se había metido de buena voluntad.

En resumen: que Brookman se separó definitivamente del servicio de don José Salamanca.

Y Brookman regresó a Madrid para seguir trabajando por su cuenta como ingeniero.

***

Y ¿qué tiene que ver todo esto — me preguntará el lector — con tu drama de *La última noche*, o con el drama primitivo titulado *El banquero?*

Pues tiene que ver mucho, que todo se enlaza con todo en este mundo: lo grande con lo pequeño, el arte con los negocios, los odios y las amistades con la red italiana de ferrocarriles, y el gran triunfo de Vico en el teatro Español, representando el epílogo de mi drama, con el paso del canal de la Mancha.

Si no se separan Salamanca y Brookman, no escribo yo el epílogo; esto no admite duda ni discusión.

Pero vamos a ver cómo sucedieron las cosas.

Volvió Brookman a Madrid con su familia, y de nuevo reanudamos nuestras antiguas y cariñosísimas amistades. Y pasábamos por aquellos días muchas horas juntos discutiendo de todo lo discutible, desde la política hasta la filosofía, desde el arte dramático hasta el Paso de Calais.

Y el *paso* de Calais me sale al *paso* para tomar su parte en estas conjunciones extravagantes, pero, a mi

entender, sólidas y firmes, que de cuando en cuando establece mi fantasía entre los hombres y las cosas.

Sin el Paso de Calais, quiero decir si no hubiese existido, claro es que Brookman no hubiera ideado aquel fantástico proyecto, que después de haber despertado tantas esperanzas en don José, le proporcionó al fin un mal rato, y quizá una mortificación, en plena corte napoleóniea.

Y sin aquel proyecto quizá no se hubieran separado Brookman y Salamanca, o se hubieran separado más tarde. Y no habría vuelto por entonces Leopoldo a Madrid, y no me habría propuesto escribir *El banquero*, y ni habría yo escrito el epílogo de *La última noche*, ni habría dicho Vico, con expresión prodigiosa que levantó al teatro en peso, y a mí me hizo saltar de entusiasmo:

¡A sangre tiene sabor
la maldita copa de oro!

Pero expliquemos lo que ocurrió.

Brookman había vuelto de Italia muy amargado, con el sistema nervioso excitadísimo, y con una enemiga formidable contra todos los banqueros, contra todos los hombres de negocios y, en suma, contra todo el que maneja millones.

Como él era, ante todo y sobre todo, poeta, no hay que extrañar estas nuevas tendencias de su espíritu. Todo poeta tiende a la exageración. En ocasiones vislumbra la verdad aun antes que el hombre de ciencia; pero la transforma y la idealiza.

Y así Brookman venía con impulsos socialistas, y eso que no habíamos llegado a la época del socialismo, que por entonces se hacía el mortecino en Francia, y en Alemania, el dormilón.

Ello fué que un día me dijo mi buen amigo:

— Oye, Pepe, ¿por qué no escribimos un drama? Tú ya haces versos, yo siempre los hice, y esta vez tengo

una idea que me parece fecunda. Escribimos entre los dos un drama y lo escribimos en verso.

Porque entonces, para escribir dramas o comedias, era, ya que no circunstancia indispensable, muy recomendable al menos escribirlos en verso.

Era vestir de etiqueta, era lo más decoroso y hasta lo más entonado.

En verso habían escrito casi siempre Hartzenbusch, el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Ayala, que ya tenía nombre; únicamente Tamayo, de cuando en cuando, escribía en prosa.

En suma, Calderón y Lope en verso habían escrito.

Aunque yo tenía, como he dicho antes, muy apagadas mis iniciativas dramáticas, sentí que éstas se agitaban gozosas al oír la proposición de Brookman, y la acepté desde luego.

— Vamos a ver, ¿cuál es tu idea? — le dije.

— Aun no tengo el argumento — me contestó —; pero lo que yo quiero es escribir un drama pintando al banquero moderno, al banquero en general. No se trata de Salamanca, que tiene condiciones excepcionales, sino de un banquero simbólico, con sus egoísmos, con sus corrupciones, con sus ansias y sus apetitos, con su afán de oro a todo trance, y, en suma, con su materialismo, que es el materialismo de este siglo en que vivimos.

Y aquí pronunció él, con gran vehemencia, ajena en verdad a su carácter, un discurso desenfrenadamente socialista. Bien se observaba que iba revolviendo antiguos enojos y antiguos desengaños contra el becerro de oro.

— Mira — le contesté yo, sintiendo que en mí se sublevaba el hombre de la Economía Política —, no estoy conforme con muchas de las cosas que has dicho. Ya sabes que soy individualista de la escuela de Bastiat. Ni creo que este siglo sea tan materialista como supones, ni creo que todo banquero, sólo por ser rico, haya de ser malvado, egoísta y perverso.

»Los habrá malos, como en todas las clases de la so-

ciedad; pero los hay buenos, muy buenos y muy simpáticos, como en todas las esferas de la vida, desde el que viste blusa hasta el que ciñe corona.

»El hombre siempre es hombre, y puede resultar bueno o puede resultar malo; allá en el fondo de su conciencia se revuelven egoísmos y ternuras, y por su inteligencia pasan unas veces sombras y otras veces ráfagas de luz. De suerte que yo no condeno ni condenaré nunca en globo a toda una clase social: me contento con dar a cada cual lo suyo.»

No recuerdo haberle dicho estas mismas palabras, porque esto sería refinar demasiado los recuerdos; pero el sentido de mi réplica y de mis objeciones fué éste indudablemente; porque tales ideas y tales sentimientos los llevo estereotipados hace cincuenta años en mi cerebro. Y no es *composición de caja*, que se hace en el momento preciso, sino que es verdadera esterotipia que sirve en todos los momentos y para todas *las tiradas*.

Seguimos discutiendo largo rato sobre las grandes empresas, los hombres de negocios y las condiciones morales de los banqueros.

Él, marcando, mejor dicho, fustigando los vicios de los grandes tratantes en oro; yo, defendiendo que, sin los hombres de negocios y sin la banca, el siglo XIX no hubiera podido realizar las estupendas empresas que serán gloria de la moderna civilización.

Son formidables luchadores, y en toda lucha hay despojos, heridos y prisioneros, y violencias y sangre; pero la victoria es victoria siempre.

Al fin de la discusión, él me dijo con tristeza, creyendo que yo me había arrepentido de mi primera concesión:

— ¿De modo que no quieres escribir el drama?

Y yo le repliqué:

— No me comprendes. Escribiremos el drama, y el protagonista resultará tan malvado como tú te propongas. ¿Qué tiene que ver una obra de arte, dado que re-

sulte obra de arte y no un mamarracho, con mis ideas económicas o sociales? Yo creo que en un drama ni se deben demostrar teoremas científicos, ni se puede pretender la solución de ningún problema social.

»El drama, por regla general, maneja pasiones, dolores y alegrías, caracteres, conflictos, algo que conmueva, algo que interese, ráfagas de hermosura o negruras artísticas, y de aquí resultan símbolos, dado que resulten; pero los teoremas y los corolarios son para la disciplina científica, no para el mar embravecido de la dramática.

»Yo creo que los banqueros son en su mayoría personas dignas y honradas; pero puede haber uno malo con los caracteres especiales de maldad, que corresponden al medio ambiente; y si en la vida de ese personaje imaginario, tomada de la realidad o forjada en la fantasía, hay grandes situaciones dramáticas, no tengo inconveniente en llevarlas al teatro, adonde deben ir el mal y el bien que puedan existir en todas las esferas sociales.

»Y como llevo a un banquero materialista, llevaría a un clérigo devorado por la pasión, sin que por ello crea que los demás clérigos están en el mismo caso.

»No soy socialista, y, sin embargo, no tendría inconveniente en pintar las crueldades de un patrono y los sufrimientos de la clase obrera.

»El arquitecto busca la buena piedra de construir donde la encuentra; donde encuentra pasiones las recoge el autor dramático para su obra; y en todas las clases de la sociedad hay ejemplos de vicios y virtudes.

»El autor dramático no debe llevar a la escena sus opiniones, salvando casos muy excepcionales, sino las opiniones de sus personajes.

»¡Bueno sería que, porque Shakespeare creó la figura de Yago, hubiéramos de creer que Shakespeare era un malvado!

»Pero, en fin, esta discusión sería interminable, y lo que

a ti te importa saber es que estoy dispuesto a escribir el drama.»

Cosas por este estilo le dije, aunque claro es que no se las diría en esta forma.

Ello es que al día siguiente empezamos a trazar las líneas generales de nuestra obra.

Ni a él ni a mí se nos ocurrió que el banquero fuese un traidor de melodrama, ni un ser decididamente perverso.

Había de ser un hombre de gran talento para los negocios, amante del lujo, eso sí, y de los goces materiales.

El lujo en todas sus manifestaciones.

Desde los caballos de pura raza y las mujeres de raza impura, hasta los objetos artísticos.

¡Porque de mujeres no se hable! Son para estos hombres el lujo supremo y el supremo arte, y los supremos goces para ellos y para los demás mortales descendientes de Adán.

Y muchos millones para saciar todos estos apetitos; y si la lucha es decisiva, ¡fuera escrúpulos para vencer en la batalla por los millones!

Un gran fondo de egoísmo debía de tener el protagonista; debía ser generoso y cruel, mostrar altivez de gran señor e ironía aristocrática. Una especie de Satanás; pero grandioso, con reminiscencias de cuando fué ángel.

Este es, en substancia, el tipo que nos trazamos; y en pocos días quedó combinado el argumento, dividido el drama en actos y en escenas, y, en suma, planeada por completo la obra.

Leopoldo, que era el más encarnizado con los banqueros, fué el que se mostró menos exagerado contra el de nuestro drama; y yo, que los defendía, no me cansaba de arrojar negruras sobre el protagonista. Tanto, que muchas veces me decía Brookman:

— Hombre, no tanto; ese rasgo de cinismo o ese rasgo de crueldad no creo que el público los tolere.

En fin, la estructura del drama quedó completa. Me

encargué de escribir el primer acto, él de escribir el segundo, y, terminados estos dos, ya nos dividiríamos por mitad el tercero.

Llegó el verano: Brookman se quedó en Madrid, y yo, con mi mujer y mi hija, me fuí a pasar el verano a Alicante.

***

Verano muy agradable y de recuerdo muy grato.

Mucho calor, que es lo que a mí me gusta y me ha gustado siempre, pero mucha alegría.

Yo, en cuanto llegué, puse manos en la obra, y empecé a escribir mi parte, escena tras escena; ¡con cuánta ilusión, con cuánto entusiasmo!

Todo me satisfacía: el argumento, el carácter del personaje, el ambiente que le rodeaba.

A cada redondilla insolente del banquero, a cada rasgo de egoísmo que ponía en sus labios, a cada infamia que proyectaba, sentía yo un estremecimiento de placer si la redondilla era redonda, el cinismo refinado y la ironía punzante.

El creador siente siempre, o debe sentir, grandes ternuras por *su criatura*, por perversa que *su criatura* le resulte.

— Pero qué canalla tan perfecto me va resultando este personaje — se dice uno a sí mismo con cierta vanidad satánica.

En poco más de veinte días había yo terminado el primer acto, y antes de terminar el mes le escribí a Brookman para preguntarle en qué estado llevaba el segundo acto.

Brookman me contestó diciéndome que tenía asuntos graves, preocupaciones muy serias; que de todo el segundo acto no había escrito más que *una redondilla*, y esto por capricho y como muestra; que por su parte renunciaba decididamente a escribir el drama, y que lo abandonaba a mis entusiasmos dramáticos para que le diese fin.

Al mismo tiempo, me mandaba la *redondilla en cuestión.*

Yo me había encariñado con la obra, y sin más requerimientos la tomé por mía, seguí escribiéndola, y al regresar a Madrid traía ya los tres actos; es decir, la obra completa, porque no habíamos pensado que tuviese epílogo. El epílogo que le dió nombre, y que la noche del estreno la salvó, convirtiendo el fracaso en triunfo, lo escribí muchos años después.

En el segundo acto intercalé piadosamente *la redondilla que había escrito Brookman*, y cuando vuelva a ocuparme en este drama y refiera su estreno, diré cuál era. ¡Recuerdo tierno para mí del pobre Leopoldo!

Por entonces el drama quedó archivado; ni siquiera intenté llevárselo a Romea, aunque en este gran actor pensábamos Leopoldo y yo cuando estábamos planeando la obra.

La archivé en unión de las otras que ya estaban archivadas: en unión de *La hija natural*, de la comedia en un acto *Un sol que nace y un sol que muere* y el drama en un acto *Morir por no despertar.*

Creo que eran cuatro, porque las dos anteriores ya dije que las rompí sin piedad, arrojando sus pedazos al cesto de los papeles.

Desde que escribí *El banquero*, que debió ser el año 1864, poco más o menos, hasta que escribí *El libro talonario*, que fué a fines del 73, transcurrieron nueve años sin ningún nuevo intento dramático.

No habían decaído mis aficiones, pero había crecido mi desaliento, llegando a convencerme que era imposible que ningún drama mío llegara a la escena: tierra de promisión tan lejana, que para mí dudaba que existiese.

Pero si fué el último drama de aquella primera época, fué el que escribí más a gusto, con más entusiasmo y más ilusión: ya lo he dicho. Dos actos en Alicante; creo que el resto en Salinetas de Novelda. Todavía recuerdo la fonda del «Vapor», tan alegre y tan simpática; la ha-

bitación que ocupábamos, con vistas al mar, que se extendía hasta el redondo horizonte, y las grandes escaleras del establecimiento. En ellas nos reuníamos antes y después de la comida; reuniones a que solía asistir la Civili, que estaba entonces en el apogeo de su hermosura, soberbia y escultural, y en los comienzos de su carrera dramática en España.

¡Qué alegre todo aquello, qué simpático! ¡El sol, el calor, la brisa que lo templaba; el mar con sus olas, que parecían venir hacia la fonda a buscarnos; algún grupo de bañistas en la misma playa; el comedor enorme, irregular, porque estaba en forma de martillo; los grandes ventanales en que el viento agitaba las cortinas blancas!

Y yo allá, en mi cuarto, escribiendo versos por la mañana y escribiendo versos por la tarde; y cuando por la noche salíamos a tomar el fresco a la glorieta, en compañía de algunas otras familias, yo me abstraía por completo, contestaba con medias palabras a los que me dirigían las suyas, y continuaba forjando redondillas.

En una de esas noches, en uno de esos paseos, recuerdo perfectamente, como si ahora mismo fuera, que pensé dos o tres de las décimas del último acto; es decir, del tercero.

Parecíame a mí cuando regresaba a Madrid con los tres actos del drama, que no lo confié, ciertamente, al equipaje, sino que contra mi corazón y sobre mi pecho vino, forrándolo, a mi entender, de gloria; figurábame yo, repito, que traía una obra que, si no había de ser inmortal, no había de faltarle mucho para serlo.

¡Ah! Si en aquel momento hubiera podido oír los gritos, las protestas, casi los silbidos, porque algunos hubo, que muchos años más tarde, acaso diez o doce, acompañaron a estos tres primeros actos de la obra en su estreno, ¡qué espanto y qué asombro hubiera sentido!

Tiene sus comodidades y sus ventajas esto de no conocer el porvenir.

Verdad es que cuando llegó el día de la representación, el año 75, si no recuerdo mal, la actitud del público no me causó sorpresa ninguna; mis ilusiones respecto al drama habían desaparecido. Es más: adiviné todo lo que sucedió.

Pero no anticipemos los sucesos: por entonces el drama quedó archivado. Dejémosle descansar en compañía de sus hermanos.

Ya le volverá a tocar el segundo turno en estos recuerdos.

Y vamos a otras cosas y a otros asuntos.

XLIII

Qué me pasó a mí entre el año 62 y el año 68, que sea digno de contarse o que, aunque no lo sea, yo lo recuerde y me decida a contarlo?

Muy pocas cosas. Son seis años que se parecen unos a otros, de tal modo, que son, como dicen algunos filósofos, *indiscernibles*.

Esto no significa que sean años totalmente vacíos, ni que en ellos no me ocurriera algo importante, que de seguro algo me ocurriría, al menos algo importante para mí. Esto quiere decir únicamente que dichos seis años tanto se parecían unos a otros, y dentro de cada año un mes a otro mes, y aun en cada mes los días sucesivos, que por monotonía vacía, o por monotonía repleta, la memoria no encuentra ningún asidero, ningún punto saliente, nada en que el recuerdo pueda hacer presa.

Lo más notable (démosle esta denominación vanidosa), como dije en el capítulo precedente, fué el haber escrito el drama que al principio se llamó *El banquero*, y que más tarde llevó por título definitivo *La última noche*.

Después de este recuerdo, que tiene para mí su importancia, sólo veo por ahora cuatro puntos que algo sobresalen por encima de la planicie uniforme del período a que me refiero.

Los he cogido al paso, como vulgarmente se dice, y los voy a consignar para que no se me olviden.

Una aventura tragicómica con un alumno de la Escuela.

Un viaje a Jerez y a Cádiz para un asunto de ingeniería.

Mi ingreso en la Academia de Ciencias.

Y otro viaje a París, del cual me queda un recuerdo saliente y poético: el de las catacumbas; y otro recuerdo más prosaico: el de una visita a las alcantarillas de la gran metrópoli.

Si algo más me viene a la memoria, puede el lector estar tranquilo, que no se me ha de quedar en el tintero.

Empecemos por la aventura semidramática, de la cual ya indiqué algo en otro capítulo.

Era el mes de septiembre, y era de noche y, sin embargo, no llovía.

Habitaba yo por entonces una casa de la calle del Barquillo, que estaba frente por frente de la Cárcel Modelo de mujeres: calle por entonces no tan concurrida como lo es hoy.

Y de mi casa salía yo tranquilo y confiado, porque no habiendo hecho daño a nadie, no podía yo imaginar que nadie me quisiese mal; creencia de todo punto cándida.

Querer mal a quien no nos ha hecho ningún daño, no sólo es maldad, es estupidez; al menos, esto pensaba yo entonces.

El tiempo me ha ido desengañando.

Di pocos pasos por la acera, y de pronto se echó sobre mí, sin llegar a tocarme, pero tocándome casi, un hombre que me presentó el cañón de una pistola y me dijo no sé qué, que al pronto no comprendí.

Confiese el lector que el lance empezaba con apariencias trágicas, y que había motivo para que cualquiera que en mi caso se hubiera visto, quedara sorprendido.

Y, en efecto, me sorprendí, y es lo menos que pude hacer.

A mí me sucede una cosa extraña en esta clase de lances, que tres o cuatro me han sucedido de este género; fenómeno extraño, que entrego a la consideración y al estudio de los filósofos y de los fisiólogos, y es lo siguiente: que cuando me veo en una situación apurada, sin que dependa de mi voluntad, mi ser, por decirlo así, se desdobla. De ser un personaje, paso a ser dos personajes.

El uno es un personaje como otro qualquiera, y hace lo que haría cualquier persona que en semejante caso se viese.

Se pone a la defensiva, o se defiende, o acomete, combinando la ofensiva con la defensiva, o pronuncia frases violentas, o, en suma, hace lo que puede o como puede; todo menos gritar, porque en estos casos el grito me repugna y me humilla.

Sea lo que Dios quiera, pero nada de gritar; los chillidos, para las mujeres.

El otro personaje se queda dentro de mí, impasible, tranquilo, observando lo que pasa, y hasta mostrando cierta malicia burlona y mal intencionada. «Bueno, bueno—murmura en voz baja, aunque yo le oigo perfectamente;—buena se nos armó.» Y si hubiera sonrisas internas, yo creo que el maldito fantasma interno sonreiría.

El primero es el personaje, por decirlo así, del instinto; siente cólera, y, si es de razón, hasta siente cierto movimiento parecido al miedo.

El segundo es el ser reflexivo que observa al primero y le juzga rápidamente, y hasta se burla de él por su falta de serenidad.

Quizá el lector imagine que este desdoblamiento de mi ser es invención mía; pero yo le aseguro que no, y le aseguro que el fenómeno es tal como lo describo: muy rápido, quizá algo confuso, pero evidente e indiscutible; y oigo la frase interna: «bueno, bueno, buena

se armó». La he oído tres o cuatro veces en la vida, y nunca he querido yo pronunciarla; las palabras han brotado dentro de mí, claras, distintas y espontáneas.

Todo aquello fué muy rápido: sentí que la amenazadora figura se me venía encima, vi el cañón de una pequeña pistola, y medio percibí una frase de ira y de violencia.

Me eché hacia atrás instintivamente, separé con una mano el arma, y le dije algo así: ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¿Es usted un loco o un ladrón?

El hombre no continuó sus movimientos agresivos, ni se acercó de nuevo a mí; pero le oí perfectamente que decía:—Usted me ha perdido; usted quiere perderme del todo, y vengo a matarle a usted.

Entonces ya le conocí. Era el alumno Z. Y como no procuraba acercarse de nuevo y había desaparecido la pistola, entré yo en posesión de mi sangre fría y comprendí la situación.

Era el arrebato de un chico a quien habíamos reprobado aquella mañana y a quien tenía yo que examinar al día siguiente.

El problema se planteaba de este modo: dominarle, pero dominarle por la fuerza moral.

—Está usted loco—le dije, procurando tomar entonaciones de autoridad. ¿No comprende usted que el que se pierde a sí mismo es usted? Si yo doy una voz, adonde va usted es al Saladero, y después al presidio, que es algo más que perder una asignatura.

—Sí que estoy loco, sí, señor; pero ustedes tienen la culpa.

Ya no decía *usted*, sino *ustedes;* noté la diferencia y comprendí que iba ganando terreno. Y dando mayor energía a la frase, seguí diciéndole:

—Aparte de esa amenaza ridícula de matarme, que comprendo que sólo ha sido para infundirme miedo, lo cual no es fácil (no sabía si era fácil o difícil; pero la dignidad me obligaba a dominar toda emoción); aparte de esto, usted algo vendría a decirme, y como por esta

calle, aunque ahora no pasa gente, puede pasar, tomemos una de estas transversales, salgamos al Prado, y allí solos nos explicaremos.

Este arranque, que en mí no fué estudiado, sino instintivo, acabó de dominarle por completo, según me confesó él mismo más tarde.

Y hasta creo que le entró cierto recelo.

—¿Al Prado quiere usted que vayamos?—dijo el chico con sorpresa.

—Sí, señor; allí estaremos más tranquilos. ¿No venía usted a matarme? Pues en el Prado es más fácil que realice usted su intento.

Comprendiendo que nada tenía que temer ya, y sabiendo que, aunque loco, no era Z de malos antecedentes ni de mala sangre, alardeaba yo impunemente de serenidad.

Y, en efecto, al Prado nos dirigimos.

El seguía murmurando:

— Es que ustedes me quieren perder. Es que esa maldita Escuela me quiere arruinar para siempre.

Su enojo se iba generalizando. Ya no era yo, ni eran los demás profesores: ya era la Escuela de Caminos la causa de su perdición. Menos mal.

Salimos al Prado, como digo, y por él empezamos a caminar, haciéndole observar al desconcertado joven, con indiferencia afectada, por mi parte, que yo iba a unas oposiciones del ministerio de Fomento, y que, como el camino era largo, podía decirme cuanto quisiera y como quisiera.

Lo que iba a decirme ya lo adivinaba, y el caso es que el demonio del chico no tenía razón ninguna para estar quejoso de mí. En cambio, yo podía estar quejoso de él y de su familia, y de su hermano y de los amigos de su hermano, que, como he referido en otra crónica, me dieron una *comida abominable* en Génova.

Esa duplicación de mi ser, que llevo dentro de mí, y que en los momentos críticos hace oír su voz, ya me dijo burlonamente, cuando pasaron los primeros mo-

mentos y nos dirigíamos tranquilamente Z y yo al Prado:

— No hay duda: la familia Z se ha propuesto acabar contigo. No pudieron acabar de envenenarte en Génova, y hoy pretenden asegurar el golpe de un pistoletazo.

Y yo me contesté a mí mismo:

— ¡Basta de bromas, que no es ocasión oportuna!

Mi alumno Z ya he dicho en otra ocasión que no era un tonto profesional; era como otros muchos alumnos: podía seguir la carrera y terminarla sin brillantez, pero dignamente; como, en efecto, la terminó, y fué ingeniero.

Pero era medio loco, arrebatado, aturdido, y, lo que es peor, holgazán.

Repetía año, y, si esta vez lo perdía, era expulsado de la Escuela.

Aquella mañana se había examinado de una asignatura, de la cual no era yo el profesor; y aunque al hacer las clasificaciones procuré defenderle, y llamé la atención de mis compañeros sobre la situación crítica en que se encontraba Z, como el examen había sido flojo, no pude salvarle, y quedó suspenso.

Tenía el propósito, sin embargo, de salvarle al día siguiente, porque en mi clase no estaba mal, y, si yo le aprobaba, podía repetir examen de la otra asignatura; es decir, que se ponía en condiciones de concluir la carrera.

Pero el chico no adivinó mis buenas intenciones, y se lanzó al semiatentado que acabo de referir. Querer matar a un profesor, ¡demonio!

Tranquilamente conversamos: yo le hice comprender lo absurdo de sus amenazas, y tranquilamente llegamos al ministerio de Fomento, a cuya puerta acabó en súplicas lo que por injurias había empezado en la calle del Barquillo.

Yo mezclé hábilmente las palabras cariñosas de esperanza con los reproches y la severidad de profesor, y así terminó en paz lo que había tenido principio belicoso.

Al día siguiente se examinó, y, en toda justicia, salió bien.

La prueba de que no era un alumno inútil, es que, por último, terminó la carrera sin nuevos tropiezos.

Algunos años más tarde supe que había muerto: no se podía vivir mucho con aquella cabeza.

Después de todo, no era un ser antipático: era, en todo caso, lo que hoy llamaríamos un desequilibrado.

* * *

Y ya que de desequilibrados hablo, y en gente desequilibrada me ocupo, ¿cómo no recordar a J. L.?, uno de los amigos más intimos que tuve; una de las personas que más me han querido en este mundo (y digo me han querido, porque ya no existe); uno de los seres más nobles y de mejores sentimientos que pueden darse: talento claro, espíritu abierto a todas las ideas generosas; pero holgazán, inconveniente, impertinente, y desequilibrado como pocos.

Fué un carácter digno de estudio; y, un hombre de mis aficiones dramáticas, ¿cómo no ha de observar y no ha de estudiar a conciencia estos caracteres extraños, en que lo bueno y lo malo, perfecciones y deficiencias, se mezclan por manera tan caprichosa?

Claro es que yo, en los tiempos a que me refiero, no estudiaba el carácter de J. L. Después ha sido, en los recuerdos, cuando le he estudiado muy a fondo. Pensando en él, he pensado lo que él era; y cómo su vida fué unas veces triste, negra casi, otras veces gris; y cómo no llegó adonde, dado su buen talento, debió llegar en la vida.

Este es un nuevo estudio que entrego a los sociólogos, y si, además son fisiólogos, tanto mejor.

Las líneas que siguen son un último recuerdo, y acaso una despedida final de la memoria de aquel cariñoso compañero.

* * *

J. L. había sido, en efecto, compañero mío, cuando yo estudiaba Matemáticas para presentarme al examen de ingreso en la Escuela de Caminos.

Tenía mi amigo, como queda dicho, muy buena disposición; pero no le gustaban las Matemáticas, y, sobre todo, era muy perezoso.

Hacía versos, no tan buenos como los de Leopoldo Brookman; pero con el trabajo y la constancia hubiera concluído por ser un poeta muy aceptable.

Leía de todo: Historia, Filosofía, novelas, y, más que nada, poesía. Le gustaba Zorrilla, y le entusiasmaba Espronceda: *El estudiante de Salamanca* se lo sabía de memoria.

En suma: a todo se aplicaba, menos al Álgebra y a la Geometría analítica.

Estudiábamos juntos, y la verdad es que estudiaba yo solo, burlándose él grandemente de mi aplicación. Porque yo haré constar, una vez más, que he sido muy aplicado. Esto no sé si me achica o si me engrandece; mas yo debo la verdad a mis lectores, y, sobre todo, a la Historia, a quien supongo que estas cosas le interesan sobremanera.

Sería una crueldad obligar a la buena de Clio a darse de calabazadas por el mundo en averiguación de si yo fuí aplicado o desaplicado. Tranquilícese la concienzuda musa: fuí aplicado, muy aplicado; supe siempre mis lecciones, gané todos los cursos con nota de sobresaliente, y mi carrera fué brillante. En cinco años de Escuela de Caminos, no me apuntaron una sola falta de asistencia, ni un minuto de retraso; conste.

Ya sé que esto es vulgar, que no es propio de los hombres de genio; pero cada uno es como es, y yo, que he sido una persona juiciosa, no he de presentarme al público como un don Félix de Montemar, que era el tipo predilecto de mi querido compañero J. L.

Y, en verdad, él tampoco era muy don Félix de Montemar: fué más bien un inocentón; había nacido para ser un honradísimo burgués, y sus tristezas, melancolías y

arranques románticos no eran más que efectos del incurable desequilibrio de su naturaleza.

— ¿Por qué no estudias? — le decía yo. Mira que vas a salir mal en los exámenes.

Y él me replicaba:

— ¿Para qué quiero yo estudiar? ¿Qué falta me hace la carrera? ¡Bonita carrera la que tú has emprendido! Después de haber estado trabajando durante los cinco años del bachillerato, el año de preparación y los cinco años de la Escuela especial; total, once años; lo mejor de tu vida; el riñón de la alegría humana, saldrás con nueve mil reales de sueldo a echar piedras por esas carreteras, y a sufrir las reprimendas de tu jefe. Sin contar mucho sol y muchas lluvias. ¡Nueve mil reales al año! Eso lo gano yo cuando quiera, los gano — decía él, empleando una frase estudiantil y poco culta, que en estos tiempos de modernismo no tengo inconveniente en repetir; — esos los gano yo por debajo de la pata.

¡Pobre amigo mío! ¡Tardó muchos años en ganar mucho menos, y trabajando lo que no había trabajado en su juventud!

Acaso confiaba en la fortuna paterna; pero su padre, que era agente de negocios, aunque ganaba bastante, lo gastaba todo, porque en otra forma era tan desequilibrado como su hijo: ley de herencia.

Así es que, cuando murió su padre, se encontró sin dinero y sin carrera, y muy de prisa y con poca brillantez se hizo ingeniero industrial; y no encontró colocación, y al fin tuvo que hacer oposiciones a una modestísima clase, como después referiré.

Y allá van unos cuantos rasgos, que pintan el carácter de mi desequilibradísimo compañero.

*
* *

Una noche estábamos estudiando; es decir, estudiando yo, y él se ocupaba en contestar en verso a una cha-

rada que había publicado no sé qué periódico. Todavía me acuerdo de aquella composición infantil:

. . . . . .
Me agrada un ramo bonito,
sí bien, que no soy tan lelo,
que entre el ramo y lomo frito
me parara en escoger.
. . . . . .

En esto sonaron unas campanas, y él, que a todo atendía menos a lo que más le interesaba, atendió a los toques repetidos y me preguntó con interés:

— ¿No estás oyendo?

— Sí; tocan las campanas, y me molestan mucho.

— ¿Por qué tocarán tanto?

— Me parece que tocan a fuego.

— Tienes razón, tocan a fuego.

Y se levantó muy agitado.

Claro que en aquel momento su espíritu era mucho más altruísta que el mío.

Él estaba inquieto porque tocaban a fuego; a mí me molestaban las campanadas, porque me impedían acabar de aprender una demostración.

Donde yo no percibía más que un sonido molesto, él, con su imaginación viva y romántica, veía una o varias catástrofes: una casa que arde, llamas por todas partes, llantos y gritos de mujeres y de niños, la ruina para unos, la muerte para otros: un cuadro desolador.

Y yo, nada; absorto en mi demostración matemática, no veía más que líneas, ángulos y combinaciones geométricas.

De pronto él, tomando una resolución enérgica, se preparó para marcharse.

— Adiós, Pepe — me dijo —; mañana te contaré lo que ha ocurrido.

— Pero ¿adónde vas? Mira que no has estudiado la lección.

— Mucho me importa a mí la lección. Voy al fue-

go a ver lo que pasa; y, si puedo hacer algo, a trabajar... a trabajar por el bien y la salvación de mis semejantes.

— Pero, hombre — le interrumpí yo —, ¿no ves que te van a coger para que les des a las bombas, o para que lleves agua de la fuente?

— ¿Y qué? A eso voy; no a mirar las llamas como un bobo, sino a procurar ser útil; y no te digo que vengas conmigo, porque tú eres débil y no sirves para esas faenas; tú eres casi un niño; ¡no hay duda que tu ayuda sería eficaz!

¡Pobre J. L., qué bueno era! Comprendía que en mis observaciones había algo de egoísmo, y procuraba disculparme.

— Nada, nada, me marcho; tú, a tus problemas, que es para lo único que sirves; y yo, que soy fuerte, a darles a las bombas y a transportar agua.

Y decía verdad: era muy fuerte, era un buen gimnasta; en el gimnasio se pasaba muchas horas levantando pesas, manejando barras, corriendo paralelas y dando saltos estupendos.

En su casa era el terror de su familia y la desesperación de su madre.

Ponía en fila las sillas: primero una, luego dos, y así sucesivamente, y, haciendo de cualquier banco o sofá trampolín, las salvaba de un salto, rompiéndolas al fin y al cabo, a fuerza de querer saltar lo imposible.

Confiando, pues, en sus fuerzas, y teniendo impulsos humanitarios, que yo por entonces no comprendía bien, y hasta me parecían exageraciones, se fué mi amigo al fuego, dispuesto a extinguirlo, a trepar por una escala, a subir por una cuerda de nudos, y a salvar la vida de dos o tres niños y de otras tantas mujeres.

Yo seguí estudiando mi lección de Geometría.

Al día siguiente, cuando fuimos a clase, le vi llegar mohino, malhumorado, cojeando un poco y sin saber la lección.

Al fin y al cabo me contó su aventura del fuego, que,

aunque poco artística por su sentido moral, entra de lleno en el sublime cuadro de las aventuras de Don Quijote, y esta aventura fué real y positiva. Ante mis lectores empeño mi palabra honrada de que nada invento en ella, y como invención, por otra parte, ninguna gracia tendría.

Me contó mi amigo J. L., después de hacerse mucho de rogar, porque se sentía profundamente humillado y temía mis burlas, que la noche anterior, al salir de mi casa, se había ido directamente a ver dónde era el fuego, qué aspecto presentaba y qué ayuda podía él prestar.

Llegó, vió, se enardeció y, echando fuera ropa, se quedó en mangas de camisa, acudió a una bomba y estuvo trabajando todo lo que pudo.

Cuando se sintió rendido, y creyó haber cumplido con su deber, dejó el trabajo y se fué a buscar el chaleco y la levita, que no encontró: primera parte de la aventura.

Furioso por haber recibido tan mal pago, andaba de un lado para otro, soltando ternos y quejándose de la maldad y de la ingratitud humanas, cuando tropezó con unos agentes de la autoridad, que al verle en mangas de camisa, con toda ella y los pantalones llenos de agua, las botas de barro y el pelo enmarañado, no imaginaron que pudiera ser un señorito; y como su aspecto era fuerte y un poco tosco, le tomaron por un hombre del pueblo, quizá por un aguador de los que se habían llevado a trabajar en el incendio, y con malos modos la emprendieron con él, diciéndole:

— No arme usted escándalo, no grite usted; aquí se ha venido a trabajar; a callar, y al trabajo.

Y a empujones le querían llevar otra vez a la bomba; él gritó más fuerte, protestó, dijo quién era y que ya había trabajado bastante; pero ni le creyeron ni le hicieron caso, y, acudiendo más agentes para domarle, a la bomba le llevaron otra vez.

— Aunque sea usted el hijo de María Santísima — le

decía el jefe de los agentes, a quien había alcanzado un puñetazo de mi amigo —, va usted a echar los hígados dándole a la bomba.

Así fué: le hicieron trabajar hasta que le faltó el aliento; en recompensa, perdió la levita y el chaleco, recibió una buena tanda de golpes y volvió a su casa en mangas de camisa a sufrir la riña de su padre, los lamentos de su madre, y a ser, en suma, la burla y el escarnio de toda la familia.

Testifico de nuevo la exactitud de la aventura.

Pero no fué la única de su rápida existencia; que el pobre J. L. sufrió muchas desdichas de este mismo jaez, como referiré en otro capítulo.

XLIV

Recordaba en el capítulo anterior a uno de mis amigos más íntimos y más queridos, don J. L., y procuraba describir su carácter singularísimo.

Tarea que tiene sus ventajas para los que estudian la psicología en la realidad y en la vida.

El dramaturgo y el novelista también pintan caracteres; pero los pintan, no los retratan. El arte tiene sus exigencias y tiene sus leyes, y en todos estos caracteres que forja la fantasía; forzosamente ha de haber algo de artificioso y convencional.

También la historia procura revivir los seres que han sido; pero unas veces le faltan datos, otras veces los datos son contradictorios, y de aquí resulta que el dibujo de los personajes históricos pocas veces es fiel. El historiador pocas veces ha conocido a sus héroes; habla de ellos por referencias de otras historias, y, en suma, no es fácil, ni aun en las narraciones históricas, desentrañar la verdad de la mentira, ni saber dónde está la adulación ni dónde está la calumnia.

Para conocer a una persona, hay que tratarla durante muchos años, una hora y otra hora, sorprender sus alegrías y sus tristezas, sus egoísmos y sus sacrificios.

Un hombre se está tratando a sí mismo durante muchos años, y no siempre sabe lo que es, ni puede adivinar lo que en esta o aquella circunstancia de la vida po-

drá poner por obra. ¿Pues qué será tratándose de otro ser a quien sólo se juzga por la superficie de sus acciones?

Por eso es tan difícil la psicología práctica y de observación.

Como estudio, y no como entretenimiento, voy describiendo en estos recuerdos todos los caracteres que me encuentro al paso; sigamos, pues, el estudio de mi buen amigo don J. L.

Describía uno de sus actos, y hoy voy a describir otro.

Sucesos insignificantes en sí; pero que marcan el carácter de una persona unas veces, y otras demuestran su buena o mala estrella, como vulgarmente se dice.

* * *

En aquella época, el Ateneo de Madrid era un centro de gran importancia literaria y aun política; pero en él dominaban los moderados.

En oposición a este centro, los hombres más importantes del partido progresista quisieron crear otro, que no recuerdo cómo se llamaba, y que se estableció en la Carrera de San Jerónimo.

Empezó con grandes alientos, decayó en seguida, y murió muy pronto.

Pues bien, una noche se daban dos conferencias: a primera hora hablaba el gran orador progresista don Joaquín María López; después hablaba sobre no sé qué punto técnico, de Hacienda o de Bolsa, el padre de mi amigo, que también tenía pretensiones de orador; pero que realmente no lo era.

Al nuevo centro literario acudimos mi amigo y yo.

Dió una brillantísima conferencia, llena de color y de vida y de frases sonoras, el gran orador del progreso, excitando en la muchedumbre entusiasmos extraordinarios.

Y tras un cuarto de hora de descanso, dió comienzo a su peroración el padre de mi amigo.

Realmente escogió mal momento y mal auditorio, y asunto árido y enojoso. Y el público, que siempre es el público, y que cuando no se divierte se aburre, y que cuando se aburre a nadie respeta, empezó por impacientarse, y a la media hora pateaba y silbaba al conferenciante sin escrúpulos progresistas y sin caridad cristiana.

En fin: aquello acabó, como todo acaba; pero acabó con un fiasco tremendo del orador.

Lo que sufrió mi amigo al presenciar el fiasco de su padre, no hay para qué encarecerlo; y yo también sufrí mucho por amistad y por simpatía.

Mohinos bajábamos ambos la escalera entre la gente que desocupaba el salón, y que venía comentando una y otra conferencia.

Delante de nosotros bajaba un grupo de estudiantes, según luego supimos, que ni regateaban sus entusiasmos y aplausos al gran orador, ni sus burlas crueles al padre de mi amigo, y esto a voz en cuello, entre risas y carcajadas.

Por último, Joaquín..., ¡ya he dicho su nombre, Joaquín se llamaba!

Pues Joaquín, que aunque era muy bueno tenía un genio muy violento, y cuyas violencias en este caso se explicaban naturalmente, y eran violencias simpáticas, puesto que se trataba de su padre, no pudo contenerse, y se metió en el grupo antes de que acabáramos de bajar las escaleras, y les insultó a todos con los adjetivos y las interjecciones más enérgicas del diccionario popular. A uno, sobre todo, se dirigía, que era el que capitaneaba al grupo burlón e insolente; ello es que, sin que pudiéramos evitarlo, ni los que íbamos con Joaquín ni los de la otra parte, se agarraron los dos, después de haberse sacudido lindamente, y los dos rodaron por la escalera; mas, por desdicha o por mayores fuerzas, el otro cayó encima y Joaquín cayó debajo, recibiendo una de puñetazos que daba miedo.

El vencedor resultó ser un estudiante de Medicina de extraordinarios bríos.

Al fin los separaron, y el pobre Joaquín salió conmigo mohino y maltrecho, con el traje roto, un ojo hinchado y una descalabradura.

Y díganme si hay justicia en el cielo, si no hay criaturas desdichadas, y si las inmortales aventuras del inmortal caballero andante no tienen copias fieles, aunque groseras y antiartísticas, en la antiartística y grosera realidad de la vida.

¿Pudo hacer otra cosa que lo que hizo el pobre Joaquín, cuando oyó aquel chaparrón de insultos y burlas contra su padre?

¿No fué un sentimiento noble el que le impulsó?

¡Quién puede dudarlo!

¿Fué una imprudencia temeraria? No lo fué, porque él era joven de muchos bríos, y uno de los más fuertes en el gimnasio a que asistía. Pues la maldita casualidad hizo que se encontrara con un enemigo más fuerte que él, lo cual, *a priori,* no era probable.

Una noble causa y una gran derrota. Vergüenza para su padre, y vergüenza y humillación para él. Una noche muy triste, y que por mucho tiempo le tuvo al pobre Joaquín postrado y abatido como no hay idea.

— Todo me sale mal — decía el pobre —, y pocas veces tengo yo la culpa.

* * *

En materia de amores no era un santo; pero tampoco era un perdido; era, como en todo, poco prudente y desdichado.

Pero en este ramo de las pasiones humanas, su desequilibrio llegaba a lo increíble; soñaba Dulcineas y tropezaba con maritornes.

Uno de sus primeros amores fué la burla de todos nosotros.

Entabló relaciones amorosas con la doncella de su

casa, que era una mujer de cuarenta y tantos años, francamente fea, picada de viruelas y sin ningún atractivo.

Pues de esta hembra sin gracia se enamoró Joaquín, y con pasión seria, al menos él así lo creía, defendiendo ante todos nosotros a su Dulcinea con gran entusiasmo y sinceridad.

Al fin supo que le hacía traición con el cochero de la casa, y aquí fué ella, y aquí fué el quejarse de su suerte, y el pintar, en forma exagerada, sus desengaños.

Momentos había en que Joaquín imitaba a la perfección a un imbécil, y, sin embargo, tenía mucho talento.

En fin, algunos días estuvo enfermo de pena, y con los restos de su pena acabó escribiendo versos muy románticos y bastante malos, quejándose de la ingratitud de las mujeres, de las traiciones del amor y de las amarguras de la existencia.

A todo esto, tendría unos diez y siete años.

*
* *

Poco tiempo después tuvo otros amores, y éstos decía él que eran sus amores verdaderos.

No sé si tendría razón; pero los anteriores habían resultado no sólo falsos, sino ridículos.

Esta vez no lo eran, y se trataba de algo formal: Joaquín tenía una novia.

Se llamaba Julia, era de buena familia y era bastante rica.

Julia era preciosa: ¡qué ojos, qué cara, qué pelo ondulado, qué talle esbelto y, al parecer, qué carácter tan angelical!

Esta vez, Joaquín, por primera vez de su vida, había acertado.

Ella, muy enamorada; él, enamoradísimo; las familias gustosas; en suma, unos amores poéticos en el seno de una perfecta armonía.

Y todo se descompuso, ¿por qué dirán mis lectores?

Esta vez no fué por desdichas de mi amigo, ni por maldades de la suerte.

Fué porque Joaquín, que indudablemente tenía mucho talento, a veces resultaba estúpido, y otras veces resultaba loco de remate.

Dió Joaquín en esta peregrina idea, que si un novelista la aprovechase en sus fábulas, daría motivo justo a la crítica para llamarle mentecato con todas sus letras, acentuadas todas ellas, hasta consonantes, con los más enérgicos acentos de la voz humana.

Nos decía Joaquín: «Yo soy un infame ofreciendo mi amor a esa criatura angelical, porque yo soy un perdido; yo he tenido queridas, yo no he conocido hasta ahora más que el amor impuro; yo le ofrezco a ese ser divino los desechos del vicio; yo la engaño y la ofendo y la escarnezco.»

Y nosotros le decíamos riendo:—Pero si ella te quiere, ¿qué más da? Y si ahora no la engañas, ¿qué han de importarle a ella tus travesuras pasadas? ¿Y si de veras la quieres...? — y no nos dejaba concluir.

Y paseando muy aprisa, y manoteando en el aire, juraba por Júpiter olímpico y por el Verbo divino, que con toda su alma quería a la incomparable Julia.

— Pues adelante — decíamos nosotros.

Y él: «Sí, adelante; pero necesito purificarme para merecerla.» Y agregaba:

— Es que sólo hay una manera de purificarse: romper con la mentira, proclamar la verdad. La verdad lo purifica todo.

Ahora pienso que el pobre Joaquín, sin sospecharlo, y no era fácil que lo sospechase a cincuenta años de distancia, era un precursor de Ibsen y de ciertas escuelas literarias del Norte.

— Pero ¿qué vas a hacer?—le preguntaba yo.—¿Qué nuevo desatino estás preparando?

— Óyeme y oídme vosotros. Voy a hacerle a Julia confesión completa de mi vergonzoso pasado, de mis enredos y amoríos, de las queridas que tuve; pero pun-

tualmente, numéricamente, por orden cronológico y sin omitir infamia ni vergüenza.

»Cuando ella sepa lo que he sido; si, como espero, lo perdona y sigue queriéndome, ella será digna de mí, y yo seré digno de ella, porque dos seres indignos no pueden ser felices, y yo quiero ser feliz con mi Julia, porque en ella está mi felicidad y mi redención.»

Su redención, y él era un angelote en el fondo, mucho mejor que la mayor parte de los chicos de diez y siete años. La mezcla mal mezclada de un filósofo, un romántico y un holgazán.

Al oírle decir estas cosas, nos moríamos de risa, y, como le queríamos bien, le aconsejábamos que no hiciera tal desatino, porque la chica iba a tomarlo por lo serio, como una inocente que era; iba a espantarse y a tomarle miedo, y quién sabe si a perderle el cariño, al oírle que había sido tan malo, y a perder toda confianza en un hombre de tan malas costumbres, como él decía. Y no digo nada si los padres de Julia se enteraban.

Nuestros consejos fueron inútiles; cumplió su palabra, hizo confesión general de sus culpas, y sucedió lo que habíamos previsto: acabó el noviazgo de Julia y de Joaquín, y se devolvieron tristemente cartas, lazos y pelo.

Él devolvió una trencita muy mona, que daba gusto verla.

¿Querrán creerlo mis lectores?

Pues yo lo diré, aunque no lo crean, como rasgo muy propio de aquella extravagante naturaleza.

Joaquín sintió mucho menos el que Julia le hubiese dejado que la antigua traición de la vieja Maritornes.

Y cuando nosotros le hacíamos esta observación, él nos contestaba con cierto gesto de tristeza byroniana: «¡Qué queréis, estoy curtido por el desengaño! Además, Julia ni me comprende ni es digna de mí; un espíritu vulgar dentro de un cuerpo divino: pero yo amo el espíritu, aunque el cuerpo esté picado de viruelas.»

Y le decía alguno de los nuestros:

— Chico, la vieja querida del cochero no creo que

hubiera refinado mucho su espíritu en la caballeriza.

— Qué quieres — decía él, cerrando la discusión —, así son las cosas.

***

¡Qué mal juzgadas son a veces las personas por las gentes que les rodean o que con ellas tropiezan en los mil accidentes de la vida!

Y el caso es que casi siempre la culpa es del juzgado, y pocas veces del juzgador.

Esto pudo aplicarse a mi amigo Joaquín.

Espíritu entusiasta, sincero e impulsivo, estas tres cualidades se mezclaban en él de tal suerte, que daban los resultados más desastrosos.

En todas las conversaciones tomaba parte, a toda opinión oponía objeciones, aunque se tratara de un asunto técnico, industrial o científico, político, social o filosófico, y aunque él no supiera una sola palabra de la materia.

Así es que las personas que no le conocían, y aun muchos de los que le trataban, creían que Joaquín era un pedantón y un soberbio, que de todo quería entender y en toda disputa quería tener razón.

¡Soberbio, y era humilde por naturaleza!

¡Pedantón, y era la modestia misma! Siempre declaraba su ignorancia, pero nadie creía en la sinceridad de tales declaraciones.

En suma: a primera vista resultaba antipático, inconveniente y hasta mal educado. Y en el fondo era todo lo contrario.

Pero inconveniente lo era hasta rayar en lo increíble.

Y en prueba de ello citaré un suceso, que a mí me proporcionó un mal rato.

Desde los tiempos en que estudiábamos juntos habían pasado bastantes años. Yo había concluído la carrera y estaba de profesor en la Escuela de Caminos.

Él no hubo modo de que entrase en dicha Escuela.

No es que saliera mal en el examen de ingreso, es que no llegó el caso de que se examinara.

Su padre murió; la familia quedó poco menos que en la miseria, y Joaquín estudió apresuradamente y en malas condiciones la carrera de ingeniero industrial.

Como tenía talento y la necesidad apremiaba, trabajó algo, estudió regularmente y al fin obtuvo el título de ingeniero industrial.

Pero entonces los ingenieros industriales no tenían muchas salidas, sobre todo no teniendo práctica en alguna industria, como éste no la tenía.

Sacaron una plaza de Matemáticas a oposición, y a ella se presentaron otro ingeniero industrial, muy brillante, y mi amigo Joaquín.

Y las cosas vinieron de modo que yo era presidente de aquel tribunal.

Empezaron los ejercicios, y los dos opositores quedaron muy bien, aunque Joaquín en segundo lugar.

De todas maneras, no había duda: como las clases eran dos, y dos eran los opositores, cada uno obtendría la clase correspondiente, si bien Joaquín iría en segundo lugar.

Pero llega el ejercicio de la lección, y Joaquín explica la suya, no con la brillantez que esperábamos, pero bastante bien; en resumen, hizo un buen ejercicio.

El ejercicio termina, y doy por terminado el acto, y con el salón lleno de jóvenes, es decir, con público numeroso, y aun antes de que nos levantásemos los jueces, se dirige él a mí, y en voz alta, con la terrible espontaneidad de un *enfant terrible*, me dice:

— Oye, Pepe, ¿verdad que lo he hecho muy mal? Sin que tú me lo digas, sé que he hecho un ejercicio desgraciado. Nada, ya está visto: la desgracia me persigue; no tengo plaza. Nada, sería una injusticia que me aprobaseis.

El público que se disponía a salir, se detuvo y se volvió hacia nosotros con curiosidad, pensando sin

duda, y con fundamento, que el opositor se había vuelto loco.

No es que se había vuelto loco; es que lo había sido desde el día antes de nacer.

Los jueces nos quedamos en nuestros sillones, como si en ellos nos hubiesen clavado, y yo no sabía ni qué hacer ni qué decir; y, sin embargo, era preciso atajarle, porque él continuaba en voz alta diciendo sandeces.

Al fin yo le dije, apagando el tono todo lo que pude:

— Calla y vete, y no nos pongas en ridículo.

Conque al fin se fué, y nos fuimos todos, haciéndonos cruces, y no por devoción, sino por asombro.

En la calle me esperaba, y en la calle me desahogué yo.

— Eres el mayor mentecato que he conocido; me has hecho pasar, y nos has hecho pasar a todos, una vergüenza horrible.

Y él me oyó muy asombrado.

— Pero ¿por qué? — me dijo —. ¿No sabe todo el mundo que somos amigos, que hemos sido compañeros, que nos tuteamos? ¿Pues a qué andar con hipocresías, a qué las fórmulas oficiales, que siempre son ridículas?

Entonces no estaba de moda la palabra *convencionalismo;* que si no, él la hubiera empleado en aquella ocasión, y si no estaba en sus labios, estaba en su pensamiento.

— Estábamos — le dije — en acto oficial.

— Tú habías dicho que terminaba el acto.

— Sí; pero no habíamos salido del salón; estaban los jueces y estaba el público, y en los actos oficiales de esta clase, ni yo me llamo Pepe, ni me tuteo con los opositores. Y, sobre todo, ¿a qué venir a proclamar a voz en cuello que lo habías hecho muy mal, cuando, por remate de tu locura, yo te digo que lo habías hecho bien?

»¿No comprendes que esto te perjudicaba de una manera extraordinaria y que me perjudicabas a mí, porque

me quitabas toda fuerza moral y toda autoridad para darte la clase, como es de justicia? ¿No ves que todo el mundo saldrá diciendo que tú mismo confiesas que no mereces la cátedra?

»No, y realmente no la mereces, porque jamás se ha visto un opcsitor más estúpido.»

Y él, sin atender a mi enojo, importándole muy poco, y suponiendo que aquellas eran puerilidades mías, se quedó pensativo, y al fin salió con este nuevo arranque:

— Pues me das un alegrón.

— Pues mi intención no es esa.

— ¿No dices que lo hice bien? Realmente no lo hice tan mal como digo; la discusión aquella de la fórmula me salió bastante limpia. Yo creo que tienes razón, que no estuve tan rematado como me figuré. Pero es que había pensado algunas cosas para el final, y se me olvidaron, y me enfurecí conmigo mismo.

— Y yo vine a pagar tus furores, porque ahora dirá todo el mundo: «¡Vaya una imparcialidad del tribunal, vaya un presidente!»

Y él me replicó:

— No, eso no; ¿tú qué culpa tienes? Lo que dirán es: «¡Vaya un opositor!»

— Y tendrán razón.

— Ahora que lo pienso, me parece que he hecho mal. Oye, ¿me vais a dar la clase?

— Yo no lo sé, porque no sé lo que pensarán los compañeros; y con lo que has hecho hoy, presumo que el tribunal extremará sus severidades.

— Bueno; pero tú votarás en mi favor. No digo que me deis el primer puesto, porque yo sé que no lo merezco; pero sí merezco el segundo, y sería una injusticia que me reprobaseis.

Y aquí, cambiando por completo, se puso a elogiar sus ejercicios y a demostrarme que habían sido brillantes.

Era el de siempre: el que se hacía golpear por los

agentes de Orden público cuando iba a apagar un incendio; el que rodaba por unas escaleras por querer defender a su padre, y ponía más en ridículo a su padre que a sí mismo; el que lloraba por la traición de una criada fea y zafia; el que perdía la boda con una chica simpática, bonita y rica, por sinceridades y confesiones ridículas; el que se hacía antipático a todos queriendo hacerse simpático; el que hubiera perdido unas oposiciones, de las que dependía su porvenir, si yo no hubiera sido el presidente; el que tenía mucho talento y procedía como un idiota; el que era bueno, y de tal modo se arreglaba, que sus bondades nadie las agradecía; en suma, un desequilibrado elevado a la potencia *enésima*, porque carácter parecido yo no he conocido otro.

En fin, le dimos la cátedra, que en justicia había ganado, tendiendo manto piadoso de olvido sobre sus extravagancias.

Y referiré la última, que fué colosal, en la que se jugó su porvenir y labró su desdicha para toda la vida, que no fué muy larga, porque murió joven, a los cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años.

¡Pobre Joaquín! Era digno de mejor suerte; pero le faltaban algunos tornillos a su cerebro, y aunque él era ingeniero industrial, jamás supo atornillar el descompuesto mecanismo.

Para acabar con el estudio de este carácter, referiré su boda.

Pero esto queda para el capítulo próximo.

XLV

El espíritu aristocrático ha dominado por mucho tiempo, mejor dijera por muchos siglos, en la Historia.

Se referían minuciosamente la vida y los hechos de los grandes personajes, de reyes, de emperadores, del conquistador, del tirano, y, por de contado, de la sociedad no tomaba la historia más que el gran oleaje de la superficie: guerras y conquistas, derrotas y victorias.

Y, sin embargo, en las razas, en los Estados, más importancia que los aparentes movimientos de la superficie, tienen las masas inmensas que rellenan los abismos; la historia de una gota de agua y todas las historias de todas las gotas de agua, importan más que las que oscilan en la parte superior; y es más: de gotas de agua se compone también el oleaje que vemos, como de gotas de agua se componen las inmensas corrientes submarinas.

La primera protesta contra el espíritu aristocrático de la Historia, contra las historias de unos cuantos privilegiados de la vida, la encontramos en el teatro y en las novelas, en cuentos y en leyendas.

El teatro también empieza por la tragedia; es decir, por la historia de dioses y de héroes: de los poderosos, en suma; pero luego aparece la comedia, que es la his-

toria imaginaria de las clases inferiores o de las clases medias, y en la vida moderna la novela representa un papel importantísimo, y la novela y el drama, que es la tragedia en que no entran reyes, aunque por excepción entren, toman un desarrollo enorme y despiertan el mayor interés en todas las clases sociales.

Pero, al fin y al cabo, en estas formas literarias, a menos que la novela no tenga cierto carácter histórico, los personajes son imaginarios; cuando más, son tipos o símbolos de una gran clase, y nunca han existido más que en la fantasía del novelista o del dramaturgo.

Miles y miles, millones y millones, casi todos lo seres humanos, tuvieron historia, historia propia, no historia fingida; sufrieron y gozaron, si es que gozaron, que lo que es sufrir, sufrieron de seguro; y, sin embargo, nunca tendrán historia, porque en rigor no es fácil escribir en cada siglo las historias de unos cuantos centenares de millones de seres, y, además, serían muy vulgares y muy aburridas; pero a ser posible escribirlas, ¡qué instructivas serían! El ser humano en acción, lo concreto en vez de lo abstracto: don Fulano de Tal, que nació en tal parte, y vivió tantos años, y fué esto y lo otro, y que era bueno o era malo, o, mejor dicho, que tal año hizo tal picardía, y tal otro, sin que nadie lo supiese, tuvo un arranque sublime que le duró de tal hora a tal hora, y al fin murió de un empacho, o de una caída, o de un enfriamiento.

Todos estos centenares de millones de seres que se agitan unos cuantos años para ceder el puesto a otras generaciones, para algo habrán existido y algún rastro habrán dejado, y, aunque se sepa acerca de ellos muy poca cosa, todos juntos, con sus pequeñeces, y sus vulgaridades, y sus retorcimientos de horror, y sus gritos de alegría, es seguro que habrán formado una fuerza poderosísima, incontrastable, superior a todas las potencias visibles de la tierra, y que ellos habrán dado carácter a toda una civilización y habrán continuado o habrán torcido su curso; y es claro que en esta masa los

comprendo a todos: al sabio como al ignorante, al tierno de corazón como al egoísta, al laborioso como al holgazán. Es hombre, pues es gota de agua del Océano, y por su parte alícuota influye en la evolución total, ya se meza, ya oscile en lo alto de una ola, ya se deshaga en espuma, ya viaje por un río submarino, ya se quede en una charca del abismo, pegado a la hoja de un invisible vegetal.

Por eso yo, en mi modesta esfera, al ir relatando estos insignificantes recuerdos, siempre que me encuentre con un amigo o conocido del cual sepa la historia, y cuyo carácter me parezca curioso, referiré su historia con todas las precauciones que me inspire mi discreción cuando la discreción lo exija.

Por eso en el capítulo anterior, o creo que en el penúltimo, empecé a relatar algunos sucesos de mi amigo Joaquín C., y en este capítulo he de dar fin al episodio, refiriendo su boda y su muerte.

Digno de estudio y tipo notable para un novelista de la escuela moderna era mi pobre amigo, y las circunstancias de su casamiento demuestran todo lo que había en él de bueno y de malo, de noble y de disparatado.

Después de obtener la cátedra que dije, mi amigo Joaquín se marchó a desempeñarla a una capital de provincia, a la que no llamaré H porque esta letra se ha vulgarizado demasiado y ha caído muy en descrédito; pero la llamaré X, que es letra que está en auge desde los célebres rayos Roentgen.

En X vivía Joaquín con un sueldo modesto de unos diez mil reales y con lo que sacaba de algunas lecciones particulares de matemáticas: de lo que más había odiado él siempre era de lo que ganaba para vivir.

No vivía de ninguna pensión que hubiera ganado por actos humanitarios, como en la aventura del incendio que referí en otro lugar, sino de aquellas lecciones de geometría que tanto le repugnaban y que abandonaba gustoso para ir a mover la bomba en un fuego de la

villa, del que salía sin la gratitud de nadie y con una tanda de golpes de los agentes del Orden público.

Apenas ganaría con todo unos catorce mil reales; pero tenía bastante, porque era modestísimo, y hasta llegó a tener sus ahorros a los pocos años.

Era compañero suyo en el profesorado un señor de alguna más edad, a quien llamaré don Luis para mayor claridad de la narración; que nosotros los autores dramáticos la primera necesidad que sentimos es la de dar nombre a los personajes, y aun el primer problema que tenemos que resolver, no siempre sin algunas dificultades y hasta disgustos, como referiré cuando llegue el momento oportuno.

Por ahora llamemos don Luis al amigo del héroe de este episodio.

Este don Luis tenía una hermana, que por razones iguales a las precedentes llamaré Ramona.

Ramona, que ni siquiera se atrevía nadie a llamarla Ramoncita, pasaba ya de los cuarenta: era fea y vulgar; buena mujer, eso sí, pero con bondad que nada tenía de artística.

Cuerpo vulgar, cara vulgar, afeada por los años y por carencia de todo idealismo de espíritu; capaz de cariño, pero cariño tranquilo, cumpliendo sus deberes caseros con regularidad automática.

En suma: una buena mujer de su casa, honrada y hacendosa, pero sin ningúnn destello romántico ni en su envolvente material ni en su espíritu tranquilo.

Se la podía respetar y hasta llegar a profesarla cierto afecto, pero sin que inspirara a nadie gran interés, y no se lo inspiró a Joaquín tampoco.

Ramona, desde que murieron sus padres, vivió en compañía de su hermano, sirviendo a don Luis con esmero y cariño; pero todo mesurado y regular.

Nunca había tenido novio ni había pensado jamás en casarse; que careciendo de atractivos como carecía, y siendo pobre, hubiérase creído que era empresa imposible.

Todo esto lo sé, no por observación mía directa, sino por relaciones concordantes de muchas personas, y en especial por referencias circunstanciadas del mismo Joaquín.

Yo no conocía a Ramona; es decir, no la conocía antes de casada: la vi después dos o tres veces, y el original concordaba admirablemente con la copia.

Sin embargo, diré, en honor a la verdad y como circunstancia atenuante de la locura de mi amigo, que su esposa Ramona me pareció simpática por lo humilde, y, conociendo la historia, casi me enternecía: parecíame que la pobre mujer estaba abrumada y hasta avergonzada de tener a Joaquín por esposo.

Por todos los poros de su desgarbado cuerpo y de su cara prosaica brotaba no sé qué efluvio de humildad que, si hubiera podido traducirse en palabras, hubiera dicho así: Ya sé que no me merezco a Joaquín, que soy más vieja que él, que soy fea y él es guapo, que soy ignorante y él sabe mucho; pero ¡qué remedio, si he tenido esa suerte! No se ofendan ustedes conmigo, que no lo hice a mal hacer, y yo no puedo hacer otra cosa que agradecérselo; que nos echó su bendición el cura, y ya somos marido y mujer.

De todas maneras, ello fué que tuvieron un hijo monísimo y de mucho talento.

¿Qué fué de él? No lo sé. Le vi dos veces, le perdí de vista; tenía cinco años, y ya le enseñaba matemáticas su padre; ¡él, que tanto las había odiado! Estoy seguro que fueron aquellos los instantes más dichosos de su vida, acaso los únicos: y se murió a tiempo el pobre Joaquín, antes de que empezaran las tristezas.

***

Pero vamos a la boda.

Vamos a ver cómo se unieron aquellos dos seres tan opuestos: él, todo idealismo, todo romanticismo, todo desequilibrio, volando siempre por lo azul, acabando

cada revuelo por un porrazo, mezclando las nubes diáfanas con los chichones amoratados, lo más sublime con lo más prosaico, y a veces hasta con lo más ridículo; ella, tranquila, reposada, sin elevar sus pies una pulgada del suelo, arrastrándolos más bien, pasando sin impaciencia del puchero de la cocina a la cesta de la labor, sin haber visto nunca ningún drama ni más sangre real o fingida que la de algún pinchazo en sus propios dedos al repasar la ropa de su hermano.

Sólo con mirar a los ojos de uno y otro aparecía el contraste.

El tenía unos ojos negros hermosísimos y un pelo en ondas, que cualquier autor melenudo lo hubiera tomado a gusto para el héroe siniestro de algún drama a lo Byron.

Ella tenía unos ojos pequeños, azules y desteñidos, de esclavo resignado, y un pelo castaño tan modesto como toda su persona, liso y unido y sin la menor ondulación artística,

Se conocieron porque Joaquín iba con frecuencia a casa de don Luis; se trataron con cierta franqueza amistosa; ni él se enamoró nunca de ella, ni ella soñó en casarse con él, y así pasaron dos años.

Pero Ramona se puso muy mala, se desmejoró la pobre todo lo que podía desmejorarse; dijeron si estaba tísica, y al llegar el verano los médicos le aconsejaron a don Luis que llevase a su hermana a no sé qué baños.

Don Luis se resistía, porque era interrumpir por veinte días o por un mes sus ocupaciones y sus trabajos; pero al fin cedió, y Joaquín, por uno de aquellos arranques de afecto y de simpatía, que tan funestos le fueron siempre, les dijo que él les acompañaría, ya que el balneario estaba a poca distancia de X; que él ayudaría a don Luis a cuidar de Ramona; que él era un gran enfermero, y que había cuidado muchas veces a tísicos, virolentos y tifoideos; en fin, que no sólo era enfermero, sino que estaba convencido que hubiera hecho una perfecta hermana de la caridad.

Sus exageraciones de siempre.

En fin, que juntos se fueron los tres, don Luis, Ramona y Joaquín, al balneario en cuestión.

***

Y el pobre Joaquín cumplió su palabra, y la cumplió con exceso.

¡Qué solícito con Ramona, qué cariñoso siempre con ella, acompañándola a todas partes, paseándose muchas veces los dos solos, porque solos los dejaba don Luis, que se aburría en compañía de su hermana!

Cayó enferma Ramona, gravemente enferma, prolongándose con este motivo más de un mes la estancia en el balneario, y en aquella enfermedad Joaquín veló a la enferma muchísimas noches.

En suma: que todo el mundo creyó en el balneario que eran novios, y como había no pocas familias de X, a X llevaron la inverosímil noticia, pero como cosa segura. Todo el mundo se decía: «¿Saben ustedes? Se casan Joaquín y Ramona.»

Gran compromiso y suprema angustia para mi pobre amigo, dadas sus condiciones de carácter.

Se le metió en la cabeza, y ¡Dios sabe si su cabeza era dura!, que había comprometido gravemente, con su conducta y su asiduidad, la honra y el porvenir de aquella mujer. Que había sido una traición para con su amigo don Luis. Que desentenderse de un compromiso que, aunque no existía, las apariencias abonaban como cierto, era portarse como un mal caballero. Que aunque él nunca tuvo mala intención, y jamás le había dirigido una palabra de amor a Ramona, con su ligereza había dado ocasión de que todo el mundo lo creyese. Y, en suma, tal trifulca de ideas sin verdadera base, de remordimientos que no existían, de arranques caballerescos y ridículos, de exageraciones y fantasías, se le metieron entre seso y seso a mi amigo, que, desesperado

y heroico, pidió la mano de Ramona y se casó con ella.

Si esto escribiese un novelista, la crítica le acusaría de haber creado un personaje absurdo, inverosímil o imbécil; y, sin embargo, este personaje ha existido, ha sido un ser de carne y hueso, y no era un imbécil, sino un hombre de talento, una especie de ridículo Quijote de la burguesía. Y todo lo que yo he contado de él, y muchas cosas más que pudiera contar, no tendrán nada de artísticas, pero son fotografías de geométrica exactitud.

A mí mismo, aunque yo por entonces no pensase las cosas que ahora pienso, me parecía muchas veces que Joaquín era un ser inverosímil; y es que de la verosimilitud sólo cuidan los novelistas y los dramaturgos: por eso sus obras parecen muchas veces artificiosas, porque cuidan de justificarlo todo dentro de la lógica; y la naturaleza, o digamos la realidad, no tiene para qué cuidarse ni de la verosimilitud ni de la lógica. Si le dice un crítico: «Pero, señora Realidad, eso que usted ha hecho es inverosímil de todo punto», ella podría contestar si se dignase: «más inverosímil es usted, señor crítico, por lo imbécil, y, sin embargo, usted existe, y es obra mía, que fabrico toda clase de muñecos, y con el mismo barro un mentecato y un sabio».

Joaquín era a veces un impulsivo, no para el crimen, pero sí para muchos actos de la vida; es decir, que, o reflexionaba demasiado, y a fuerza de reflexionar y de apurar las cosas y de sacarlas de quicio hacía disparates, o bien no pensaba lo que hacía, y tomaba por impulso inconsciente resoluciones tan desatinadas como las primeras.

Recuerdo que una vez le habían regalado a la madre de Joaquín un precioso muñeco de porcelana, de algún valor, que encantó sobremanera a la buena señora, y que todos los que estábamos presentes, su hijo inclusive, alabamos como obra artística, refinada y espiritual.

Pero surgió una disputa: decían unos que la porcela-

na era maciza; sostenían otros que se componía de una capa poco espesa y que era hueca casi toda ella.

—Pronto salimos de la duda—dijo Joaquín con gran seriedad; y cogiendo el muñeco con sus fuertes manazas de gimnasta, sujetó el cuerpo como en un torniquete con la mano izquierda, y con el pulgar y el índice de la derecha cogió la cabeza y la retorció, separándola del cuerpo; y mirando impasible aquélla y éste, dijo con satisfacción, como el que acaba de resolver un problema:

—En efecto, tenían ustedes razón: es hueco.

Todo esto pasó con gran rapidez y sin que nadie pudiera impedirlo, porque nadie sospechaba la disparatada experiencia de Joaquín.

La madre lanzó un grito de espanto, increpándole con estas palabras:

—¡Estúpido, imbécil, mal intencionado!, ¿qué has hecho? Tú eres un loco; bien dice tu padre que eres un loco; tus bromas son las de un malvado.

—Eso es, eso es, grite usted malvado porque le rompo la cabeza a un muñeco de barro.

—No es barro, es porcelana.

—Lo mismo da, mamá. ¿Usted no sabe que la porcelana sale también del barro?

Y aquí, con toda seriedad y haciendo alarde de sus conocimientos de ingeniero y de técnico, empezó a explicarnos a su madre y a todos cómo se fabricaban aquellos muñequitos y toda la parte técnica de la porceana de Sèvres y de Sajonia.

—Pedantón—concluyó por llamarle su madre; y se marchó casi llorando.

Pues esto mismo hizo en la vida con su propia persona: más de una vez se rompió la propia cabeza para ver si estaba hueca.

No estaba hueca, sino rellena de una masa encefálica muy densa, pero muy revuelta.

Recuerdo, y sea este el último recuerdo de mi pobre amigo, que una mañana fuí a buscarle para ir juntos a clase.

—No puedo—me dijo en tono misterioso y un tanto sombrío—: tengo que hacer una cosa de mucha importancia.

—¿Qué vas a hacer?; ¿algún disparate?

—Puede ser: por eso no te lo digo. Y acaso hay peligro: por eso no digo que me acompañes. Hasta luego.

Y se marchó.

Y, cosa curiosa, vi que se llevaba un gran pañuelo de color, cuidadosamente doblado.

Al acabar la clase volví a su casa, porque estaba yo algo inquieto pensando qué clase de disparate habría proyectado Joaquín.

No estaba, pero decidí esperarle, y al cabo de mucho rato llegó agitado, nervioso, pálido, cubierto de sudor y anhelante.

—Pero, ¿de dónde vienes?; ¿qué te ha pasado?—le pregunté.

—Mira—me dijo con tono trágico; y sobre una mesa echó el pañuelo de color que le vi sacar aquella mañana. Venía atado, húmedo, y dentro traía algo blando.

—¿Qué es eso?—le dije.

—Una reliquia—me contestó él con tono solemne. Y, desatando los nudos, puso al descubierto el contenido.

Eran, al parecer, unos puñados de tierra, apelotonados a trozos, con una substancia pegajosa y que manchaba los dedos de rojo.

Miré todo aquello con recelo, e instintivamente me separé.

—Pero, ¿qué traes ahí?; ¿qué es esto? Parece tierra manchada de sangre.

—Tú lo has dicho. La primera sangre republicana que se ha vertido en España.

Me explicaré para que el lector me entienda.

Eran los tiempos de Narváez, si no recuerdo mal; ocurrió no sé qué motín o revolución, o sublevación militar, y aquella mañana, fuera de la Puerta de Alcalá, cerca de la antigua Plaza de Toros, se habían fusilado unos cuantos hombres, militares y paisanos.

Ya digo que mis ideas andan aquí un poco confusas; debió ser del 49 al 50, y aun creo que era presidente del Consejo de ministros el general Narváez.

A Joaquín, que era muy dado a la política y que se daba por muy enterado de todo, porque oía en casa de su padre, que era progresista, muchas discusiones, se le aferró la idea de que en el fondo aquel movimiento había sido republicano, y en seguida se le ocurrió esta otra idea: la de conservar algunas gotas de aquella sangre vertida por una causa que entonces no tenía eco ninguno en España.

—No te quepa duda, Pepe: yo necesito un recuerdo de esos fusilamientos.

Y salió aquella mañana, y estuvo rondando por el sitio de la ejecución; y estuvo esperando a que se llevasen los cadáveres; y como era un chiquillo, de quien hicieron poco caso, se escurrió como pudo, recogió unos cuantos puñados de tierra empapada en sangre, los envolvió en el pañuelo, y escapó muy aprisa.

Pero le pareció que le seguían unos hombres; se imaginó que eran de la policía, y acaso lo fueran: ello fué que acabó corriendo, y él aseguraba que los hombres corrieron tras él. Vió una tienda que hacía esquina, entró por una puerta y salió por la otra, y de este modo refería que pudo escapar.

Pero buen susto pasó.

Así se lanzaba él a toda clase de aventuras, y así se lanzó a la última, que fué la de su casamiento, que he referido poco antes.

¡Pobre amigo mío! Le vi muchos años más tarde en X, ya casado y con un hijo.

En el casino dieron una velada en mi honor, y él contribuyó a organizarla brillantemente y pronunció un discurso que fué muy aplaudido. Y se enterneció, y me dió muchos abrazos, y al despedirnos al día siguiente me dijo en voz baja, con tono de profunda seguridad:

—Adiós, Pepe; es la última vez que te veo: dame otro abrazo, que será el de despedida.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, lo natural, lo seguro, lo matemático. Yo me moriré este año, y ya no nos veremos nunca.

—¡Qué disparates estás diciendo! ¡Cuándo llegarás a tener juicio!

—Esta vez lo tengo, y ya ves, te lo digo con toda tranquilidad; para la falta que yo hago en este mundo, bien estoy en otro cualquiera. Te aseguro que acierto.

—Sería la primera vez que acertases; y, afortunadamente, no acertarás.

—Tú nunca te equivocas; pere esta vez el que ha de equivocarse eres tú. Yo sé, porque conozco mi naturaleza, que no tengo vida más que para unos pocos meses.

—Vamos, no desatines; siempre forjando dramas absurdos.

»Si estás bueno, mejor que nunca, más grueso que nunca, de buen color y con muchos alientos.

»En estos días que hemos estado juntos yo no he notado en ti ningún síntoma de enfermedad.

»Has desplegado sin la menor fatiga la mayor actividad para preparar la velada que habéis dado en mi honor; has pronunciado un hermosísimo discurso con el reposo y serenidad de un orador de profesión.

—Es que en la cátedra me he acostumbrado a la oratoria—me interrumpió un tanto satisfecho de mi elogio.

—Bueno; pues cuando un hombre hace todo eso y da esas pruebas de energía física e intelectual, por grande que sea tu pesimismo, has de confesar que no está para morirse.

—No importa; yo sé que me muero muy pronto.

Y nos separamos conmovidos, dándonos un estrecho abrazo.

Acertó Joaquín por vez primera en su vida.

No había transcurrido un año, cuando recibí la noticia de su muerte.

Entrego fotografiada esta figura noble, simpática, in-

teligente y desequilibrada, al público, por si algún novelista quiere utilizarla.

Si yo fuera notario y poseyera la fe pública y firmara con firma historiada en forma de cruz, daría fe como notario y como caballero de que todo lo que precede es conforme a verdad.

XLVI

Como el tiempo que media entre el año 62 y el 68 lo encuentro escaso de recuerdos, he de suplir esta falta describiendo tipos y caracteres de las personas a quienes conocí en este período, y aun de personas a quienes conocí en años anteriores.

Así dediqué el capítulo anterior, a manera de episodio, a trazar el contorno moral, si vale la palabra, de uno de mis más íntimos amigos.

Igual estudio haré, en este capítulo, de otro amigo, no tan íntimo como Joaquín, amigo este último que siempre fué muy cariñoso para conmigo, aunque, al fin y al cabo, reñimos, y no por culpa mía. El diría, si viviese, que tampoco fué por culpa suya; pero, en todo caso, fué por culpa de su carácter suspicaz, receloso y esquinado.

Le llamaremos, por darle algún nombre, don Pedro.

No había sido compañero mío; entre los dos mediaban muchos años, lo menos veinticinco; de suerte que nunca pudimos tener gran intimidad; pero sí amistad muy afectuosa y muy leal, como yo le demostré en más de una ocasión.

Y era don Pedro un tipo digno de estudio.

Era un espíritu receloso y desconfiado. De una lógica digna de un matemático, si bien era capaz de sentimien-

tos afectuosos; siempre subordinaba su sentimiento a la lógica, a la razón, a los hechos.

Fué persona digna y honrada; de sentimientos caballerescos exagerados, y uniéndose a ellos una alta idea de su dignidad, resultaba, a veces, intratable.

Tipo opuesto, completamente opuesto al de mi amigo Joaquín, y los resultados eran desastrosos.

Aquél, de puro romanticismo, de puro desequilibrio, no hacía más que desatinos en la vida; éste, mesurado, prudente, reflexivo; por exagerar la nota reflexiva, hacía aun más disparates que el otro y, por de contado, menos simpáticos.

Por el contraste, por puro contraste de recuerdos, voy a referir este episodio de don Pedro, el cual llega hasta tiempos posteriores a la revolución de septiembre, después de haber referido el episodio de Joaquín, que se refiere principalmente a recuerdos de mi juventud.

Don Pedro había sido magistrado, lo cual cuadraba muy bien a su carácter, y era por estos años del 62 al 68 magistrado cesante. Su edad sería, como antes indiqué, de unos sesenta años; pero se conservaba fuerte, de figugura gallarda y erguida, revelando aplomo y energía.

Era algo bromista; pero con mucha dignidad, y le molestaba que con dignidad no se recibiesen sus bromas.

La clave de su carácter ya la indiqué antes.

Si no excluía el sentimiento del todo, lo relegaba a segundo término para casos muy excepcionales.

No admitía más que hechos concretos; por insignificantes que fuesen, él los acogía con interés.

De esos hechos partía, y a ellos les aplicaba su lógica, que era, en parte, lógica matemática, porque él a las matemáticas les había tenido afición, y, en parte, lógica jurídica.

Para él, las cosas y las personas eran, o bien un problema de álgebra, o un pleito, o una causa criminal; por lo regular, esto último.

En todos los actos de la vida, sobre todo si a él le in-

teresaba, ponía ante sí al amigo, al pariente, a la propia mujer, a los propios hijos, como si fueran reos acusados de algo, y les oponía una serie de hechos, y deducía consecuencias, y dictaba las sentencias correspondientes, y no había consideración, humana ni divina, que le hiciese variar de opinión o que torciese su conducta.

Muchas veces disputé yo con él durante aquellos seis años, que fueron los de mayor intimidad, y le dije esto mismo, con mucho más calor que el que ahora empleo, y hasta llegamos a punto de reñir; pero, al fin, concluía él riéndose, porque me tenía afecto y, a pesar de los años que entre uno y otro mediaban, cierto linaje de respeto.

Este respeto no se fundaba en el sentimiento, sino en la razón.

Diré por qué me respetaba.

***

Resultó don Pedro pariente de un bolsista, aunque él no fué nunca jugador, ni entraba en sus ideas esta clase de empresas aleatorias, ni tenía tampoco capitales que arriesgar en la Bolsa ni en ninguna otra empresa.

Vivía modestamente de su cesantía; y aunque tenía parientes poderosos, jamás quiso recibir nada de ellos.

Se negociaba entonces en la Bolsa sobre dos valores: la Deuda consolidada y la que llamaban la Deuda diferida; sujeta a condiciones especiales por la ley de su creación.

Le decía su pariente: — Yo creo que las cotizaciones de ambas Deudas no están en armonía. Como ambas han de llegar a igualarse, y han de llegar, por lo tanto, a la misma cotización, sospecho que la ley de crecimiento de la Deuda diferida no es la que debe ser; pero no sé calcular, porque es cuestión muy complicada, la relación matemática entre ambas cotizaciones en cada año y en cada semestre, hasta que llegue la época de la nivelación.

Esto excitó la curiosidad de don Pedro, y sin tener en ello interés alguno material, sólo por tratarse de un problema, y por aficiones especulativas, se propuso resolverlo.

Y durante un año estuvo sin salir por las noches de casa, llenando de números pliegos y pliegos de papel, por métodos extraños y casi infantiles que él inventó, pero rigorosamente exactos. Sólo que, como él sabía muy poca Aritmética, tenía que acudir a los procedimientos más ramplones y más pesados. En fin, tras doce meses de una labor de benedictino, resolvió el problema, y estaba muy satisfecho con su triunfo, y de él me habló un día encareciendo las dificultades y regocijándose en forma modesta de su perspicacia y de su ingenio.

Yo lo alabé, como merecía ser alabado.

— Dada su ignorancia de usted — le dije, entre bromas y veras —, ha hecho usted una cosa de mucho mérito; pero lo que usted ha conseguido en trescientas sesenta y cinco noches, y cuajado de cifras unas cuantas manos de papel, se puede hacer en unas cuantas horas, y en un pliego de papel no más.

— ¿A que no?

— ¿A que sí?

Y me trajo los datos, y al día siguiente, y sin tener yo a la vista su trabajo, le presenté los resultados del mío, que coincidían exactamente con los suyos.

Ni, en rigor, el problema tenía mérito de ninguna clase.

Él quedó asombrado, y desde entonces me miró con cierto respeto, y hasta con cierta ternura paternal, que en él eran dos cosas que habían de ir a la par siempre.

***

Mi buen amigo estaba separado de su mujer en forma amistosa, pero definitiva y total. Separación por incompatibilidad de carácter. Y, en efecto, era un hombre con

el cual había que reñir al fin y al cabo. Riñó con su mujer, y se separó de ella para siempre; y ella, desde lejos, le temía como al mismo diablo, y eso que don Pedro no era brutal en sus procederes.

Riñó con sus hijos cuando llegaron a la mayor edad, porque no le podían sufrir, y se fueron con su madre.

Yo creo que la última persona con quien riñó en este mundo fué conmigo; pero al fin reñimos fuertemente. Él, creyendo en un desengaño más, que fué su única creencia la de las traiciones y los desengaños. Yo, conservándole vivo afecto, porque su fondo era noble; pero mandándole a todos los diablos, y porque al fin y al cabo no tenía yo obligación de sufrir una chinche enorme, siquiera revistiese la forma de magistrado cesante.

Nada más curioso que oírle el proceso contra su mujer.

El me habló muchas veces de este asunto, y yo nunca le di la razón.

Su capítulo de cargos era el de siempre: una serie de hechos menudos e insignificantes, trabados por la argamasa poderosísima de una lógica inflexible y convertidos en masa aplastante, bajo la cual, en efecto, aplastó a su esposa. Ello es que, aunque hubiera tenido razón en el fondo, que creo que no la tenía, las pruebas, para cualquier mortal de buen sentido hubieran sido a lo más indicios, cuando en él llegaban a formidables piezas de convicción.

— Mire usted — me dijo un día — lo que era aquella mujer.

»Estaba yo en la sala, ella en su gabinete, y yo la observaba, y vi que se acercaba al balcón y levantaba las cortinillas, y después de un rato se sentó en su mesa y se puso a escribir; yo entré de pronto, y ella ocultó el papel y se puso en pie, con aire indiferente, muy bien fingido. La mujer que sabe fingir con tanta perfección, no es buena ni es de fiar. Es traicionera. Esto es tan evidente como uno de esos teoremas de Matemáticas que usted estudia. «¿Qué hacías?» — le pregunté repeti-

das veces—. Y ella, tendiéndose en el sofá con indolencia, me contestó, siempre con sus más amables sonrisas: «Ya lo ves, nada, no hacía nada, Perico; ¿y tú?»

»Yo entonces fuí al balcón, levanté la cortinilla: pasaba un caballero elegante y de buena presencia, a quien yo no conocía. Era evidente que estaba parado, y que al verme echó a andar.»

— Pero ¿le vió usted parado? — le pregunté yo.

— No, pero andaba como el que en aquel momento arranca a andar. «¿Te has asomado al balcón?» — le pregunté —. Y ella, en tono indiferente, me dijo que no. Mentira clarísima, porque yo la había visto asomarse.

»Una mujer que miente con esa frescura no es buena, amigo don Pepe, no es buena. Y si no es buena, es mala; y si es mala, hay que alejarla. Pero hay más.»

— ¿Qué más hay? — le pregunté, porque su tono autoritario ejercía en mí cierta influencia.

Y él siguió:

— Hay más. Ella tendida en el sofá, y yo en pie ante ella.

— Como un juez, o como un magistrado, como lo que ha sido usted toda su vida.

— Usted lo dice, amigo don Pepe: como un juez. Y le pregunté: «¿Estabas escribiendo?» Y ella, en tono indiferente, pero de una indiferencia magistral, me replicó: «No, no escribía.»

»Yo fuí — siguió diciendo don Pedro — a la mesa, y con poquísimo trabajo encontré la carta que ella había empezado. Y ella siempre tendida en el sofá.

»Cogí la carta, me acerqué a ella y se la puse ante los ojos.»

— Y ¿a quién dirigía la carta? Y ¿qué decía en ella? — le pregunté, dispuesto a dar la razón a don Pedro por primera vez en la vida; porque la ventana, la mentira, el caballero que pasa y la carta, iban tomando ante mis ojos caracteres de pruebas más que de indicios.

— La carta, guardada la tengo todavía — replicó don

Pedro —; se la puedo enseñar a usted cuando quiera; verá usted qué letra tan bonita tenía mi mujer — dijo con gran espíritu de justicia y de imparcialidad —. La carta la sé de memoria; no tenía más que tres o cuatro líneas, y decía así: «Querida Rita: Te escribo a escondidas de Pedro, porque no consigo que se le pase el enojo que tiene contra ti...»

— Pero ¿quién era Rita? — le pregunté.

— Era una prima de mi mujer con quien le tenía prohibido que se tratase, porque Rita me era antipática, y su trato no convenía a ninguna señora, casada ni soltera; no porque hubiera dado ningún escándalo, ni porque hubiera nada concreto contra ella, sino por la ligereza de su carácter y por su afán de divertirse.

— ¡Toma, toma! — dije yo —. ¡Yo creía otra cosa!

— Pues ¿qué más, amigo don Pepe? Sólo con esto que le he dicho a usted, ¿no le parece bastante, después de otras muchas escenas parecidas a ésta, para tomar la determinación que tomé; es decir, para que nos separásemos, como nos separamos?

— Si como magistrado ha sido usted tan severo, no envidio a los que han caído entre sus garras. Don Pedro: todo eso que usted me ha contado es un conjunto de nimiedades.

— Mintió al decirme que no se había asomado a la ventana.

— Porque le tenía miedo a usted.

— Pasaba un caballero por la calle, que antes debió estar parado.

— Alguien había de pasar; y parado, usted no le vió.

— Mintió al decirme que no había escrito.

— Pero si usted debía tener aterrada a la pobre mujer, ¿cómo no había de estar mintiendo de continuo? Y, además, la carta nada prueba; mejor dicho: prueba que estaba usted viendo visiones. No veo que sea un crimen escribir a una prima.

— Crimen de desobediencia. Le tenía prohibido que la tratase.

— Y ¿así estaban ustedes siempre?

— Casi siempre.

— Pues le digo a usted, don Pedro, que sería usted irresistible.

— Que no me mientan, que no me engañen, que no me descubran a cada paso una naturaleza astuta, traicionera, sin dignidad y sin rectitud. No me resiste el que no puede resistirme. ¿He reñido alguna vez con usted? — me preguntó en tono afectuoso.

— Hasta ahora, no, gracias a mi prudencia; pero no estoy seguro de que no riñamos alguna vez.

Y, en efecto, reñimos estrepitosamente algunos años más tarde.

*
* *

Don Pedro tenía una obsesión: la de que elementos poderosos de la sociedad le habían perseguido constantemente durante su carrera, proponiéndose que muriera en la desesperación y el abandono.

Y, según él, no es que padeciese manía persecutoria: es que se fundaba en hechos reales y positivos.

Todo arrancaba de algo muy grave que le ocurrió cuando era todavía muy joven y practicaba como abogado en una capital de provincia que llamaremos Y.

Practicaba, como digo, en compañía de un hermano suyo de mucha más edad, y que tenía gran reputación como inteligencia y como rectitud: una verdadera autoridad en materia jurídica.

Pues sucedió que otro abogado, que, siguiendo mi costumbre, designaré con un nombre, por ejemplo, el de don Elías, para claridad de la explicación, se vió complicado, no sé de qué manera, porque estos pormenores no los recuerdo, en el asunto escandaloso de un testamento falso; asunto que hizo gran ruido por la cuantía de la herencia, que era de muchos millones, y por la posición elevada de los personajes.

Este don Elías, que, según afirmaba don Pedro, era

un grandísimo tunante y hombre de mucha travesura, quiso dar un golpe de efecto convocando a los principales abogados de Y a una junta o consulta y obteniendo por sorpresa, conflicto o sugestión un dictamen favorable a lo que él pretendía.

A esta junta citó a don Pedro, no por la importancia que él personalmente tuviera, sino por el apellido que llevaba: en suma, por ser hermano de su hermano, y porque, suponiendo que era joven, podría dominarle fácilmente.

Todos los presentes pudieron salvarse del compromiso con frases ambiguas y opiniones que a nada les comprometiesen.

Pero don Elías se empeñó en que hablase don Pedro, suponiendo que, por ser el más joven, sería el menos receloso. Y, aunque mi amigo procuró también eludir el compromiso, tanto le obligaron, que llegó a irritarse, y para hacerles entender que con él no se jugaba, dijo en términos concretos y claros:

—En mi opinión, el testamento es falso, absolutamente falso, y me fundo en las siguientes razones.

Y aquí don Pedro me explicó detenidamente el asunto, del cual ya no me acuerdo.

Según don Pedro me decía, su discurso produjo verdadero espanto, y fué el grito de «sálvese el que pueda». Todos se marcharon diciéndose unos a otros: «Tiene razón, evidentemente tiene razón.» Y don Elías se quedó solo, colérico, furioso contra don Pedro, al cual lanzó una mirada, que éste no olvidó nunca, preñada de odio y venganza.

Y, en efecto, se vengó.

Pasaron muchos años; don Pedro entró en la Magistratura, y fué nombrado juez no sé de dónde, y el diablo, que todo lo enreda, hizo que aquel don Elías girase una especie de visita de inspección, por orden de la Audiencia, a varios Juzgados, y entre otros al de don Pedro.

El resultado cualquiera lo adivina, y en cualquier drama resultaría lo que en la realidad resultó.

Que don Elías empapeló a don Pedro; que le suspendieron a éste, y que le sometieron a un expediente que duró más de un año, y eso que fué muy aprisa, porque don Pedro, con su carácter enérgico, no dejó descansar a nadie hasta llegar a la solución definitiva.

El resultado fué el que debió ser: favorable a don Pedro, que desvaneció todos los cargos, y que quedó limpio administrativamente, tan limpio como limpia era su conciencia, porque don Pedro fué siempre una persona digna y honrada, todo un caballero a la antigua usanza española, y tan escrupuloso en materia de intereses, que rayaba en la exageración, si es que cabe exageración en la delicadeza.

Y, sin embargo, ¡qué injusta y qué cruel es la sociedad algunas veces! Siempre estuvo pesando sobre don Pedro aquella acusación; mejor dicho, aquella calumnia en forma de expediente.

Le absolvió la justicia de sus iguales con toda clase de pronunciamientos favorables, que él me leyó en repetidas ocasiones: siempre que se le exacerbaba la melancolía.

Sus amigos íntimos, con sentencia y sin sentencia, tuvieron fe en su honradez; pero el público, al cual llegaba su nombre, no porque su nombre tuviera grandes resonancias, sino por la alta posición de sus parientes, se empeñó en tildarle y en ver en él manchas que no existían.

— Sí, don Pedro — me dijo más de una persona —, ya, ya le conozco: es primo de don Fulano de Tal; fué juez, y tuvo un expediente muy feo.

Cuando se habla de ciertos expedientes, se les llama feos, y debiera llamárseles infames.

Cristo también tuvo, no diré un expediente, porque la civilización no había llegado a las alturas a que hoy llega; pero sí una causa muy fea: tan fea, que le azotaron y murió en cruz entre dos ladrones.

Y cuando yo salía a la defensa de don Pedro, proclamando que había sido absuelto, me oponían los defen-

sores de la moral este argumento sin réplica: «Don Pedro tiene parientes poderosos; sobre todo su primo, el que está casado con doña Rita, y esos parientes consiguieron echar tierra al asunto»; y ¿cómo se demuestra que no le echaron tierra, que grandes influencias no trabajaron por él, que contra toda justicia le absolvieron?

Que un hombre es culpable, puede demostrarse, en ocasiones, casi matemáticamente; que un hombre es inocente, es muy difícil de probar.

En todo caso, podrá demostrarse que no cometió el delito A, ni el delito B, ni el delito C; pero quedan todas las demás letras del abecedario.

Así es que toda su vida, en ciertos círculos, sobre todo en los círculos oficiales de la Magistratura, don Pedro fué el juez del expediente de Y.

Y a los que se interesaban por él se les decía siempre:

— Tuvo un expediente.

Por más que don Pedro fuera exagerado, y en la supuesta conjura que contra él se formó se equivocase de todo en todo, y concluyera por padecer delirio de persecución, es lo cierto que sus delirios y sus exageraciones habían partido de hechos positivos y de amarguras que le habían envenenado el pensamiento y la sangre.

***

Entre los dramas de su existencia, que él refería con más lujo de detalles que una novela moderna de género realista, había uno verdaderamente curioso, que pinta a la vez su rectitud, su imprudencia y su exageración.

Hubo un tiempo en su vida en que estuvo en buenas relaciones con su primo el gran personaje y con su prima doña Rita, aquella señora a la cual no quería que escribiese su mujer.

Frecuentaba la casa, y, de tiempo en tiempo, llevaba a su mujer a los grandes bailes y fiestas que doña Rita y su primo solían dar.

Pero ya hemos visto cuál era y en qué condiciones de suspicacia el carácter observador de don Pedro.

Y observó, o creyó observar, que la conducta de doña Rita era sospechosa; en una palabra, imaginó que doña Rita tenía un amante, o varios amantes, o que estaba a punto de tenerlos, y aquí de la rectitud feroz, y hasta imprudente, del antiguo juez.

Despertó en él uno de aquellos personajes de nuestro teatro clásico, que, en materia de honras, de amistad y de espíritu caballeresco, llegaban hasta lo absurdo.

Ello fué, según él mismo me refirió varias veces, que apurando a su conciencia y consultando su deber, se decidió a hablar con su primo y a comunicarle sus dudas, y aun a darle consejos que el otro no le había pedido.

Le aconsejó que suspendiera bailes y reuniones, que pusiera freno a las aficiones mundanales de doña Rita, que la vigilara estrechamente y que se la llevara de Madrid hasta que los años y las severidades del esposo la hubieran hecho más juiciosa.

Las noticias, las sospechas y los consejos le sentaron muy mal al primo, y aun le sentaron peor a doña Rita cuando su marido le refirió, porque se la refirió íntegra, la conversación que había tenido con don Pedro.

A esto siguieron escenas violentas, recriminaciones a don Pedro, que no era muy suave de carácter ni acostumbraba a morderse la lengua; y, en fin, un rompimiento estrepitoso y definitivo entre don Pedro y la familia de su primo, con lo cual perdió para toda su vida la protección valiosa y eficaz de aquella poderosísima familia.

Y él decía que no le pesaba; porque ¿qué hubiera pensado yo de mí mismo—me repetía muchas veces—si, por conservar un protector poderoso, me hubiera hecho cómplice y encubridor de liviandades y de infamias?

Hasta aquí, tuviera o no razón don Pedro, que posible es que no la tuviera, o acaso que la exagerara, todo esto entra en el orden natural.

Pero aquí empieza la parte novelesca, mejor dicho, la parte fantástica, y aquí apuntan ya las manías persecutorias de mi pobre amigo.

Porque se empeñó en que a sus antiguos enemigos se habían unido los nuevos, a don Elías y comparsa su prima doña Rita y sus amantes, y que entre todos habían formado una sociedad para perseguirle, para cerrarle todos los caminos, para agotar todos sus recursos, para separarle de su mujer y de sus hijos, para hacerle morir en la miseria y en el abandono.

Yo nunca creí en esta conjura, y así se lo dije muchas veces a don Pedro; pero no había medio de convencerle, y llegaba su delirio hasta tal punto, que hasta una vez se encaro conmigo y me dijo:

— No me niegue usted la evidencia; porque en cada paso que doy por la vida me los encuentro a esos enemigos ocultos; porque hasta estoy seguro que al ver que usted es tan buen amigo mío se habrán acercado a usted, directa o indirectamente, y habrán procurado atraerle a usted hasta conseguir que me retire usted su amistad.

Yo no pude menos de echarme a reír.

Y él, interpretando mi risa a su manera, dijo con acento convencido:

— Se ríe usted: algo hay de lo que yo sospechaba; sólo que usted me conoce bastante para no creerles.

— Pero, don Pedro — le dije —, si está usted más loco que una espuerta de gatos, según la comparación de mi abuela. Si yo no conozco a doña Rita, ni a su primo de usted, ni a don Elías, ni les he visto jamás, y, a no ser por lo que usted me cuenta, hasta ignoraría la existencia de todos esos socios de la conjura.

— Bueno; pues se habrán valido de alguna persona intermedia.— Y de pronto: «¡Ah! Usted conoce a don Fulano, a quien, en efecto, yo conocía. Pues ese — continuó diciendo — es amigo íntimo de don Mengano, que yo sospecho que fué amante de Rita.»

— Vamos, don Pedro, abandone usted la magistratura y dedíquese a escribir melodramas

Por entonces, y durante muchos años, hasta el año 72, seguimos siendo buenos amigos, creyendo él en mi lealtad y hasta en mi talento desde que le resolví en horas el problema de la Deuda diferida, y creyendo yo con igual firmeza en su honradez y en su locura.

De mi buena amistad le di, por entonces, una prueba que no debió olvidar nunca; pero, sin embargo, olvidó. Pero esto queda para el capítulo próximo, en que acabaré de describir a don Pedro, personaje digno de una novela; y lo describiré con entera verdad, sin adornos literarios ni dramáticos, sin poner nada de mi cosecha, como vulgarmente se dice: citando hechos escuetos en estilo llano y vulgar.

XLVII

En qué punto quedé de mis recuerdos al escribir el último capítulo de esta serie?

Han pasado cuatro meses y medio, en que el presente se ha confundido de tal suerte con lo pasado, que a veces he creído que mis treinta últimos años se habían suprimido de pronto por arte de magia, y que había vuelto al período de mi vida más difícil y más desagradable. Aquellos tiempos, digo, en que me sentía envuelto por la política, agravada por multitud de problemas de resolución casi imposible, y que, sin embargo, era forzoso resolver en el breve espacio de unos cuantos días.

Han sido cuatro meses de algo así como un sueño, o, mejor dijera, una pesadilla.

Pasaron, y vuelve mi existencia a su curso habitual.

Busco el último número de *La España Moderna*, y en él encuentro que, al suspender mis narraciones, habíame quedado frente a frente de don Pedro, y no el Justiciero, aunque justiciero era por naturaleza mi buen amigo.

Era el estudio de un carácter el que me ocupó en el artículo a que me he referido; pero no un carácter forjado por mi fantasía, sino el de un hombre de carne y hueso, el de un hombre que sufrió mucho, en parte por lo que le hicieron sufrir los demás; pero en

otra parte, aun mayor, por lo que se hizo sufrir él a sí mismo.

Suponía odios y persecuciones; pero la verdad es que en las postrimerías de su vida, él fué el que se persiguió a sí mismo.

Y ya voy atando el hilo de mis recuerdos, y ya puedo continuar mi narración.

***

Hubo por aquel tiempo una vacante en la escala de la Magistratura, y don Pedro, según su costumbre en casos semejantes, cayó sobre el ministro con una exposición larguísima en que alegaba en forma sus derechos y exponía la serie de iniquidades que, según él, habían cometido todos los ministros anteriores, no concediéndole el puesto que, con arreglo a la ley, se le debía.

También, según costumbre, prescindió el ministro de las reclamaciones del viejo y terquísimo magistrado cesante, y al sufrir este nuevo desengaño acudió a mí don Pedro reclamando mi protección y mi defensa,

Valiente protector y valiente defensa la mía.

Yo era por entonces un profesor más o menos distinguido, al decir de mis amigos, de la Escuela de Caminos. Pero ¿de qué habían de servirme ni la Mecánica racional, ni la Mecánica aplicada, para defender a don Pedro?

Yo no figuraba en política ni poco ni mucho; a ningún partido político estaba afiliado.

Pronunciaba discursos en las secciones del Ateneo; pronunciaba discursos en los mítines de la Bolsa; escribía artículos de Economía política. Era amigo respetuoso, y no muy íntimo, seguramente, del gran orador Alcalá Galiano; había saludado dos o tres veces a González Brabo; alguna más intimidad tenía con nuestro patriarca del librecambio, don Luis María Pastor, y a quien

me unían lazos más estrechos, era a don Laureano Figuerola.

Por último, y aquí termina la lista de los personajes con quien yo estaba en contacto, era también amigo de don Salustiano Olózaga por el intermedio de su sobrino Celestino, que murió trágicamente pocos años después, y que había sido mi discípulo.

En suma, que mi importancia social era muy modesta; que yo no podía proteger a nadie, y que aquel que en mi valimiento se fiase no podía recoger más que desengaños, y no por culpa mía, seguramente.

Así se lo expliqué a don Pedro, agregando que no era que yo me negase a hacer en su favor cuanto hacer pudiera, sino que no estaba en mí poder ayudarle en su empresa de reparación, como yo hubiera querido.

— Sé todo eso — me contestó — y, sin embargo, usted puede hacer mucho por mí, si no es que ya le han prevenido en contra mis enemigos.

— No empiece usted con sus delirios, y dígame lo que puedo hacer, que yo lo haré de muy buena gana.

— Usted sabe escribir — me dijo — en esa jerga periodística que hoy se usa.

— Muchas gracias, don Pedro, por mí en particular y por la prensa en general.

— Sí, señor — continuó diciendo —, usted puede escribir un artículo que produzca sensación. Yo le proporcionaré a usted datos; le escribiré la historia minuciosa de las injusticias que conmigo se han cometido; le citaré las leyes orgánicas, Reales decretos y Reales órdenes que abonan mi pretensión justísima; pondré a su disposición toda la serie de mis exposiciones a una serie interminable de ministros, y usted con esos antecedentes puede escribir un artículo terrible, fulminante, abrumador, como esos que usted escribe contra los proteccionistas; sólo que lo que usted escribe sobre el proteccionismo es pura música, y lo que usted escriba en mi defensa, será en defensa de la verdad y de la justicia.

— Muchas gracias, don Pedro. Pero una vez que yo escriba ese artículo, suponiendo que sepa escribirlo, ¿qué hacemos con él?

— A eso voy. Entre las personas que me ha citado usted, como amigos o conocidos, ha olvidado usted la más importante, al menos para mi causa, que es don Práxedes Mateo Sagasta, el gran progresista y director de *La Iberia*, compañero de usted en el Cuerpo de Caminos, y amigo de usted, según me ha dicho usted muchas veces, a no ser que para no servirme quiera usted ahora negarlo.

— Es usted agrio como un limón sin madurar, aunque va usted estando maduro de sobra. Sí, Sagasta es amigo mío; ¿y qué?

— Pues bien sencillo: el artículo que usted escriba se lo lleva usted a Sagasta, y como será un artículo de rabiosa oposición, en que se pondrán de manifiesto las injusticias, las maldades y los atropellos del partido moderado, Sagasta lo publicará sin dificultad en *La Iberia*.

No tenía manera de defenderme, y me rendí a discreción y escribí el artículo, que le pareció admirable a don Pedro, aunque agregando que lo que él escribía, sin ser tan aparatoso, era más sólido.

En suma, que le llevé el artículo a Sagasta. Me recibió cariñoso como siempre, como siempre simpático, con esa simpatía y esa afabilidad que le acompañaron al sepulcro, y en que ningún hombre político le ha igualado.

Leyó el artículo, le gustó muchísimo, o al menos dijo que le gustaba; vaya usted a saber lo que él pensaría.

El caso es que se indignó contra los perseguidores de don Pedro, y afirmó que era una felonía lo que con aquel pobre hombre se estaba cometiendo.

—¿De modo que se publicará en *La Iberia*? — le pregunté.

— Ya lo creo que se publicará, y en sitio preferente, y a más tardar, dentro de dos o tres días.

— Entonces lo firmaré — le dije —, porque el artículo es tal que puede venir una denuncia, y yo no quiero comprometerles a ustedes.

Esto lo decía yo de mala gana, porque aunque yo era muy amigo de don Pedro, no me agradaba verme envuelto en una causa que Dios sabe hasta dónde podría llegar.

Pero, en fin, la honra es honra, y yo no quería aparentar miedo.

Sagasta me sacó del apuro, adivinando, sin duda, lo que yo sentía.

—No sea usted niño — me dijo —; ¿a qué ha de tener usted un disgusto por servir a un amigo en asunto que, después de todo, ni le va ni le viene? *La Iberia* publicará ese artículo, y eso debe bastarle a usted y a su amigo don Pedro.

Y yo insistí.

— Pero, ¿y si denuncian el artículo?

— ¿Y qué importa una denuncia más para *La Iberia*, que tiene ya sobre sí no sé cuántas?

»Además — me dijo, bajando la voz —, deje usted que vengan denuncias; esto acabará muy pronto.»

Estábamos, en efecto, en los preludios de la Revolución.

— Como usted quiera — le dije —; y le confieso, lealmente, que me quita usted un peso de encima.

Y me despedí de Sagasta.

El artículo se publicó, según creo recordar, pocos días después.

Mi amigo don Pedro quedó agradecidísimo, y me dió un estrecho abrazo.

Decididamente, no estaba yo vendido a sus enemigos.

***

Necesito terminar este episodio; y rompiendo el orden cronológico y anticipando los tiempos, referiré las últimas escenas de la historia que voy relatando, aunque

luego tenga que volver atrás para reanudar el hilo cronológico de mis narraciones.

Pasaron algunos años.

Seguía yo siendo el amigo íntimo de don Pedro.

Entré en el Ministerio de Fomento, y pasó don Manuel Ruiz Zorrilla al Ministerio de Gracia y Justicia.

Don Pedro vió el cielo abierto; creyó llegada la hora de la justicia, y vino sobre mí con todos los empeños de la amistad y todas las ilusiones de la esperanza.

— Llegó el momento — me dijo —, amigo don Pepe. Usted lo puede todo.

— Don Pedro, yo no puedo nada.

— No se me eche usted atrás. Usted lo puede todo. Usted es amigo íntimo de Zorrilla; si usted le pide mi reposición, Zorrilla no se la niega a usted.

Yo sabía que mi fuerza no era tan grande como don Pedro imaginaba. Sabía que mi fuerza política era escasa: la de uno que empieza, y nada más. Conocía, además, el carácter de don Manuel Ruiz Zorrilla, y preveía grandes obstáculos; pero no quise desengañar a don Pedro; lo diré francamente: me daba miedo desengañarle; eran tan grandes sus ilusiones, tenía tanta confianza en mí, se había imaginado que mi influencia era tan decisiva, que no me sentí con ánimos para presentar ante él la verdad, que no la hubiera creído.

Le prometí ayudarle con todas mis fuerzas, y le cumplí mi palabra.

Pero yo, sin duda, no sé pedir.

Sin embargo, una y dos y tres veces le hablé a don Manuel Ruiz Zorrilla, le expliqué el asunto, le entregué el artículo que había publicado Sagasta, le hice grandes encomios de la rectitud y del carácter de don Pedro; pero, lo declaro hnmildemente, mis pretensiones avanzaban con una lentitud que desesperaba a don Pedro.

— Usted no hace fuerza bastante — me decía —, usted no toma el asunto con interés.

— No es usted justo, don Pedro — le argüía yo —; me supone usted una influencia que no tengo; mis rela-

ciones con don Manuel Ruiz Zorrilla no son relaciones de igualdad. Don Manuel es un prohombre del partido, es uno de sus jefes, me quiere y me protege a su modo; pero yo, en cambio, no tengo autoridad bastante para disponer de su voluntad, yo no puedo enfadarme con él si no me sirve. Le he hablado varias veces de usted y de su asunto con todo empeño; pero yo no puedo obligarle a que firme una Real orden.

Y no le decía a don Pedro, por no desalentarle, que las últimas veces que hablé a Zorrilla de mi amigo, don Manuel se echó a reír, me dió una palmada en el hombro, y me dijo, sin entrar en mayores explicaciones:

— Es usted muy bueno; a usted le engaña cualquiera; en política hay que tener mayor malicia.

— Pero si no es asunto de política ni de malicia, don Manuel; si es de justicia.

— Ya veremos, ya veremos...

Y pasaban días, y no veíamos nada; es decir, yo veía a don Pedro a todas horas, y habíase convertido para mí en una obsesión.

Por fin, le dije:

— Don Pedro, yo no puedo más; hice cuanto pude hacer, y nada conseguí: ¿quiere usted que le presente a Zorrilla, y usted le explica su asunto?

Muy bien le pareció mi plan, y aquel mismo día le pedí a Ruiz Zorrilla hora para presentarle a don Pedro.

Desde luego me la concedió don Manuel, con su cariñosa condescendencia de siempre, y yo en persona, acompañando a don Pedro, fuí al Ministerio, y Zorrilla, don Pedro y yo celebramos una larga conferencia.

Pero yo no desconocía la situación: don Manuel estaba prevenido contra don Pedro; en el Ministerio le habían hablado en términos poco favorables de mi amigo, que, a decir verdad, no tenía muchos amigos en el mundo, ni menos en el Ministerio de Gracia y Justicia.

Le habían hablado a Zorrilla de aquel dichoso expediente, origen de todas las desgracias de don Pedro, y todo esto había creado en el ánimo de don Manuel una

atmósfera de desconfianza y de repulsión hacia mi pobre amigo.

Una circunstancia me hizo comprender, desde el principio de la entrevista, que la causa de don Pedro estaba perdida, que de antemano tenía don Manuel prevención contra aquel pobre magistrado que había estado sujeto a un expediente; y lo comprendí por una circunstancia muy curiosa; como dato histórico y de carácter, vale la pena de referirla.

***

Don Manuel era sordo de un oído; pero el otro era finísimo, y esto daba motivo a que bromeásemos en muchas ocasiones.

— No sabe usted — me decía — cuántas ventajas me proporciona este defecto. Estoy en la cama, ladra un perro, o cantan gallos, o suenan ruidos estrepitosos que a ninguna persona dejarían dormir: pues yo me echo sobre el oído bueno y quedó incomunicado con el mundo exterior.

Vienen a darme una mala noticia, que eso se adivina en la cara del que viene: pues aplico el oído sordo y apenas me entero. La noticia es buena: aplico el otro oído con toda su agudeza.

Y proseguía, riendo: — Llega a pedirme cualquier favor un *moderado:* allá se encuentra con el oído sordo; y como no me entero, no le sirvo. Es un liberal, un patriota el que solicita favores: pues para él reservo el oído sano, y como me sea posible le sirvo.

— No se haga usted el fanático, don Manuel — le decía yo —; si no le he visto a usted nunca hacer diferencia, al resolver un expediente, en el color político de la persona.

— Eso es distinto, porque a todo el mundo hay que hacer justicia; pero unas veces se hace justicia de buena gana, y otras a regañadientes. Lo que hay es que usted no tiene espíritu político, y en el partido moderado tie-

ne usted, por su desgracia, muchos amigotes. Ya sé, ya sé, porque yo tengo buena policía, que le visita a usted con frecuencia en el Ministerio don Ramón de Campoamor, que es un reaccionario de tomo y lomo. Me parece que usted acaba mal.

— Es verdad que con frecuencia viene al Ministerio don Ramón de Campoamor; pero ¿a que no sabe usted de qué hablamos? Pues hablamos de Poesía o de Metafísica, o de ese tomo que yo he publicado sobre *Teorías modernas de la Física.*

— ¿Y no le habló a usted nunca de una carretera?

— Es verdad — le contesté riendo —; pero de carreterras me hablan lo mismo los conservadores que nuestros correligionarios; y de las teorías modernas de la Física sólo me habla don Ramón de Campoamor.

»Y ahora que me acuerdo, también usted corre peligro, mi querido don Manuel; porque yo sé que es usted gran amigo de don Manuel Tamayo, y ese no pertenece a los partidos de la revolución.»

— Es distinto: es una gran persona, y no es un moderado; en todo caso, aseguran que es carlista; pero no creo que sea político; y, en todo caso, que sea carlista me importa poco; por lo que yo no pasaría es porque fuese moderado.

Para los progresistas de aquella época, el partido moderado de los once años era su odio vivo y su enemiga eterna.

Pero sigamos con la historia de don Pedro.

***

Entramos a ver a don Manuel Ruiz Zorrilla mi amigo don Pedro y yo; y después de la debida presentación, se sentaron en un sofá don Manuel y don Pedro; pero observé con sobresalto que don Manuel, o con intención o por casualidad, le ofrecía a mi pobre amigo el oído sordo.

— Asunto perdido — dije para mí.

¡Qué conferencia tan interminable!

¡Qué discurso tan seco, tan árido, tan agresivo, pronunció don Pedro!

¡Qué cara tan poco expansiva tenía mi don Manuel!

Le oía con mucha calma, muy cortésmente. Pero ¿le oía? Lo dudo.

Don Pedro peroraba como si estuviese dictando una sentencia: tono altanero, acusaciones sin fin contra el Ministerio de Gracia y Justicia; durísimas recriminaciones; ni un solo acento amable, ni una frase de conciliación, ni una sola sonrisa para ganarse la buena voluntad del ministro.

Y don Manuel bajaba la cabeza, que era en él un gesto habitual cuando estaba muy aburrido, y murmuraba a trechos: «Ya, ya..., sí, sí..., pues bien...»

Ese «pues bien» equivalía a un punto final en la conferencia; pero don Pedro no hacía caso, y convertía aquella serie de puntos finales en una serie de puntos suspensivos.

Tuve yo que intervenir y que decir por mi cuenta:

— *Pues bien*, el señor ministro ya está enterado; si necesita más datos ya se los traeremos, y yo creo que no debe usted ocupar más tiempo su atención.

Terminó la conferencia: don Manuel le ofreció estudiar el asunto con todo interés, y don Pedro se marchó majestuoso y satisfechísimo, según me aseguró, por haberse desahogado ante un ministro de aquella carga que hacía tantos años le abrumaba.

— ¿Qué impresión saca usted? — me preguntó.

Yo no pude ocultarle que era muy mala.

— Don Manuel — le dije — está prevenido: en el Ministerio le han hablado, y no le han hablado bien, de usted, y don Manuel es un carácter muy rígido.

— Eso es natural — me replicó don Pedro —; pero más le ha de creer a usted que a sus oficinistas, si es que usted toma el asunto con verdadero empeño.

— ¿Puede usted dudarlo?

— Yo no dudo nada; pero me atengo a los hechos.

Al día siguiente hablé con Zorrilla del asunto de don Pedro, y don Manuel me desahució por completo.

— Ese señor — decía don Manuel —, en primer lugar es antipático; en segundo lugar, es vanidoso, y lo peor de todo es que tiene en su carrera un expediente muy feo.

— Salió de ese expediente limpio como el armiño.

— Porque se lo lavotearon sus parientes los moderados, sobre todo su primo don Fulano, que es uno de los moderados más malos que han existido, y que en aquella época tenía una influencia decisiva.

— Está usted en un error: ese ha sido su principal enemigo.

— Ahora lo serán; entonces no lo eran.

— Ahora no pueden serlo, porque se murió su primo hace años.

— Esa honrosa determinación debió tomarla desde el año 50.

— ¡Pero don Manuel!...

— Es inútil, mi querido Echegaray. ¿Qué dirían de mí los patriotas, si en la vacante que usted pretende para don Pedro yo colocase a un magistrado que estuvo bajo el peso de un expediente, que ni sus amigos ni sus parientes han podido colocar hace diez años, y que, además, es de cepa moderada, cuando tengo tantos magistrados cesantes liberales, postergados por el moderantismo, que se están muriendo de hambre, y que además son integérrimos? La elección usted comprende que no es dudosa.

La causa de don Pedro estaba perdida; tan perdida como la del otro don Pedro en Montiel.

***

Pero vamos al fin de este episodio, que ha de parecerles a mis lectores desabrido, áspero y pesado.

Casi siempre lo es la vida y el sufrimiento de un ser

real. Los seres reales son los que verdaderamente sufren, pero sufren prosaicamente; los seres imaginarios de los poetas, de los novelistas y dramaturgos, es decir, los que no existen, son los únicos que sufren artísticamente.

¿Qué le importa a la humanidad ni la tristeza ni el dolor de mi pobre amigo don Pedro? Gota de agua que se tragó el mar; montoncito de tierra que hoy ni polvo será, y de quien nadie se acuerda más que yo; y eso que reñimos mortalmente, como voy a explicar.

Desde la entrevista con Zorrilla me encontré en una situación muy falsa con don Pedro. Aunque intenté muchas veces explicarle el estado del asunto, él ni quiso entenderme ni quiso oírme tampoco; a todas mis observaciones contestaba con una terquedad que no sé si era sublime o era estúpida: «Como usted se empeñe, es cosa hecha; si usted le dice a don Manuel *esto quiero*, él lo hace». Y de ahí no salía; y yo me sentí vencido por don Pedro, como me había sentido vencido por don Manuel, con lo cual empezó una época de excusas, dilaciones, esperanzas falsas y todo el arsenal a que acuden los seres que se sienten débiles.

A la hora de almorzar, don Pedro estaba enfrente de mí.

Enfrente de mí estaba a la hora de comer.

Me acompañaba hasta el coche, al cual no subía nunca; se hacía el encontradizo conmigo al salir yo del Ministerio; su cara era cada vez más sombría, su tono era cada vez más desabrido.

—¿Qué hay?—me preguntaba invariablemente cada vez que nos veíamos.

—Todavía no hay nada; don Pedro, Zorrilla está muy ocupado.

—Bueno.

Y era como si dijese: «ya te voy conociendo».

Al fin me puso a prueba, me tendió un lazo, en él caí, y vino el rompimiento.

Explicaré cómo fué; entonces me apenó, mejor dicho, me indignó; hoy casi me hace gracia.

Era una sesión del Congreso; yo estaba en el banco azul, Zorrilla estaba a mi lado.

En esto vino un portero y me entregó una carta.

—De un señor que está en la tribuna—me dijo al entregármela. Es muy urgente.

Era de don Pedro: me mandaba nuevos datos para Zorrilla, encargándome que se los diera. Pero aquellos datos los tenía ya Zorrilla hacía mucho tiempo. Yo estaba aquel día de mal humor, como es natural en todo ministro cuando en el banco azul se halla. La insistencia de don Pedro me exasperó más, y con su insistencia, su pesadez. ¡Si aquellos datos estaba harto de tenerlos don Manuel Ruiz Zorrilla, y veinte veces me había dicho que nada probaban!

Resultado, que rompí la carta y arrojé los pedazos.

Había caído en el lazo.

Don Pedro estaba en una tribuna de orden observándome. Me había enviado la carta para ver el efecto que producía en mí, y si se la daba a Zorrilla; y había visto con su propios ojos que nada le dije y que rompí la carta sin dársela.

El astuto magistrado me había cogido, como había cogido años antes a su mujer; resultábamos, los dos, dos réprobos, dos traicioneros, dos personas indignas.

Cuando llegué a mi casa, me encontré con una carta de don Pedro verdaderamente formidable. Desde la tribuna de orden había estado observándome y se había convencido de lo que yo era.

Decididamente me había vendido a sus perseguidores. La política y el banco azul me habían trastornado, y así llenó cuatro carillas en su prosa pesada y ramplona, que nunca me pareció ni más pesada ni más ramplona que en aquel momento.

Ante tamaña injusticia me sublevé y le escribí una carta más feroz que la suya. Lo más suave que le dije es que siempre me había parecido loco; pero que ya dudaba si era loco o imbécil. Me harté de llamarle in-

grato, y terminé diciéndole que sólo por tratarse de un vejestorio no le contestaba de otra manera.

En fin, una carta en que me coloqué a su altura.

Se la mandé, y luego lo sentí; me inspiró compasión; fué el último desengaño de mi pobre amigo; ya nunca nos vimos.

Pasados algunos años, supe que se había quedado solo en el mundo, que le atacó un cáncer, que se le murió un criado viejo y de toda su confianza, y que se fué a terminar su vida a una sala de distinguidos del Hospital general.

Esto lo supe dos años después de su muerte, por uno de sus propios hijos.

¡Cuánto sentí no verle por última vez!

Pasó; nadie lo recuerda. No pudo él sospechar que ya había de escribir su historia.

XLVIII

Nos vamos aproximando al año 1868, y el campo de los recuerdos, en aquella fecha se me presenta árido y monótono, con esa uniformidad de las grandes llanuras, ya que no de los grandes desiertos, en que nada hay saliente que fije la atención y la memoria.

Por más que evoco lo pasado, nada encuentro que se diferencie de lo que le rodea: ningún suceso notable, ningún acontecimiento digno de consignarse, ni triste ni alegre, ni pintoresco ni melodramático.

A fuerza de revolver residuos borrosos de aquellos años, he dado al fin con algo que me interesó particularmente.

Mi elección como académico numerario de la Academia de Ciencias Exactas.

Fuí elegido espontáneamente, sin haberlo yo solicitado, sin haber hablado a nadie, sin ambicionarlo siquiera.

Jamás pedí cosa alguna, ni aun a los amigos más íntimos; de suerte que los honores que he recibido en mi larga vida, han venido por sí mismos, o por simpatía espontánea de los demás.

Y lo que digo de mi elección para la Academia de Ciencias, puedo repetir para todos los cargos que he desempeñado, y para todos los puestos que ocupé en mi carrera administrativa o política.

Fuí ingeniero a fuerza de exámenes.

Fuí profesor porque en el año 54 me nombraron, sin haberlo yo pedido, aunque lo deseaba.

Fuí académico porque la Academia me eligió, sin que mediase solicitud mía, ni recomendación directa o indirecta.

Aun en mis aspiraciones al teatro, jamás rogué a nadie que por mí hablase favorablemente ni a Romea, ni a Arjona, ni a Teodora, ni a Matilde.

Escribía mis primeros ensayos por amor al arte, como he explicado muchas veces; los mandaba en forma anónima al actor o a la actriz en quien había puesto mis esperanzas, me los devolvían, destruyéndolas de golpe; y así seguía impasible, hasta que, como explicaré más adelante, un día llegó en que las esperanzas se convirtieron en realidades.

Pero volvamos a mi elección para la Academia de Ciencias.

Allí empezaron mis batallas y luchas en la vida, porque las anteriores en favor del librecambio eran, por decirlo así, colectivas; iba como soldado entre el ejército librecambista, y la lucha era de ejército contra ejército, de escuela contra escuela, de doctrina contra doctrina.

Por mi cuenta exclusiva, esta fué la primera batalla que reñí.

¡Una batalla por haber ingresado en la Academia de Ciencias!

Quizá esto les parezca extraño a mis lectores, y, sin embargo, así fué; y diré el cómo y el porqué.

Tenía yo que escoger tema para mi discurso de recepción; y, después de pensarlo mucho, yo, que soy hombre pacífico, que no me gusta reñir con nadie, que amo sobre todas las cosas la paz y la tranquilidad, que quisiera vivir en un rincón sin que nadie me conociese ni me molestase, y por de contado sin molestar yo a nadie; yo, que aunque he olvidado el latín que pude aprender, repito de continuo aquello del varón feliz de

Horacio, que vive lejos y apartado de los negocios; yo, en fin, que sería verdaderamente feliz vegetando, como antes dije, en cualquier aldea, sin más que libros, problemas de Matemáticas o de Física, y en todo caso escribiendo algún drama para uso particular de mi espíritu; por no sé qué fatalidad que me persigue, he ido metiendo ruido por todas partes y provocando luchas y conflictos, que odio y maldigo, pero que me cercan y me asaltan, bien contra mi voluntad.

De suerte que, entre cien temas pacíficos que pude escoger, escogí uno que había de levantar tempestades en ciertos círculos, sobre todo entre los hombres de ciencia; que había de resultar antipático y hasta antipatriótico; que había de producir escándalo en la Academia y aun en la Prensa.

Y así fué; el tema escogido fué éste: «Historia de las Matemáticas con aplicación a España.»

No quiero decir que éste fuera el texto, porque no tengo el discurso a mano ni quiero perder el tiempo en buscarlo; pero ésta fué la idea.

El tema en sí parece manso y bonachón, y nada propenso a tempestades; pero había de resultar tempestuoso forzosamente por la opiniones que yo había consignado en el discurso y que había de leer ante los académicos.

Porque mi idea era esta, y con toda crudeza la expuse, sin ambigüedades, ni matices, ni atenuaciones de ningún género:

En España hemos tenido literatos de primer orden, escritores admirables, genios prodigiosos, jamás superados; con citar a Cervantes, Lope y Calderón, sería bastante, y el ejército que tras ellos viene es más innumerable que el de Jerjes contra Grecia.

Hemos tenido soldados, capitanes, navegantes y héroes que han llenado de ráfagas de gloria nuestra historia; hemos tenido místicos, teólogos y filósofos admirables; pintores, los primeros del mundo; artistas en todas las esferas del arte. ¿Para qué repetir lo que nadie igno-

ra? Nuestra nación ha habido momentos en que ha sido superior a las demás naciones; pero decía yo: no hemos tenido jamás un matemático de primer orden, ni siquiera de segundo, y aun apurando la clasificación, ni aun de tercero.

Claro es que hemos tenido hombres de talento, capaces de conocer la Ciencia de su época, y aun de aplicarla: basta recordar a don Jorge Juan.

Pero no es esto lo que yo entiendo por grandes matemáticos.

En las Matemáticas, como en todas las demás ciencias, como en el arte, como en la industria misma, entre los inventores hay que distinguir dos clases diferentes: el que crea y el que aplica aquellas creaciones.

Los de la segunda clase tendrán mucho talento, serán muy respetables, podrán merecer el nombre de sabios, prestarán a su patria y a la sociedad en general servicios meritorios; es más, sin ellos el progreso sería imposible: son los grandes obreros del progreso; pero jamás podrán confundirse con el hombre de verdadero genio, con el verdadero creador, con el que tiene chispazos de luz que iluminan el sendero por donde la humanidad marcha; en suma: los de luz propia.

A éstos, en el terreno de las Matemáticas, les llamo matemáticos de primer orden.

Y de éstos decía yo entonces, y creo hoy mismo, que no hemos tenido ninguno.

No hemos tenido un Descartes, que engendra la Geometría analítica; ni un Newton, ni un Leibnitz, que crean el cálculo infinitesimal.

Ni un Abel, con sus funciones elípticas; ni un Galois, que muere a los veintitrés años y que, con dos o tres teorías en forma imperfecta, deja, sin embargo, un nombre inmortal.

Ni un Cauchy, de genio tan prodigioso y tan fecundo; ni tantos otros que pudiera citar en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra, y hasta en Suiza, con ser país relativamente de tan reducida extensión.

Este era el tema de mi discurso, presentado en forma dura, seca y descarnada.

No; en la historia de las Ciencias, quiero decir en las Matemáticas puras, no hay ni un solo creador de grandes teorías cuyo nombre puedan pronunciar labios españoles sin esfuerzo.

Cerca de cuarenta años han pasado, y creo recordar que de este mismo modo lo decía.

Yo soy propenso a la exageración; me gusta apurar las tesis; las llevo hasta sus últimos límites; las violento a veces, y no economizo frases enérgicas ni imágenes de alto relieve.

Así, pues, el discurso resultaba áspero y agresivo, y la impresión que produjo, a pesar de las felicitaciones de ordenanza y de los elogios a la forma, bien se conocía que era penosa: ni los individuos ni las colectividades se conforman con que se les declare impotentes.

Hoy todo lo que sea rebajar a la patria, empañar sus glorias y escarnecer a sus grandes hombres, todavía encuentra en ciertos círculos aplauso y simpatía; por aquellos años del 67 no habíamos llegado a tal extremo triste y desconsolador.

Aunque mi intención era sana, porque siempre he creído que lo más sano es decir la verdad, mi discurso era una nota discordante.

Había exagerado yo esta nota, como digo, para deducir consecuencias del orden político, porque concluía yo diciendo: ¿En qué consiste que no hayamos tenido grandes matemáticos? ¿Consistirá tan triste deficiencia en que la raza sea impotente para esta clase de estudios? Y rechazaba con indignación hipótesis semejante.

Toda la culpa se la echaba al fanatismo religioso, a la Inquisición y sus hogueras, que habían ahogado los instintos científicos de los españoles ahumando sus cerebros con los gases desprendidos de los braseros inquisitoriales en los autos de fe.

Después he pensado, pensándolo fríamente, que la

explicación no es completa ni es suficiente; pero en aquellos tiempos así lo creía y así lo dije.

Muchos periódicos combatieron mi discurso: los reaccionarios, por sus tendencias liberales, y los liberales, por lo mal que yo trataba a la ciencia española, en orden a las Matemáticas puras, que fué lo único en que yo me ocupé.

Muchos artículos se escribieron en contra de mi discurso; pero sus autores, personas distinguidas y de mérito; y aun hubo, en tiempo posterior, un hombre eminente, gloria de la nación española, que también la emprendió conmigo a propósito del discurso en cuestión; todos ellos, repito, respetables y de cultura, eran incompetentes en materias matemáticas, y no podían combatirme más que con frases sonoras o con alardes patrióticos. La verdad es que los más competentes era dudoso que supiesen resolver una ecuación de segundo grado, ni ¡qué sabían ellos de los grandes problemas matemáticos!

Yo contesté en el mismo tono del discurso a varios de estos artículos; y la polémica se hubiera prolongado uno o dos meses, si graves acontecimientos políticos no hubieran distraído la atención del público y no hubieran alejado a la Prensa de esta clase de torneos científicos e históricos.

Hasta desaparecieron algunos de los periódicos en que yo escribía mis contestaciones.

A esta distancia de treinta y seis años, sin pasiones ni enojos, ni ideas preconcebidas, declaro que pienso hoy lo mismo que entonces pensaba: que patrióticamente me duele el no encontrar en la historia de la ciencia ni un gran matemático español; pero que no lo encuentro, ni lo encuentra nadie.

Repito que nadie ha citado, después de haber escrito yo aquel discurso, sino los que yo cité: el matemático Omerique, que tuvo atisbos de la Geometría analítica, y cuya obra está en la Biblioteca Nacional, y yo tuve la paciencia de leer antes de escribir mi trabajo; el portu-

gués Núñez, de merecida fama, pero no como gran matemático, y la hermosa figura de don Jorge Juan, que era un verdadero sabio, que conocía la ciencia de entonces; pero que en Matemáticas puras ni creó ni se propuso crear nada.

Yo cité estos tres. Después se han citado otros como hombres de estudio, como profesores insignes, nada más.

La inmortalidad en la ciencia no se obtiene con saber, sino con el genio creador.

Y yo repito hoy lo que entonces decía: cítese una gran teoría matemática que sea debida al genio de nuestra patria.

Yo no la conozco. Ni antes ni después. La causa será la que fuere; pero los hechos hay que reconocerlos.

Ahora bien: aun sosteniendo la tesis de mi discurso, hoy confieso que fué inoportuno e indiscreto.

No se entra en una Academia, no se agradece la honra recibida, viniendo a decir, poco más o menos, y con frases más o menos poéticas: Señores, hay que reconocer que somos unos pobres diablos.

Reconozco mi falta; me arrepiento de ella, como sucede siempre en la vida, cuando el arrepentimiento es inútil, y proclamo, contrito y confuso, que mis queridos compañeros fueron excesivamente corteses conmigo.

Yo era entonces relativamente joven: sírvame de circunstancia atenuante ésta de la juventud relativa, y sírvame también de excusa el estado general de los espíritus: en víspera de una revolución todo el mundo está nervioso.

Aquel discurso se ha agotado, y yo no he vuelto a hacer la segunda edición; casi lo siento, porque hubiera dado mayores desarrollos a la historia de las Matemáticas, con lo que he aprendido después, y hubiera corregido dos errores de ninguna importancia para el fondo, pero que son verdaderos errores de erudición. Cuando

escribo, tengo la mala costumbre de no consultar ningún libro: escribo siempre de memoria; esto es más cómodo; pero es muy peligroso.

*
* *

Y aquí empieza a elevarse mi posición social.

Soy ingeniero de Caminos, Canales y Puertos.

Soy profesor de la Escuela de Caminos, en la que desempeño dos clases por lo menos.

Pronuncio discursos furibundos en la Bolsa contra el proteccionismo, lo cual me vale elogios entusiastas de los periódicos avanzados; artículos tremendos de los periódicos proteccionistas.

Soy, además, orador de las secciones del Ateneo, donde también pronuncio discursos democráticos, de la más ardiente democracia.

Soy, por último, individuo de la Academia de Ciencias.

Y acaso no se me crea: ni tengo ambición, ni aspiro a más. Leer mucho, leer cuanto pueda, sobre todo Matemáticas, y vivir tranquilo.

El grupo librecambista no figuraba en ningún partido político militante.

Ni éramos progresistas, ni éramos demócratas.

Simpatizábamos con unos y con otros, sobre todo con los demócratas: con Rivero, con Martos, con Castelar; pero sin reconocerlos como jefes; formábamos, como vulgarmente se dice, rancho aparte.

En la Bolsa, nuestros jefes eran don Luis María Pastor, un antiguo moderado; Figuerola, progresista; Alcalá Galiano, moderado también.

En el Ateneo formábamos en fila con Castelar, con Paco Canalejas y con otros demócratas; pero conservando nuestra independencia.

Y si esto hacía el grupo librecambista, claro es que yo hacía otro tanto: primero, por disciplina, y, además, porque nunca tuve mucha afición por la política.

En el orden de los hechos materiales, ni tuvimos la responsabilidad, según unos, ni la gloria, según otros, de trabajar activamente por la Revolución de septiembre.

Jamás conspiramos ni con los progresistas, ni con los demócratas, ni más tarde con la Unión liberal.

Yo hacía lo que hacían mis compañeros del librecambio y del Ateneo democrático.

No conspiraban; pues no conspiré.

Pronunciaban discursos; pues yo pronunciaba los míos.

Era tan gran amigo de Gabriel Rodríguez, que con él iba por amistad y por convicción a todas partes.

Figuerola, Gabriel Rodríguez, Moret, San Román, Bona y yo, y algunos otros, formabamos un grupo estrechamente unido.

De todos nosotros, el que mostraba más afición a la política, a la cual le llamaban sus altas cualidades y su admirable elocuencia, era Moret; pero no creo que tampoco conspirase. Hay que tener en cuenta que era también el más joven de todos nosotros. Era el «pico de oro», como le llamaban, de la Universidad, el admirable orador de los mitines y uno de los primeros en el Ateneo.

*
* *

Si mal no recuerdo, empecé por entonces una labor, que hoy todavía prosigo, infatigable, constante, y si no se tratase de obra tan modesta, diría que cada vez con más entusiasmo.

Me refiero a la serie de artículos que hace más de treinta y seis años que empecé a publicar con el fin de ir popularizando las ciencias matemáticas y físico-matemáticas en nuestra patria.

Se cuentan ya estos artículos por centenares, y mejor dijera que por miles.

Sólo para el *Diario de la Marina* hace más de treinta años que escribo dos crónicas mensuales, de donde re-

sultan veinticuatro crónicas al año, o sean setecientas veinte en el periódico indicado.

Constituyen un gran conjunto de teorías modernas y una crónica año por año, y aun mes por mes, de los descubrimientos e invenciones más importantes en la Física, a veces en la Química, en la Industria y en el Arte de la Construcción.

He escrito también mucho para diversos periódicos de América y del extranjero.

Mis compañeros los ingenieros de Caminos, tuvieron la delicada atención, hace pocos meses, de coleccionar los artículos que lograron recoger entre los publicados en *El Imparcial*, en *El Liberal* y en algunos otros periódicos de Madrid, y resultaron dos tomos de casi 500 páginas cada uno.

Y, sin embargo, quedan otros muchísimos en diversos periódicos de la capital, y principalmente en Barcelona.

En suma: un trabajo de mérito muy modesto, como antes indicaba, pero enorme como cantidad, y que, después de todo, me figuro que alguna utilidad ha prestado a la cultura de nuestra patria.

No sé si al afirmar esto me engañará la vanidad, que es traicionera; pero sírvame de excusa la buena intención.

Empecé esta labor algún tiempo antes de la revolución de septiembre, dando a luz en la *Revista de Obras públicas* algunos artículos sobre la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo.

Tuve la suerte de que gustaran a mis compañeros, y aun recuerdo que con este motivo me regalaron, lujosamente encuadernado, un libro para mí interesantísimo, a saber: *Investigaciones aritméticas*, del célebre Gauss, que todavía conservo en mi librería en puesto de honor, al lado de la *Teoría de los números*, de Legendre, y de los dos grandes volúmenes de los trabajos matemáticos de Henry J. S. Smitz, sin contar otras muchas obras modernas, todas relativas a las expresadas teorías.

Hablarles de todas estas obras y de otras innumerables a los que, desde las profundidades de su ignorancia, vociferaban contra mi discurso de ingreso en la Academia de Ciencias, hubiera sido hablarles en sánscrito.

De aquellos artículos de la *Revista de Obras públicas* hice un pequeño folleto que, ampliado dos años después, se convirtió en el tomo primero de las *Teorías modernas de la Física*, al cual siguieron otros dos tomos más. Pero ésta es obra aparte de la que antes citaba, la cual lleva por título *La ciencia popular*.

*
* *

Llegamos ya al año 1868; y así como he hecho liquidación de los sucesos menos insubstanciales de mi vida hasta dicha fecha, debo hacer liquidación también para tranquilidad de la Historia, que yo sé que ha de preocuparse mucho de estos acontecimientos, casi tanto como de la caída de Babilonia, de la destrucción de Jerusalén, del asalto de Roma por los bárbaros o de la toma de Constantinopla por los turcos; para evitar, repito, molestias e investigaciones al futuro historiador de la Ciencia española en el siglo XIX, con su correspondiente *postdata* del XX, diré todo lo que escribí hasta la victoria de Alcolea por los generales sublevados: que las grandes cosas y los grandes sucesos han de ir a la par.

La primera vez que puse yo la pluma sobre el papel con intentos científico-literarios, tendría unos trece años, poco más o menos.

Estudiaba Química en el Instituto de Murcia con un profesor eminente por la claridad de su entendimiento y el admirable método de su exposición; ya creo haber citado otras veces su nombre: se llamaba don Ramón Baquero.

Yo había leído mucho para entonces; sabía que en el

mundo hay una cosa que se llama Literatura, sabía que se puede escribir bien y que se puede escribir mal; y en forma infantil y entre mis compañeros, alardeaba de buen gusto. Y en este punto me hallaba, cuando mi querido profesor me encargó que escribiese una Memoria sobre el análisis del aire por el eudiómetro.

¡Qué trabajos, qué afanes, qué días angustiosos!

La cuestión científica no ofrecía dificultades para mí; pero ¿y el darle forma por escrito?

Era la primera vez que yo acometía empresa semejante, y me constaba que don Ramón Baquero, además de ser un buen químico y un buen profesor, era un excelente literato; ¿y qué iba a pensar de mi estilo y de mi literatura?

Esta era la idea que más me angustiaba.

Veinte veces empecé la Memoria, y veinte veces rompí el papel y tiré la pluma.

¡Cuántos años han pasado! ¡Más de sesenta: acaso sesenta y dos!

¡Cuánto he escrito después; cuántos dramas, cuántos artículos de ciencia popular, cuántos discursos académicos, cuántas obras de alta ciencia, cuántos y qué diversos cuentos para los periódicos ilustrados, y cuántos discursos he pronunciado también: de nada de esto me acuerdo, y, sin embargo, recuerdo las primeras frases de aquel discurso infantil!

¡Cómo quedaron grabadas en mi memoria, que jamás se han borrado!

No sé si ya otra vez las cité en esta serie de mis recuerdos: tengo de ello una reminiscencia vaga; pero no importa: volveré a citarlas.

Si a los viejos no nos recrean los recuerdos, ¿para qué sirve el recuerdo?

El recuerdo es la inmortalidad de lo pasado.

¡Y la inmortalidad es tan hermosa!

No la inmortalidad de la fama, que es pura vanidad de vanidades, sino la inmortalidad del sentimiento y de la idea. ¡Sentir en el cerebro la misma luz que brilló en

otro tiempo; sentir que vibran los nervios como muchos años atrás vibraron; abarcar la vida en su extensión y juntarla en un punto, anulando el tiempo y el espacio; ser hoy el que era ayer, recogiendo de paso todo lo que entre el ayer y el hoy ha ido tomando realidad!

En suma: que yo gozo con los recuerdos, tal como ellos son: sencillos, naturales, ingenuos, sin artificios retóricos, sin refinamientos literarios, sin adulterar la realidad que pasó, con pretensiones ridículas de la realidad presente.

Digo, pues, que me acuerdo como si acabara de escribirla, no de aquella Memoria sobre el análisis del aire, no de toda ella; pero sí de sus primeras frases, que fueron las que más trabajo me costaron y las que con más fuerza quedaron grabadas en mi cerebro.

¿Serán las mismas celdillas cerebrales, que han persistido durante sesenta y tantos años, las que hoy reproducen ante mi conciencia aquellas frases?

¿Son como moneda que recibe un cuño indeleble?

¿O es que han ido transmitiendo por herencia a una serie de celdillas la impresión inicial?

Díganlo los fisiólogos, si lo saben, que no lo sabrán; y riñan de paso con los espiritualistas, que atribuirán al alma el recuerdo, desdeñando celdillas, nervios y protoplasmas.

Yo sólo sé que me acuerdo de lo que me acuerdo.

Y la Memoria empezaba de este modo...

Mas dejémoslo para otro capítulo, y hagamos la prueba de si para entonces se me olvida.

XLIX

Dando un salto atrás de más de sesenta años, en esta serie de recuerdos, quedé a punto, en el capítulo anterior, de comunicar a mis lectores esta noticia, de todo punto interesante para la Historia y aun para la civilización.

A saber: de cómo empezaba la primera Memoria que yo escribí, a la edad de trece años, por orden de mi profesor de Química, don Ramón Baquero.

Pues empezaba de este modo:

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento...»

Este principio me encantaba, me parecía apropiado y majestuoso: esto de sustantivar el verbo entender, de ponerle su artículo y de dar comienzo con este alarde gramatical a la frase, parecíame digno principio para mi trabajo, y arrogancia infantil que había de dejar satisfecho a mi profesor.

Lo malo era que encontraba difícil mantenerme a la altura a que con la primera frase y, sobre todo, con aquello de *al entender de los antiguos*, me había remontado. Porque el principio era, a mis ojos, felicísimo, y aun redondo, con la feliz repetición de *un cuerpo simple, un elemento*.

Claro es que en el fondo de esta repetición había un pleonasmo, porque si el aire no es un cuerpo simple,

claro es que no es un elemento; pero no está de más dar amplitud a la frase, redondearla, reforzar la idea, para que, si con el primer golpe no penetra, penetre con el segundo; y, sobre todo, si el pleonasmo no se ha hecho para casos tales, no sé para qué lo han fabricado los retóricos.

Lo peligroso, como digo, era sostener la inspiración.

Así es que lo pensé mucho, y, al fin, continué de este modo; y repetiré de paso el principio, para que mis lectores se vayan haciendo cargo de su belleza estética.

«No es el aire, como al entender de los antiguos, un cuerpo simple, un elemento; bien al contrario, la Química moderna ha demostrado con minuciosos análisis y repetidas experiencias...»

No me desagrada esta segunda frase, que resultaba llena y redonda y que se enlaza bien con la primera; y, sobre todo, pensaba yo haber acertado de lleno con los dos adjetivos *minuciosos* y *repetidos*, porque precisamente para eso están los adjetivos: para nutrir, ya que no para hinchar la frase.

Pero aquí daba un nuevo tropezón, porque no encontraba manera de seguir y de terminar el período.

Y no debió quedar muy a mi gusto, cuando no lo recuerdo, que es fortuna grande para mis lectores; porque si yo más recordase, no hay que esperar que de ello les hiciera gracia, aunque les hiciera poquísima.

En suma, éste fué mi primer ensayo literario, o, mejor dicho, científico-literario.

En los años que siguieron, y hasta el último de la Escuela de Caminos, nada volví a escribir con pretensiones de estilista.

Sin embargo, unos artículos publiqué en la *Revista de Obras públicas* sobre el movimiento continuo, demostrando, naturalmente, su imposibilidad; pero de tal modo dominaba en ellos la parte técnica, que la prosa, llamémosla así, quedaba en segundo o en tercer lugar.

Más empeño puse y más corregí, limé y adorné con

formas retóricas, otra Memoria que en el mismo año me mandó escribir sobre canales y pantanos el profesor de la clase, don José Jiménez.

En esta Memoria eché el resto, y me empeñé en asombrar, con las galas de mi estilo, a mi profesor queridísimo.

Recuerdo que hablé, no sé con qué motivo, de Luis XIV y de la Francia de aquel reinado, y hasta del gran ministro Colbert, a quien algunos años más tarde abominaba por sus teorías proteccionistas.

A don José Jiménez le pareció bien la Memoria, pero no le asombró el estilo, antes le pareció pretencioso y poco acomodado al asunto.

—Más severidad hubiera yo querido — me dijo — sonriendo con aquella sonrisa aguda que era a modo de alfilerazo en mis vanidades literarias.

Un año después escribí también en la *Revista de Obras públicas* otro artículo crítico muy pesado y en el que, a decir verdad, sobraban la mitad de los cálculos sobre cierta máquina de movimiento continuo.

Y de nuevo hice punto, y ya no volví a escribir hasta que Gabriel Rodríguez se empeñó en que publicásemos *El Economista*, del cual uno o dos tomos deben andar por esos mundos de Dios.

Siguieron a estos trabajos varios artículos en algunos periódicos políticos, todos ellos de polémica económica, contra los proteccionistas más caracterizados.

Pero, en fin, éstas si que son menudencias; y ¿a qué molestar con menudencias al pacientísimo lector?

Por este tiempo; es decir, entre el 56 y el 68, escribí algunas obras de Ciencia, entre las que recuerdo las siguientes:

Un tratadito de *Cálculo de variaciones*, que en rigor ni tenía novedad ni tenía mérito intrínseco, pero que para la enseñanza me pareció utilísimo.

No encontraba yo modo de que los alumnos comprendiesen las explicaciones del libro de texto, que era el *Cálculo diferencial e integral*, de Cournot, y yo me

empeñé en demostrarles que la cuestión, a pesar de los pesares, era elemental y sencilla, y en el fondo idéntica a los métodos empleados en los problemas ordinarios de máximos y mínimos.

Y el caso es que lo conseguí, porque todos mis alumnos comprendieron perfectamente lo que hasta entonces les había parecido un enigma indescifrable y una confusión imposible.

Como profesor había triunfado; pero la solución del problema económico fué desastrosa.

El primer año vendí doce o catorce ejemplares, que a diez reales cada uno, si no recuerdo mal, me produjeron unos seis duros.

El segundo año vendí cinco ejemplares, porque los alumnos del año anterior vendieron o prestaron los suyos; y es claro que yo ni exigí a mis alumnos que los comprasen ni quería enterarme siquiera de si los tenían.

En conjunto, vendí unos veinte ejemplares en una serie de años, lo cual representaba un producto de doscientos reales. Y como la impresión me había costado treinta duros, la empresa de librería resultó desastrosa.

Otro folleto publiqué también sobre variaciones bajo el signo integral; pero para no sufrir un nuevo desengaño tomé la precaución de regalar la nueva obra a mis alumnos.

A juzgar por los signos externos, no parecía que hubiera yo de hacerme rico con obras científicas.

Tampoco ellas valían mucho; pero veinte o treinta duros bien los valían.

Por entonces mi amigo y condiscípulo, amigo queridísimo desde la infancia, don Bernardino Sánchez Vidal, que tenía en Madrid una clase particular de Matemáticas, se empeñó en que le escribiese un tratadito de problemas elementales de Geometría, y en efecto, se lo escribí, y le regalé por añadidura la propiedad; de suerte que este trabajo, que ya era de alguna extensión, no me valió ni un real, y digo real, y no digo peseta, por-

que nuestro sistema monetario era por entonces la modestia suma.

Tres obras científicas más he de citar todavía; mejor dicho, cuatro; pero ¿son de esta época, o son posteriores al año 70?

Esto no lo recuerdo.

Pero poco importa; y la historia de las ciencias Matemáticas en España no pierde gran cosa con que yo no recuerde tales fechas.

Son obras de propaganda científica, no de ciencia popular, como las que he escrito después, sino de alta ciencia; y mi objeto era ir despertando estas aficiones matemáticas en España, escribiendo una serie de tratados que facilitasen su estudio.

Las cuatro obras a que me refiero son las siguientes:

La primera parte de un tratado de *Termodinámica*.

La publicó la *Revista de Obras púbicas*, porque como, según dice el refrán, de los escarmentados nacen los avisados; yo estaba resuelto a no ser en adelante el editor de mis propias obras, gastando dinero que no tenía y desnivelando mi modestísimo presupuesto.

En materia de presupuestos, siempre he sido partidario resuelto del *superávit*: no son estas en mí aficiones modernas.

Jamás he conocido el *déficit*, por modestos que hayan sido mis ingresos.

La obra a que me refiero estaba inspirada en los trabajos más modernos, por entonces, del extranjero, y era materia desconocida en España y que no se enseñaba en ninguna parte, ni en Escuelas especiales, ni en Institutos; por de contado, ni en los libros de Física de entonces, ni en las Universidades tampoco aparecía.

Después sí se ha enseñado la *Termodinámica*, y hoy se enseña por profesores de verdadero mérito.

Y valga este dato, entre otros muchos que iremos citando para demostrar que España, a pesar del pesimismo de muchos, adelanta muy seriamente en el orden científico.

La segunda obra a que me refería era también un tratado de *Determinantes*. Está inspirada en una obra italiana, aunque el método, algunas demostraciones y la forma de la exposición me pertenecían en absoluto.

Poco mérito es; pero, poco o mucho, no está de más hacerlo constar.

Tampoco esta teoría era por entonces conocida en España. Hoy, en cambio, es vulgarísima.

En muchos y excelentes libros escritos en castellano se expone y desarrolla, y hasta se ha incluído en varios programas de examen.

Y repitiendo lo que antes dije, agrego que también editó este libro la *Revista de Obras públicas*, por razones económicas del mismo orden que las ya expuestas.

Claro es que si la *Revista de Obras públicas* costeó la impresión de la *Termodinámica* y de los *Determinantes*, yo no obtuve, ni en justicia debía obtener, el producto de la venta.

De manera que en este caso, como en otros muchísimos, he trabajado de balde y por puro amor a la Ciencia y a la propaganda de ideas que creía beneficiosas para mi país.

Lo tercera obra de las cuatro indicadas es un tomo sobre teorías modernas de la Geometría, o introducción a la Geometría superior.

Trátase de un libro hecho con cariño, y me parece que las teorías están expuestas con suma claridad y por métodos que casi son míos, aunque después y en obras posteriores del extranjero he visto métodos análogos.

Nada tienen de maravilloso, ni exigen esfuerzo alguno, y en rigor están contenidas en las obras clásicas que yo estudiaba; pero de todas maneras me parecen muy propios para la propaganda de la alta Geometría.

Este libro lo editó la Academia de Ciencias: de suerte que tampoco me costó sacrificio alguno, porque no fué sacrificio el escribirlo, sino antes bien, recreo intelectual.

Leer un teorema o una demostración en un libro ex-

tranjero, juzgarla árida y obscura, y el teorema un tanto nebuloso para el principiante, y convertir por mi propia asimilación en luz y claridad aquellas obscuridades, ha sido siempre para mí, y en mi modesta esfera, un indecible recreo de mi espíritu.

Resumen del libro como empresa:

Gasto, ninguno: corrió de cuenta de la Academia.

Ingresos, ninguno: unos cuantos ejemplares para regalarlos a los amigos.

Y para hacer el honor debido al progreso intelectual de España, repetiré lo que dije respecto a las dos obras anteriores: hoy existen en español, sobre alta Geometría, obras de gran mérito, como existen profesores eminentes de esta materia.

Mi libro se refería principalmente a los geómetras franceses; por ejemplo, Poncelet y Chasles; las obras que hoy existen en España abarcan los trabajos de los alemanes.

De las cuatro obras citadas, y que se refieren poco más o menos a esta época del año 1868, porque de las que he escrito en tiempos posteriores hablaré cuando llegue la ocasión, sólo me queda una que indicar a mis lectores, a saber: la introducción a la *Teoría matemática de la luz.*

Tenía yo grandes proyectos, pero en proyectos se quedaron, como tantas otras cosas del orden científico, por falta de tiempo y de ocasión.

Quiero decir: que de la obra que pensaba publicar, sólo publiqué, o, mejor dicho, sólo publicó la Academia de Ciencias, la introducción de que acabo de hacer mérito.

Tampoco me proporcionó, como era natural, ningún ingreso, toda vez que los gastos los había sufragado aquella corporación.

En resumen: al llegar esta fecha había publicado seis o siete libros, y la ganancia había sido *cero* o, mejor dicho, negativa, toda vez que el *Cálculo de variaciones* me había costado el dinero.

*
* *

Resumen de lo dicho: que escribía obras, escribía artículos, pronunciaba discursos, consumía nervios y trabajo y no conseguía ningún resultado metalico.

La Ciencia no era un ingreso para mí, dejando aparte el modesto sueldo que como profesor de la Escuela percibía del Estado.

En cambio, la Literatura me dió posteriormente manera decorosa, y aun desahogada, de vivir, y, sin embargo, y esto prueba que la naturaleza humana es ingrata de suyo, yo tengo un amor inagotable por la Ciencia: no hay rato perdido ni momento de descanso que no la consagre, y la prefiero a la Literatura en general, y a la Literatura dramática, que me ha sustentado durante cuarenta años.

Si yo hubiera sido rico y no hubiera necesitado trabajar al día para vivir al día, me hubiera ido, y me iría hoy mismo, a un rincón, a leer libros de Matemáticas, a escribir lo que me ocurriese en estas ciencias, y acaso, de tarde en tarde, escribiría un drama para desahogar los excesos de flúido nervioso.

Descubrir un teorema nuevo y fecundo, forjar una teoría que a nadie se le hubiera ocurrido, resolver un problema no resuelto todavía, este es un placer supremo en el orden intelectual.

Puede llegar a ser un placer divino: que por algo le llaman a Dios el Gran Geómetra.

Pero esta clase de trabajos requieren tiempo, descanso, tranquilidad, carencia de preocupaciones y mucho tiempo: un año, dos años, tres años, acaso una vida.

Es preciso poner ante sí, como decía Newton, el problema, y estarlo mirando siempre, iluminarlo por esfuerzo de la razón, fecundarlo con la mirada fecunda del creador.

En cambio, un drama se piensa en una noche y se escribe en quince días, y, suponiendo que salga mal, proporciona al autor unos cuantos miles de reales.

Por eso no he podido hacer nunca lo primero: he leído, he estudiado, he escrito a ratos perdidos, en los hue-

cos de la vida, como relleno de otros trabajos; jamás de una manera seria y sostenida.

Y, sin embargo, ¡qué ratos tan deliciosos para mí, qué sacudidas de deleite intelectual, qué atmósfera de optimismo, permítaseme la palabra, ha creado la Ciencia, aun así rota, fraccionada, intermitente, alrededor de mi ser!

Como estudio psicológico, bien vale la pena de que yo evoque algunos recuerdos.

Si algún joven me lee, que lo dudo, porque en España se lee poco, es posible que lo que aquí cuento o relato sirva de aliento y enseñanza a los principiantes.

No son estos recuerdos trabajo literario en que yo ponga empeño, dado que el empeño de algo me sirviese.

Ni pienso lo que voy a decir, ni tengo plan ni concierto, ni siquiera escribo yo mismo estas desordenadas líneas. Lo que por manera caprichosa voy recordando, eso dicto, sin pretensiones de estilo ni alardes de retórica.

Es algo así como una conversación conmigo mismo, en que salen desordenadamente por las puertas de lo pasado imágenes y sucesos en revuelta confusión, sin orden de fechas, sin enlace de ideas, sin nada que indique plan preconcebido o sistema cronológico.

Estoy casi en el año 68, y voy a dar un salto hacia atrás para recordar la época en que yo era niño, apenas tendría trece o catorce años, y en que casi a diario escribía cartas a mi amigo de Instituto, que luego fué amigo de toda la vida, Bernardino Sanchez Vidal, que por entonces pasaba sus vacaciones de verano en casa de sus padres, en Alhama de Murcia.

¿Y de qué le hablaba yo en aquellas cartas a mi querido amigo?

Asómbrense mis lectores.

Por entonces había caído en mis manos una Geometría, en francés, que acababa de publicarse, que yo había visto anunciada en no sé qué librería, y que hice que mi padre me trajese.

Era la Geometría de Vincent.

Era completa, extensa, y, en comparación de la Geometría elemental que me habían explicado en el Instituto, era para mí un verdadero monumento.

Cuando tuve entre mis manos aquel volumen, que me parecía enorme, y que realmente tendría más de 600 páginas, y además escrito en francés, me quedé contemplándolo con respeto y temor, y algo de veneración religiosa.

¿Comprendería yo aquello? Imposible: era muy sublime para mí.

Y, sin embargo, lo comprendí, y fué uno de los grandes placeres de mi vida.

Pues sobre este libro le escribía yo a mi amigo Bernardino carta sobre carta.

— Mira qué teorema tan bonito — le decía — acabo de leer en el libro de que te hablé.

Y le explicaba el teorema, como si a él hubiera de interesarle, y le desarrollaba la demostración.

Realmente, a Bernardino Sánchez no le importaban gran cosa aquellas cartas; pero le importaban a su padre, que las leía y las comentaba.

¿He hablado yo alguna vez del padre de Bernardino Sánchez Vidal?

Me parece que sí; pero no importa: puesto que yo lo he olvidado, también lo habrán olvidado mis lectores, y me complace resucitar seres que ya no existen; que nadie ha conocido más que allá en el pequeño círculo de su aldea; que para la masa inmensa de la humanidad representan menos que un átomo de polvo para los arenales del Africa o de la Arabia, o que un gusanillo que nació sobre una hoja de un bosque, y murió al llegar al tronco en viaje para él dilatado y penosísimo.

Todo el mundo conoce a Napoleón; oyó hablar de César, y hasta de Herodes, cuando niño; pero ¿quién sabe que existió un buen señor, hacia el año 47 del siglo pasado, allá en Alhama de Murcia?

Y algún lector agregará: ¿ni qué le importa a nadie?

Yo no lo sé: existió; tuvo dolores y alegrías; tuvo sus ilusiones: pues esto es algo en el seno de la Creación; o, si esto es nada, la Creación es una suma de ceros, y, por lo tanto, es un cero también.

Un cero, no sé si a la izquierda o a la derecha de la unidad de lo creado.

El padre de Bernardino Sánchez era una persona excelente, una especie de hidalgo pobre o de labrador modestísimo, aunque él personalmente no se dedicaba a las faenas del campo.

Sí: algo tenía del antiguo hidalgo, en su porte, en su manera, en su dignidad, que nunca se convertía en altivez, pero que jamás se rebajaba a lo vulgar; muy atento, muy cariñoso, con un gran fondo de dulzura y bondad.

Era alto, de regulares carnes, ni flaco ni corpulento.

Hablaba poco, reposadamente, y sin emplear palabras inútiles.

Su cultura era superior a la que hubiera podido esperarse de un labriego.

Que él no era otra cosa que un labriego ilustrado.

Tenía el *Quijote* y algunos libros de Historia, entre todos muy pocos, y los leía, y meditaba sobre ellos; mejor dijera que filosofaba.

Sus aficiones eran las Matemáticas; pero nunca supo más que Aritmética elemental, y un poquito de Geometría.

Con lo que había aprendido de Aritmética y con lo que él había meditado, había escrito un Tratado elemental de esta parte de las Matemáticas.

Ya lo digo, elemental, muy elemental; pero muy claro y muy razonado: de todos los teoremas daba su demostración.

Ni la cosa más insignificante quería aventurar sin demostrarla lógicamente.

Por ejemplo: la regla para multiplicar quebrados la demostraba de tres o cuatro maneras, que en el fondo eran idénticas, aunque en la forma variasen.

Pero lo curioso no es esto.

Es lo curioso que, aunque nunca imprimió esta obra, de ella hizo quince o veinte ediciones, o no sé cuántas, perfeccionándola, limándola y completándola año tras año.

Acababa de escribirla, y empezaba a escribirla de nuevo en letra muy clara y muy correcta, con los cálculos muy esmerados y muy limpios, y con sus números de orden y sus referencias.

Y a cada edición le ponía su prólogo, explicando las modificaciones que en la edición antigua había introducido.

Así pasó su existencia este buen señor, hidalgo por su familia, labrador por necesidad, matemático por afición, y pobre por añadidura; tan pobre, que no podía mandar a su hijo a Madrid a seguir una carrera cuando en el Instituto de Murcia tomó el grado de bachiller al mismo tiempo que yo.

Más de sesenta años han pasado, y me figuro que le veo ante mí, erguido, digno, con traje humildísimo, pero con sonrisa un tanto altiva, entre altiva y bondadosa, enseñándome un montón enorme de papeles: las quince o veinte ediciones de su Aritmética.

L

Recordando lo último que escribí, o mejor dicho que dicté, en el capítulo precedente, caigo en la cuenta de que por la pintura que hice de mis aficiones, allá por los años en que yo tenía trece o catorce, que no dejan de ser años en totalidad desde aquella fecha, pudiera pasar a los ojos de mis lectores como un niño cursi e irresistible, y pedante por añadidura, a fuerza de ser aplicado y juicioso.

Y protesto de que en tal figura no habría ni sombra de parecido.

Yo no era el niño con pretensiones de sabio y presunto académico; era como otro cualquiera de mi edad, ni hacía público alarde nunca de mis aficiones científicas.

Me gustaba la ciencia geométrica, la pequeña ciencia que entonces estaba a mi alcance, y los teoremas de Geometría me encantaban, y rebosaba mi entusiasmo infantil en las cartas a que antes me he referido, escritas, más bien que para Bernardino Sánchez, para su padre, de quien hablé largamente en el artículo anterior.

¿No existe, o por lo menos no ha existido en las novelas bucólicas y pastoriles, que ha sido el género literario más falso que haya existido jamás, la *inocencia pastoril;* género más falso, repito, y más empalagoso cien veces, que el más desatinado libro de caballería?

¿No encantaba a toda una generación el tipo de pastoras y pastorcitos escribiendo nombres en las cortezas de los árboles y poniendo lazos de colores en las lanas de sus borregos? ¿No ha enternecido a damas y galanes este género de inocencia?

Pues si existe la inocencia pastoril, ¿por qué no ha de existir la inocencia científica de un niño de trece años, que escribe cartas reproduciendo los teoremas de Geometría que aprendió el día antes?

Esto será extraño, raro, poco común; pero cada uno es como es, y yo soy como soy, y como he sido fuí, sin sin hacer nunca público alarde de mis aficiones, que en estos alardes está el *quid* de la cursilería.

¡Qué remedio, si a mí me ha encantado siempre, tanto como un buen drama, o más que un buen drama, un hermoso teorema de Geometría!

*
* *

Todavía recuerdo con íntimo placer, y hasta con emoción (asómbrense cuanto quieran mis lectores), con emoción, repito, el año en que me estuve preparando para ingresar en la Escuela de Caminos, como uno de los años más felices de mi vida; y es que siempre he tenido la precaución y la prudencia de no ser muy exigente en punto a felicidad humana.

Todos los días iba a dar clase con don Angel Riquelme, que vivía en la calle de las Urosas, frente por frente del teatro que, si no recuerdo mal, por entonces llamaban el teatro del Instituto.

Y como don Angel era profesor del Conservatorio de Artes, y tres días a la semana, de nueve a diez de la noche, explicaba Geometría descriptiva en una de las clases del antiguo Ministerio de Fomento, yo resolví asistir a este curso de aquel profesor para mí tan querido y tan respetado.

Y prepárense mis lectores a oír una mezcolanza extraña de cosas estrambóticas.

A las ocho y media acababa yo de cenar, me levantaba de la mesa muy de prisa, me rellenaba los bolsillos de castañas, unas veces cocidas y otras asadas, me envolvía en mi capa y me iba muy de prisa al Ministerio de Fomento, y en él a la clase de don Angel Riquelme, a oírle explicar Geometría descriptiva.

A las diez terminábamos, y salía yo solo, porque en mis primeros años he tenido pocos amigos íntimos: en estos últimos de mi vida tampoco tengo muchos; y regresaba lentamente a mi casa, pensando en alguno de los problemas que solía ponernos don Angel Riquelme, forjando figuras en el espacio para resolverlo, dando vueltas a toda clase de combinaciones geométricas, y al mismo tiempo comiendo aquellas castañas de que había hecho provisión.

Y así recorría el espacio que media entre el antiguo Ministerio de Fomento y la calle de la Ballesta, que es donde yo vivía.

Eran noches de invierno, de mucho barro, de mucho frío, de mucha sombra, porque el alumbrado de gas era mezquino, y yo caminaba por entre la gente, con la doble faena que queda dicha: el problema de Geometría descriptiva en la cabeza, las apetitosas castañas entre los dientes. Y en esta gran síntesis, entre lo intelectual y lo material, entre los planos coordenados de la Geometría descriptiva y las castañas asadas, o cocidas, iba mi espíritu meciéndose en delicias, que, vuelvo a repetirlo, no puedo recordar sin emoción.

Y alguno dirá: «Bonito motivo de emoción.»

Y yo replicaré: «Pues las cosas son como son, aunque nadie las comprenda.»

Yo era feliz entonces, y el mismo barro, la misma lluvia, el mismo frío, las calles oscuras, el camino largo, la muchedumbre insípida, todo esto toma hoy a mis ojos tintes poéticos para el espíritu, más sonrosados que alborada de primavera.

Y cuando llegaba a resolver el problema que traía en la cabeza, porque no es ésta ocasión de decir que traía

entre manos, pues lo que entre manos traía eran las castañas del postre; cuando, al fin, entre las negruras de la noche, se me dibujada la solución luminosa del problema, sentía un placer indecible, algo así como una sacudida eléctrica, y tenía que contenerme y que hundir la cara en el embozo de la capa para no lanzar un *eureka*, que no hubiera sido oportuno que brotase de los labios de un niño de catorce años, en la calle de Carretas, o en la Red de San Luis, o en la embocadura de la calle del Barquillo: para el *eureka* está el portico clásico.

***

Pero no era yo sólo el que se entusiasmaba con los problemas de Geometría: compartieron años después, no muchos, mis entusiasmos por esta clase de problemas mi admirado profesor y siempre queridísimo amigo don José Morer y el mismo don Angel Riquelme.

Estudiaba yo por entonces en la Escuela de Caminos; mas mis relaciones con don José Morer y con don Angel Riquelme, sin dejar de ser respetuosas por mi parte, eran cariñosas y cordiales por la de mis profesores.

Muchas noches, muchísimas, íbamos los tres juntos al teatro Real; aunque no a butacas, ni a palcos, que por aquellos tiempos, si bien los precios no eran tan elevados como hoy, la clase media no abusaba ni de palcos ni de butacas.

De mí no se hable, porque yo era un modesto estudiante; pero don José Morer era un ingeniero eminente, estaba encargado de un trozo del canal del Lozoya, y, además, por su familia tenía fortuna, y don Angel Riquelme era el profesor particular que más ganaba en Madrid: quizá ganaría ocho o nueve mil duros al año; pues así y todo, a paraíso iban con frecuencia a oír a la Frezzolini y a Ronconi.

Eso sí, a delanteras de paraíso, y yo a entrada gene-

ral, aunque ellos, a veces, me regalaban alguna delantera.

Pues antes de empezar la función, y en los pasillos, con frecuencia hablábamos de Matemáticas o de algún problema de Geometría, mezclando armonías con armonías, las armonías geométricas con las armonías acústicas.

Y es el caso que una noche habíamos discutido sobre un problema cuya solución no encontrábamos ninguno de los tres, y bajo la impresión penosa, porque es muy penosa impresión para los aficionados esto de declararse impotentes ante una dificultad geométrica, empezó el acto, y entramos a ocupar nuestros asientos.

Los tres, silenciosos; pero tengo para mí que más pensábamos en el problema que en la ópera.

Al cabo de un largo rato, y mientras la tiple hacia gorgoritos, Morer no pudo contenerse, y en voz alta nos dijo a don Angel y a mí: «ya está, ya está, ya lo tengo: las tres rectas pasan por un punto».

Esta era, en efecto, la clave de la dificultad.

Pero imaginen mis lectores el asombro de todos los que nos rodeaban, ante aquella inesperada salida y aquella nota discordante.

Discordante no lo era, mal que pese al pentágrama: que no unen mejor cuatro notas que tres rectas que pasan por un punto.

Todo el mundo nos miró con asombro, y un amigo que estaba en la segunda fila, se inclinó y nos dijo en tono burlón:

—Están ustedes chiflados, y se están ustedes poniendo en ridículo.

Sería lo que fuese; pero las tres rectas pasaban por un punto, el problema estaba resuelto: Morer había encontrado la solución entre los acordes de la orquesta, y un gran peso se nos había quitado de encima.

Oímos el resto de la ópera con verdadero deleite.

*
* *

Muchas personas se extrañan de estas aficiones mías, múltiples y al parecer contradictorias.

Por ejemplo, mis aficiones por las Matemáticas y por la ciencia en general, y a la vez por la dramática y la poesía.

De lo que yo me admiro es de su admiración.

Sí, las Matemáticas forman una salsa que le va bien a todos los guisos del espíritu; y no lleve a mal el lector estas imágenes, que me atreveré a llamar ultramodernistas.

Las Matematicas armonizan con la música; esto no lo niega nadie, y armonizan hasta con el arte en general, como que todas son armonías.

Variedades en una o en otra forma, que se resuelven en una alta y bella unidad.

Pero dejémonos de metafísica, aunque yo creo que son metafísicas de buena ley, y continuemos la relación de mis recuerdos.

¿Por qué decía yo todo esto? ¿A qué ha venido esta digresión? Ya no lo sé, ni quiero saberlo, ni me importa.

Creo que hablaba de mi amor a la ciencia y de los trabajos que había escrito y que había publicado antes del año 68.

Y que los escribía y los publicaba por amor platónico a mi bien amada la Verdad, sin mira interesada ni egoísta.

Sin interés, repito, de ese que se traduce en piezas de metal o en billetes de Banco.

Sin ambición de gloria, porque ¿qué gloria podían darme escritos que no encerraban nada nuevo ni trascendental en la ciencia?

No era por entonces propaganda por medio de la ciencia popular; era propaganda de la alta ciencia, acomodada al estado de cultura de nuestro país. Pero no era ninguno de esos chispazos que dejan estela de luz más o menos prolongada en la historia de la ciencia.

A esto aspiraba yo y aspiré siempre, porque los de-

seos del más humilde de los mortales son deseos de ambición desatentada; mas ¡ay! en empresas tan arduas no podía empeñarme, porque necesitaba todo mi tiempo para la lucha prosaica de la vida.

Sin embargo, quise hacer un ensayo del orden económico científico: quiero decir, ver si al menos, ya que no con la alta ciencia, con la ciencia popular podía ganar unos miles de reales; y con este objeto publiqué no sé si uno o dos tomos de las teorías modernas de la Física, utilizando los artículos que en una primera edición había editado la *Revista de Obras públicas*, con la adición de otros nuevos artículos.

Entré en tratos con un librero, el señor de R., al cual autoricé para una edición de 2.000 ejemplares, y él, en cambio, me dió al contado 2.000 reales.

Esta segunda edición no se agotaba nunca (creo que pasaron diez años antes de que se agotara), y la tercera edición no se ha agotado todavía, y sospecho que durará hasta la consumación de los siglos.

Por lo visto, los libros de ciencia no hacen rico a nadie en España; por lo menos, a mí no me han hecho rico, según se demuestra por los ejemplos que he citado y por otros que citaré en esta serie de recuerdos, porque en estos treinta y tantos últimos años he escrito otras muchas obras científicas, con el mismo resultado económico que las anteriores; y no he escrito muchas más, por aquello de que la obligación es antes que la devoción: que si las obras científicas dieran en España medios de vivir, según es mi afición y mi intrepidez para el trabajo, más obras científicas tendría que dramas y comedias.

Los artículos de ciencia popular para los periódicos, ésos ya se portan con más decoro, y por eso he escrito y sigo escribiendo tantos.

He dicho que las obras científicas no producen ganancias materiales, y cuanto más elevadas menos producen; pero debo señalar una excepción: las obras de texto.

Estas en muchos casos, no diré en todos, proporcionan miles de duros a sus autores; pero éste es problema complejo, en que yo no debo entrar, y en el que tengo mis ideas propias, que tampoco son de este momento.

Yo, como he dicho en otro capítulo, no llegué a escribir más que un pequeño libro de texto; me produjo unos diez duros, y, como me había costado treinta la impresión, perdí veinte.

Ya lo dije antes, y ahora lo repito, porque hay heridas que cicatrizan difícilmente.

***

He penetrado resueltamente en el año 68; voy aproximándome a los tiempos tempestuosos de la revolució de septiembre, y llego al año de la Gloriosa, bajo una impresión tristísima, del orden privado, de que luego hablaré: me refiero a la enfermedad de mi padre.

No se presentaba amenazadora: era una dolencia mansa, un preludio de la vejez, de esos que duran muchos años; pero la impresión que yo sentía era triste y angustiosa.

Y avanzaba el año, y la revolución se iba condensando en la atmósfera; todo el mundo la presentía, en todas partes se hablaba de ella como de algo inevitable. Unos con esperanza, otros con zozobra, muchos con angustia, todos con curiosidad y resignación, aun los menos resignados.

¿En qué forma, cómo, cuándo iba a estallar? Nadie lo sabía; pero todos esperaban *la gorda*, que este nombre se le daba aun antes de estallar.

Si iba por la mañana a la Escuela a dar clase, los profesores todos, desde los más reaccionarios hasta los de ideas más avanzadas, hablaban de la revolución: sería problamente en los meses de verano: el calor es un gran estimulante para esta clase de explosiones.

Si iba a la *Revista de Obras públicas*, se hablaba de la revolución como cosa inminente: los generales desterrados a Canarias iban a desembarcar de un momento a otro.

Si iba al Ateneo, arreciaban las noticias: la revolución sería el mes próximo, el general Prim había desaparecido, los espías del Gobierno de González Brabo le habían perdido de vista.

Si alguna noche iba al teatro, en los pasillos no se hablaba más que de *la gorda*, que iba a estallar en la semana próxima; decían que Prim, disfrazado, había pasado la frontera.

Y cuenta que estos centros a que me refiero no eran centros eminentemente políticos; pues las personas que frecuentaban estos últimos, o que eran amigos de los socios, por ejemplo, de la tertulia progresista, éstos acortaban el plazo y no consentían que terminase la semana sin que hubiera batallones sublevados, gente en los campos y barricadas en las calles de Madrid.

No se respiraban más que vientos de revolución; los más reaccionarios, hasta muchos amigos del Gobierno, la consideraban como inevitable.

Y algunos decían: «¿Quién sabe, quién sabe? Puede ser que traiga algo bueno.»

Por lo pronto traía el espléndido programa democrático, la serie admirable de derechos individuales, la democracia más pura, el porvenir más brillante, la regeneración de la patria, el engrandecimiento glorioso de España.

La atmósfera estaba cuajada de grandes esperanzas, de hermosas ideas, un entrecruzamiento de luces, la línea quebrada de la centella cruzando la bóveda del arco iris.

Y esto para el verano, o para la primavera, o para la semana próxima, o para mañana mismo.

Y, sin embargo, pasaban días y meses y no sucedía nada, y el Gobierno apretaba los tornillos cada vez más, y González Brabo oponía su carácter de hierro a las iras

rugientes de todos los partidos liberales: del viejo partido progresista, con sus tradiciones gloriosas y sus grandes masas; del partido democrático, con sus grandes hombres: don Nicolás María Rivero, Castelar, Martos, Figueras, Pi, que ya acentuaban la nota republicana; de la Unión Liberal, con sus bravos generales en el destierro y sus influencias en el ejército; y de una emigración formidable: Olózaga, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Castelar, Martos, todos los prohombres de la democracia y el progreso.

Y contra esta suma de fuerzas enormes se aprestaba a la lucha, y contra la masa del país, que si teme lo nuevo, con lo nuevo simpatiza; y que así como en el teatro, cuando le interesa el drama, pone en la escena sus cinco sentidos, murmurado «A ver qué resulta», así pone alma y vida en la tragedia política, y también siente curiosidad inmensa, la curiosidad de todo un pueblo, que es curiosidad de gigante, por ver qué resulta en el escenario tantas veces ensangrentado de la patria.

¡Ay del drama político y de los actores, si el resultado no corresponde a la expectación, si acaba en sainete lo que el gran público imaginó tragedia!

Es opinión corriente que en España nadie más que los políticos de profesión se interesan por los grandes problemas, de cuyas soluciones depende la suerte del país.

Y se dice, y con razón, que éste es un mal; pero yo creo que la dolencia que al país se atribuye no corresponde a la realidad.

Los españoles, casi todos los españoles, nos interesamos por la política; pero no como actores, sino como espectadores.

Amamos el teatro, somos descendientes de aquellos que aplaudían a Calderón y a Lope; y para los españoles la política es un gran teatro, y los sucesos de la política son como las peripecias de un drama.

El público aplaude o silba, por lo regular silba, con razón o sin ella; esto no lo discuto.

Pero de todas maneras no se siente actor, ni tiene el interés que todo actor de conciencia, y que ama a su arte, siente en favor de la obra que está representando.

Al actor le va en ello su interés más íntimo, su amor propio, el amor al arte, hasta las ventajas personales, que es elemento con el cual, tratándose de seres humanos, debe tratarse siempre.

Al espectador, no; por regla general, nada de esto siente, ni nada de esto le importa.

Que el drama sea bueno o malo, ¿qué más da? Lo que al público le importa, es que la trama dramática, que los episodios, que los personajes, que los sucesos y el desenlace le interesen, que le hagan reír o que le conmuevan.

Pero su suerte no está unida a la del drama; el drama saldrá mal, y él dormirá aquella noche muy tranquilo.

El drama sale bien, es un triunfo; pues no por eso le brotará al espectador aquella noche una corona de laurel en la frente.

El autor y los actores son los responsables de todo.

Pues una cosa parecida creo yo que le sucede al público español ante la comedia o la tragedia política.

Se interesa por ella, como antes decía, y por sus episodios y personajes, y hasta por el final de cada acto.

¿Habrá disolución de Cortes, o no habrá disolución? ¿Qué resultará de las elecciones? ¿Hay crisis o no hay crisis? ¿A quién entregarán el Poder?

Ha reñido tal personaje político con tal otro; ¡qué conflicto! Gran escándalo en una de las Cámaras; ¿cómo acabará esto?

Soberbio discurso de tal orador político; bien estuvo en su papel.

Formidable problema se prepara; ¿cuál será la solución, o no tendrá solución?

En todo esto toma parte, y a veces con empeño, el

pueblo español; pero como toma parte en las representaciones dramáticas, desde butacas, palcos y galerías; nunca se le ocurre bajar al escenario, que es como si dijéramos acudir a los comicios, mezclarse a los actores, y convertirse él en actor, y en autor si es preciso.

Y yo a mi vez, convertido en espectador, e invadido por el estímulo de la curiosidad, preguntaba: ¿Qué resultará?

Lo triste es que el gran público de la nación española, ante el profundo drama de la política, se equivoca grandemente al no poner en el drama más que el interés de la curiosidad.

No, el drama le interesa por manera más honda; él está en el drama, y ha de sufrir sus consecuencias.

Cree que no es más que espectador, y como espectador se porta, sin comprender que, al aplaudir o al silbar, a sí mismo se aplaude o se silba.

Que tal escena que le pareció cómica y que le hizo reír, en la realidad de la vida será trágica y ha de hacerle llorar.

Pero, en fin, las cosas son como son, y todo esto lo digo al tanto de lo que antes decía, a saber: que al aproximarse la revolución de septiembre, a grandes esperanzas y a grandes temores, porque aquéllos eran otros tiempos, y las pasiones políticas andaban más despiertas; a esperanzas y temores, repito, se unían, como siempre, una gran expectación, una inmensa curiosidad.

—La revolución viene—decía todo el mundo—; ¿qué va a resultar?

Y estamos ya en el verano del 68; el telón va a levantarse; detrás del telón están los personajes del drama, y todas las miradas están fijas en el escenario.

LI

Avanzaba la primavera de 1868, y el director de la Escuela de Caminos me propuso para una comisión en París durante los meses de verano.

La Dirección de Obras públicas y los jefes del Cuerpo, querían mostrarse amables conmigo, en compensación del doble sacrificio que me habían impuesto al no permitirme abandonar el Cuerpo para dedicarme a la enseñanza particular de las matemáticas, y al negarme licencia cuando don José Salamanca me quiso llevar para la construcción de los ferrocarriles de Italia.

Sin duda pensaban: ya que hace falta en la Escuela de Caminos y que le condenamos a trabajos forzados en la enseñanza, procuraremos endulzarle la pena y el sacrificio.

Yo agradecía la intención, y continúo agradeciéndola; pero la compensación no existía, porque la enseñanza particular de las matemáticas me hubiera proporcionado algunos millones de reales en ocho o diez años, con lo cual a los cuarenta años había resuelto el problema económico para toda la vida: hubiera podido dedicarme tranquilamente a las matemáticas, que eran mi afición decidida, y por mi cuenta hubiera podido hacer viajes al extranjero a mi gusto, a mi satisfacción y en plena libertad.

Pero el Estado y sus dignos representantes, aun cuando quieren ser benévolos, son tiranos.

En fin, ya pasó todo aquello; mi vida fué por otros cauces; no me queda ni malquerencia ni enojo contra los que creían cumplir su deber al recluirme en la Escuela de Caminos, y sólo me queda un recuerdo de gratitud por la protección que a su manera me dispensaban.

De todas maneras, y desde el punto de vista económico, estas comisiones constituían un gasto para mí; porque como iba siempre con mi mujer, las indemnizaciones, que no eran muy espléndidas para uno, eran insuficientes para dos, y siempre se mermaban mis ahorros: ahorros bien modestos, a saber, unos treinta y tantos mil reales colocados en la Caja de Depósitos; y gracias a que en aquel año había tenido un pequeño suplemento de ingresos por un informe sobre aguas que tuve que dar con motivo del abastecimiento de Jerez.

Me preparé con tiempo para mi viaje a París, que era, si mal no recuerdo, el tercero que hacía.

El primero fué el año de eclipse total; es decir, el 60.

El segundo fué el año 62, o sea el de la Exposición Universal de Londres.

Y creo que ya no volví hasta el año 68.

Pero mis alegrías de viajero se entristecieron grandemente desde los comienzos.

Mi padre no estaba bueno.

Dos o tres años antes, en un día de invierno y después de una extraordinaria nevada, se empeñó en salir porque tenía un enfermo de mucha gravedad, y como no circulaban coches, salió a pie, dió una caída, y yo creo que aquella caída fué su muerte, porque debió sufrir una gran conmoción cerebral.

No se resintió al pronto; pero se entristeció su carácter, quedaba silencioso horas y horas, y, a no dudarlo, él, que era gran observador, algo debía sentir y algo debía observar que hondamente le preocupaba.

Un año después, y por el mismo tiempo en que había dado la caída, yendo por la calle a sus visitas, experimentó un ligero vahido, se apoyó en la pared, y el vahido pasó brevemente. Después fué, según costumbre, a la peluquería.

Al sentarse y mirar al espejo que tenía delante, vió que su boca estaba ligeramente torcida.

Todo esto nos lo contó algún tiempo más tarde. Y el pobre, desde aquel instante, dictó su sentencia de muerte.

Sus sentencias eran inapelables: ni para sí ni para los demás se equivocó nunca.

Su experiencia era inmensa: como que a los catorce años había entrado en el Hospital General, según he referido en otra ocasión.

Era un hombre de ciencia teórica, conocía toda la de su época, y estaba al corriente del movimiento en el extranjero; y para complemento, su práctica era una práctica de más de cincuenta años.

Cuando él decía «este enfermo no se muere», no se moría; así sucedió con el cura de San Bartolomé, de Murcia, a quien todos daban por tísico en tercer grado, como entonces se decía, y que mi padre curó en un par de meses.

Así sucedió con una parienta nuestra, que parecía estar completamente buena, y de quien dijo:—Dentro de dos años se muere, y se muere de tal modo—; y así murió.

Eso pensó, sin duda, de sí mismo en la triste ocasión a que me refiero.

Volvió a casa, pidió un vaso de agua, intentó beber y no pudo: tenía una ligera parálisis en la laringe.

Desapareció en pocos meses aquella molestia, pero la sentencia estaba dictada.

Hizo su vida de siempre: sus clases, sus enfermos, sus lecturas por la noche; pero cada vez más triste y más silencioso.

Así transcurrió un año o algo más; y precisamente a

fines de la primavera del 68, cuando yo estaba preparando mi viaje, sintió un ligero entorpecimiento en una pierna, y dijeron los médicos lo que se dice en estos casos: «Un poco de reuma, eso no es nada; debe usted ir este verano a Alhama, a Fitero, a algunos baños calientes.»

— Eso no es nada —repetíamos todos, sin creerlo, por lo menos yo.

Y él sonreía, diciendo:

— Es la *tercera advertencia.*

Estábamos en la época napoleónica, y era una frase corriente; cuando Napoleón III quería suprimir un periódico, le dirigía la primera, la segunda y la tercera advertencia; la tercera era la supresión del periódico; por eso decía mi padre: es la tercera advertencia.

Por no alarmarnos, y para que yo no suspendiese mi viaje, no daba importancia a aquella pequeña dolencia.

— Sí, tendrán razón, un poco de reuma — repetía sin creerlo. Y al principio salía como siempre, y hacía su vida ordinaria.

Después de marcharme yo al extranjero, creo que desde el día siguiente, ya no salió más.

Yo tenía tristes presentimientos; de suerte que aquel viaje no fué muy alegre para mí, y lo hice más lentamente que de costumbre: me detuve en Valladolid, en Burgos, en San Sebastián y en Burdeos, para recibir carta más pronto y recibirla a diario.

Y recibía carta, naturalmente tranquilizadora, aunque no había motivo para ello, en que me decían que estaba preparándose para ir a los baños en compañía de mi hermano Miguel.

En esta disposición de ánimo llegué a París, en donde estuve julio y agosto.

¿Qué comisión llevaba?

Ya no me acuerdo.

¿Qué me ocurrió de particular durante esos dos meses?

Tampoco me acuerdo.

No tenía más que una preocupación. Recibir carta de

España. Y la recibía casi a diario; y mi hermano me escribió desde los baños cartas muy alegres, muy despreocupadas, asegurándome que mi padre estaba mucho mejor.

Yo nada creía: lo veía todo negro; ni él lo creía tampoco, como sucede en tales casos: todos queríamos engañarnos.

La edad de mi padre no era muy avanzada; tendría sesenta y dos o sesenta y cuatro años; su salud había sido siempre buena; la esperanza era natural; pero yo, que para todo lo demás soy optimista, soy pesimista, en alto grado, para las enfermedades.

De todas maneras, no era cosa de entristecer a mi padre y a mi hermano, y les escribía también cartas muy regocijadas hablándoles de París y diciéndoles que me divertía mucho; hasta creo que le escribí una carta en verso a mi hermana.

Todo pura comedia.

Procurábamos engañarnos a nosotros mismos, y no hay comedia más triste que aquella en cuyo fondo hay un drama.

De todas maneras, como la enfermedad de mi padre parecía estacionaria, y por el pronto no tomaba caracteres agudos, yo continué en París los meses de julio y agosto cumpliendo mi comisión, que, vuelvo a repetir, no recuerdo cuál era; y sin divertirme, como otras veces, en aquella ciudad maravillosa, única en el mundo para toda clase de estudios, enseñanzas, goces y emociones.

No, esta vez no gocé en París: la alegría no la encuentra uno fuera; la lleva dentro de sí mismo.

De suerte que yo no recuerdo de aquel viaje a la gran metrópoli más que dos circunstancias, y ambas repulsivas, siniestras, y casi me atrevería a decir macabras.

La primera fué mi visita a las alcantarillas, o mejor dicho, a los grandes colectores, que son grandes canales subterráneos. Fuimos una porción de españoles y algunas señoras, porque nos aseguraron que era una visita

curiosa, que no tenía nada de repugnante, y que, por de contado, no había peligro alguno.

En efecto: fuimos en una gran barcaza navegando a lo largo de un par de kilómetros.

Realmente, en todo ello nada había de curioso, aunque la curiosidad era grande, o mejor dicho, la limpieza.

Las señoras vestían trajes claros de verano, y, sin embargo, al salir a la superficie de la calle y cruzar el bulevar, nadie hubiera sospechado que salíamos de una alcantarilla.

En suma: me alegré haber hecho este pequeño viaje, que no fué molesto ni siquiera por el mal olor.

La segunda visita fué a las catacumbas.

Las catacumbas de París constituyen, en rigor, un París subterráneo, el París de las sombras, tan inmenso como el París de la luz.

Una red interminable de calles o galerías, con sus encrucijadas, sus extensas arterias, sus callejas y plazas.

Las arterias principales tienen gran anchura, y a un lado y otro, de trecho en trecho, hay fuertes macizos de tierra que sostienen la parte superior del terreno; algo así como una calle de Rívoli, tosca y siniestra y hundida en las sombras.

Formábamos los visitantes varios grupos, y a cada uno acompañaba un guía con su correspondiente farol; en la parte alta de la bóveda habían trazado una gran línea negra y gruesa, con flechas de trecho en trecho, para indicar el sentido en que debía marcharse.

Según se afirma, estas catacumbas son el resultado del trabajo de excavación de muchos siglos.

A medida que crecía París, para las argamasas y los morteros de las construcciones que se iban elevando en la superficie del suelo, se socavaba el subsuelo como mina inagotable de arena, piedra y materiales de construcción.

Puede decirse que una gran parte de París ha brotado de las profundidades de su formación geológica, que, harta ya sin duda de tinieblas, subió a buscar el aire y

el sol, cristalizando en edificios de todas clases, desde la humilde casa del burgués, hasta los grandes palacios y admirables monumentos que hoy asombran al mundo.

La tierra, que se echa fuera de sí misma buscando la luz, la vida y la alegría; y allá abajo quedan las catacumbas para los tristes, los afligidos y, al fin, para los muertos.

Y esto último no es una imagen, es una realidad.

A medida que a través de los siglos se iba ensanchando París, la nueva población iba desbordándose sobre los antiguos cementerios, y los muertos estorbaban a los vivos, y los vivos les expulsaban de sus nichos y de sus fosas.

Pero ¿qué hacer de tantos restos humanos, de tantas antiguas ganeraciones convertidas en esqueletos o en osamentas dispersas?

La solución era fácil.

Los vivos, a la luz, al nuevo París, a sus multiplicadas zonas de ensanche. Los muertos, a las catacumbas.

Y a medida que la población llegaba a los cementerios, las viejas osamentas bajaban a las galerías de las catacumbas.

Pero los franceses son eminentemente artistas, aman la decoración, procuran embellecer lo más siniestro, buscan la armonía estética, aun para las osamentas humanas, así es que las grandes galerías de las catacumbas, de que antes hablaba, presentan en lo posible un aspecto artístico, pero de arte macabro; entre pilar y pilar, rellenando el hueco de la arcada, se han construído muros singulares, extraños, fantásticos.

De igual suerte que se construyen muros con diferentes materiales para la distribución arquitectónica de las masas, material menudo de ladrillo o de mampostería y grandes fajas de sillería encima, y otro gran paño de material menos noble y nueva faja de sillares, y así todo el muro, dividido en grupos y en paños, así los muros de las grandes avenidas en este París subterráneo están formados de diferentes clases de huesos.

Los grandes huesos de la cadera, las cabezas del fémur, se han colocado ordenadamente, como piezas de un muro de mampostería, y encima, enrasando horizontalmente la línea, una, dos o más filas de calaveras a modo de sillares: es el material más noble de la osamenta.

Sobre estas filas de cráneos viene otra vez el material menudo, los huesos de la parte inferior de las piernas, presentando el nudo de la rodilla, y todavía encima, para un nuevo enrase, nuevas filas de calaveras.

De este modo el muro de huesos humanos llega a mucha altura, pero sin rellenar el hueco de la arcada.

Detrás, en masas enormes, se han hacinado los desperdicios de las osamentas: costillas, vértebras, pedazos de huesos que no eran utilizables para la decoración, los esqueletos triturados por el tiempo, las últimas virutas de armazones que fueron seres vivos en otros siglos.

Y el viaje por estas galerías era penoso, angustiosísimo; marchábamos entre cráneos en fila, que parecían salir de las sombras y asomarse para vernos pasar.

Y de trecho en trecho, las desembocaduras de otras calles y otras callejas, cerradas por cadenas para que nadie pasase, porque el desdichado que hubiera penetrado en aquel laberinto de esqueletos, jamás hubiera vuelto a la luz: hubiera sido otro esqueleto más en aquella siniestra mansión de la muerte; no de la muerte de hoy, sino de la muerte de muchos siglos, que se iba deshaciendo en polvo.

Y el que se atrevía a asomarse para ver lo que había detrás de aquellos muros, veía entre sombras hacinamiento informe de costillas y vértebras.

Y así seguimos recorriendo aquella ciudad en la cual no piensan los que viven encima de ella, con sus alegrías absurdas, sus tristezas insensatas; sus esperanzas, jirones colgados de una osamenta, y sus ambiciones, que acabarán en las catacumbas, completando una fila de crá-

neos en la ornamentación de aquellos muros terribles, grotescos y repugnantes.

Todos íbamos silenciosos y preocupados.

Las señoras querían salir pronto de aquellas tumbas sin majestad ni poesía.

Todos pensábamos que había mal olor, olor de podredumbre lenta, y apretábamos el paso; pero los malditos guías, con su farol, marchaban lentamente, como recreándose en nuestros sufrimientos.

Y ninguno se atrevía a separarse del guía: la impresión era de horror y hasta de miedo.

Si nos quedábamos un poco atrás, echábamos a correr para alcanzar al hombre del farol, no fuera a dar la vuelta por alguna de aquellas calles, y le perdiéramos de vista.

A cada momento levantábamos la mirada hacia el techo para ver si caminábamos como era debido en la dirección de las flechas, y las señoras preguntaban con angustia a cada momento:

—¿Falta mucho? ¿Saldremos pronto? Basta ya; ya está visto: todo es igual.

Yo me acerqué un momento para observar las filas de calaveras que formaban las grandes hiladas arquitectónicas de aquellos muros sepulcrales, y vi en uno de los cráneos un agujero redondo, perfectamente redondo, que yo me figuré ser del tamaño de una bala: acaso era que la polilla empezaba a devorar el cráneo; pero ¿quién sabe si el ser humano a quien había pertenecido aquel cráneo habría recibido muerte violenta?

Acaso murió en la Saint-Barthélemy.

¿Cuál sería la historia de aquel ser? ¿Qué pensamientos hubo dentro de aquel cráneo? ¿Por qué no se asomaban por la ventanita redonda para contarme su historia?

Y observaba una y otra calavera, y a todas las interrogaba con el pensamiento.

¡Pero había tantas! Centenares; mejor dicho, miles: unos eran cráneos nobles; otros, cráneos bestiales; en

las hiladas menos solemnes había cráneos de niños.

No, no podía detenerme mucho, porque el hombre del farol se alejaba, y me parecía que por las callejas iban a salir, a medio armar, los restos de los esqueletos hacinados, para detenerme y que no alcanzase la luz del día.

No me sentía bien. Una inmensa curiosidad, eso sí; un goce siniestro por ver lo que ya no había de ver nunca; pero horror y repugnancia al mismo tiempo.

Me dolía la cabeza, cosa extraña en mí, y pensaba instintivamente: «También habrán sentido dolor esos cráneos dentro de su hueco. Ahora no sienten nada.»

Una calavera rellena de sombras no tiene pensamiento, pero tampoco tiene dolores. La sombra negra no duele.

¡Cuánto tardábamos en salir!

Las señoras tenían razón: ¿para qué más?

Ya no éramos curiosos, ni turistas, ni extranjeros que desean visitar las catacumbas de París: éramos ejército de vivos que se siente perseguido por un ejército de muertos, y que temen que les alcancen o que les corten la retirada.

En retirada íbamos, y muy aprisa, apelotonados alrededor de los hombres de los faroles, y preguntando con mal disimulada angustia:

— ¿Falta mucho?, ¿falta mucho?

En fin, todo se acaba en la vida, y al cabo divisamos a lo lejos de la galería un círculo de luz en el techo.

Era la boca de la salida, la de aquel inmenso cementerio que imitaba grotescamente los primores arquitectónicos de los que viven a la luz del sol.

Llegamos al pie de la escalera; subimos apresuradamente, y al fin vimos la luz.

Todos respiramos como debió de respirar Lázaro al salir de su sepulcro, y, sin despedirnos unos de otros, nos fuimos en diferentes direcciones.

Yo me fuí con mi mujer, buscando un coche para volver al hotel.

Pero no encontrábamos coche; el calor era sofocante, el sol nos abrasaba y estábamos rendidos.

Algunos años después, yo hubiera dicho: «Al fin, escapamos del *seno de la muerte.*»

Pero *En el seno de la muerte* vagaba aún en las profundidades de la nada.

Nos sentamos a la puerta de un café, para descansar y para beber algo.

Yo sentía tan secas las fauces como secas debían estar las de todas aquellas calaveras que habíamos dejado en los siniestros laberintos de las catacumbas.

La imagen horrible aun me perseguía. La tenía ante mis ojos.

Treinta y ocho años han pasado y aun la veo.

Por el bulevar cruzaba mucha gente, llena de vida, de pasiones, de tristezas y de esperanzas.

Y a mí se me ocurría preguntarles: «Pero ¿adónde van ustedes tan aprisa? ¿Qué insensatez es la de ustedes? ¿No ven que les están esperando ahí abajo?»

Todos aquellos seres humanos me parecían grotescos y ridículos, y además, impíos: ¡con qué desembarazo y qué despreocupación pisaban un suelo que era techumbre de un subterráneo convertido en cementerio!

Después de descansar un rato, tomamos el primer coche que pasó, y volvimos al hotel.

***

Era un hotel en que había muchos españoles, y por ellos teníamos noticias a diario de lo que ocurría en España.

Todavía nada: ninguna noticia alarmante; pero el tema de siempre: pronto estallaría la revolución; la gorda se preparaba.

Que Prim estaba en Bruselas.

Que Prim no estaba en Bruselas, que había desaparecido.

Que no era cierto, que el día antes se le había visto.

Que el Gobierno de González Brabo le vigilaba de día y de noche, y no podía escapar sin que en Madrid tuvieran aviso.

Que los generales desterrados seguían en Canarias.

Que se sabía por conducto fidedigno que habían desaparecido de Canarias.

Que habían querido escapar, pero que habían tenido que volver.

Que en muchas poblaciones se sentía agitación.

Y otras veces lo contrario: que en toda la Península reinaba una calma completa.

Que nadie pensaba más que en veranear.

Que la reina doña Isabel estaba pasando el verano tranquilamente en San Sebastián, y que los emigrados tenían para rato.

Los emigrados eran los prohombres del partido progresista, los jefes del partido democrático, que aun se confundían con los que pocos meses después habían de ser jefes del partido federal.

Así estaban en la emigración Olózaga, Fernández de los Ríos, Sagasta, Zorrilla, Martos, Rivero, Pi, Figueras: una lista interminable de personas ilustres, muchos de ellos bajo el peso de una sentencia de muerte.

Yo aquel día no tenía ganas de oír noticias.

El estado de mi ánimo era sombrío. Por una parte, las cartas que recibía de Madrid, de mi familia, que, aunque pretendían ser tranquilizadoras, no lo eran.

Mi padre había vuelto de los baños, y me aseguraban que había vuelto muy mejorado y que estaba animadísimo. Pero no debía ser cierto. No me decían si al fin salía de casa, y esto era para mí lo de más importancia.

Por otra parte, mi visita a las catacumbas me había causado una impresión penosa, triste, desesperada casi.

Y además, aquellas noticias de la próxima revolución, aunque yo era muy demócrata y revolucionario platónico, no contribuían a tranquilizarme.

Decían que la revolución iba a ser terrible.

¡Qué sería de todos nosotros!

En fin, cansado de París, con el alma llena de sombras y de temores, y buscando alivio en el movimiento, como les sucede a todos los enfermos, quise cambiar de postura, y le propuse a mi mujer que nos fuéramos a pasar los pocos días que nos quedaban de expedición, a San Juan de Luz.

Allí estábamos próximos a España, cerca de San Sebastián y de Biarritz: gozaríamos del mar y del campo, y tendríamos noticias más ciertas de nuestra querida España.

Mi mujer aceptó, y a San Juan de Luz nos fuimos a fines de agosto o principios de septiembre.

Parecía que la revolución nos estaba esperando, y por hoy que espere hasta el capítulo próximo: que me parece que he retrocedido a aquellos días y estoy de mal humor, sin saber por qué, como en aquellos días estaba.

LII

Quedamos, si no recuerdo mal, en los primeros días de septiembre del año 1868, el célebre año de la revolución.

La Revolución de Septiembre se llamó entonces, y sigue llamándose todavía, y creo yo que este nombre conservará en la Historia.

Había dado fin a mi comisión en París, y había venido con mi mujer a San Juan de Luz para estar más cerca de la frontera, recoger noticias más directas del estado de España, y aprovechar los últimos días de libertad que mis obligaciones en la Escuela de Caminos me concedían.

Ya cuando salí de París, como dije en mi artículo anterior, se anunciaban graves acontecimientos en España.

Ya cuando llegué a la frontera, parecía un hecho fuera de toda duda que Prim había desaparecido de Bélgica, sin que nadie supiera dónde estaba.

En San Juan de Luz nos reunimos una colonia de españoles de todas clases, de todos colores y de todos los matices políticos: desde los ultrarrevolucionarios hasta los ultraconservadores.

Claro que entonces no se llamaban conservadores; así es que mejor dijera desde los revolucionarios hasta los defensores a todo trance del Ministerio González

Brabo; sin contar los indiferentes, que siempre en España forman una gran masa.

Digo mal al decir indiferentes, porque todos ellos siguen con interés sumo las peripecias de nuestros trastornos políticos; pero como espectadores de un drama, sin tener empeño en representar ningún papel.

Yo era, como he explicado otras veces, revolucionario, pero teórico; y en la práctica, un revolucionario pacífico, que jamás tomó parte activa en ninguna conspiración ni en ningún trastorno.

Amaba la revolución, porque amaba la democracia, en la región de las ideas; porque estaba profundamente convencido de que, en cuanto triunfasen en España la democracia y la revolución, el país forzosamente había de transformarse, o, por mejor decir, había de regenerarse.

Deseaba la revolución sin interés alguno, pues jamás me ocurrió la idea de que, con la revolución triunfante, pudiera yo mejorar mi posición social.

El lector podrá creerme o no creerme, pero yo afirmo que éste era el estado de mi espíritu.

Es más: personalmente, es decir, atendiendo a mis intereses de ciudadano pacífico, yo creía positivamente que iba a perder casi todo lo que tenía, y que iba a pasar por una crisis muy angustiosa.

Porque yo razonaba de este modo:

En los partidos avanzados hay una gran enemiga contra todos los organismos oficiales, y muy particularmente contra los ingenieros.

En cuanto triunfe la revolución, seguía pensando yo, la primera medida del Gobierno revolucionario será suprimir el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, y suprimir, por consiguiente, su Escuela; y adiós mis cátedras, y mis modestos sueldos, y mi posición.

Sin que me quedase el recurso de dedicarme a la enseñanza; porque no habiendo ingresos en las Escuelas especiales, suponía yo, y no sin motivo, que había de quedar mermadísima la enseñanza particular.

¿Y a qué me dedicaba yo, que por entonces no sabía hacer otra cosa que enseñar Matemáticas, si el nuevo Estado revolucionario decía con voz solemne basta de Matemáticas?

Serían estos pesimismos exagerados; pero yo, que en lo abstracto soy el mayor de los optimistas, en lo concreto que a mi persona se refiere, soy el pesimista más fúnebre.

¿Será esto cobardía? Es muy posible; yo no lo discuto: señalo hechos e impresiones con absoluta verdad y sinceridad absoluta.

En suma: yo deseaba la revolución como demócrata, individualista y librecambista por añadidura; pero no hay para qué ocultarlo: la revolución me daba mucho miedo.

Y hay más todavía: mi escasos ahorros de catorce o quince años de trabajo, que eran por junto unos treinta o cuarenta mil reales, los tenía impuestos en la Caja de Depósitos, creación de Salaverría allá en los años prósperos de la Unión Liberal, si la memoria no me es infiel.

Y la Caja de Depósitos, según todo el mundo afirmaba, estaba en quiebra completa.

De los dos mil millones de reales, no había un céntimo.

Cuando yo pensaba en mi posición, me veía en la ruina y en el desamparo, y, no obstante, el triunfo de la revolución me producía estremecimientos de placer, bien desinteresado por cierto, según colegirá el lector de mis anteriores explicaciones.

El que esto lea, quizá no entienda mi negro pesimismo. ¿No había yo de obtener una buena colocación en el nuevo estado de cosas?

No, seguramente; jamás me ocurrió esta idea.

Yo no merecía ninguna recompensa, puesto que ningún sacrificio había hecho por la revolución. Ni había conspirado, ni había sufrido persecución en la Prensa, ni había acudido a las barricadas, ni había perdido mi

cátedra por mis campañas políticas, que eran nulas; ni había tenido que huir de España, ni había sido condenado a muerte como Sagasta, Zorrilla, Rivero, Martos, Castelar, Figueras y tantos otros.

Abominando de todos aquellos Gobiernos, había respetado siempre la ley, había desempeñado a conciencia mis cátedras; y a lo más a que me había lanzado era a pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa, o discursos democráticos en el Ateneo.

Y, francamente, yo, que soy hombre de conciencia, y que, aunque siempre he sido individualista, no fuí egoísta jamás, no pretendía que sólo el buen deseo fuera digno de recompensa positiva.

Hablo con el corazón en la mano.

Bien es verdad que muchas veces he encontrado en la vida personas que me han hablado con entusiasmo de los sacrificios que ellos y yo hicimos por la Revolución de Septiembre, recordándome hazañas y peligros que yo jamás realicé ni corrí.

Supongo que ellos habían realizado las mismas hazañas que yo, y habían corrido peligros muy parecidos.

En suma: yo era por entonces un ciudadano pacífico que amaba la democracia, pero que jamás había expuesto por ella la vida.

¿La hubiera expuesto a ser necesario?

Me parece que sí; pero por entonces nadie puso a prueba mi heroísmo, aunque después de triunfar la revolución pusieron sus jefes en mi hoja de servicios: «Heroísmo democrático, se supone.»

Y, después de todo, allá en el fondo de mi conciencia no dejaba de agitarse cierto heroísmo modesto, oscuro y desconocido: deseaba la revolución; si en mi mano hubiera estado su triunfo, hubiera abierto mi mano; y, sin embargo, creía firmemente que la revolución iba a ser para mí y para mi familia la ruina y la miseria.

Vamos, bien miradas las cosas, voy pensando que yo

era un héroe anónimo que en la sombra, sin ostentación ni aplausos, se sacrificaba por sus ideales.

***

Todos los días a la hora del correo íbamos los de la colonia española a la estación del ferrocarril a recoger noticias de los viajeros, si era posible, y cartas y periódicos.

Todavía recuerdo que formaban parte de la colonia la familia del señor Villalobos, con sus dos preciosas hijas, Luisa y Angelita, y recuerdo otros muchos; pero, es claro, en las lejanías sólo brillan las estrellas fijando con luz sus recuerdos.

Peregrinación a la hora del tren; después, lectura de las cartas particulares, cambio de noticias y comentarios, y por las tardes alguna excursión a Biarritz.

Al fin, un día llegó la gran noticia: la revolución era un hecho: era un hecho que Prim había salido de Bruselas; era un hecho que los generales habían desembarcado en Cádiz, y que el general Izquierdo, con toda la guarnición, había iniciado el movimiento.

Se aseguraba que el general Prim iba a recorrer la costa y a propagar en todas las ciudades del litoral la agitación revolucionaria.

Las noticias llegaron en manojo, como manojo de rayos y centellas.

Aseguraban los ministeriales que el Ministerio estaba resuelto a resistir a todo trance, que tenía recursos, y que, como González Brabo era tan bravo como su apellido, la lucha sería formidable.

Y aquí recuerdo, a propósito de la salida del general Prim de Bruselas, un episodio que oí en labios del mismo general, y que acaso interese a mis lectores.

Lo referiré con bastante exactitud, porque yo para estas cosas tengo buena memoria, y aun me parece estar oyendo al general Prim.

***

Residía el general, en los meses que precedieron al movimiento, en la misma capital de Bruselas, si mal no recuerdo, que para nombres y fechas mi memoria es poco segura; pero el sitio y el día importan poco para el suceso que voy a referir, que, por lo demás, parece arrancado de un melodrama moderno.

Los conspiradores, sobre todo los jefes, tienen una amplia correspondencia; al menos así me lo figuro, porque yo nunca he sido conspirador.

En algunas de sus cartas, claro es que revelan hechos y propósitos secretos, y planes y medios; esto también es inevitable.

Y el general observó que muchas de las cosas que consignaba en sus cartas llegaban, sin saber cómo, a conocimiento del Gobierno de Madrid. Lo sabía, naturalmente, por las disposiciones que el Gobierno tomaba, que era como salirle al encuentro y destruir todas sus combinaciones.

El general se volvía loco buscando a su alrededor el traidor o los traidores que descubrían sus planes; pero no encontraba la clave del problema.

Que alguien le hacía traición era evidente; pero ¿quién podía ser? No sospechaba de nadie: cuantas personas le rodeaban eran de absoluta confianza; ni era él tan cándido que la depositara en quien no fuera un amigo íntimo de absoluta lealtad.

Al fin y al cabo, después de discurrir mucho y de hacer mil pruebas sin resultado, se fijó en determinada persona, sin creer, por de contado, que aquel fuese el traidor y el espía.

Era que había agotado todos los demás.

La persona a que me refiero era un joven extranjero, a quien él conocía hacía muchos años, perteneciente a una familia distinguida, no sé si de Bélgica o de Francia, caballero perfecto en la apariencia, recibido en todas partes por familias distinguidísimas, que frecuentaba el gran mundo, y era socio correcto de uno y otro club de los más aristocráticos.

A juzgar por la vida que llevaba, debía de poseer buena fortuna, y gastaba coche y caballo de montar, y vestía con elegancia, y vivía casi con lujo.

Y el general se preguntaba: «¿Será ese?» Y se contestaba a sí mismo: «Imposible, de todo punto imposible; y, además, ¿cómo puede hacerme traición, si yo, aunque él alardea de liberal y simpatiza con la revolución, jamás le revelo ningún secreto, ni tengo con él ningún género de confianzas políticas?

»Me visita a diario; acude a mi salón todas las noches; entra con libertad en mi despacho, y come, a veces, en mi mesa; pero nada más: ¿cómo de este modo puede descubrir mis cartas íntimas y transmitir al Gobierno mis más secretos pensamientos?»

Y no encontraba la clave, y aun desechaba una y otra vez sus sospechas, sobre mal fundadas, injustas.

Y aquí empieza la parte melodramática.

El general, según nos dijo más de una vez, tenía una costumbre funesta para quien hacía, siquiera excepcionalmente, oficios de conspirador.

Y la costumbre era esta:

Para cartas o notas de interés escribía siempre un borrador, a fin de corregirlo, precisarlo y darle claridad y exactitud al ponerlo en limpio.

Y, una vez puesto en limpio, rompía descuidadamente el borrador en dos o tres pedazos, los apelotonaba maquinalmente, y, convertidos en una bola, los arrojaba al cesto de los papeles.

Jamás se le había ocurrido, a pesar de ser hombre de tanto talento y de tanta experiencia, que esto pudiera ser peligroso.

Pero al fin se le ocurrió, y quiso hacer una prueba.

Una noche que estaba de visita el sospechoso personaje, se separó de él diciéndole:

— Dispénseme usted: voy a mi despacho a escribir unas cartas de interés; entre usted luego, que tenemos que hablar de política y de las cosas de España, que, según me escriben, aquello se va poniendo muy turbio.

A su despacho se fué, en efecto; se sentó a su mesa; colocó al lado el cesto de los papeles; los arregló cuidadosamente, de modo que formasen una superficie bastante igual, y empezó en seguida a llenar de garabatos, más o menos parecidos a letras, unos cuantos pliegos de papel, poniéndolos delante de sí y fingiendo que los copiaba.

Al cabo de un rato entró, en efecto, el joven en cuestión, dando excusas y queriendo retirarse; pero el general le detuvo.

— No se marche usted; en cinco minutos acabo de copiar esto, y soy suyo por completo.

El joven empezó a pasearse por el despacho.

Y bien decía yo que la escena era melodramática.

Acabó la supuesta copia el general; la metió en un sobre, que cerró y selló con mucha calma.

Rompió el borrador; hizo de los papeles una bola, y la arrojó al cesto, en el cual quedó visible y sin confundirse con los demás papeles.

Se levantó, cogió la carta, y, dirigiéndose al joven, le dijo con su tranquilidad habitual:

— Espere un momento: voy a dar esta carta, que es urgente, y vuelvo en seguida.

Volvió al cabo de dos minutos; el joven estaba paseándose y fumando un puro.

El general miró al cesto de los papeles, y la pelotilla de papel ya no estaba.

La prueba era evidente: el ratón había caído en la ratonera.

Sin decir el general una palabra, se dirigió a la puerta y la cerró con llave.

El melodrama llega al período álgido, y así como lo voy contando lo contaba Prim.

Se dirigió al traidorzuelo, lo cogió con manos de acero por los brazos y le aplastó materialmente contra la pared, llamándole canalla, miserable, traidor, villano y todo aquello que exigían las circunstancias.

El general aun se reía al recordar la cara de espanto

de aquel desdichado, que, sabiendo cómo las gastaba el general cuando la bilis se le revolvía, los nervios se desataban y se le desencadenaba la ira, creyó llegada su última hora.

— Saque usted, saque usted esos pedazos de papel que ha recogido para enviarlos a Madrid; sáquelos usted en seguida, o le juro a usted por mi nombre que ahora mismo le parto el corazón.

Todo esto, o cosas parecidas, se lo decía en francés, porque don Juan hablaba este idioma admirablemente y con tanta o más facilidad que el castellano.

El hombre se daba ya por muerto, y sacó el cuerpo del delito, y lo entregó con la humildad de un cordero, y empezó a rogar y a suplicar, poniéndose casi de rodillas.

—Sí, es verdad, soy un miserable, pero mi situación era horrible. Usted tiene derecho para matarme; yo no me defenderé.

—Ni le serviría a usted de mucho—le interrumpió don Juan.

Y el otro asintió con extremos de humildad.

—Haga usted de mí lo que quiera—dijo por último; a su generosidád me encómiendo; pero, por Dios, no me deshonre usted públicamente.

El general se había quedado frío, impasible, con aquella impasibilidad aristocrática que en él seguía a todos los grandes movimientos pasionales.

Muchas veces presencié estos cambios.

A la fiereza del tigre sucedía el ademán tranquilo del hombre de estado y del hombre superior, que, después de dominar lo que le rodea, sabe dominarse a sí mismo.

El joven traidorzuelo continuaba pegado a la pared, sin atreverse a dar un paso. Don Juan paseaba tranquilamente por el despacho.

Al fin, el desdichado espía, el ladronzuelo de secretos, el vendido a la policía de Madrid, murmuró en voz baja y, según el general nos refería, mirando de reojo a la puerta.

—Perdóneme usted, don Juan; perdóneme usted, señor conde; ya no volveré a esta casa, ya no volveré a presentarme ante usted.

—¿Por qué?—le dijo el general.—De ninguna manera: usted continuará visitándome como hasta aquí; hasta le convidaré a comer algunas veces, y entrará usted en mi despacho con tanta libertad, con más libertad que antes. De lo que ha pasado entre nosotros nadie sabrá nada, y aun nosotros mismos nunca hablaremos de ello. Yo le compadezco a usted aún más que le desprecio, y si alguna vez se ve usted en algún apuro de dinero, no tenga usted reparo en acudir a mí.

El miserable comprendió al punto la situación, y se separó con cierto desahogo de la pared.

—¡Qué bueno, qué bueno es usted y qué generoso!—dijo con afectada ternura.

Pero el general le interrumpió diciéndole:

—Nada de farsas: comprenda usted su situación; mucha prudencia, y arréglese usted la pechera y la corbata, para que al salir de aquí nadie sospeche lo que ha sucedido.

El general continuaba paseándose; el otro corregía cuidadosamente los desperfectos de su *toilette*.

—¿Puedo marcharme, señor conde?—preguntó al fin, en tono sumiso.

Y le contestó el general:

—Cuando usted quiera.

—Por de contado, que mis relaciones con Madrid han concluído, se lo aseguro a usted.

—De ninguna manera—le repitió don Juan Prim—: usted continuará prestando a la policía española el mismo servicio que venía prestando, y cobrará usted lo que le paguen, que no será poco.

El joven mostró cierta admiración, y don Juan explicó sus palabras de este modo:

—Usted entrará en este despacho siempre que quiera, yo me marcharé para dejarle a usted el campo libre; usted encontrará en el cesto de los papeles pedazos ro-

tos, fragmentos de cartas: en fin, todo lo que ha encontrado usted hasta ahora; los recogerá usted, como los ha recogido otras veces, y se los entregará usted a la policía española, como se los ha entregado hasta aquí. Y nada más. Nosotros no hablaremos más de este asunto: yo me aparto de él con asco; usted cumple a conciencia con quien le paga, y usted y yo olvidamos para siempre esta escena desagradable.

El joven se dió una palmada en la frente, y por primera vez se atrevió a sonreír.

—¡Admirable, admirable, general! Ya comprendo su idea: usted escribirá lo que quiera hacer creer en Madrid, y de este modo, por mi conducto, tiene usted a la policía española en perpetuo engaño.

—¡Basta!—le interrumpió el general con tono desabrido.—Lo que yo piense, lo que yo haga, o cuáles sean mis propósitos, no le interesa a usted, ni le aconsejo que se mezcle en ellos más que en la forma que le he impuesto. Usted hace su oficio, y cobra; yo me olvido de quién es usted, y sigo tratándole en público como antes; cuando estemos solos, no me dirija usted la palabra. Ya está la puerta abierta: puede usted marcharse al salón.

***

He procurado reproducir la escena anterior, que le oí dos o tres veces al general, porque se regocijaba contándola, y la contaba con sus detalles más minuciosos, con toda exactitud y fidelidad.

Por esta razón, creía la policía española que el general Prim continuaba en Bruselas, cuando ya estaba de viaje para unirse a los generales desterrados en Canarias.

Y por otros conductos he sabido que cuando al elemento oficial de Madrid se le decía que el general Prim había salido de Bruselas, se reían de la noticia, asegurando que por buen conducto sabían que el conde de Reus no se había movido de su casa.

Pero ya era un hecho: la revolución había estallado en España, y la colonia española de San Juan de Luz se dispersó en breves horas, procurando volver cada uno a su casa, como al estallar la tempestad huye una bandada de pájaros, buscando cada cual su nido.

Y yo también regresé apresuradamente a Madrid, a mi casa, a mi Escuela de Caminos, a mis obligaciones, regocijado, inquieto y curioso, y preguntándome a cada momento: ¿En qué parará todo esto? ¿Cuál será el desenlace del drama? ¿Triunfará la revolución? Y si triunfa, ¿qué clases de escenas vamos a presenciar? ¿Serán días de gloria, o días de tristeza? ¿Qué harán los hombres que han de gobernarnos?

Jamás pensé que ni aun en la esfera más modesta sería yo uno de aquellos hombres, que en aquellos momentos supremos había de tener una parte en la gran empresa de la reconstitución revolucionaria.

Ni lo pensé, ni lo sospeché jamás, ni tampoco lo deseaba.

¡Contribuir yo a la gobernación del Estado! ¡Qué locura! ¡Qué contrasentido!

Resolver una ecuación, resolver un problema geométrico, explicar unas cuantas lecciones: todo eso, bueno; pero ¡gobernar al país!

Juro por mi honor que jamás se me ocurrió tal idea.

Si otros lo pensaron y hubo quien me obligó, en él declino la responsabilidad de las consecuencias.

Y entramos ya resueltamente en los años de la revolución.

LIII

Cuando en pleno día empiezan a subir del horizonte nubarrones, y crecen, y se espesan, y suben por la atmósfera, y logran ocultar el disco solar, y se oyen truenos lejanos y caen gruesas gotas de lluvia, señales son de que la tempestad se aproxima.

Y es de ver entonces cómo los pájaros, que revoloteaban de árbol en árbol impregnándose de luz y de alegría, se aturden y tiemblan, y con revuelos angustiosos buscan el nido y a él se acogen huyendo de los furores de la tormenta.

Pues esto nos sucedió a todos los que formábamos la colonia española de Biarritz y de San Juan de Luz al llegar a nosotros los primeros relampagueos y los primeros truenos, que pronto fueron descargas y cañonazos, de la revolución del 68.

Sin ser pájaros, ni lucir primorosos plumajes, sino modestas telas de verano, más o menos catalanas, también nos azoramos y corrimos presurosos a meternos en el tren, y algunas horas más tarde en nuestras casas respectivas, que son como los nidos de las modernas sociedades.

Así, mi mujer y yo llegamos a Madrid y a nuestra casa, a ver en qué paraba la tormenta, temiendo yo que me cogiera el aguacero, y quién sabe si algún rayo de los furores revolucionarios.

A Madrid llegamos, y al día siguiente acudí yo a mi obligación, es decir, a la Escuela de Caminos, pensando para mis adentros: «Si la revolución triunfa, ¿cuánto durará el Cuerpo y la Escuela, y en qué manos caeremos, y cuál será el ministro que nos disuelva?»

¡Qué caprichosa es la vida humana, y sobre todo la vida social; y quién me había de decir a mí que, algunos días más tarde, en mis propias manos había de caer la Escuela de Caminos; es decir, que yo mismo iba a caer bajo poderes revolucionarios emanados de mi propia persona!

Combinación fué ésta que ni por un instante se me pudo ocurrir; y pasaron los días, llenos de noticias contradictorias, de grandes emociones y de sacudidas nerviosas.

Ya desembarcaron los generales; ya se sublevó Sevilla.

Ya avanzan las fuerzas de la revolución con el bravo general Serrano al frente, rodeado de aquellos generales de la «Unión liberal», que todos ellos formaron algunos años antes los «doce hombres de corazón».

—Pero el Gobierno resistirá: González Brabo no es hombre que se acobarda.

—El ministro de la Guerra está reuniendo fuerzas.

—Las fuerzas del Gobierno irán mandadas por el general Pavía, que también es hombre de mucho valor; de suerte que el choque de las fuerzas ministeriales y de las fuerzas revolucionarias será terrible.

Por la mañana recogía yo noticias en la Escuela de Caminos, en la que no todos los profesores participaban del espíritu revolucionario de la época.

Luego iba de aquí para allá, haciendo nuevo acopio de noticias, y por la noche a la *Revista de Obras Públicas*.

Gran curiosidad y gran ansiedad eran las mías, como las de todos los españoles que se interesaban por la vida política.

Pero como en aquella época yo no pertenecía a nin-

gún partido político, ni me trataba con ningún político de primera ni de segunda talla, claro es que no estaba en las interioridades de los partidos, y no sabía sino lo que sabía todo el mundo.

Miraba los acontecimientos desde fuera, entre los espectadores, y ni siquiera en palcos o butacas, sino desde la galería; en el escenario no había penetrado aún, ni jamás me había visto entre bastidores.

Y es claro: las novedades que yo podía recoger eran confusas, contradictorias y exageradas en uno u otro sentido.

Si hablaba con un progresista o con un amigo de los generales sublevados, me convencía al punto de que la revolución marchaba triunfante, y que, no más tarde que la semana próxima, entrarían vencedores en Madrid el general Serrano y el conde de Reus.

Si hablaba, por el contrario, con algún empleado de la situación o con algún ministerial, casi me convencía de que la revolución era una intentona fracasada.

Llegó al fin la gran noticia: súpose la batalla de Alcolea, y el triunfo del general Serrano, y la conducta heroica del general Pavía, y algunos días más tarde cantaba la musa popular:

«En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim.»

Aunque, a decir verdad, ni Prim estuvo en el puente de Alcolea, ni desde la costa, que por entonces estaba recorriendo, pudo ganar la batalla del célebre puente.

Era un hecho: la revolución triunfaba, y los acontecimientos se precipitaron.

Como yo no tengo la pretensión de escribir Historia, sino de redactar recuerdos personales, o sucesos en que yo tomara parte, y en aquéllos me limité a ser curioso, y cuando más interesadísimo espectador, no he de contar lo que todo el mundo sabe mucho mejor de lo que yo entonces pudiera saber.

Repetiré tan sólo que los acontecimientos en efecto se precipitaron; que el ministerio González Brabo se hundió estrepitosamente; que la reina Isabel abandonó el suelo de España y se refugió en Francia; que poco después entró triunfante en Madrid el general Serrano y los generales que le seguían; que Madrid se cubrió de barricadas, construídas la mayor parte de ellas cuando nadie las atacaba ni había necesidad de defenderlas, y que la villa heroica se encontraba en verdadero estado de fiebre.

Todos estos recuerdos pasan muy confusos por mi espíritu: veo masas populares; oigo gritos, vivas y mueras; veo generales que se asoman a los balcones y pronuncian discursos; leo periódicos que traen noticias de la revolución triunfante en todas partes, casi sin lucha, exceptuando alguna que otra resistencia, como la de Santander; oigo a todo el mudo y a todas horas anunciar la llegada del general Prim; se habla del nuevo ministerio revolucionario, mejor dijera, del Gobierno provisional, y empiezan a sonar nombres indiscutibles.

Antes de que el Gobierno provisional se constituya, antes de que la Junta revolucionaria de Madrid tome ninguna determinación, ya la masa popular ha distribuído las carteras.

Es evidente: el presidente del Gobierno será el general Serrano.

El general Prim será ministro de la Guerra. ¿Quién le quita a Prim el ejército?

El ministro de Marina será Topete, uno de los grandes elementos de la revolución.

Y Sagasta, el más ardiente, el más popular, el más simpático de todos los revolucionarios, el gran batallador del Parlamento, el que provocó cien tempestades con su palabra de fuego y las afrontó tranquilo, echando hacia atrás con un movimiento de su cabeza el artístico mechón de pelo, que con el tiempo se había de convertir en *tupé;* el condenado a muerte, el del ostracismo, el amigo íntimo de Calvo Asensio y del marqués

de la Vega de Armijo, la esperanza y el orgullo del partido progresista; para él, para Sagasta, era, sin género ninguno de duda, el ministerio de la Gobernación.

Con Prim en Guerra, y en Gobernación Sagasta, la revolución estaba asegurada: no había nadie capaz de escamotearla, como se escamoteó la del bienio.

Así pensaban los revolucionarios más entusiastas y más ardientes.

Los demás ministerios tenían importancia, pero no importancia decisiva.

Se hablaba de Romero Ortiz, para Gracia y Justicia; de Ayala, para Ultramar; de Lorenzana, el gran periodista, para Estado: Lorenzana, que, con sus artículos *Meditemos* y *Misterios*, que todo el mundo sabía casi de memoria, había asestado golpes de muerte a los palaciegos.

También se hablaba de Ruiz Zorrilla para Fomento; pero aun Ruiz Zorrilla no tenía ni la fuerza ni el prestigio que tuvo más tarde. Era un progresista de prestigio, muy simpático en su círculo, una esperanza; pero había otros, según se decía, que le disputaban la cartera.

***

Al fin entró el general Prim en Madrid, y nunca se ha visto, no diré entusiasmo, sino delirio semejante.

Las masas populares le saludaban como vencedor de Alcolea.

Yo recuerdo que el día en que entró el general Prim, ni por curiosidad pude ir a presenciar su entrada, porque una desgracia de familia ocupó toda mi atención y todas mis horas.

Un sobrinito que vivía con nosotros fué víctima de un accidente, y tuve que salir a toda prisa a buscar al médico.

Tenía que cruzar la calle de Alcalá y después la Puerta del Sol, y era imposible que yo atravesase por

aquel torrente humano, ni que cruzara por aquel mar de entusiasmo, de pasiones, de gritos, de vivas y de mueras.

Así es que sólo recuerdo aquella escena como algo fantástico, que deja una confusión en el recuerdo, sin nada concreto, sin ninguna línea marcada, sin ningún accidente determinado: cabezas que expresan pasiones intensísimas, bocas abiertas que no cesan de vocear, gorras, sombreros, banderas y fusiles que se agitan en el aire, remolinos humanos que todo lo atropellan, y un hombre, vestido de uniforme, que habla en el balcón del Ministerio de la Gobernación: creo que era el general Prim.

Y yo procurando atravesar, sin conseguirlo, por el poderoso oleaje de aquel océano.

En aquel momento, la verdad sea dicha, a pesar de todos mis entusiasmos revolucionarios y de mi admiración por el héroe de los Castillejos, más que la revolución y que el general Prim me preocupaba la angustia que había dejado en la familia: un pobre niño que se moría, y que al fin se murió; un médico a quien yo iba a buscar, sin poder llegar a él, y miles y miles de seres, agitados por la pasión y por el delirio, interponiéndose con inmenso empuje revolucionario entre una criatura que agoniza y un médico que no llega.

Contrastes singulares de la vida: entre una pobre criatura y su esperanza de salvación, el torrente revolucionario; una sociedad que muere y otra que nace; añicos de un trono secular entre olas humanas, y a lo lejos la tabla sublime de los derechos individuales.

Y no pude pasar; fuí costeando aquel brazo de mar, fuí como por las orillas, atravesando calles laterales, mirando constantemente el reloj: ha pasado un cuarto de hora, ha pasado media hora y una hora entera. ¡Qué pensarán en casa! ¡Qué angustia!

Y para llegar al médico tuve que dar un inmenso rodeo, hasta encontrar un vado en la desbordante corriente revolucionaria.

Este es el único recuerdo que conservo de la entrada del general Prim en Madrid.

***

Pasaron algunos días, no muchos, y de aquellos días no conservo memoria. Al fin se constituyó el Gobierno provisional, que fué, poco más o menos, el que la voz popular había proclamado, y el que yo enumeraba hace un momento.

Y sucedió lo que sucede siempre: aunque el Gobierno formado era casi el que dictó la opinión pública, no todos los políticos estaban satisfechos, a juzgar por los comentarios, observaciones y juicios que yo recogía en diferentes círculos y de las varias personas con quienes conversaba sobre política, que no de otra cosa que de política se hablaba aquellos días, aunque la política tenía por entonces un nombre supremo: la revolución.

Según parece, los antiguos progresistas no estaban satisfechos.

Lamentábanse de que se prescindiera en absoluto del general Espartero, el gran caudillo de la guerra civil, el ídolo del partido progresista, el ídolo del pueblo.

Y se prescindía de él y de sus más fieles y antiguos servidores. Se le arrinconaba; con mucho respeto, con veneración casi, pero se le arrinconaba.

Y el elemento más joven y más activo, aunque públicamente hacía alarde de su respeto y de su admiración por el viejo caudillo, en voz baja y en la intimidad mostrábase resuelto a trabajar por su cuenta y a dar a la revolución nuevo rumbo.

Espartero, según ellos, era muy noble, muy simpático, muy glorioso; pero no era un hombre político para los nuevos ideales.

Era excesivamente bueno; pero se dejaba dominar, y siempre se había dejado dominar por los santones del partido progresista: así se les llamaba, *los santones*.

Sólo había estado en el poder del 40 al 43, y con tan poca suerte, que había caído por una coalición de liberales y de moderados.

Volvió el 54, estuvo dos años gobernando, y por fin le arrojaron los generales de la Unión liberal.

No, decían, hágase del general Espartero todo lo que se quiera: un príncipe; y algunos, aunque pocos, más tarde quisieron hacer un rey; mas para jefe de Gobierno no sirve; se dejaría engañar, como se ha dejado engañar siempre.

Algunos meses más tarde oía yo a uno de los prohombres de la situación hacer una semblanza jocoseria del general Espartero, en la cual el héroe de Luchana no quedaba muy bien parado.

De todo esto resultaba cierto disgusto de los viejos progresistas, que no tuvo consecuencias porque este pequeño grupo no representaba una fuerza viva en aquella situación.

Tampoco estaban muy satisfechos los partidarios de Olózaga, porque, aunque de Olózaga no se podía prescindir ni se le podía condenar a figura decorativa de algún altar revolucionario, sin embargo, en el Ministerio, no tenía representación directa e influyente.

El Ministerio estaba formado por elementos activos, jóvenes, de gran empuje y que inspiraban grandes simpatías a los revolucionarios ardientes, aunque éstos tampoco estaban muy satisfechos del contrapeso de la Unión liberal, sin tener en cuenta que, en el hecho material de la revolución, la fuerza de la Unión liberal había sido decisiva, como lo demostró más tarde Ayala en un soberbio discurso que le costó la cartera, según referiremos cuando llegue el momento oportuno.

Sin embargo, con Prim, en el Ministerio de la Guerra, y Sagasta, en el de la Gobernación, los revolucionarios ardientes estaban tranquilos por el pronto.

Algunas otras quejas y censuras se oían, pero eran de menos importancia, porque no tenían más que un carácter puramente individual.

Citaré una de estas quejas, murmuraciones o censuras, porque es caso curioso, y aun pintoresco, y que demuestra cómo en este mundo las cosas en sí más insignificantes y más prosaicas pueden tener consecuencias graves en la vida y el destino de las criaturas.

Fué uno de los hombres más importantes en el partido progresista durante muchos años, uno de los más populares, y, al decir de las gentes, de los que más servicios prestó a la causa de la revolución: el célebre Carlos Rubio.

Joven ardiente, escritor notabilísimo, periodista de primer orden, que había reñido grandes batallas desde *La Iberia*, que así salía a batirse en las barricadas personalmente, como escribía un artículo de historia o de política palpitante, o como hacía vibrar su lira, porque era poeta inspirado y hombre de mucha cultura, escribiendo hermosos versos.

Todavía recuerdo yo una composición a Napoleón I con motivo de la guerra de Italia, a que acudió, mejor dicho que encendió, su sobrino Napoleón III en defensa de la unidad italiana.

Y decía Carlos Rubio:

«Allá desde el desnudo
peñón de Santa Elena,
la lid contempla mudo
el vencedor de Jena.»

En suma, que cuando llegó la revolución de septiembre, Carlos Rubio era una de las figuras, al menos para los que estábamos en la parte de afuera, de más relieve, y todos pensábamos, o por lo menos pensábamos los jóvenes: «Claro está, Carlos Rubio será ministro.»

Pues no fué ministro, ni a nadie se le ocurrió ofrecerle una cartera; según se dijo, le ofrecieron, sí, un alto cargo, director o subsecretario, o cosa por el estilo, que él desdeñó, retirándose casi de la vida política; el caso fué que algún tiempo más tarde murió olvidado en un

rincón, recibiendo, según pude oír, algunas limosnas de sus antiguos compañeros.

Un astro de fuego ardiente que de pronto se apaga.

¿Fué injusticia, fué ingratitud, fueron malas pasiones de la política, que utiliza a los hombres como instrumentos en las épocas de peligro, y que luego los arroja con desdén cuando no los necesita?

Yo no sé si fué algo de esto, porque en aquella época y en la época anterior no vivía en el escenario de la tragedia pública, sino que allá desde la galería veía lo que pasaba en la rampa cuando el telón se levantaba.

Pero sí puedo referir lo que públicamente se decía en los círculos de la Juventud Liberal, que era la más encariñada con Carlos Rubio.

Decíase: «Pero si era imposible que nombrasen ministro a Carlos Rubio, si era absolutamente imposible; si a nadie ni de nadie puede quejarse más que de sí mismo y de sus extravagancias.»

¿Y por qué no podía ser ministro Carlos Rubio?

Porque vestía muy mal.

No es que vestía mal: es que su traje era astroso y desastroso, viejo siempre, sucio siempre, siempre deshilachado; sus botas, ostentando costras de barro de los últimos barrizales; su camisa, su cara y su pelo, en armonía con sú traje.

Y no era miseria: era capricho singularísimo, era alarde de filósofo cínico, era desprecio al lujo, al cual quería abofetear con sus andrajos.

Oí contar que más de una vez sus amigos, medio en broma, medio en serio, le regalaron un traje nuevo y unas botas con lustre, y en seguida mandó él al chico de la Redacción a que las refregase en el charco más próximo: de ahí vino entonces la frase corriente de que Carlos Rubio no mandaba las botas a dar lustre, sino a que las diesen barro.

Y no es que fuese sucio, pues, según afirmaban sus íntimos, se bañaba con frecuencia.

No es que no fuera artístico: al contrario, su espíritu

era eminentemente poético, y para escribir empleaba papel satinado y de dorado canto; llenaba una cuartilla con letra muy grande, y, sin secarla ni echarla polvos, la ponía en el suelo a su lado.

Y escribía otra, que colocaba sobre la primera, y así sucesivamente; de donde resultaba, borrándose unas cuartillas por otras, un escrito casi ininteligible.

Nada de esto que refiero me consta personalmente: son cosas que yo entonces oía referir y que ahora recuerdo.

Por lo demás, sólo una vez hablé con Carlos Rubio, al cual antes yo no conocía personalmente.

Salía yo con Sagasta no sé si de la Escuela de Caminos o de la *Revista de Obras Públicas*, cuando vino hacia nosotros un individuo con todas las apariencias del más miserable sablista, y detuvo a Sagasta, hablándole familiarmente.

Sagasta, sin duda para que no me extrañase aquella intimidad con persona de tan andrajosa apariencia, me dijo, haciendo la presentación con su sonrisa más simpática:

—Es el señor don Carlos Rubio, a quien ya conocerá usted.

Y recuerdo perfectamente que empezó de este modo: *Es el señor...*, como quien dice: A pesar de lo mal perjeñado que le ve usted, es todo un personaje en política, y hombre que vale mucho, y muy amigo mío.

Pero la explicación era necesaria para mí y para todos los que pasaban por la calle.

Ello sería lo que fuese; pero Carlos Rubio no fué ministro.

De haber vestido siquiera decentemente, lo hubiera sido.

Y he aquí cómo la manera de vestir tiene influencia decisiva en el destino de las criaturas.

Por eso, sin duda, Paul de Kock escribió aquella regocijada novela que se titulaba *El hombre de los tres calzones*.

Al pobre Carlos Rubio le hubiera bastado con tener uno presentable para llegar a la cumbre de la política.

*
* *

Realmente, desde que yo llegué a Madrid, al regresar de San Juan de Luz, hasta que fuí nombrado director de Obras públicas, sucedieron tantas cosas y fué tal el torbellino de los acontecimientos, que mis ideas se confunden o, mejor dicho, se confunden mis recuerdos, y no sé lo que sucedió antes ni lo que sucedió después: sólo sé que sucedieron muchas cosas, unas grandes y otras pequeñas, que todas revueltas, como madeja con la cual acaba de jugar un gato, acuden a mi memoria y la despiertan.

Al llegar a Madrid, como ya he dicho, noticias, que se suceden y se precipitan, sobre el movimiento revolucionario.

Que los generales se escaparon de Canarias. Que se sublevó Topete en la fragata «Zaragoza». Que se sublevó Izquierdo con la guarnición de Sevilla. Que el general Prim recorre la costa.

Que se dió la batalla de Alcolea. Que venció Serrano. Que Pavía quedó heroica y cruelmente herido.

Que se agitó Madrid. Que Escalante dió las armas del Parque al pueblo. Que hubo barricadas y lucha. Que venció la revolución, por fin, en la capital del Reino.

Que el pueblo quiso asaltar el Palacio Real; que don Nicolás María Rivero apareció en la escalera del regio alcázar, cerrando el paso a la muchedumbre, y que él sólo, con su inmensa autoridad, con su heroico valor personal y con su elocuencia de tribuno, contuvo el torrente revolucionario: lo cual prueba, dicho sea de paso, lo que era aquel hombre y lo que era aquel pueblo.

Porque la masa popular, ni tenía ansias de pillaje, ni tenía ansias de sangre.

Hubo aisladamente algún crimen; pero fueron críme-

nes aislados, de esos que siempre pueden ocurrir, y de los cuales nunca es responsable la masa, por muy ardientes que sean sus pasiones.

Todo esto se contaba, todo esto se decía, con otras muchas cosas, que unas serían ciertas y otras no, pero que daban carácter y color y vida a la tragedia política que por entonces se desarrollaba en España, y que yo, como espectador de los más modestos, presenciaba en Madrid.

*
* *

Era yo uno de los espectadores más modestos; y de pronto, sin saber cómo, iba a verme en el escenario.

No lo olvidaré nunca: volví a mi casa a la hora de comer, y me dieron una carta que había llegado para mí con carácter de urgente.

La abrí, miré la firma: era de don Laureano Figuerola, a quien yo no había visto hacía muchos meses.

La leí una vez, sin entenderla bien, y tuve que leerla por vez segunda para poder enterarme.

En sustancia, venía a decirme esto:

«Ha llegado el momento de que fundemos algo práctico, de que llevemos nuestras teorías a la realidad, de que hagamos algo por la patria, que el período de propaganda ha concluído.

»Zorrilla me pide un director de Obras públicas, y yo le he hablado de usted, asegurándole que le obligaría a aceptar.

»Vaya usted a verle mañana mismo; yo me llevo a Hacienda a Rodríguez; conque buen ánimo y adelante.»

Y concluía con unas cuantas frases de entusiasmo.

¡Pobre don Laureano Figuerola! ¡Qué bueno era, qué noble, qué leal, cuánto le debo!

¡No le he olvidado nunca, pero una vez más quiero recordar que no le he olvidado!

Me quedé aturdido, sin saber lo que me pasaba.

Mi familia creyó, al ver el efecto que la carta me había producido, que era la noticia de alguna desgracia.

Pues era, en rigor, el nombramiento de director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio; es decir, todas las Direcciones del Ministerio de Fomento, reunidas en una; todas, menos la Dirección de Instrucción pública; en suma: lo mismo que hoy constituye el Ministerio de Fomento.

Aquella noche ya no dormí bien. Experimentaba una mezcla confusa de sentimientos: alegría y temor, vanidad satisfecha y miedo de que al fin y al cabo, sin ganar gran cosa, perdiese mucho en tranquilidad y en dicha positiva; el interés material, que aunque yo nunca he sido interesado, en todo ser humano despierta, cuando llega la ocasión y es legítimo y reclama sus derechos de legitimidad. Porque, al fin y al cabo, no es lo mismo ganar veintiocho o treinta y cuatro mil reales al año, que ganar cincuenta o sesenta mil reales, con sus correspondientes derechos pasivos.

¡Y subir en la escala social: ahí es nada!

Para mí, ser director de Obras públicas en aquella época era un ideal, más que un ideal, porque jamás imaginé que pudiera llegar a serlo.

Había ciertas posiciones sociales que yo miré siempre desde lejos, y que siempre me parecieron inaccesibles.

Lo más a que yo aspiraba, allá andando el tiempo, cuando fuera muy viejo, era llegar a ser director de la Escuela de Caminos.

¡Pero director de Obras públicas!

¡Qué delirio!

De ministro, no se diga: la poltrona ministerial se perdía allá en las nubes. Si yo hubiera sido mahometano, para mí el ministro de Fomento hubiera sido Alá en persona, y el director de Obras públicas, Mahoma, su profeta.

Y he aquí que de pronto, mediante una carta de Figuerola, iba yo a convertirme en el profeta de Alá.

No había que dudarlo: en las amplias regiones de aquel Ministerio, que para mí por aquellos tiempos el Ministerio de Fomento lo era todo, Ruiz Zorrilla iba a ser Alá, y yo Mahoma con ilustrísima.

Claro es que no dudé un momento; estaba dispuesto a aceptar, y al día siguiente, faltando por primera vez durante muchos años a la Escuela, me fuí a ver a don Manuel Ruiz Zorrilla.

Y que se quejase el director de la Escuela de mi falta: mi jefe del día antes iba a ser mi subordinado del día después.

LIV

Mal dormí aquella noche; sentí una mezcla de júbilo y de temor.

Era natural el júbilo: el salto que daba en mi carrera bien podía satisfacer al hombre más ambicioso, y yo nunca lo he sido.

Ahí era nada: de modesto profesor de la Escuela, a director de Agricultura, Industria y Comercio; una Dirección que era casi un Ministerio; como que después lo ha sido y hoy lo es.

Pero también sentía temor: ¿serviría yo para tan alto cargo?

Que yo podía desempeñar bien una clase de la Escuela, ya lo sabía, porque fué el trabajo a que consagré toda mi vida, y decir otra cosa fuera, más que modestia, afectación hipócrita.

Pero desempeñar una Dirección de tanta importancia, era cosa muy distinta y representaba un trabajo de muy diversa índole.

No es que yo fuera ajeno a la Administración pública. Había estudiado Derecho administrativo con Gabriel Rodríguez, y lo había estudiado a conciencia.

Había practicado en provincias el servicio de Obras públicas, que no era ciertamente una montaña.

Conocía la legislación de ferrocarriles, y aun había es-

crito muchos artículos sobre esta materia; entre otros, varios combatiendo el sistema de subvenciones.

El estudio de la Economía política me abría anchos horizontes respecto a la Industria y aun respecto a la Agricultura.

De suerte que el terreno en que yo había de maniobrar no era completamente nuevo para mí.

De todas maneras tenía miedo, porque yo, antes de acometer una empresa, siempre tengo miedo y recelo, sensaciones ambas que desaparecen cuando estoy en ella.

Pasaron aquellas horas de insomnio o de sueño inquieto, en que vi desfilar ante mí multitud de expedientes, que son los fantasmas más repugnantes de la creación: los más repugnantes y los más prosaicos.

¡Andar con expedientes entre manos, expedientes en que palpita dinero, intereses, responsabilidades, picardías más o menos disfrazadas en muchas ocasiones, cuando se puede vivir entre ecuaciones, integrales y grandes problemas matemáticos, es un verdadero tormento a que sólo puede someterse un hombre de mis gustos cuando no es rico, como no lo he sido nunca, y necesita liquidar sin déficit su presupuesto anual mediante un buen sueldo!

¡Oh el dinero! ¡Qué hermoso y qué horrible, qué cruel y qué cariñoso, qué sucio y qué limpio; qué simpático cuando sirve para librarnos de tantas y tantas esclavitudes de la vida; qué antipático cuando para ganarlo hay que sacrificar la libertad y la afición y toda la poesía de la existencia!

Si yo hubiera sido rico, no hubiera aceptado la Dirección que se me ofrecía.

No lo era; mi nuevo cargo significaba un porvenir desahogado para mi familia, y tuve que separarme de mis cátedras, de mis libros, de mis problemas, de mis aficiones literarias y hasta de mis conatos de dramaturgo.

Iba a ser empleado de la Administración; alto empleado, pero empleado al fin.

Estaba resuelto a aceptar la Dirección de Agricultura, Industria y Comercio, no como el que realiza una aspiración ambiciosa, sino como el que cumple un penosísimo deber.

*
* *

A la hora que en su carta me decía don Laureano fuí al Ministerio de Fomento, vi a don Manuel Ruiz Zorrilla y celebramos una larga conferencia.

Le encontré amable, cariñoso, un poco brusco en la forma; pero muy espontáneo y muy natural.

Lo primero que me dijo fué que ya sabía, por Figuerola, que yo era de la buena cepa, muy liberal y muy avanzado, y me instó cariñosamente para que aceptase el cargo que me ofrecía.

¿Lo creerán mis lectores? Acaso no lo crean; pero yo les aseguro que es verdad.

Acepté, pero con ciertas *condiciones*.

¡Poner yo condiciones para aceptar un cargo como aquél! ¿No es esto absurdo, casi cómico, de todas maneras inverosímil?

Pues así se lo dije a Zorrilla.

— Yo le agradezco a usted, don Manuel, el ofrecimiento que me hace. Su bondad de usted no la olvidaré nunca (y, en efecto, nunca la he olvidado). Sin falsa modestia le digo que es mucho más de lo que yo merezco; que nada hice para merecer puesto tan alto, porque ni pertenezco a ningún partido político, ni he trabajado por la revolución exponiendo, como todos ustedes, mi vida o mi hacienda.

»Y, sin embargo, mi conciencia no me permite aceptar el cargo con que usted me brinda, sino con ciertas condiciones.»

¡Ponerle yo condiciones a don Manuel Ruiz Zorrilla!

— Ya comprendo que es casi una insolencia. ¿No podía yo darme por muy contento y por muy honrado con tomar buenamente lo que usted me ofrece?

— Explíquese usted — me dijo don Manuel un tanto sorprendido.

Yo creo que pensaba para sí: — ¡Vaya un individuo vanidoso que me recomienda don Laureano!

— Pues me explicaré — le dije con bastante calma y bastante dominio de mí mismo.

— ¡Vamos a ver! — dijo él echándose un poco atrás en el sillón.

Y empecé yo a justificar mi atrevimiento.

— La Dirección que tiene usted la bondad de ofrecerme es de un trabajo enorme; pero no es el trabajo lo que me asusta.

»Lo que me asusta es que casi todos los asuntos que como director he de resolver o que he de traerle a usted a la firma, sobre todo en lo que se refiere a caminos de hierro o carreteras, y en general a obras públicas, son, no sólo complicados, sino de gran responsabilidad.

»Usted sabe todo lo que se ha hablado en estos últimos tiempos y toda la atmósfera que se ha creado respecto a asuntos de ferrocarriles y a contratos de carreteras.

»Sé yo que de algunas de estas cuestiones se cuentan años, muchos años, y que nadie se atreve con ellas.

»Y no sólo son cuestiones graves y complicadas y de responsabilidad, sino que su número es enorme.

»No hace muchos días que supe, incidentalmente, que sólo en el negociado de carreteras hay dos mil expedientes sin resolver.»

— Todo eso es verdad — me dijo don Manuel —, y es necesario mucho tiempo, mucha energía y mucha pureza en la administración, que para eso hemos venido: para restablecer la moralidad; y por eso contaba con usted, por lo que de usted había oído y por lo que de usted me había dicho don Laureano.

Y la cara de Zorrilla, que cuando le hablé de condiciones se había obscurecido un tanto, empezó a iluminarse;

porque dos cosas le entusiasmaban, o, mejor dicho, tres: mucha libertad, mucha moralidad y sentar la mano de firme a todos los reaccionarios, y a los moderados sobre todo.

— Ahora bien — seguí yo diciendo —: con esa masa enorme de expedientes, calculo yo que, por mi cuenta, tendré que resolver al día así como veinte o treinta de los graves, y que tendré que traerle a usted a la firma otros diez o doce, de los graves también.

»Pero es absolutamente imposible que yo estudie a conciencia y determine una resolución con seguridad absoluta de acierto y de justicia en veinte o treinta expedientes. Esto es materialmente imposible: ni bastan fuerzas, ni basta el trabajo, ni mi inteligencia puede vencer tales dificultades.

»No preciso las cifras anteriores como exactas: las digo como pudiera decir otras, para expresar con claridad mi pensamiento, que es este: es imposible despachar mucho y despachar bien, teniendo conciencia de lo que se hace.»

— Tiene usted razón — me dijo don Manuel —: eso que usted dice es muy exacto. La centralización, la maldita centralización.

Y dió un puñetaño formidable sobre la mesa, uno de aquellos puñetazos bajo los cuales vi temblar muchas veces, y estar a punto de romperse, el mármol de la chimenea del salón del Consejo de ministros.

— ¿Lo ve usted, Echegaray, lo ve usted? — siguió diciendo —. Con esta centralización no se puede hacer nada, ni hay trabajo útil, ni hay moralidad, ni hay progreso: es preciso descentralizarlo todo.

»Pero mientras se descentraliza, ¿qué hacemos?»

— A eso voy, don Manuel, a eso voy. Como es imposible que usted estudie por sí todos los expedientes que le traiga a la firma, es absolutamente indispensable que tenga usted confianza completa en mí, y que cuando yo le diga: «Ese expediente es sencillo, se trata de tal cosa», y lo explique en breves palabras, usted lo firme, por re-

gla general, sin dedicarse a su estudio, para lo que, como le digo, no tendría usted tiempo

»Por el contrario, cuando un expediente sea muy grave, y yo no lo vea con perfecta claridad, se lo diré a usted; le diré: «Don Manuel este expediente debe usted »estudiarlo por sí mismo»; y después hablaremos de él los dos.»

— Muy bien, me parece muy bien; eso haremos; y ya veo que es usted un hombre práctico, además de saber muchas matemáticas.

»La verdad es que yo estos días no tengo tiempo para nada. ¡Oh, la política! ¡Valencia, Valencia nos va a dar un disgusto! ¡Cómo nos ha dejado el país ese infame moderantismo! — Dijo esto haciendo un movimiento para levantarse.

Yo le contuve, rogándole que me escuchase unos momentos más, diciéndole:

—Ahora vamos a las condiciones.

—¡Ah! sí, las condiciones—dijo con cierta resignación.

—Voy a concluir. Para que yo tenga tiempo de estudiar los expedientes que le traiga a usted al despacho, es indispensable que yo cuente con un personal de absoluta confianza, inteligente y honrado, y que ellos hagan conmigo lo que yo me propongo hacer respecto a los asuntos que le traiga a resolución.

— Muy bien — dijo, entusiasmándose —: necesitamos un personal de primer orden. En el Ministerio de Fomento no entra nadie que no reúna estas cuatro condiciones: muy honrado, muy patriota, muy inteligente y muy trabajador. Justamente le he traído a usted para el Negociado de Montes un pariente mío que es una alhaja. Lo que él le ponga a usted a la firma puede usted firmarlo con los ojos cerrados; y a Instrucción pública voy a traer un personal de primera: por el pronto, Manuel Merelo y, además, Picatoste, que es un chico que vale un imperio. ¿Le conoce usted?

— Personalmente no le conozco; pero sé, en efecto, que vale mucho.

Le conocía por la firma, pues había escrito varios artículos contra mi discurso de la Academia.

— Pues voy a concluir, don Manuel: yo no puedo aceptar la Dirección de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, si usted no me nombra para los principales negociados, por ejemplo: el de Ferrocarriles, el de Carreteras, el de Puertos y algunos otros, las personas que yo le indique, y que son de mi absoluta confianza.

Don Manuel se quedó mirándome, pensando, sin duda: ¡Demonio con el director que me he echado, que quiere hacer él los principales nombramientos en el Ministerio!, nombramientos de 24.000 y 30.000 reales.

Yo me adelanté a lo que él pudiera decirme.

— Ya comprendo que es un atravimiento en mí; que yo no tengo derecho de ningún género para que usted acceda a lo que deseo; que en un cambio tan absoluto, no ya de política, sino de régimen, estará usted verdaderamente abrumado de recomendaciones y de compromisos.

— Para mí no hay compromisos — dijo, dando otro puñetazo formidable en la mesa y levantándose de golpe.— Para mí no hay más compromiso que el de los buenos empleados y el buen servicio y la pureza en la administración.

¿Cree usted que no he tenido compromisos, y de fuerza, para la Dirección de Obras públicas?

Pues les he dicho lo mismo que usted me está diciendo, y le he buscado a usted, a quien no tenía el gusto de conocer; de modo que tiene usted razón, y acepto las condiciones, y nombraré los que usted me diga, claro es que bajo la responsabilidad de usted; pero, una pregunta: ¿son liberales, muy liberales? No se nos vaya a meter en Fomento, de donde acabo de echar tantos moderados, otros perros de la misma traílla.

— Son liberales, muy liberales; demócratas todos ellos, y en la corriente de las nuevas ideas. Además, honrados e inteligentes.

— Con eso me basta; mañana viene usted a tomar posesión, y me trae usted la lista.

Y nos despedimos afectuosamente.

***

Yo salí encantado de la conferencia.

Encantado y agradecidísimo.

Casi cuarenta años han pasado, y todavía admiro y agradezco la gallarda actitud de don Manuel Ruiz Zorrilla en aquella ocasión.

Ha de reconocerse que pocas veces se habrá reproducido caso semejante.

Porque ha de reconocer el lector que eran circunstancias verdaderamente excepcionales.

Una revolución como aquélla, que todo lo derrumba, empezando por un trono secular; que llega vencedora por su fuerza propia; que trae consigo tres partidos, el progresista, el democrático y el de la unión liberal, con un personal inmenso, y para algunos de ellos con un hambre atrasada de doce o catorce años.

Gentes que han estado luchando, sacrificándose, jugándose muchas veces la vida; que todos son pobres, y que se creen con derecho, no diré a participar del botín, pero sí a buscar en la victoria la natural compensación de tantos años de privaciones y fatigas.

A la naturaleza humana hay que tomarla como ella es; pretender que en las luchas sociales todos sean mártires y héroes, es pretender lo imposible, por no decir lo absurdo.

Así es que yo me figuraba qué compromisos, qué recomendaciones, qué asaltos no rodearían a Zorrilla en aquellos momentos, pidiéndole toda clase de plazas, desde las más elevadas a las más humildes.

Y, sin embargo, él se desprendió de las plazas más importantes del Ministerio de Fomento; y aceptando mis condiciones, no por mí, sino por noble espíritu de

justicia y de orden, tomó por su cuenta todas las recriminaciones y todos los disgustos.

Yo creo que fué uno de los actos más nobles, aunque nunca fué conocido, de don Manuel Ruiz Zorrilla.

Acto de rectitud, de nobleza, de buen deseo, y hasta de valor cívico; porque ¿qué iba a responder cuando uno y otro pretendiente, y los hombres políticos que los recomendaban, le preguntasen con indignación patriótica: «¿Quiénes son y qué méritos tienen esos que ha nombrado usted para las principales plazas del Ministerio de Fomento?

»¿En qué partido de los partidos vencedores figuran?

»¿Qué sacrificios han hecho por la revolución, ni quién es ese que les recomienda?»

Pues, sin embargo, se hizo como yo pedía, y nombró Zorrilla a los que yo propuse.

Desde entonces acá muchas veces he sido ministro en varios departamentos, y en épocas, aunque agitadas muchas de ellas, no de tantas violencias revolucionarias como aquella primera época de mi noviciado político, pues jamás he podido hacer lo que hizo don Manuel Ruiz Zorrilla.

Sólo aquella vez pude yo nombrar empleados con libertad completa.

Después, nunca. O he debido respetar los que encontraba, o me han sido impuestos por altas razones políticas.

***

Al día siguiente le llevé mi lista, que ya tenía pensada de antemano.

Eso sí, el personal que le propuse era brillante.

Propuse a Saavedra, un sabio, un gran profesor, un gran ingeniero, un hombre de rectitud extraordinaria y de respetabilidad indiscutible.

Quise proponer a don Eduardo Gutiérrez Calleja, también de gran mérito, como lo había demostrado en

la Escuela de Caminos, y como lo demostró después. Inteligencia serena y segura, rectitud inconmovible.

Pero, agradeciéndome la propuesta, no quiso aceptar, porque era un espíritu independiente.

Propuse, y aceptó, a don Manuel Pardo, que había sido discípulo mío, cuya inteligencia clara, cuya integridad y cuya energía para el trabajo conocía yo perfectamente; sabía, al proponerle, que la Administración ganaría mucho. Si de algo pecaba era de severidad administrativa.

Propuse todavía a otros dos ingenieros de grandes condiciones y de excelente reputación en sus Cuerpos respectivos: a don Adolfo Ibarreta y al ingeniero de minas señor Abeleira.

Algunas propuestas más hice, pero ya para puestos más subalternos, y me presenté con mi lista a don Manuel Ruiz Zorrilla, como presidente del Consejo de Ministros que presenta a su soberano la lista del ministerio.

La leyó con calma don Manuel, se echó a reír, y acaso pensó: «Pues no se ha quedado corto mi director de Obras públicas.»

Y me dijo:

— No conozco a ninguno, ni he oído hablar de ellos en mi vida; pero cuando usted lo propone, buenos serán.

— A algunos de ellos les conoce el señor Figuerola.

Y él me interrumpió:

— No es necesario: yo deposito en usted mi confianza, y yo no la deposito nunca a medias.

Me puso la mano en el hombro, con la otra mano estrechó la mía, y agregó, con aquel tono de llaneza, a veces un poco brusco, pero siempre comunicativo, y que luego le ganó el entusiasmo de los elementos más avanzados:

— Hoy mismo se harán todos estos nombramientos, y cuando me pregunten los compañeros diré que

los ha nombrado usted, y si no les parece bien, que yo respondo. Usted los nombra, y yo respondo de los nombramientos; conque ahora, a trabajar todos, que todos nos debemos a la patria y a la revolución.

Y, en efecto, al día siguiente salieron los nombramientos en esta forma:

Saavedra, para el negociado de Ferrocarriles.

Pardo, para el de Carreteras.

Ibarreta, para Puertos.

Abeleira, para el negociado de Minas.

Y así sucesivamente.

Pues aquel mismo día, antes de hacer los nombramientos, tuve ya un disgusto; pero un disgusto grave, porque se trataba de una persona a quien yo respetaba mucho, desde lejos, porque jamás había tenido ocasión de intimar relaciones con ella; es decir, con dicho hombre político. A quien yo admiraba, aunque jamás se lo había dicho. A quien después me unió una amistad íntima, profunda, casi fraternal, sin la menor nube, sin la más pequeña intermitencia, constante, firme y duradera en veintitantos años.

Y, sin embargo, aquella amistad tan cariñosa y tan leal, empezó casi por una riña.

¡Qué cosas tan extrañas tiene la política!

El personaje con quien casi reñí en aquella ocasión, por quien estuve casi a punto de presentar mi dimisión a Zorrilla, no podrá adivinar el lector quién era.

Pues era nada menos que mi querido, que mi inolvidable amigo don Cristino Martos.

Y me pedía una cosa que era justa, que era conveniente, que era casi una reparación: de suerte que él pedía con justicia y con rectitud; y yo con justicia y con rectitud, y cumpliendo deberes ineludibles, tenía que negarlo.

El, con su elocuencia, maravillosa, que siempre fué para mí algo así como una sugestión, pedía como sabía pedir, y apretaba como sabía apretar, y si tenía habilidades de abogado aun para las malas causas, ¡qué no sería

defendiendo una causa buena, y además una causa simpática!

Y yo, irritado contra la suerte, que a las veinticuatro horas de estar en Fomento me ponía frente a frente de un hombre a quien yo de antemano admiraba, y por quien experimentaba grandes simpatías; irritado conmigo mismo por no lograr convencer a Martos, y seguro de que nunca podría convencerle, resistía ya, más que con razones, con una terquedad que acaso él imaginase desabrimiento.

El me pedía el negociado de Ferrocarriles para un amigo suyo, don B. L., ingeniero también, también amigo mío, y de grandes merecimientos; y sin embargo, yo no podía nombrarle, por las razones que expondré más adelante; porque es una historia curiosísima, es una historia dramática, mejor dicho, una historia entre melodrama y tragedia.

Martos la conocía y era su gran argumento, y era argumento de gran fuerza.

Yo la conocía también antes de que él me la relatase, y era el argumento que yo tenía para no acceder a su petición.

Y la entrevista duró más de hora y media.

Acababa de hablar con don Manuel, y don Manuel le había dicho la conversación que habíamos tenido: que tenía su palabra empeñada conmigo, y que no pensaba nombrar sino a los que yo le propusiera; de suerte que a mí tenía que acudir, porque para aquel caso yo era el ministro.

Y don Manuel y Martos eran, sin embargo, muy amigos, y Martos era ya uno de los grandes personajes de la revolución; pero don Manuel para casos semejantes era una roca inquebrantable.

Y por eso Martos acudía al director de Obras públicas y encontraba otra roca; porque, como verá el lector cuando yo le explique el asunto, todos teníamos razón; y estos son los casos más difíciles y más desesperados.

— Pero, amigo Echegaray — me decía Martos —, la persona que yo le recomiendo, ¿no es amigo y compañero de usted?

— Lo es, y muy querido.

— ¿No es de honradez intachable?

— De honradez intachable — repetía yo.

— ¿No tiene una gran inteligencia y no ha prestado grandes servicios?

— Me complazco en reconocerlo.

— ¿No tiene categoría para jefe del negociado de Ferrocarriles?

— La tiene; no tiene más el que yo he propuesto a Zorrilla.

— ¿Le falta alguna condición, en concepto de usted, para ese nombramiento?

— Ninguna.

— ¿No es digno, por todos conceptos, de la confianza de sus jefes, así de Zorrilla como de usted?

— Lo es, sin ningún género de duda.

— Ya que el ministro ha puesto en manos de usted el nombramiento de todo el alto personal, resolución que comprendo y aplaudo, ¿le es a usted tan difícil disponer de una de esas plazas en mi favor; es decir, en favor de una persona de los méritos del señor L., méritos que usted reconoce, como acaba de decirme?

— Sí, señor; yo podría proponer a Zorrilla ese nombramiento; pero hay una razón que me lo impide, y ya le he dicho a usted cuál es.

— Precisamente en esa razón me fundo yo para solicitar de un hombre de rectitud y de nobleza de espíritu, como usted, el nombramiento de mi recomendado.

Y así seguimos discutiendo durante hora y media; pero antes de terminar este episodio referiré el triste suceso de la vida del señor L., a que se refería mi querido amigo.

Un drama en pequeño.

LV

Habíamos quedado, en el último capítulo, Martos y yo, enarbolando nuestros respectivos argumentos, ya en pro, ya en contra de don B. L., pretendiente a un negociado en el ministerio de Fomento, y prometí relatar, a manera de episodio, el suceso a que Martos y yo nos referíamos al discutir el nombramiento del señor L.

Es historia curiosa, triste e instructiva.

Permítame el lector que la refiera con alguna minuciosidad.

Referiré lo que supe, lo que todos los ingenieros sabíamos, lo que en aquellos años fué público y notorio, aunque claro es que yo por mí mismo no tenía manera de comprobar los hechos; pero, o la crítica no es crítica, o la lógica no es lógica tampoco, o todo el mundo puede equivocarse y de nada sirve el estudio de las personas, o lo que yo voy a describir es un pedazo arrancado de la triste e impura realidad.

El señor don B. L., que por la época a que me refiero tendría unos treinta y cinco o treinta y ocho años, había sido un joven estudioso, morigerado, de carácter dulce, muy simpático para sus compañeros y que había concluído su carrera con lucimiento en uno de las Cuerpos del Estado.

Poco después de obtener su título, se casó con una

señorita de Madrid, muy buena, también muy simpática y verdaderamente preciosa.

Dos años más tarde fué destinado a una capital de provincia, que llamaré X.

Los autores dramáticos necesitamos poner nombre a las personas y a las cosas: de otra manera no nos entendemos.

Y aunque han pasado muchos años desde entonces, cuarenta y cinco o cincuenta; aunque todos los personajes de aquel drama han muerto, y nadie más que yo lo recordará probablemente; aunque, por lo demás, lo que voy a referir no es en desdoro del principal personaje a que me refiero, porque no es desdoro la desgracia inmerecida ni la persecución infame, sino, antes bien, motivo de simpatía, así y todo no me parece discreto citar nombres propios ni localidades determinadas.

Continuaré llamando al personaje principal don B. L.; a su señora, Andrea; a la localidad en que empezó el drama, X.

Y así podremos entendernos.

Fué, pues, destinado a X el principal personaje de esta historia, y allá se fué con su esposa.

Era jefe superior en los servicios que L. había de desempeñar un don Tadeo, un hombre de cuarenta y cinco años, de pasiones violentas y de carácter rencoroso, aunque hombre de mundo y de maneras agradables.

Desde el primer momento trató al señor L. con gran cordialidad, no como un jefe superior a un empleado relativamente subalterno, sino como si hubieran sido dos compañeros o dos amigos íntimos, y así pasó algún tiempo.

Entraba don Tadeo en casa de L. a cualquier hora y con absoluta libertad, siempre dispuesto a encontrar perfectos los trabajos de L. como técnico, alabándole con entusiasmo, hallando exagerado su celo y recomendándole a la Superioridad siempre que llegaba el caso: una protección decidida.

Lo malo es que don Tadeo se había enamorado como

un loco de la preciosa Andrea, y que si halagaba al marido, y aun procuraba adelantarle en su carrera, era para congraciarse con la mujer.

En suma, un Don Juan Tenorio, jefe de Administración de primera clase, con mando, y traicionero y canalla por añadidura.

Ni la mujer ni el marido cayeron en la cuenta durante algunos meses.

¡Don Tadeo era tan bueno, tan afectuoso, tan servicial! ¿Dónde se ha visto un jefe más agradable?

Pero el Tenorio administrativo creyó llegado el momento oportuno para ejercer sus altas funciones de jefe con la esposa de su subordinado, y empezó a insinuarse con la inocente Andrea, que dudó, vaciló respecto a las intenciones de aquel amigo, al parecer tan leal; pero al fin tuvo que rendirse a la evidencia, porque el jefe quiso ejercer de tal y administrar bienes que no eran suyos.

Situación difícil para la pobre mujer.

¿Cómo podía ocultar a su marido la conducta infame de don Tadeo, ni cómo podía seguir tratando a éste con la intimidad a que le tenían acostumbrado?

Calló cuanto pudo callar; pero un día fué tan brutal don Tadeo, que la indignación ahogó toda prudencia en Andrea, y cuando poco después llegó su marido, no pudo contenerse más: rompió en un desesperado llanto y se lo contó todo.

L. hemos dicho que era de carácter dulce; pero era un hombre honrado y digno, era un caballero, y los más dulces por costumbre son los más violentos cuando llegan ocasiones de honra.

—No llores, no llores—le dijo a su mujer—, y déjale que venga esta tarde que yo aquí le espero.

Y a pesar de las súplicas de su mujer, que preveía un lance violento, le esperó a pie firme, tragando bilis y haciendo vapor, y cuando don Tadeo tuvo la osadía de presentarse, en pocas palabras le dijo lo que debía decirle, y le echó de su casa, haciéndole rodar a puntapiés

por la escalera; porque aunque L. era pacífico, tenía grandes bríos cuando llegaba la ocasión.

Esta escena fué pública en X.

Pero don Tadeo se vengó, se vengó cruelmente; venganza más refinada pocas veces se ha visto en estos dramas íntimos de la Administración pública.

Como era jefe superior de L.; como tenía que intervenir en todos los servicios de éste; como a veces estos servicios eran complicados y no podían cumplirse con rigurosa exactitud; como hay subalternos que por malicia o por ignorancia realizan actos que comprometen a sus superiores, y como todo esto lo sabía don Tadeo, con calma y con astucia fué envolviendo poco a poco a su subordinado, hasta que concluyó por empapelarle, como vulgarmente se dice.

Y le formó expediente, y condujo el expediente de manera que aún resultó más comprometido L.; valiéndose de sus medios de jefe superior, acumuló cargos gravísimos sobre el pobre empleado y terminó entregándole a los Tribunales.

La rueda de la Justicia le cogió entre sus dientes; y empezó un calvario, no de unos meses, sino de algunos años para el pobre hombre, para su mujer y para sus hijos: porque creo que tenía dos niñas.

Don Tadeo no dejaba el asunto de la mano, y de tal modo, con tal maña apretó, que al fin se dictó auto de prisión contra L.

Y sentencia condenatoria en primera instancia, aunque todo el mundo estaba convencido de su inocencia, empezando por los compañeros, que tuvieron que abrir una suscripción para que no se murieran de hambre él y su familia.

A Madrid vino, y en el antiguo Saladero le vi yo muchas veces, siempre con su mujer y una pobre vieja que creo que era su madre política.

Al fin salió absuelto, pero después de dos o tres años de angustias, de humillaciones, de vergüenza.

Y volvió a sus cargos oficiales, y todo el mundo le

consideró y le respetó; pero él había perdido la salud para siempre, y para siempre había perdido la alegría.

***

Tal era el protegido de Martos, y tal era la negra historia a que él y yo nos referíamos, porque de ambos era conocida, por circunstancias especiales, en todos sus pormenores.

Y seguía Martos apremiándome:

— ¿No ha cometido la sociedad una infamia con ese hombre?

— Una infamia — repetía yo como un eco.

— ¿No es digno de una reparación?

— Sí lo es — seguía repitiendo el eco de mi conciencia.

— Y esa reparación, ¿no la tiene usted en su mano?

— Es que no puedo, don Cristino — le decía yo —. Si yo le propongo para la plaza que usted indica, y Zorrilla le nombra, porque le nombrará, y cualquier periódico, porque en estas luchas de la política no hay nada sagrado, le acusa de haber entregado el negociado más importante de Fomento a un hombre que hace pocos años estuvo en el Saladero, y que fué condenado en primera instancia, ¿qué pensará de mí don Manuel?

— Cuando sepa la historia, que todavía no sabe, pensará que es usted un hombre recto y de energía, a quien le importa poco lo que digan los periódicos cuando cumple con su deber.

— No; lo que pensará es que obré por lo menos con ligereza, proponiéndole, entre tantos ingenieros como tenía para la propuesta, precisamente el que había de proporcionarle un disgusto.

— Pues cuéntele usted la historia de antemano, y que él escoja.

— Él no escoge; me ha autorizado para proponerle el nombramiento, y yo no puedo aconsejarle que haga un

nombramiento que la opinión pública, que es siempre cruel, y que en gran parte no conoce de esta historia más que las apariencias, puede censurar gravemente.

— ¿De modo que está usted decidido?

— Absolutamente decidido; pero yo no quiero ser un obstáculo para la protección que usted concede a L., que reconozco que es nobilísima; y lo que puedo hacer es dejarle a usted el campo libre, presentando mi dimisión.

— ¡Por Dios! Un cargo como el de usted, y tratándose de usted, no puede hallarse subordinado a una recomendación mía — dijo levantándose, y hablando con cierta sequedad cortés —. Me habían hecho grandes elogios de usted, a quien yo no había tenido el gusto de tratar, y sólo le ponían un defecto, supongo que sus enemigos: que era usted excesivamente bueno, lo cual, en los labios de los tales, era indicar que pecaba usted por débil; y esto a fe mía, y a costa mía, veo que era una calumnia; salgo convencido de que tiene usted todas las virtudes, el carácter inclusive.

Y se preparó para marcharse.

Yo le cerré el paso.

— Don Cristino, yo no quiero que se marche usted con esa mala impresión; yo quiero proteger a L. Con tal que no le nombremos para Fomento, yo le daré en Madrid un puesto tan bueno como el que le niego; y hablemos los dos a Zorrilla, y resolvamos la cuestión hoy mismo, y, sobre todo, no se me enfade usted.

Cambió de tono, se rió afectuosamente, y aquel mismo día arreglamos el asunto con don Manuel.

Primera y última vez que reñí o estuve a punto de reñir con Martos.

Quedamos amigos y lo fuimos siempre, y muchas veces recordamos en tono de broma aquella primera entrevista. La recuerdo en todos sus pormenores; la veo con los ojos de la imaginación, como si la estuviera viendo en la realidad, sentados los dos en un ancho sofá de gutapercha. Él tranquilo, reposado, de espaldas a la

luz, presentando sus argumentos como si estuviera defendiendo un pleito ante mí; yo nervioso, descompuesto, unas veces hablando en tono seco o violento, otras veces extremando la cortesía; y así hora y media.

Al parecer, él quedó vencido; yo quedé vencido para siempre.

Siempre me fascinó su talento y su palabra maravillosa, y aquella tenacidad a la vez lógica y aristocrática y clásica.

¡Pobre y querido Martos! Mucho tendré que hablar de él en estos recuerdos.

***

¡Consecuencias del poder! ¡Y hay quien lo codicia!

Cuarenta y ocho horas llevaba, o poco más, en mi cargo de director de Obras públicas, y ya había pasado una noche sin dormir o durmiendo mal, y ya había tenido un disgusto grave con una persona tan admirada por mí, aunque hasta entonces no le había tratado, como don Cristino Martos.

No habían pasado otras cuarenta y ocho horas, y ya tuve otro disgusto con un amigo muy apreciado y muy antiguo.

Supondré que se llamaba don Julio S.

Pues Julio y yo hacía más de veinte años que éramos amigos: desde que yo estudiaba en Murcia la segunda enseñanza.

Él había venido ya a Madrid, a fin de prepararse para el ingreso en una escuela militar.

Él fué quien, en unas vacaciones de verano, me dió la *Geometría descripitiva* de Leroy, diciéndome que era un libro muy sublime, pero muy difícil, del cual le había oído hablar, en unas conferencias que dió en Oviedo, al más tarde célebre ministro de la Gobernación señor Posada Herrera, el cual daba cuenta de aquella obra como del *summum* de la Ciencia.

Con temor casi religioso lo cogí entre mis manos y empecé a leerlo, y vi con alegría que era de una sencillez elemental.

Todo el verano me pasé haciendo modelos, con cartón y con hilos, de los diversos problemas que la obra contenía.

Cuando más tarde tuve que estudiarla en la Escuela de Caminos, no diré que la sabía mejor que el Padrenuestro, porque no se me acuse de impiedad; pero la sabía bien sabida.

Desde entonces estreché mis relaciones con Julio, y cuando vine a Madrid nos seguimos tratando con mucha intimidad.

Era un joven muy listo; comprendía las cosas con rapidez, aunque por falta de constancia no las profundizaba mucho.

Su trato era llano y afectuoso, y me profesaba, o al menos así lo creo, verdadera amistad.

Profundizando en su carácter, acaso se encontraran en él ciertas vetas y manchas de egoísmo, pero tan espontáneo, tan infantil pudiéramos decir, que no le hacían antipático.

Era acaso un optimista de la vida, y creía de buena fe que todo el mundo debía servirle, aun a costa de cualquier sacrificio.

—Para eso están los amigos — decía —; pues si no sirven para eso, ¿para qué sirven?

Si hubiera sido poeta, hubiera escrito una redondilla como aquella admirable de Manuel del Palacio.

No hay que decir que él, por su parte, era amable y servicial.

De todas maneras, no comprendía que no se le sirviese.

Y por cierta altivez de carácter, él casi nunca pedía un favor; quería que se le adivinase.

Fué uno de los primeros en felicitarme por mi nuevo cargo, y es lo cierto que siempre mostró por mí gran entusiasmo, desde que entendí en Murcia con tanta fa-

cilidad la obra de Geometría descriptiva que me había prestado.

Vió los modelos que yo le hice, y pasó de uno en otro por una serie de asombros.

— ¡Qué claro, qué sencillo! Ahora lo comprendo.

Pues al día siguiente de publicarse en la *Gaceta* los nombramientos para los principales cargos de mi Dirección, vino a verme, y ya traía una cara como le había visto pocas veces: sólo en los momentos en que se suponía víctima de un desengaño.

— Ya he visto, ya he visto — me dijo con cierta sonrisa amarga — los nombramientos que has hecho. Buenos nombramientos, y personas muy dignas.

— Querido Julio, yo no hice esos nombramientos, ni podía hacerlos; los hizo el ministro: los hizo Ruiz Zorrilla.

— Sí, pero tú los propusiste: eso me has dicho tú mismo. Ya sabemos que tú eres el amo de Fomento.

— Yo no soy amo de nada ni de nadie; hasta hace tres días era amo de mí mismo, pero sospecho que en adelante ni siquiera de mí podré disponer.

— Exceso de modestia. Nombras a quien quieres nombrar, y escoges los más dignos, los más inteligentes y los más amigos. No todos tenemos esa suerte.

Yo me quedé mirándole y sin comprenderle todavía.

La verdad es que no estaba muy enterado de su posición social.

Sabía que había concluído brillantemente su carrera; que poco después la había dejado, para emprender negocios por su cuenta.

Que se había casado con una señora muy digna y muy simpática, a quien yo veía, aunque no con mucha frecuencia, cuando iba a visitarle.

Y, en suma, creí que disfrutaba de una posición desahogada, y hasta que tenía buen capital; de modo que nunca imaginé que pudiera aspirar a un destino, que al fin y al cabo sólo eran veinticuatro o treinta mil reales al año.

Olvidaba torpemente que todo español aspira a ser empleado.

Pero sus frases eran tan punzantes, su tono tan triste, sus quejas tan evidentes, que al fin tuve que darme por entendido.

—Querido Julio—le dije—, o yo estoy en Babia desde que soy director de Obras públicas, o tú estas quejoso porque no te he propuesto para uno de los negociados del Ministerio.

—Más penetración mostrabas—me replicó—al interpretar en Murcia la *Geometría descriptiva* de Leroy que te presté. Pero los tiempos cambian, los amigos suben, la prosperidad es olvidadiza, y al que está arriba no le gusta mirar hacia abajo.

—¿Pero tú querías ser empleado?

—Naturalmente—contestó con la mayor naturalidad.

—¿Pero tú cambias, o quieres cambiar, tu posición libre e independiente por veinte o treinta mil reales de sueldo? Te aseguro, bajo palabra de honor, que no lo había sospechado, y que con tus quejas, que son injustas, me proporcionas un verdadero disgusto.

—Mayor es el mío. No precisamente por el destino, aunque el destino no me hubiera venido mal, porque no es oro todo lo que reluce, y he tenido pérdidas.

—Que yo ignoraba por completo.

—Querido Pepe, estas cosas no se ignoran nunca; en todo caso, se olvidan cuando la persona de quien se trata no inspira gran interés.

—Pues te aseguro que yo las ignoraba. No fué olvido, fué ignorancia: tú jamás me has dicho nada.

—¿Para qué molestarte? Y, sin embargo, alguna insinuación te he hecho: que los negocios andaban mal, que las amenazas revolucionarias producían una gran crisis; en fin, indicaciones que, con tu buen talento, y si yo te hubiera inspirado verdadero interés, debiste tener en cuenta.

—Pero ¿puedes dudar de mi amistad?

—No dudo; pero hubiera querido ver las pruebas,

porque aun suponiendo que tú creyeses que yo no había de aceptar, como prueba de cariño y para demostrarme que me tenías en algo, pudiste hacerme el ofrecimiento.

—Pues no se me ocurrió, ¿qué quieres que te diga?, no se me ocurrió.

—Ya comprendo, ya comprendo que estarás muy ocupado contigo mismo.

—No tanto como tú; pero no dejo de ocuparme en mi persona, como es natural—le dije en un tono ya un tanto agrio.

Porque es lo cierto que me molestaban sus frases punzantes; y aunque era hombre de mérito, no podía compararse a ninguno de los que yo había propuesto a Zorrilla.

En la forma anterior seguimos discutiendo un rato; y aunque al parecer quedamos amigos, no volvió a ser nunca nuestra amistad lo que había sido.

Un año después se fué a Ultramar, y ya no he vuelto a verle.

Mas por entonces no sólo tuve que sufrir sus quejas, sino las de un tío suyo, antiguo militar, que hacía alarde de franqueza, y que me dijo cosas muy duras, a las que yo contesté con otras no muy blandas.

Y tuve que sufrir todavía las dolorosas quejas de su mujer, que lloró de puro conmovida.

—Creí que era usted más amigo de Julio de lo que es usted en efecto.

—Señora, yo le aprecio mucho.

—Pues en esta ocasión no se ha conocido, y el pobre ha tenido y tiene una pena muy grande. Ha sido para Julio un gran desengaño.

—La pena la comprendo; el desengaño, no.

—Desengaño, porque no se portan así los amigos de toda la vida. Y, además, usted sabía que nuestra situación es muy angustiosa.

—Le juro a usted que no lo sabía, ni lo sospechaba siquiera. Es más: creí que eran ustedes ricos.

—¡Sí, sí, ricos!—dijo secándose los ojos.

—Al menos, esas son las apariencias. Viven ustedes en muy buena casa; usted viste con mucho lujo.

Palabra imprudente fué esta que yo pronuncié.

—¡Sí, sí, lujo! No sabe usted los sacrificios que impone la posición social en que se vive.

Y aquí no pudo más la buena señora, y llorando me refirió sus angustias, sus apuros y sus esperanzas cuando supieron que era yo director de Obras públicas.

Yo estaba anonadado, y más anonadado quedé cuando ella formuló resueltamente sus condiciones de paz y de perdón.

—Usted lo puede todo en Fomento—me dijo—; todavía quedan algunas plazas buenas. No me lo niegue usted, porque yo lo sé y lo sabe todo el mundo: que todo el personal de Fomento, alto y bajo, se va a renovar; que hay muchísimos destinos desde doce a cuarenta mil reales, y usted, si es verdadero amigo de Julio, puede pedir al ministro uno de esos destinos, de veinte o treinta mil reales por lo menos, para mi pobre marido. No me diga usted que no, porque será un nuevo desengaño.

—Señora, yo no tengo esa influencia que usted supone. No le he pedido destinos para nadie a Zorrilla; no tenía derecho para pedírselos, porque no he pertenecido a ningún partido político ni he sido amigo suyo hasta ahora. Ahora lo soy, y muy leal y muy agradecido y muy respetuoso; pero no lo soy para explotarle pidiéndole credenciales.

—¡Ah! ¿Llama usted explotación solicitar una plaza para Julio?

Yo no sabía qué contestar. No encontraba palabras; las que encontraba eran torpes: ofendía sin querer ofender, molestaba sin querer molestar; resultaba agrio cuando quería ser dulce, y descortés cuando deseaba extremar la cortesía.

—¡Por Dios, señora! Yo no me explico bien; yo deseo con toda mi alma complacer a ustedes, pero quiero

decir que don Manuel puede interpretar mal esta petición mía. Después de haberse mostrado tan generoso conmigo, ¿ir con nuevas pretensiones? Puede producirle mal efecto.

—Diga usted que no quiere *gastarse.*

Yo había gastado ya toda mi paciencia; y aunque seguí estando respetuoso y amable, la buena señora se marchó muy ofendida.

¡Qué remedio!

En cuatro días llevaba yo dos disgustos de los de letra mayúscula.

La cuestión de personal ha sido, y es, y seguirá siendo, el gran tormento de ministros y directores generales.

Y esta enfermedad sí que es de las que no se curan jamás.

Pero sigamos el calvario.

LVI

Entre los recuerdos más desagradables de mi vida se colocan y ordenan por derecho propio, y según sus varias categorías, todos los que se refieren al nombramiento del personal en las diversas veces que he sido ministro.

¡Cuestión magna esta de los empleados! ¡Trágica y ridícula al mismo tiempo!

¡Cáncer, pólipo y sublimado corrosivo del Estado y del país!

Debía ser una cuestión sencillísima, y ha sido más difícil que la cuadratura del círculo, y eso que para cada nombramiento se *cuadran* ante el ministro todos los hombres influyentes de la política.

Sin embargo, como yo no soy pesimista, declaro que esta cuestión del personal no es, ni con mucho, lo que era en aquellos tiempos a que voy refiriéndome, y en aquellas circunstancias verdaderamente excepcionales.

Hoy es todavía enojosa, molesta, dificilísima, ocasionada a grandes abusos, y a no pequeñas injusticias; pero hace cuarenta años era, como se dice en estilo moderno, ¡la mar! ¡la mar con todos sus barcos!

Era una desesperación y una vergüenza para el que tenía la conciencia medianamente delicada y no sentía en sus venas la fiebre de la política, como yo no la he sentido nunca.

Llevaban los liberales de entonces más de doce años alejados del poder, y la masa del partido entraba por las brechas de los ministerios con hambre, rencores y humillaciones acumuladas durante este largo período.

Los empleados puestos por los partidos rivales caían a miles.

Yo, mientras fuí *director* de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, no hice nada, por mi parte, más que firmar los nombramientos que don Manuel me indicaba: eran listas sin fin de Guardería rural, de empleados de Ferrocarriles, de Obras públicas, etc., etc.

En todo esto yo me lavé las manos.

Zorrilla me había cedido el nombramiento de los jefes de Negociado; yo le cedí por completo la designación de todos los demás que me correspondían.

En esta primera parte de mi vida pública y oficial es cuando menos sufrí de esta enfermedad que voy describiendo: mi único trabajo consistía en firmar y firmar credenciales, las que me traían a la firma.

Eran dos horas diarias: trabajo material como el del picapedrero; sólo que yo picaba con la pluma en *carne humana:* «cesante, cesante, cesante; nombrado, nombrado, nombrado». ¡Qué cosa tan triste y tan prosaica!

Pero así lo exigía la justicia distributiva de los partidos políticos.

Ayer, por ti; hoy, por mí; mañana, por el diablo.

Hoy te mato yo a ti; mañana me matas tú a mí, como dice el héroe cómico de García Gutiérrez.

Tantas firmas eché, que me sucedió una cosa muy extraña, un fenómeno fisiológico, nervioso, psíquico, o lo que fuere: *perdí la firma;* mejor dicho, *perdí la rúbrica.* Ni más ni menos: como el personaje fantástico de Hoffmann *perdió la sombra*, y otro personaje de no sé quién perdió el *reflejo.*

Al rubricar una *cesantía*, me detuve un momento, porque sentí un *calambre.*

Quise seguir después: imposible.

No acerté con la rúbrica: la había perdido para siempre.

Hoy tengo otra distinta.

*
* *

Digo que las molestias que me ocasionó la cuestión de empleados fueron pequeñas mientras fuí director general, comparadas con las que he sufrido después, cuando llegué a ministro.

Sin embargo, la separación de un empleado de Ferrocarriles pudo costarme la vida.

Y en este caso conste que la razón estaba de mi parte: no era una separación arbitraria; no era quitar a uno para poner a otro; firmar a ciegas por exigencias de la política, o por órdenes de don Manuel, que todo era uno.

Contaré el caso, porque no me ocurre cosa más interesante que contar.

Fué un conato de drama, que no sé si hubiera podido llegar a verdadero drama; pero que se resolvió casi en comedia.

Cierto empleado de Ferrocarriles, un *celador* del Gobierno, si no recuerdo mal, hombre de malos antecedentes, a quien llamaban el *Valenciano*, porque, en efecto, era de Valencia, riñó con su jefe, se insolentó con él, y hasta quiso agredirle, o le agredió: esto último no aparecía claro.

Se le formó expediente, y el expediente llegó a la Dirección de Obras públicas, y estaba puesto a mi resolución, proponiendo que se le separara de su destino, y que se pasase el tanto de culpa a los Tribunales.

Pero no estaba resuelto: a pesar de la insignificancia relativa del asunto, llovían sobre mí las recomendaciones.

El *Valenciano* era del tiempo de los moderados; pero contaba con el apoyo de muchos liberales.

Estas complicaciones, cruzamientos y marañas de re-

comendaciones son frecuentes en la Administración pública.

A un *neo* o un *reaccionario* le sostiene un republicano neto y ardiente.

A un *anarquista*, un *monárquico*.

Y *recíprocamente*, como se dice en Matemáticas.

Ante la recomendación, las ideas ceden, y aun las pasiones políticas se calman.

Los partidos, que, a veces, se hacen guerra mortal, en esta o aquella recomendación personal *engranan*, por decirlo de este modo: engranes del favoritismo.

Y, bien mirado, esto es consolador, porque es prueba patente de que la *fraternidad humana* existe frecuentemente en la cuestión práctica y positiva de los empleos y nombramientos.

Lo más opuesto se funde en lo más contrario; lo más alto se pone en comunicación con lo más bajo.

A veces, para un *ser mísero*, y hasta para un *ser indigno*, se conmueven altas esferas.

Ya lo dijo Leopoldo Cano en su estilo de admirable vigor:

> El tirón que da el presidio
> se siente en el Ministerio.

***

Ello es que el *Valenciano* era un empleado subalterno de Ferrocarriles; además, un mal empleado; además, una mala persona, borracho tradicional, matoncillo de fama, e insolente por carácter. Yo creo que era medio loco.

Y, sin embargo, por él se interesaban muchas personas de posición, muy dignas y muy respetables.

¡La fraternidad universal! ¡El engranaje!

Y *granizaban* sobre mí las recomendaciones para que *se le echase tierra al asunto*, o, al menos, para que el castigo se redujese a una reprensión.

Hasta me aseguraban que, si era preciso, el mismo

jefe agredido escribiría una carta semioficial atenuando la falta del *Valenciano* y preparando hojaldre para la *confección* del pastel.

Yo me negaba a tales farsas; pero como no había tenido tiempo de estudiar por mí mismo el expediente, lo tenía sin despachar.

Era lo menos que podía hacer para satisfacción de los recomendantes: estudiar el asunto por mí.

El interesado me veía con frecuencia: excusas inadmisibles, súplicas de dulzura hipócrita, en que palpitaba la insolencia; falsas protestas de enmienda, acusaciones sin prueba contra el jefe a quien agredió: a todo acudía el individuo de que voy tratando.

Al fin, un día, al salir de mi casa (en la calle del Barquillo vivía yo por entonces) para ir al Ministerio, me lo encontré en el portal, y se pegó a mí con aire resuelto, y me fué acompañando por toda la calle, aunque yo varias veces me detuve, dando por terminada la conferencia.

Pero él, sin darse por entendido, ¡adelante junto a mí, hablando en tono muy alto y con sus conatos de imposición!

«Que *era intolerable* lo que con él se hacía; que *no esperaba más*; que el jefe era un malvado; que en Fomento le tenían mala voluntad, y así sucesivamente.»

Yo le oía con bastante calma, aunque por dentro ya la iba perdiendo. Trato por costumbre y por sentimiento con toda cortesía a los inferiores, y hasta entonces había tratado al *Valenciano* mucho mejor de lo que él merecía; pero ya me harté de sus insolencias y de su tono cada vez más intolerable, y le paré en firme.

— Basta; resolveré lo que proceda; no siga usted conmigo.

Y me detuve. Estábamos en la Plaza del Rey.

— Es que no aguanto más — me dijo en tono de franca amenaza.

— Usted sufrirá todo aquello a que se ha hecho acreedor.

— Otros merecen más.

— Pues a cada cual lo suyo. Y le digo a usted que basta, y que me deje continuar mi camino en paz: no necesito escolta.

— Pues que me dejen en paz a mí; si no, yo haré lo que tenga que hacer.

— Le digo a usted por última vez que basta. Y no me moleste usted, y no me obligue a recordarle que soy su jefe.

— Es que estoy harto de jefes y dispuesto a todo.

— Y yo a castigarle a usted como merece.

— Es que usted no me conoce.

— Creo que sí.

— Cuidado conmigo, que soy de Valencia. Y ya me *encontrará usted* donde no me hable *tan altanero.*

Fueron sus palabras: las recuerdo como si las oyese ahora mismo.

Con lo cual perdí los estribos y me fuí hacia él, gritándole:

— Como usted quiera y cuando usted quiera, señor insolente.

— Pues yo le digo a usted *lo de Don Juan Tenorio.*

Y se puso a declamar, con asombro de los que pasaban:

Llamé al cielo: no me oyó;
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, no yo.

— ¿Lo entiende usted? ¡El cielo, no yo!, que a mí me llaman el *Valenciano.*

Comprendí que la escena iba siendo ridícula, y sin decirle una palabra eché a andar, muriéndome de risa y pensando que era un pobre diablo, medio loco y borracho por completo.

Él se quedó en medio de la plaza, hablándome desde

lejos y haciendo gestos con la mano, como diciendo: «Aguarda, aguarda, que ya nos veremos.»

***

«Yo debí llamar a un par de agentes de Orden público—me decía a mí mismo—; pero esto hubiera sido un pequeño escándalo en la calle, y no me gustan los escándalos. Ya le sentaré yo la mano.»

Llegué a Fomento y di orden de que para la noche me tuvieran preparado el expediente, porque quería estudiarlo por mí mismo.

Y no me volví a ocupar en el asunto.

Pasé el día trabajando; y cuenta que el trabajo en aquella temporada fué enorme: sólo en carreteras dos mil expedientes atrasados, y algunos de gran complicación y de gran responsabilidad.

En suma: que no me volví a acordar del *Valenciano* ni de sus insolencias y amenazas.

A las ocho me fuí a mi casa a comer, y a las nueve y media volví al Ministerio, para salir a las tres o las cuatro de la madrugada.

Porque, sea dicho entre paréntesis, yo, cuando he sido director o ministro, he trabajado doce o catorce horas diarias; más bien más que menos.

Piden los obreros, y yo deseo que se les pueda conceder, *ocho* horas de trabajo como máximum; pero yo toda mi vida he trabajado *mucho más* sin quejarme ni solicitar reducción de faena: éramos muy tímidos o muy necios los de antaño.

Desde que era alumno de la Escuela de Caminos he trabajado *doce* horas; entiéndase bien, de trabajo *obligatorio* y, por decirlo así, profesional, sin contar el *voluntario*, que ha formado siempre el resto hasta veinticuatro horas, salvo nueve horas para dormir y comer.

En la Escuela de Caminos estábamos siete horas: de

nueve de la mañana a cuatro de la tarde, sin más descanso que *media hora* de reloj para almorzar, dentro del mismo establecimiento. Y en casa, para estudiar las tres lecciones diarias, necesitábamos lo menos cinco horas, que, con las siete de antes, suman las *doce* que decía. Esto durante todo el año: eran años solares, sin vacaciones de verano.

Y no se oponga a estas observaciones la distinta naturaleza del trabajo; porque el trabajo manual sólo consume la *fuerza de los músculos* y el tejido de éstos, y el trabajo de la inteligencia consume *energía nerviosa* y sustancia cerebral, por decirlo así. El primero fatiga, el segundo fatiga y devora vida, atacándola en su misma raíz, que es el sistema nervioso. El primero, salvo un exceso extraordinario, es *sano;* el segundo lo agota todo, todo lo convierte en ideas y sentimientos; es más noble, pero es más perjudicial para la salud física.

Y perdónenme esta digresión sobre asuntos, que alguna vez trataré más a fondo en estos recuerdos; que no todo ha de ser serie insípida de relatos sin sustancia.

Ahora volvamos a la insulsa aventura que voy explicando.

Pero vamos despacio.

Mis recuerdos son insignificantes, insípidos, vulgarísimos; pero ¿quién sabe? Acaso son pequeñas *calicatas* abiertas en la masa social de toda una época: del 30 del siglo pasado hasta el momento presente; cuatro tercios de un siglo.

De cosas tan pequeñas y tan insignificantes como éstas se compone la vida de las sociedades humanas, en que el destino ha sembrado muchísimas negruras y unos cuantos destellos.

Si se mira hacia atrás, y se hace la *historia total* de la humanidad, nos encontraremos con una masa enorme de arcilla y de arena con salpicaduras de lentejuelas de mica, algunos brillantes y muchos restos fósiles de animales inmundos. Hubo lágrimas, pero se secaron;

hubo sangre, pero apenas quedan manchas ferruginosas.

Sigamos, sigamos con mi aventura, que hoy todas son digresiones.

***

A las tres y media de la madrugada me despedí de Zorrilla, que allá se quedó con su tertulia política hasta las cuatro o cinco, según costumbre, y me preparé para salir. Al paso me detuvo un empleado, diciéndome:

— Señor director, sobre la mesa de su despacho tiene usted el expediente del *Valenciano*, que había usted pedido para esta noche.

— Es verdad, gracias. Ya es tarde; mañana lo despacharé; haga el favor de recordármelo.

Y me fuí solo y a pie: mientras fuí director no tuve coche; otros directores han sido, a veces, más afortunados.

Al salir, la calle de Atocha estaba solitaria: ni un alma, ni un sereno.

No quiero decir con esto que los serenos no tengan alma como cualquier otro ciudadano; quiero indicar tan sólo que no pasaba nadie y que no se divisaba ningún sereno con su simpático farolillo, que anima, alienta y, a veces, quita el miedo.

Pero de pronto observé, por pura casualidad, que *un bulto*, mejor dicho, *una sombra,* se destacaba de la pared y avanzaba muy despacio.

Hay que advertir que, en aquella época, a lo largo de la tapia del entonces Ministerio de Fomento, corría una fila de *estantes de libros* que llegaba de extremo a extremo de la fachada, desde la calle de Relatores hasta la rinconada del Ministerio, salvando una verja, y aun daba la vuelta en ángulo recto.

Era una librería al aire libre, en que había obras antiguas y modernas, y en que yo había comprado varios tratados de Matemáticas a precios módicos, entre otros, la *Geometría descriptiva* de Oliver.

Como los dueños eran varios, a veces en la fila de estantes había pequeños intervalos que formaban nichos o huecos muy obscuros: divisiones de propiedad.

De uno de aquellos nichos había salido *la sombra.*

La observé por casualidad, y como antes de salir del Ministerio, en el momento de salir, me habían hablado del expediente del *Valenciano*, a quien yo olvidé durante todo el día, no pude menos de enlazar estas dos ideas: el *Valenciano* con sus amenazas, y la *sombra* que brotaba de entre las estanterías, y que al parecer me esperaba y venía tras de mí.

Fué una *casualidad providencial* la de que me recordase a última hora el nombre del *Valenciano;* porque si no, dadas mis distracciones, es posible que no me hubiese fijado en la sospechosa aparición.

Yo seguí marchando, pero ya sobre aviso, y la *sombra* detrás.

«¿Será el *Valenciano?*, pensaba. ¿Querrá realizar sus amenazas?

»¿O será un individuo cualquiera, que va por mi camino?»

Pero ¿qué hacía metido entre dos estantes y oculto en el hueco que forman?

El sitio no es cómodo, como no sea a manera de observatorio, o para estar en acecho.

¿Y por qué salió de él en el momento de verme?

¿Y por qué viene detrás?

Hay que convenir en que tenía motivo para estar un tanto alarmado.

De cuando en cuando, con cualquier motivo; por ejemplo, dejando caer el pañuelo y bajándome para recogerlo, o cruzando a otra acera, o por otra evolución, que yo procuraba que fuese natural, miraba hacia atrás y observaba.

El hombre tenía la misma estatura que el *Valenciano;* era más bien bajo que alto.

Iba vestido todo de negro, con una *anguarina* muy larga y un sombrero bajo y de alas muy anchas.

Caminaba siempre detrás de mí, pero a bastante distancia.

Así vinimos por toda la calle de Carretas, donde encontramos varios serenos.

Pero yo, ¿qué iba a hacer? Aquel hombre no se había acercado a mí, ni me había molestado en lo más mínimo, ni yo le conocía, porque no podía verle la cara, ni, por consiguiente, podía tener la seguridad de que fuese el *Valenciano*.

¿Qué iba yo a decirle a cualquier sereno de los que encontrábamos?

— Ese hombre va detrás de mí.

— ¿Por qué va usted delante? — hubiera podido contestarme.

— Pero me sigue con persistencia.

— ¿Pero le ha dicho a usted algo?

— No, señor.

— Pues entonces, ¿qué?

— Que me sigue.

— ¿Le conoce usted?

— No lo sé, porque no le he visto la cara.

Y hubiera podido replicarme el *sereno*, con la *serenidad* propia del oficio:

— ¡Bah, lo que usted tiene es un canguelo que no ve!

Habría sido una vergüenza, un acto ridículo de miedo, pedir auxilio a la autoridad nocturna del farolillo y el chuzo.

«No, yo no me pongo en ridículo a sabiendas, pensé; adelante con la aventura, pero iré prevenido.»

Y realmente iba prevenido: llevaba un precioso bastón de estoque que me había regalado don Pedro, aquel magistrado cesante de que hablé en otro artículo.

¿Fuí prudente, o dominaron en mí, a pesar de mis costumbres pacíficas y de que jamás hice alarde de matón, ni tenía disposiciones para ello, ciertos atavismos de raza y algún residuo de espíritu aventurero o caballeresco?

Creo que hice bien, o por lo menos hoy haría lo mismo.

Un buen *individualista* no se mete con nadie, pero si le buscan, le encuentran.

Además, nada de *sistema preventivo*.

Pedir auxilio cuando el peligro es problemático es acto de cobardía.

Y el cobarde no tiene conciencia de su dignidad de hombre.

Todo esto pensaba yo entonces, como ahora lo pienso, y seguí adelante.

Adelante por toda la calle de Carretas, por la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y calle de Sevilla.

Encontramos varios serenos; sin duda por eso el *Valenciano*, porque el *Valenciano* era, no vino sobre mí: esperaba un sitio más solitario.

Y yo, tranquilo y dispuesto, mirando de reojo cuando podía, y convencido cada vez más de que me seguía el *Valenciano*, continué sin hacer otra cosa que mantener la distancia y sacar a medias el estoque para ver si estaba listo.

¡Vamos, una aventura casi heroica!

Al salir de la calle de Sevilla a la calle de Alcalá, crucé en línea recta y me fuí en derechura a la acera de las Calatravas.

Miré al llegar, y el hombre sospechoso, la sombra negra, el individuo de la anguarina y el sombrero de grandes alas, no me había seguido. Al contrario, tomó la acera del café Suizo.

Entonces casi se desvanecieron mis dudas, pensando que todo era pura casualidad, coincidencia fortuita, y que hubiera sido una ligereza un tanto ridícula, si no ridícula del todo, acudir a cualquiera en demanda de protección.

Protección, ¿de qué y contra quién? Y recordaba yo que cuando vivía en la calle de las Infantas, el niño de un vecino lloró una vez tan desaforadamente y con tales gritos de angustia, que toda la vecindad se alborotó, y

muchas señoras acudieron a la casa temiendo una desgracia. Y allí estaba el niño rodeado de su familia y sin amainar en sus lamentos.

— Pero ¿qué tienes, Tomasito, qué tienes? ¿Qué te pasa? — le preguntaba su madre, angustiadísima, y repetían todos.

Al fin, el niño se calmó un tanto, y pudo contestar a las preguntas de sus padres, abrazándose a la mamá como un desesperado, o como el que ha corrido un peligro inmenso, del cual al fin, por milagro, se ve libre.

— Vamos, cálmate, no llores, hijo mío; ¿qué tienes?

— Yo, nada.

— Pero ¿te ha pasado algo?

— Sí, sí; *me ha pasado.*

Y de nuevo rompió a llorar.

Interés supremo, ansiedad en el concurso.

— Pero ¿qué te ha psado?

El niño se separó un poco de su madre, se secó los ojos, abrió la boquita y, mirando al espacio con terror, lanzó esta revelación espantosa:

— ¡¡Que por poco me toca una mosca!!

Auténtico, histórico: estas infantiles sandeces no se inventan.

¡Cuántos terrores serán como éste del niño!

¡Que *por poco* nos toca una mosca!

Así hubiera podido yo decir al sereno a quien pidiese auxilio:

— ¡Que *por poco* me toca ese que viene detrás!

— Pero ¿le ha tocado a usted?

— No, señor; siempre han mediado entre los dos diez metros; pero ¿y si se acerca?

***

Y se acercó, y quiso tocarme la mosca.

Y todas las reflexiones precedentes fueron soberanas tonterías.

No de otra suerte somos todos: cuando imaginamos ser más prudentes, somos más necios.

¿Quién nos asegura que el *niño de la mosca* no tuviera razón?

Las moscas a veces son peligrosísimas: pueden posarse en un animal muerto, un perro, o un gato, o una rata, y absorber en su invisible trompa venenos mortales, ptomaínas, jugos cadavéricos, demonios coronados en forma de microbios.

Y al picar a una persona le transmiten la muerte: no será *la muerte en los labios*, pero será *la muerte en la trompa.*

Quizá el niño de mi anterior relato, por instinto admirable de animal chiquito, adivinó que aquella mosca era un tremendo monstruo, a pesar de su insignificancia aparente.

Quizá su terror era fundado, y éramos unos grandes imbéciles los que nos burlábamos de sus lamentos y gritos.

Después de todo, las moscas son terribles; ahora mismo, mientras con todos los trabajos del mundo lleno estas cuartillas, porque mi vista, desde el pasado verano en que hice un supremo esfuerzo y leí muchas horas durante la noche, anda mal; ahora mismo, repito, las moscas me acometen, y hostigan, y pican, desatando mis nervios.

Malo es recibir una puñalada, aunque no sea trapera; pero no es bueno recibir centenares de picotazos, que, al fin y al cabo, vienen a ser la puñalada dividida en átomos. Esta frase creo que me ha salido altamente modernista: ¡átomos de una puñalada!

***

¿Dónde estaba? ¿Qué decía?

¿Por dónde caminaba mi memoria?

¡Ah!, sí: iba por la calle de Alcalá, por la acera de las

Calatravas. Por la otra acera iba *el hombre de las estanterías de Fomento*, o, si se quiere, la sombra de la anguarina.

Y yo pensaba que mis sospechas y temores eran infundados, y que el individuo temeroso era un vecino cualquiera, que casualmente seguía mi camino.

Pero no: no era un vecino honrado; era, cuando menos, un asesino de afición, aunque de escasas facultades para el oficio, como demostraron los hechos.

¡De pronto!, porque estas cosas se hacen *de pronto*, así en los folletines como en este relato folletinesco, pero real; de pronto, digo, *el hombre* dejó la acera del Suizo y cruzó rápidamente todo el ancho de la calle, viniendo a colocarse delante de mí y a poca distancia.

Sí; decididamente era el *Valenciano*, y venía con mala intención, aunque con mucha torpeza.

Yo adiviné su plan: un futuro autor dramático adivina siempre estas cosas.

Al salir yo de Fomento, no tuvo él arranque para acometerme o creyó que no era sitio a propósito.

Por la calle de Carretas, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo, fuimos encontrando varios serenos: tampoco se atrevió.

La calle de Alcalá, en aquel momento solitaria, hubo de parecerle, sin duda, sitio más adecuado a su intento: no se divisaba un alma.

Pero renunció a ir detrás de mí. Al acercarse y oír pasos me hubiera yo vuelto y la sorpresa no habría sido tan completa como él apetecía.

En cambio, marchando él delante y muy despacio, yo tenía que alcanzarle, tenía que pasar junto a él, y yo mismo me entregaba al traidorzuelo. Así debió discurrir, porque cada vez acortó más el paso.

Yo me puse muy cerca, a dos metros de distancia, pero siempre detrás y observándole, y con el estoque casi desnudo.

— ¡Ah, imbécil! — pensaba yo —, buen chasco te vas a llevar.

Y se llevó buen chasco; y el futuro autor dramático, aunque inédito todavía, le dió una buena lección de astucia al traidor *Valenciano*.

Así seguimos algún tiempo: él, cada vez más despacio; yo, sin pasar, y acomodando mi marcha a la suya.

El hombre, o se cansó, o quiso dar el golpe antes de llegar a la embocadura de la calle del Caballero de Gracia, o quizá le alarmó mi seguimiento, como a mí me había alarmado el suyo.

Aquí llegamos al punto álgido del drama.

De pronto, también *de pronto*, se volvió y se echó sobre mí con una navaja, o puñal, o lo que fuese: un arma.

¡Imbécil! Se encontró con la punta del estoque, que yo le presenté, tocándole casi en el pecho, pero sin pretender herirle. Yo estaba a la defensiva hasta que fuera preciso.

Dió un salto atrás, y dijo muy alterado y estúpidamente:

— ¿Para qué es eso? — señalando al estoque.

Y yo, señalando a la navaja, repliqué con mi tono más dramático:

— ¿Y para qué es eso, canalla, miserable, cobarde?

Y así sucesivamente.

— Yo venía a hablar con usted — tartamudeó de miedo.

— Buen sitio, y buena hora, y buena manera, granuja, traidorzuelo, villano — otro rosario de insultos a la altura de las circunstancias. — Tire usted la navaja y eche usted delante — acabé por decirle.

Y, en efecto, echó delante; pero fué corriendo a todo correr:

Yo le perseguí gritando: «¡A ése, a ésel» Quería *cogerle vivo*, y coronar mi victoria con *un prisionero*. Ni muertos ni heridos; pero un prisionero al menos.

De la calle del Caballero de Gracia, adonde nos íbamos acercando, salió un sereno, que cortó el paso al fugitivo, y entre el sereno y yo le acosamos y cogimos, dejándole materialmente pegado a la pared.

El *Valenciano* protestaba:

— ¿Por qué me cogen ustedes? Yo no hice nada más que correr, huyendo del señor, que quería matarme. Todavía tiene el arma en la mano.

Le expliqué el caso al sereno, brevemente, y este digno funcionario dió crédito a mis palabras; pero agregó como resolución superior y definitiva:

— Sí, señor; yo creo todo eso que usted dice, y el señor — señalando al *Valenciano* — parece un mal hombre; pero yo tengo que detenerles a ustedes dos. Al fin, usted — señalándome a mí — iba tras ése con un arma en la mano,

— Está bien — le dije —; tiene usted razón: los dos iremos.

El *Valenciano* protestaba, daba voces, repetía que, como era pobre, queríamos atropellarle, que él no iba, no iba y no iba, y casi se agarraba a la pared como un gato.

Como esta escena cómica se prolongó algunos minutos, hubo tiempo para que se reunieran cuatro o cinco personas; entre ellas, dos diputados: si no recuerdo mal, uno era don Jesús Santiago, diputado por Asturias o Galicia.

Estos dieron fe de mi *honorabilidad* y *posición social*, manifestando que era director general de Obras públicas y diputado, con lo que el sereno me demostró gran respeto y se puso a mis órdenes.

El *Valenciano* seguía pegado a la pared, protestando de su inocencia, declarándose víctima y acudiendo a todo género de recursos para que no le llevasen a la prevención.

Que era una persona honrada, que estaba perdido y desesperado.

—Cuando yo le vi al señor—me refería a mí—desenvainar el *alfanje*—decía—, pensé: *Señor, que me mate.* Yo quiero que me mate, y así concluiré de una vez.

Al oír que llamaba *alfanje* a mi pequeño estoque de hoja estrecha y fina, que sin duda el miedo y el susto

habían ensanchado a sus ojos, no pude menos de echarme a reír. Y el tono melodramático con que dijo ¡alfanje! produjo una carcajada general.

—Es un tonto, es un borracho—decían unos y otros.

Entonces yo acudí al sereno, autoridad suprema en aquel momento, y le expuse mis razones.

—Mire usted: este hombre es un desdichado que va a perder su destino; mejor dicho, que ya lo tiene perdido. El, su mujer y sus hijos van a quedar en la miseria; si le entregamos a la justicia, le meten en la cárcel, y queda más perdido que está, y acaso para toda su vida. Usted ve que ni él está herido ni yo tampoco, y que el hecho no ha tenido consecuencias. Lo mejor y más sencillo es que le dejemos marchar, y aquí nada ha ocurrido.

El *sereno* se resistía; pero yo agregué:

—Si esto sigue adelante, a usted y a mí y a estos señores, como testigos, nos van a molestar con citas y declaraciones.

Esta razón le convenció del todo, y me dijo:

—Usted es el más agraviado: si usted quiere soltarle, por mí que se marche.

—Ya lo oye usted—le dije al *Valenciano:*—puede usted marcharse cuando guste.

No esperó el hombre que se lo repitiera, que salió escapado como alma que se lleva el diablo, sin darme siquiera las gracias.

Era un pobre diablo.

La insignificancia de mi enemigo empequeñecía mi triunfo.

Ya no supe más del *Valenciano* hasta algún tiempo después.

Por el pronto, despaché el expediente en justicia.

Dos meses más tarde supe que sus protectores habían conseguido colocarle en Gobernación.

Nunca le conté al ministro la historia referida: ¿para qué?

¿Quién sabe? Acaso se había corregido el *Valencia-*

no. ¿Qué sabemos lo que pasaba dentro de aquel hombre?

En materias de *criminalidad* soy partidario de las que hoy son teorías modernísimas, y que yo profesaba por anticipado.

LVII

En el capítulo anterior recordaba, y relaté un suceso sin importancia en sí, pero que pudo tenerla grande para mi persona, que pudo ser tragedia y en sainete terminó: me refiero a la agresión de un empleado de ferrocarriles conocido con el nombre del *Valenciano*.

Voy a continuar este capítulo con otro suceso análogo, aunque éste ya no fué contra mí, porque en esta última época a que me refiero era ya ministro de Fomento, sino contra uno de mis directores, persona de extraordinario valer, de respetabilidad suma y de carácter por todo extremo bondadoso; con lo cual significo que no pudo dar motivo ni ocasión al acto violento que contra él quiso realizar otro empleado, también de ferrocarriles, al cual designaré con el nombre del *Asturiano*, como llamé el *Valenciano* al de mi tragicomedia.

No eran seguramente personajes análogos, ni en sus condiciones ni en su carácter, y sin embargo, ambos quisieron terminar su carrera administrativa por actos brutales que nunca pueden justificarse, y menos en los casos concretos a que me refiero.

El *Asturiano* era hombre corpulento y de gran estatura, de extraordinario vigor físico y de mucho valor personal, que, dicho sea entre paréntesis, fué la base de su carrera.

No era traicionero ni matón en la sombra, como el

Valenciano, sino que de frente y a la luz del día acometió siempre.

En su estado normal era atento, cortés y por todo extremo subordinado; con él hice yo algunos viajes, y jamás tuve motivos para quejarme de su conducta; con los superiores era respetuoso y casi tímido, y nunca tuvo mala nota como empleado; pero su afición al vino, al aguardiente y a toda clase de bebidas alcohólicas le perdía.

Bebiendo algo más de lo que su naturaleza podía soportar, se transformaba por completo: resultaba insolente, grosero y agresivo. De ser un hombre bien educado, pasaba a ser una bestia salvaje, una verdadera fiera; dijera mejor un loco sin camisa de fuerza. Sus borracheras tenían algo del ataque epiléptico; y como, según he dicho, era hombre de extraordinaria fuerza, resultaba peligrosísimo. Sin darse cuenta de lo que hacía, era capaz de llegar al crimen.

Había sido agente activo y valeroso de la revolución; se expuso a mil peligros, y prestó grandes servicios a los jefes de aquel movimiento; así es que contó siempre con su protección incondicional; y como, por otra parte, tenía fama de honrado y era simpático casi siempre, exceptuando en aquellas crisis en que el alcohol obscurecía su inteligencia, cuando triunfó la revolución obtuvo el alto puesto que ocupaba cuando yo entré en Fomento.

No era un pobre celador de ferrocarriles, como el *Valenciano* de mi anterior capítulo, sino un elevado funcionario con treinta y tantos mil reales de sueldo; porque hay que advertir que no era un hombre inculto, y que su destino lo desempeñaba bastante bien, con los eclipses producidos por su maldito vicio.

Era de Asturias, y por eso le he llamado el *Asturiano*, aunque recuerdo su apellido.

Supongo que a estas fechas ya no existirá.

***

Y es el caso que un día llegó al ministerio de Fomento completamente ebrio y furioso, no sé por qué, contra todo el género humano, y principalmente contra el director a que antes me referí.

Entró, como digo, en el despacho de la Dirección, descompuesto, dando voces y amenazando a todo el mundo, según me refirieron después, porque esta escena no la presencié yo: en aquel momento había ido al Congreso.

El director, que, aunque era muy bueno, era un hombre digno, de entereza, y que sabía hacerse respetar cuando llegaba el caso, le reprendió, le llamó al orden y le ordenó que se retirase.

¡Pero ya era fácil que el *Asturiano* obedeciese a nadie cuando los vapores del alcohol se le subían a la cabeza!

Redobló sus gritos, sus insolencias, sus amenazas, y juró que iba a tirar por la ventana a todos los directores de Fomento.

Fué preciso llamar los porteros para que le sacasen a la fuerza; pero no era fácil: cinco o seis porteros no podían sujetarle, y concluyó por tirar de un estoque y precipitarse sobre el director para matarle.

No todas son dulzuras en los altos cargos. Con mil trabajos y mil peligros se le sujetó, y al fin se llamó a los agentes de orden público para entregárselo.

Yo creo que la borrachera se le iba pasando; que medio comprendió lo que estaba haciendo, y que por eso se dejó sujetar.

*
* *

Cuando volví a Fomento me dieron cuenta del escándalo, e inmediatamente resolví destituirle, formarle expediente y entregarle a los Tribunales.

Pero aquí fué ella: el mundo entero se me vino encima.

Que perdiera el destino, bueno: a esto nadie se opo-

nía, porque el escándalo había sido monumental; pero sin destituirle públicamente: él presentaría su dimisión, Y, sobre todo, sin entregarle a los Tribunales.

Y me recordaban todos, unos y otros, que era hombre que había prestado grandes servicios en la época revolucionaria, que se había jugado muchas veces la vida, que era honrado a carta cabal y muy bueno en el fondo, con el corazón de un niño y la valentía de un león; que lo que hizo fué por haber perdido el juicio, y que debía considerarse como un ataque epiléptico y nada más.

A lo cual yo contestaba que si había prestado servicios, bien se lo habían pagado. Que si se jugó la vida, también se la habían jugado muchos, y que en estos juegos revolucionarios el peligo es natural. Que el supuesto ataque epiléptico era una borrachera soberana, y que de todas maneras, niño o león, bueno o malo, había dado un escándalo tal en Fomento, que era preciso que sufriese el castigo a que se había hecho acreedor, y que en el ministerio yo no toleraba escándalos semejantes.

No faltaron insinuaciones de otro género. Decíanme que él o sus amigos me darían un mal rato, y hasta podían pegarme un tiro o darme una puñalada. Las amenazas produjeron en mí efecto contrario al que se pretendía, porque inmediatamente le destituí y le entregué a los Tribunales.

Y eso que ya sabía que el *Asturiano* era algo peor que el *Valenciano* de mi anterior capítulo.

Al *Asturiano* no le detenía la punta de un estoque, ni el miedo le transformaba en alfanje, como le sucedió al traidorzuelo de la calle de Alcalá.

Pero a cada cual lo suyo; si no le detenía un estoque, le detendría un revólver.

***

Y aquí me importa salir al encuentro de ciertos comentarios.

Quizá algún conservador de viejo cuño, dado que lea

estas líneas, se asombre de lo que eran aquellos tiempos.

¡Qué administración, qué empleados, que anarquía permanente, qué falta de respeto a la autoridad!, podrá decirse.

Pero vamos despacio.

Los tiempos no eran seguramente muy normales ni muy tranquilos; ni está bien que un empleado de ferrocarriles se insolente con sus jefes y que quiera asesinar a traición al director general por haberle formado el expediente debido.

Ni está bien tampoco que un alto funcionario se atreva con un director general y eche mano al estoque para atravesarle.

Mas éstas no eran por entonces novedades: esto ha ocurrido algunas veces, aunque no muchas; y en época posterior, cuando ya la fiebre revolucionaria había pasado, cierto funcionario de la Administración pública no sólo amenazó, sino que hirió gravemente a un ministro.

Y, por lo demás, mi relato tiene un epílogo curioso.

Los Tribunales de justicia nada hicieron contra el *Asturiano*, y algunos años después, no muchos, en pleno mando del partido conservador, el *Asturiano* fué a Ultramar a un alto puesto.

Y lo curioso es que lo desempeñó con gran honradez y con gran inteligencia, según me han dicho.

***

Y continúa el capítulo de los empleados, de los destinos, de las tragedias o de las comedias a que da lugar esta plaga de la empleomanía, que poco a poco se va curando, pero que en aquella época estaba en su período álgido.

Tras los dos relatos anteriores, referiré otros de carácter distinto.

Sobre todo uno, tranquilo, pacífico, vulgar, pero con un fondo amargo, y casi me atrevería a decir siniestro.

Una escena en que no se levanta la voz, en que no hay una amenaza, en que se pide suavemente un destino y en que el destino no se puede dar.

Una escena que tiene algo de Zola, o, mejor dicho, de Balzac.

Escena de psicología y de sociología al mismo tiempo.

Hace reír, y en el fondo es bien triste.

Un chasco fúnebre, en cierto modo, pero que da triste idea del alma humana y de la Administración pública, no como regla general, me apresuro a declararlo, sino como excepción triste y repulsiva.

*
* *

Era yo por entonces ministro de Fomento, y un día vino a verme un diputado amigo en compañía de un joven de unos veintiocho años.

Entraron con aire triste los dos, sobre todo el joven, que parecía afectadísimo, y el diputado me manifestó que deseaban hablar conmigo algunos instantes sobre un asunto de importancia para una familia por la cual, según me dijo el diputado, se interesaba vivamente, y que estaba bajo el peso de una gran desgracia.

Y me habla el diputado:

— Vengo a pedirle a usted un verdadero favor.

— Usted dirá, y ya sabe usted que siempre deseo complacerle.

Un ministro, por regla general, desea complacer a todo el mundo, aunque no pueda en muchas ocasiones realizar su deseo.

Esto último no sé si se lo dije, pero lo he pensado siempre, y, pensando piadosamente, creo que lo mismo piensen todos los ministros.

— Vengo a pedirle a usted — continuó mi amigo — un destino para este señor, que es don Fulano de Tal.

— ¡Si viera usted qué difícil es dar un destino! Para ello es preciso tener una vacante, y, aunque yo puedo

hacerla, no me gusta quitar a nadie sin una causa justificada. Usted me conoce, y sabe usted que yo no hago esto nunca. Desde este punto de vista, soy el ministro más impolítico del mundo, y el más inútil para los hombres de su partido.

— Lo sé, lo sé — me dijo el diputado —, y sus ideas de usted son las mías. Jamás le pediré yo a usted que quite a nadie.

— Es verdad.

Y era verdad. Aquel diputado era de los más prudentes que he conocido. Por regla general, para los ministros el diputado más prudente es el que menos pide.

—Bueno, pues en este caso — continuó diciendo — la vacante existe. Es decir, todavía no existe; pero, por desgracia, existirá mañana.

— Es cierto — dijo el joven, secándose los ojos —. Existirá mañana. Dios no lo permita...

Yo me quedé mirándoles con cierta sorpresa, en que se mezclaba la curiosidad del futuro autor dramático a una natural simpatía por la aflicción de aquel joven.

— No les comprendo a ustedes — acabé por decir.

— Ya le explicaremos el caso — me dijo mi amigo. —El padre de este señor que me acompaña es un antiguo empleado del ministerio de Fomento. No ha tenido suerte en su carrera, o le han faltado protectores, porque tiene ya cincuenta y tantos años, y el sueldo a que ha llegado es bastante modesto.

— En efecto — le dije—, sé que hay un empleado de ese nombre, que es excelente persona, y recuerdo además que está gravísimo.

— Precisamente: por eso le decía a usted antes que la vacante que solicitamos no existe todavía; pero que, por desgracia, existirá muy pronto.

— Es decir — le interrumpí yo —, que, en resumen, este señor viene a solicitar la vacante que va a dejar su señor padre.

— No le extrañe a usted — me dijo el diputado, que era listo y notó el sentido de mi réplica —. No le extra-

ñe a usted este apresuramiento, que en otras circunstancias podría ser hasta impío y hasta repugnante. Pedir un hijo la plaza que su padre va a dejar vacante, cuando el padre no ha muerto todavía, tiene algo que, sin duda, le repugna a usted, como nos repugna a nosotros. Pero las circunstancias de la familia son muy tristes: este joven ha de ser el único sostén de todos; si no ocupa la plaza en cuestión, no es fácil que consiga otra, porque para otra cualquier vacante caerán sobre usted las recomendaciones y los compromisos. Es cuestión de vida o muerte para toda una familia: la lucha por la existencia es a veces cruel, e impone deberes, en ocasiones, más crueles todavía.

»Este señor — continuó diciendo — no quería venir; pero yo le he convencido: había que ganar tiempo; había que anticiparse, antes de que se supiera que iba a ocurrir esta vacante, porque los pretendientes son muchos y no reparan en medios. Estas consideraciones, y otras que usted adivinará, podrán explicarle a usted nuestro apresuramiento.

»En suma: la vacante ha de ocurrir; por desgracia, sobre este punto no hay duda.

»Nadie ha podido solicitarla, porque nadie sabe todavía que el desenlace ha de ser rápido y funesto, y aun me causa sorpresa el que usted sepa la enfermedad de mi pobre amigo, que ha sido muy rápida, y aun me admira que nos haya dicho usted que es gravísima. Yo soy, indudablemente, el primero que solicita de usted este favor que le pido, favor que, hasta cierto punto, es reparación de un olvido en que la Administración tuvo a un empleado excelente. Es casi la reparación de una injusticia, y no hay reparación más natural y más justa que dar al hijo, que es una persona muy recomendable, el puesto que ocupaba su padre.

»Usted ha tenido siempre un gran espíritu de justicia, y a usted acudo en la confianza de que no ha de desatenderme.»

Y calló mi amigo, satisfecho de su argumentación,

que no hay duda que tenía mucha fuerza; porque ha de advertirse, después de todo, que en aquella época no existía ley de empleados que me atase las manos; de suerte que yo podía dar el destino que mi amigo solicitaba.

Hubo una pausa. El diputado me miró como diciendo: «A ver qué me contestas.»

Y yo contesté:

— Todo eso está muy puesto en razón, y yo nada tendría que replicar, y tendría mucho gusto en servir a ustedes, porque la petición me parece justa, si no mediase una dificultad grave.

— ¿Qué dificultad? — me dijo mi amigo el diputado con sorpresa, y hasta con desabrimiento.

—Que la plaza está pedida para un cesante de excelentes condiciones, y que mi palabra está empeñada.

— Imposible — me dijo —; nadie ha podido pedir esa plaza, porque la enfermedad es de hace cuatro días. Hace cuatro días que el empleado en cuestión asistió a la oficina. Sin duda, usted no recuerda bien. Esa vacante nadie ha podido pedirla, porque nadie sabía lo que iba a suceder.

— No creo equivocarme; pero pronto saldremos de la duda. Permítanme ustedes un momento.

Me levanté, fuí a la mesa, recorrí mi libro de notas, comprobé la exactitud de mis recuerdos, y volví a mi asiento con el aire triste y contrariado que exigían las circunstancias, y sin ocultar la contrariedad verdadera que sentía.

— Mis recuerdos eran exactos: anteayer me pidieron la plaza para el cesante que acabo de decir, y anteayer comprometí mi palabra, porque también se trataba de un caso de justicia.

— Imposible, imposible — exclamó el diputado.

— Tan posible como que está aquí entre estas notas.

— No puede ser, no puede ser. Anteayer nadie sabía que mi amigo estuviera a punto de muerte, ni siquiera su familia; su familia lo ignoraba por completo, y él lo

ignoraba también. Era un ataque, al parecer, ligero, como otros muchos que viene sufriendo hace años. Le repito a usted que hasta esta mañana lo ignoraba la misma familia. Nadie, nadie en el mundo lo sabía.

— Está usted en un error: antes que ustedes, antes que la familia, antes que el interesado, lo supo el médico que le asiste, y que, en compañía de otro diputado, vino anteayer a pedir la plaza para el cesante en cuestión, que es pariente suyo.

El diputado y su amigo el pretendiente se quedaron inmóviles y sin saber qué decirme, y yo me quedé más inmóvil que ellos, sintiendo en el fondo tristeza y repugnancia ante aquella tragicomedia, que venía a ser uno de tantos episodios de la vida del empleado en España.

Al fin el diputado rompió a hablar.

— ¿El médico? ¿Dice usted que el médico don Fulano de Tal?

— Precisamente; don Fulano de Tal.

— ¡Pero si ese señor era médico en mi pueblo; si yo le traje; si yo le recomendé a esta familia!

— ¿Y qué? Usted le trajo y le protegió, y, realmente, el hombre demuestra buen ojo clínico.

— Pero es una traición infame.

— Traición, ¿por qué? — dije yo haciendo el papel de abogado del diablo—. ¿Usted le dijo que pensaba pedir esta plaza para el hijo del enfermo?

— No, señor.

— Pues si él lo ignoraba, y, siendo nuevo en la casa, no podía estar en interioridades de la familia, claro es que no existe la traición que usted supone. Lo único que sí se prueba es que don Fulano de Tal no sólo es buen médico, sino hombre previsor y activo, que sabe lo que son los destinos y cómo se dan, y que no perdió un momento. ¿A quién perjudicaba? El debía creer que a nadie, y, de todas maneras, antes de dar la voz de alarma, quiso asegurar la plaza para su pariente; esto le demuestra a usted que siempre hay uno que sabe que

va a ocurrir tal vacante antes de que la vacante ocurra, y el primero que sabe que hemos de morirnos es el médico que nos asiste. No todos hacen lo que su recomendado de usted, y acaso es único; pero eso prueba que tiene grandes condiciones para la vida cortesana y para la política.

— Es una infamia, es una infamia — repetía el diputado.

— No, usted lo ha dicho: la lucha por la existencia tiene exigencias crueles, y es despiadada, y, a veces, no lo niego, toma formas repugnantes.

— ¿De suerte que usted no puede hacer nada?

— Yo haré todo lo que pueda; pero yo no puedo faltar a mi palabra. Lo que le aseguro a usted es que, como se trata de un excelente empleado, y como deseo complacerles a ustedes, buscaré una colocación para este señor.

Y, en efecto, les cumplí mi palabra.

***

Casos análogos al que he referido, aunque en otra forma, pudiera citar muchos.

Tan tristes, más tristes, tan repugnantes y más repugnantes.

El empuje de la vida rellenando los huecos de la muerte; el que pretende un empleo, pidiendo a todo trance una vacante, y luchando por conseguirla, bien a bien, o mal a mal, por la intriga, por la recomendación, a veces por la calumnia, acudiendo a todas las influencias, sorprendiendo a la Prensa, sorprendiendo a los periódicos; y, en cambio, el que está en posesión de un destino, defendiéndolo como plaza sitiada. Tiempos eran aquellos tan revueltos, que el que se dormía mucho corría el peligro de despertar cesante.

¡Cuántos, cuántos casos acuden a mi memoria! ¡Qué variedad, qué combinaciones! Combinaciones para el

drama; combinaciones para el sainete; desde la farsa a la tragedia.

Empleados excelentes, braceando con desesperación por no ahogarse.

Tunantes más o menos listos, aprovechando la ocasión y consiguiendo un empleo a que otros mil tendrían mejor derecho.

Ya contaré otros muchos casos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

152417
LS.
E184r

Author Echegaray, José
Title Recuerdos. Vol. 2

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU